

MANUEL HURTADO MARJALIZO

EL CEMENTERIO DE LOS SUICIDAS

Una mujer que sueña con ser periodista

Una orden secreta oculta durante dos siglos

Tres llaves que guardan la verdad



Una mujer que sueña con ser periodista. Una orden secreta oculta durante dos siglos. Tres llaves que guardan la verdad.

Madrid 1899. Saturnino de la Vega aparece ahorcado en la trastienda de su librería. Este suceso es la oportunidad que la joven Carmen Sotés estaba esperando para estrenarse como cronista de El Imparcial, su gran sueño. Pero la muerte del librero encierra un terrible misterio. Todo empezó en 1702, cuando el capitán de galeón Íñigo Galarza recibió el encargo de traer desde La Habana un cofre para el rey. La guerra y el destino torcieron los planes y así nació la Orden de la Mano Negra. En el curso de sus investigaciones, Carmen tendrá que atravesar el umbral de lo prohibido para descubrir que nada de lo ocurrido ha sido casual y que, tras la orden secreta, no solo están algunas muertes y la desaparición de su amado, sino también su propia historia.

Manuel Hurtado Marjalizo vuelve a sorprendernos con una novela llena de intriga y una protagonista inolvidable cuyos ideales hacen que logre sobreponerse al miedo a lo desconocido.

Manuel Hurtado Marjalizo

El cementerio de los suicidas



Título original: *El cementerio de los suicidas*
Manuel Hurtado Marjalizo, 2019

Revisión: 1.0
12/06/2019

A mi padre, de quien aprendí a no rendirme.

«Yo no hablo de venganzas ni perdones,
el olvido es la única venganza y el único perdón».

JORGE LUIS BORGES

«Una mujer conoce el rostro del hombre al que ama
como un marinero conoce el mar abierto».

HONORÉ DE BALZAC

1

¿Quién soy yo para torcer el destino?

Lo que más recuerdo de aquel día es la expresión helada cadáver de Saturnino de la Vega, el librero que habían encontrado ahorcado en la trastienda de su pequeño negocio de la glorieta de Quevedo. Era una tarde tormentosa, una de esas tardes en las que el cuerpo te pide quedarte junto a la lumbre de una chimenea o al calor de una estufa de carbón. Ese fue el día que todo empezó, el primero de los días de furia que me tocó vivir en un diciembre que se deshojaba como una margarita rubricando el fin irremediable de siglo.

Cualquiera diría que aquel era el momento que llevaba esperando tantos años, el día con el que había soñado desde que, siendo aún niña, supe que quería ser periodista como Emilia Pardo Bazán o Sofía Casanova, cuyas crónicas llegadas de París o de Rusia devoraba con unción sentada junto a mi padre. Fue él quien me espoleó para que me fuese abriendo camino en un mundo que no estaba hecho para gente como yo.

«No dejes nunca de ser rebelde —me decía cuando aún era una chiquilla—, ni de perseguir tus sueños».

Bendito consejo.

Cuando llegué al lugar de la tragedia, gracias a un soplo que me dio don Rafael Gasset mientras remendaba anuncios en la redacción del periódico, el juez ya había certificado la muerte del librero y la policía había descolgado su cuerpo de la soga, dejándolo postrado sobre el suelo.

Aprovechándome del desconcierto inicial conseguí acceder hasta la rebotica del establecimiento y observar por mí misma el cadáver y la escena

del crimen. Allí estaba De la Vega, sin cubrir aún, con los ojos desorbitados y la lengua gorda y azul caída sobre su mejilla. Tenía los dedos rígidos y ligeramente contraídos, como si hubiera querido asirse en el último instante a la cuerda que le arrebatava la vida.

Respiré agitadamente. Aquella era la primera vez que me encontraba frente al fruto postrero de una muerte violenta, la primera vez, de hecho, que veía un cadáver. Ni siquiera llegué a ver el de mi padre, que falleció repentinamente dos años antes mientras yo pasaba unos días de ensueño en Lisboa en brazos de Enrique. Desde entonces tenía una herida abierta en mi alma, una herida que sabía que nunca se cerraría y me perseguiría hasta el fin de mis días, desde entonces me picaba la conciencia por no haber estrujado su existencia hasta sus últimos días, por el tiempo de silencio y olvido y me aferraba a su recuerdo desgarrador tratando de acariciarlo como él hacía conmigo cuando era niña.

El muerto me hizo volver a la realidad. Parecía todo tan macabro, tan tremendamente lúgubre, que era incapaz de concentrarme. Noté que tenía los músculos encasquillados, como si formasen parte de una máquina a punto de romperse.

Me propuse mantenerme firme, olvidarme de los tintes tétricos y morbosos de aquel desenlace y centrarme en las evidencias que pudiesen dar contenido a mi crónica de sucesos, mi primera crónica.

«Este es el momento que llevas años esperando», quise animarme.

En el fondo echaba de menos la presencia de Enrique a mi lado. No la del hombre en el que se había convertido por su mala cabeza, sino la de ese que conocí años atrás y del que me enamoré perdidamente. En aquel tiempo, los dos compartíamos el sueño de ser periodistas, él ocupándose de las secciones de poesía y yo de las de sucesos...

—¿Qué se te ha perdido a ti en la crónica de sucesos? —me decía entre risas mientras me enredaba con su mirada.

—No hay nada más bonito que contar lo que pasa, siendo reportera o corresponsal, como la Pardo Bazán, o defensoras de grandes ideales como Filomena Dato, Blanca de los Ríos o Sofía Tartilán. Aunque lo mío no es la poesía, sino informar, diciendo la

verdad, sin ningún subterfugio y con un rigor notarial.

—Ya sé, ya sé, me vas a contar lo de Cánovas.

—Sí, porque ese es el paradigma de la mentira, ¿o acaso tú te crees que su asesinato fue cosa de un anarquista aislado? ¿Por qué ningún periódico investigó las razones del magnicidio? ¿Por qué no nos dijeron quién estaba detrás de todo?

—Pues porque no hay nada que contar que ya no se haya dicho —protestaba Enrique sin perder el brillo de sus ojos grises—. Además, si lo que quieres es resolver asesinatos, mejor métete a policía.

—¿A policía? ¿Has visto alguna mujer en la policía? Si ni siquiera podemos votar. No te engañes, si lo intentara terminaría ordenando archivos en una comisaría. Además, dentro de la policía puede haber intereses inconfesables. Si no, ¿de qué habrían abandonado la investigación sobre la muerte de Cánovas? La prensa es la verdadera voz del pueblo.

—De acuerdo Sherlock Holmes —se burlaba, recordándome la novela que le había prestado nada más leerla, sin que él le hubiese hecho caso—, pero no creas que la prensa puede cambiar el mundo.

—Te equivocas. Mira a Marat, él consiguió cambiar el mundo desde su periódico.

—Marat perdió la cabeza cuando entró en política y mandó a la guillotina a cientos de franceses, no creo que quieras parecerle a él.

—Ahora son otros tiempos, pero la gente debe saber lo que pasa, los periódicos tienen que informar a los ciudadanos porque un pueblo ignorante es un pueblo insensato. De haberse sabido la verdad sobre el asesinato de Cánovas, quizás no habríamos entrado en guerra.

Enrique encogía los hombros sin entenderme y seguía zambulléndose en su mundo de lémures y poesía como un ser de otro planeta.

Un ruido lejano me hizo volver de mis ensoñaciones. Debía actuar con rapidez, pronto me sacarían de allí y lo que tenía ante mí era más valioso que

cualquier testimonio, el mejor material para redactar mi crónica.

Olía a humedad, a una humedad silenciosa e invasora que rezumaba por las paredes. Por instantes creí ver en sus manchurroneos figuras de seres atormentados. Observé entonces el *Corpus delicti* con los ojos nublados por la emoción. El librero parecía un hombre normal, uno de los que te encuentras en un café o en la cola de un teatro sin que apenas repares en él y, sin embargo, algo grave debió pasar en su vida para que decidiese acabar con ella. ¿Qué oscuro impulso le taladraría el cerebro hasta disponer suicidarse? ¿Qué razón escondía su cuerpo enhiesto que pudiese justificar tan trágico final? Noté cómo la presencia de aquel cadáver despertaba en mí una extraña curiosidad, un deseo imperioso de conocer los motivos del deceso.

De la Vega tenía la mitad del chalequillo desabotonado y un minúsculo reguero de sangre en una oreja. Acercándome un poco más pude comprobar que tenía una pequeña herida en la frente, una especie de óvalo recostado que parecía el resultado de un golpe sin importancia. No le habían cerrado los ojos, lo que me hizo dudar de si habrían certificado su muerte. Tampoco encontré ningún rastro de violencia en sus muñecas, nada que indicara que fuese llevado a la horca contra su voluntad y sus uñas no estaban lastimadas, todo lo contrario, las tenía tan cuidadas que parecían haber pasado por una reciente manicura. Llevaba un traje oscuro, impoluto, bien planchado, como si acabara de almidonarlo, y en la solapa de la chaqueta lucía una pequeña insignia dorada que representaba una especie de ángel con espada sobre una montaña. Observándolo de arriba abajo tuve la corazonada de que se había arreglado para despedirse de la vida, que se había puesto de punta en blanco para saludar a la parca. Ni siquiera se había despeinado con el latigazo que debió recibir en el pescuezo mientras se estrangulaba.

Solo tenía un zapato, uno negro acharolado y brillante que aparentaba ser recién estrenado, sin que hubiese rastro del otro. Al lado del cuerpo rígido, una tosca silla caída se postulaba como el pedestal desde el que se lanzó, sogá en cuello, al otro mundo.

En la rigidez sepia de su rostro yerto atisbé un destello de tristeza, de una tristeza recalentada al fuego del desencanto que vivía el país. Conjeturé sus últimos días soportando la pesada losa del desconsuelo, la congoja de atravesar un mundo de falsos pilares que se derrumbaba sin remedio y, aun así,

era incapaz de imaginar cuánta pena puede acumular un hombre hasta tomar la fatídica decisión de dejar de existir...

Alguien debió llegar a la librería, una autoridad o un forense porque empecé a oír voces donde hasta entonces solo había silencio.

—Saturnino de la Vega y Álvarez de Sotomayor, al parecer de noble familia, aunque no nos consta que ostentase título alguno, tenía cincuenta y seis años y era soltero. Todavía no ha aparecido ningún pariente.

—¿Vivía solo?

—Sí, que se sepa.

«Aristócrata, culto, solterón —pensé—, ¿qué te ha llevado hasta este extremo?».

No podía irme aún, sabía que me faltaban elementos para escribir el suceso, algo que interesase a los lectores y que convenciese a don Rafael Gasset de mi valía, pero allí no había más que un muerto con un zapato, una sogá, cuatro paredes y una butaca caída.

Oteé a mí alrededor para saber dónde estaba. Supuse que aquel era un lugar de paso, el corredor que comunicaba la tienda con algún despacho o la caja fuerte, el único que tenía a la vista una viga en el techo con la que perpetrar el suicidio. De hecho, daba la impresión de que aquel era un rincón descuidado, el típico sitio que, por quedar oculto al público, se deja de reformar y se va abandonando, con paredes herrumbrosas de colores antiguos y apagados y una luz pajiza que jalonaba perfiles sombríos y ángulos oscuros.

—¿Quién es usted?

Un policía uniformado apareció por mi espalda con las cejas enarcadas. Al verme, libreta en ristre en aquella trastienda, cambió el gesto.

—Carmen Sotés, de *El Imparcial* —respondí mecánicamente, como si eso fuese un salvoconducto para acceder a la escena del crimen.

—¿Una reportera?

No sabría decir si lo que más le sorprendió fue mi profesión o mi sexo. A juzgar por su expresión y por el modo en que me recorrió con su mirada juraría que fue lo segundo.

—¿Cómo diantre ha conseguido entrar hasta aquí? —inquirió cuando salió de su estupefacción.

Hubiese tragado saliva de haber tenido alguna disponible, pero mi boca se

secó al momento como una mojava. Traté de combatir mi silencio con un gesto de conmiseración, de petición de indulgencia que el agente no quiso entender.

—¿Quién se cree que es usted para pulular en un lugar como este? — levantó la voz.

Como no respondí, el oficial me dirigió un ademán pavoroso, tanto que llegué a pensar que, de no haber sido mujer, hubiera empezado a golpearme con la porra en aquel instante.

—Váyase de aquí ahora mismo si no quiere que la meta en el calabozo por allanamiento de morada.

No hubo más que hablar. Discutir con aquel energúmeno no me habría llevado a ningún sitio y todo lo que necesitaba ver allí, al fin y al cabo, ya lo había visto.

Mientras me abría paso hacia la salida atiné a regalarle una mueca de agradecimiento, un gesto con el que quise esconder el temblor que se me había instalado en las piernas y el calor de las mejillas sonrosadas por el bochorno.

De nuevo en la tienda, volví a cruzarme con el grupo de agentes uniformados que andaban inspeccionando anaqueles de libros, cajones y la caja registradora. Había una luz eléctrica temblorosa, apocada por la tormenta que se desataba en el exterior y un olor a húmedo que se enredaba con el perfume de libro viejo.

Policías e inspectores actuaban mudamente, circunspectos y con gestos mecánicos, como si hicieran eso mismo todos los días. En un primer instante me miraron sin decir nada, como cuando me colé en la trastienda, quizás porque pensaron que era la ayudante del juez o algún familiar del difunto, pero el agente que me sorprendió junto al cadáver no quiso callarse.

—Comisario Cañete, esta señorita, que dice ser periodista de *El Imparcial*, estaba junto al finado, solita, tomando apuntes como si estuviese en una conferencia.

Estaba cerca de la salida cuando me topé con la silueta de aquel tipo, un hombre mayor, escaso de pelo, con ojos afilados y cara de zorro que jugueteaba con un trozo de paloduz entre sus dientes. Llevaba la capa empapada de agua y una chistera gris mojada entre sus manos. Bajo la capa distinguí una camisa blanca y una pajarita negra sin ajustar, como si aquella muerte le hubiese pillado en casa y hubiese tenido que arreglarse con prisas.

No tuve duda de que era el comisario Cañete.

—Eh tú, ¿qué hacías ahí dentro?

El tuteo me resultó chocante. Aunque estuviese enojado no parecía un hombre maleducado.

—No sé, echar un vistazo.

—¿Echar un vistazo? —aulló, quitándose el paloduz de la boca—. ¿Crees que esto es un espectáculo público? ¿Te parece bonito saltarte el cordón policial?

No me había saltado ningún cordón, sencillamente porque no lo había, aunque no respondí. Sabía que lo mejor era salir de allí cuanto antes para evitar más preguntas, sin crear polémicas ni discusiones, pero cuando quise avanzar, el comisario me cercenó el camino.

—¿Y qué has visto, si puede saberse?

—Un muerto.

—¿Un muerto? ¡Valiente reportera!

No había ni una pizca de sarcasmo en sus palabras, era más bien una mezcla de enojo y desprecio. En su mirada descubrí que yo le resultaba insignificante, una mosca que si no aplastaba en ese momento era por lástima.

—Imagino que tendrás una teoría sobre la muerte de este señor, ¿no?

Dudé un instante.

—No hay rastros de violencia, lo que parece indicar que se trata de un suicidio. Tal vez usted sepa las causas.

Cañete apretó el paloduz entre sus dedos, tanto que pensé que lo rompería.

—Nos ha salido una reportera listilla, señores —clamó para ridiculizarme—. Pues claro que ha sido un suicidio, el de un hombre seguramente harto de leer calamidades en los periódicos como el tuyo, que parecen disfrutar haciendo sufrir a la gente.

La concurrencia asintió sin entusiasmo, como si complacer al jefe fuese parte de su trabajo. Yo no podía estar más en desacuerdo, aunque no me pareció el mejor momento para rebatirle. Tiempo habría de demostrar que la prensa solo busca la verdad cuando publicase mi crónica.

—¿Cómo te llamas?

—Carmen Sotés, de *El Imparcial* —repetí como una cacaúta.

Sus ojos se quedaron clavados en algún lugar de mí, como si necesitasen

un punto de concentración para rescatar una idea.

—Déjame que te dé un consejo —continuó con su tuteo—, olvídate de este asunto. No hay nada que contar, nada que interese a la gente. Aquí se ha suicidado un hombre y punto final.

—¿Y qué tiene de malo que se sepa? —me atreví a decir.

—¿Y de bueno? La pena, como la gripe, es contagiosa. Un suicidio llama a otro y la gente lo que necesita son alegrías y no diarios pleitistas que viven del morbo y la confrontación.

Me quedé callada, convencida de que cualquier discusión con aquel hombre estaba condenada al fracaso.

—Ya puedes largarte.

Obedecí mansamente. Para ser el primer suceso que cubría ya había llamado bastante la atención y lo que menos necesitaba mi nonata carrera periodística era que la policía me colocase el estigma de reaccionaria o fisgona.

—Una mujer periodista —oí que susurraban a mis espaldas—, ¿a dónde vamos a llegar?

En la calle llovía con furia, una borrasca gruesa que jarreaba Madrid desde hacía varios días junto a un viento aullante. Para los más agoreros, aquello era el presagio del fin del mundo, el diluvio previo a un apocalipsis que se produciría con la llegada del nuevo siglo, en apenas dos semanas.

«Algo así debió de pensar Saturnino de la Vega» —cavilé.

Tardé poco en reponerme del sofocón. La vida me había enseñado a defenderme sola y a resistir sus envites con coraje. Pocas cosas llegaban a amedrentarme. Hubo un tiempo en que me refugiaba en mi padre, pero hacía mucho que solo me tenía a mí misma y eso hizo que me hiciese más fuerte.

El cielo se caía sobre mi cabeza, un cielo plomizo y abigarrado que escupía agua a raudales entre truenos y centellas.

Frente a la librería paraba un tranvía eléctrico, uno de esos que empezaban a circular y que la gente llamaba cangrejos por su color rojo. Aunque yo no me fiaba mucho de aquellos ingenios modernos, y menos aún bajo tamaña tempestad, mi pequeño paraguas resultaba claramente insuficiente para hacer el camino de vuelta a pie, así que me acomodé como pude el sombrero, me remangué las faldas y atravesé apuradamente el torrente de agua que barría la

calle.

Bajo la cornisa de un viejo edificio, vi desfogarse algunos relámpagos de un firmamento cargado de nubes negras cabalgando sobre mi cabeza. Mientras esperaba me refugié en el recuerdo de Enrique y noté una punzada de nostalgia, la nostalgia que llevaba meses atosigándome, desde que decidí que él no podía formar parte de mi vida, que seguir a su lado solo me traería dolor y frustración.

Quise distraerme observando la librería desde el otro lado de la calle, aunque el manto de lluvia me impedía ver claramente. Entre brumas y agua, pude distinguir la vidriera del escaparate golpeada por la lluvia, un farol junto a su puerta agitado por el viento y sombras que entraban y salían del comercio sin parar.

A lo lejos se acercaba trabajosamente un coche fúnebre. Supuse que vendría a llevarse el cadáver del librero al lugar del velorio, tal vez a su domicilio o quizás al despacho de un forense para que le hicieran la autopsia. Los caballos estaban asustados por la tormenta y el cochero, cubierto por unas mantas, no paraba de espolpearles con la fusta.

El tranvía llegó poco después y venía lleno hasta los topes, lo que me hizo pensar que la gente tenía menos miedo a aquel infernal tren electrificado que a la borrasca que desaguaba el firmamento.

—Entren, entren y cierren la puerta.

El conductor agitaba los brazos instándonos diligencia a los recién llegados. Con su uniforme azul y su gorra de plato recordaba a un capitán de navío destronado, un oficial sin barco, condenado a manejar aquel ingenio a cientos de millas del mar.

—Eso quisiéramos nosotros —protestó un viajero panzudo—, pero cada vez que hace una parada entra más gente. Si quiere que no explotemos todos, más vale que nos lleve hasta la Puerta del Sol sin detenerse.

Asumí el papel de sardina enlatada con la dignidad que pude y me dispuse a pasar el rato que durase el trayecto como si fuese un animal en un redil. Apretujada entre el gentío, me fijé en la calle azotada por un aguacero cada vez más vehemente y me dio por pensar en las palabras del comisario. Aquellos ojos sagaces desalentándome a publicar la crónica no conseguirían desanimarme. Pensar que la prensa fuese responsable de la decadencia que

vivía el país era una majadería, una idea que solo cabía en la cabeza de un hombre enfermo, aunque quizás lo dijese para espantar a los intrusos y poder así hacer mejor su trabajo.

En los minutos siguientes me entretuve con el vaivén de las ramas y los regueros de agua deslizándose por los cristales de las ventanillas. El día se apagaba lentamente, una costra de tinieblas se iba adueñando de parques y avenidas tiñendo de negro todos los rincones. Por la calle apenas había gente, tan solo unos cuantos transeúntes que avanzaban agarrándose el sombrero o con un paraguas desvencijado.

—Maldito tiempo —se lamentó uno—. A ver si van a tener razón los que dicen que se acaba el mundo.

—Que no le extrañe —apuntó una mujer menuda—, porque Dios debe estar ya cansado de nuestros pecados y de la inmoralidad de estos tiempos.

—Dios está en otras cosas, señora —replicó el gordote de mi lado agarrado a la barra—. Esto debe ser cosa del demonio —rio melifluamente.

Oí algunos murmullos, voces difusas que parecían no atreverse a mentar al diablo bajo semejante tormenta.

—Ave María Purísima —replicó ella—. Santa Bárbara bendita, protégeme al menos a mí, que te tengo fe.

Pero yo estaba a lo mío, aquel día nada podía desanimarme. Por más que el temporal no amainase, por más que el país estuviese embadurnado de tristeza desde las últimas pérdidas de ultramar, por más que yo estuviera pasando una mala racha, aquel era mi gran día. Tenía que llegar a la redacción del periódico y ponerme a escribir lo que acababa de presenciar y tenía que hacerlo antes de que cerrasen la edición. Por fin había llegado mi oportunidad, el día en que vería la luz mi primera crónica de sucesos, el momento que llevaba tanto tiempo esperando...

Hacía casi dos años que trabajaba en *El Imparcial*, la primera mujer que contrató el periódico desde que se fundó en 1877. Aunque, hasta entonces, solo me había ocupado de corregir anuncios publicitarios de la cuarta página o completar huecos con noticias llegadas de los despachos telegráficos internacionales de la agencia Havas, me sentía orgullosa de mí. Aquella era la forma de entrar, el primer peldaño de un camino escabroso que habría de llevarme hasta el equipo de redacción, tal vez hasta el reconocimiento

público, como a Emilia Pardo Bazán y otras pocas luchadoras que se abrían camino en un mundo hecho para hombres.

«Persigue tus metas con tesón y recuerda que los grandes periplos siempre empiezan con un primer paso», me decía mi padre cuando era niña.

Él supo desde el primer instante que yo era de espíritu indómito que, llegado el momento, nada ni nadie podría retenerme. Cuando quedó viudo, apenas dos años después de que yo naciese, se volcó en mí, dedicándome toda su energía, pues yo era su única hija y, hasta que empezamos a separarnos por causas que nunca me perdonaré, su más fiel compañera.

Crecí sin madre, y esa rémora me persiguió durante toda mi infancia. De ella solo me quedó un collar de perlas cuyo valor era, sobre todo, sentimental y el retrato que mi padre puso en el comedor para tenerla siempre presente. Aquella imagen se convirtió en porte de nuestras vidas, en su presencia silente. Mi padre le hablaba a diario, le contaba las cosas que pasaban y hasta le pedía concejos que luego él imaginaba haber recibido.

Crecí sin madre, en una casita modesta de la calle Atocha, y eso hizo que en mi infancia nadie me enseñase a zurcir o a guisar. En cambio, en mi niñez pasé más horas entre libros que ningún otro crío, libros de aventuras, libros de misterios, libros de héroes, libros y más libros. En aquellos años mi padre me adoraba, lo sé, y veía en mí el modo de cumplir los sueños que él jamás conseguiría. Republicano furibundo, el azar del destino quiso que su hija naciera el mismo día de la proclamación de la República en España y que su esposa falleciera pocos días después de su derrocamiento, veintidós meses que debió vivir intensamente y que le dejaron una huella de amargura que nunca desaparecería.

—La República me trajo a la persona que más quiero de este mundo y la puta restauración se llevó a la que más amé. ¿Cómo quieres que no sea antimonárquico? —me decía.

Desde entonces, su única ilusión fue que yo no me detuviese. Fue él quien me enseñó a ser fuerte y a resistir los avatares de un mundo no hecho para mujeres, gracias a él pude asistir a la facultad de filosofía y letras de Madrid, aunque como estudiante privado, pues para ser alumna oficial necesitaba una autorización del Consejo de Ministros que no conseguí. La vida se le truncó tan solo unos días antes de que me llamaran del periódico para trabajar y se

quedó sin ver a su hija haciendo realidad el sueño por el que tanto habíamos luchado juntos.

Pero él me dejó la semilla y, sin darme cuenta, fui aplicando a la vida todas las recetas que me enseñó, entre las que estaba el tesón para no cejar hasta conseguir mis propósitos, tesón que me llevó a aguantar casi dos años copiando noticias de despachos internacionales o insertando anuncios en los huecos que dejaban los redactores.

Algo habría hecho bien en mi ingrata tarea para que días atrás el director del periódico, don Rafael Gasset, me pidiese que ocupase la plaza que dejaba el fallecido Genaro Alcalá, un hombre mustio que llevaba la crónica de sucesos de Madrid.

—Hay que introducir sangre nueva en las venas de este periódico —me dijo en tono poético—, sangre que rejuvenezca nuestras letras y nos cuente de otro modo lo que ocurre en Madrid. El pobre Genaro, que en paz descansa, era un tipo sin brío y, qué diantres, le interesaban más la botánica y los insectos que lo que pasaba ante sus narices. Desde hoy deja usted los anuncios y se ocupa de la crónica de sucesos.

Bendita decisión. El caso es que la desgracia de Genaro, que nos dejó a los cincuenta años, según se dijo, fulminado por un ataque al corazón, fue para mí una ocasión que no estaba dispuesta a desaprovechar, la llave que me podía abrir las puertas del cielo.

No puedo negar que aquello me pilló por sorpresa y que en un primer momento me aterrorizó. Yo me veía capaz de escribir mis propias crónicas y soñaba con hacerlo algún día, pero mirando a mi alrededor en la sala de redacción mi ánimo se desvanecía como el humo de los cigarros. No solo era la única mujer, es que además era, con diferencia, la más joven. El resto de los redactores eran mucho mayores que yo, señores reputados de prosa fluida y vasta cultura mientras que yo, con mis veintiséis años recién cumplidos, apenas asomaba la cabeza al mundo.

La mañana que se supo que yo engrosaría la lista de cronistas hubo un cierto revuelo en la oficina. Algunos creyeron que tras la decisión de don Rafael Gasset estaba la sombra de doña Emilia Pardo Bazán, ardiente defensora de los derechos y la igualdad de las mujeres, además de muy buena amiga de nuestro director. Yo ni creía ni dejaba de creer. A mí, desde luego,

doña Emilia no me dijo nada, entre otras cosas porque no me conocía, y lo cierto es que, entre su plantilla, don Rafael no tenía más alternativas para sustituir al desaparecido Genaro Alcalá que su chica de los anuncios, tan modosita y educada, y tan entregada a hacer las cosas bien.

El tranvía seguía avanzando afanosamente sobre una escorrentía de agua enfurecida mientras el maquinista no paraba de renegar por su mala suerte.

—Maldita sea —bramó—, si sigue lloviendo así yo me paro y sanseacabó.

—De eso nada, usted nos deja en la Puerta del Sol —se oyó al fondo—. Solo nos faltaba tener que bajarnos aquí con la que está cayendo.

—Siga, siga, pero vaya más despacio hombre, que vamos a descarrilar — le advirtió un viejo, levantando el bastón.

—Eso si no nos electrocutamos en esta caja de cerillas —apuntó otro a modo de profecía.

En las estaciones siguientes el ingenio eléctrico fue perdiendo pasajeros, algunos se persignaban ante la portezuela de salida y otros imprecaban antes de desaparecer tras el hábito acuoso de la borrasca.

La noche se había precipitado de golpe. Apenas los fogonazos de los relámpagos iluminaban fugazmente el firmamento. Un tropel de gotas golpeaba con fuerza la superficie metálica del vagón haciendo un ruido atronador, estruendo que sonaba como una legión de timbales de guerra y nos recordaba a los que viajábamos en aquel prodigio que nuestro destino no estaba en manos seguras.

Aunque a mí nada me iba a afectar, nada podría amilanarme, pues aquel era mi gran día y, por más que el firmamento pareciese desplomarse ante nuestros ojos, por más que el cielo nos mandara señales apocalípticas, por más que mi corazón notase los pinchazos de la soledad, el futuro se abría ante mí como un enorme balcón lleno de luz. Aquel era el territorio en el que yo quería forjar mi porvenir, la ilusión con la que llevaba soñando desde que era niña.

No era una cuestión de dinero, ni tampoco de prestigio, lo que movía mis pasos era mi vocación por la profesión periodística, la única que podría hacerme dichosa. No esperaba un ascenso, tampoco había pedido un aumento de salario, con mi paga mensual de cuarenta pesetas me defendía muy bien, me llegaba para pagarme el alojamiento, la manutención, la habitación de Enrique

y todavía tenía para algún capricho. No necesitaba más.

Como el vehículo se iba vaciando, decidí sentarme en uno de los taburetes de la parte trasera. Allí traté de ordenar mis ideas, tenía que pensar cómo redactaría la crónica, qué titular utilizaría para captar la atención del lector, el antetítulo y cómo haría para reflejar de forma fehaciente, en los escasos diez renglones que tenían los artículos de la portada, lo que había ocurrido en la librería de la glorieta de Quevedo. Mientras me quitaba el sombrero acudieron a mi cabeza un puñado de adjetivos: trágico, terrible, oscuro... ¿cuál sería el más apropiado para narrar el suceso?, o ¿tal vez debería usar sustantivos que arañasen la conciencia del lector como consternación, impotencia, abatimiento o tristeza?

De repente se me nubló el juicio, fue como un golpe de realidad, un despertar violento con la sensación de haber olvidado algo trascendental. Lo importante no era tener la oportunidad de escribir, sino hacerlo bien, que mi trabajo fuese reconocido y no solo por don Rafael, sino por el público en general.

Noté cómo el corsé me robaba el aire. No era la gramática lo que me preocupaba, tampoco por supuesto la ortografía, era el texto en sí mismo, las palabras que usaría para explicar de un modo veraz lo sucedido, ciñéndome a los hechos, o tal vez tratando de apuntar sus causas. Y todo en pocos minutos, ya que a las seis de la tarde se cerraba la edición.

Un regusto amargo me anegó la garganta. En breve, y sin apenas tiempo, me enfrentaría por primera vez a un papel en blanco, un territorio vacío e inquietante que se moldearía con mi pluma hasta tomar forma propia, una especie de parto precipitado al que seguiría una maternidad sobrevenida. Escribir crónicas no tenía nada que ver con copiar telegramas de noticias recibidas de otras redacciones internacionales o acomodar anuncios publicitaria al espacio disponible, lo de ahora era crear, fecundar unas ideas con palabras aún por escribir.

Y entonces sentí una palmada en el hombro.

Cuando quise volverme advertí cómo alguien se me acercaba sigilosamente por la espalda, una sombra sin rostro que se me pegó tanto al oído que me impedía girarme. En los primeros segundos solo escuché su respiración pausada, un jadeo cadencioso y tranquilo que parecía provenir de

un hombre dormido.

—Busque la Mano Negra —me susurró con un silbido misterioso—, y ándese con cuidado.

Me quedé inmóvil, con los músculos petrificados, como si mi cerebro fuese incapaz de enviarles ninguna orden. El hombre siguió respirando dulcemente con su nariz pegada a mi oído, tan pegado que si me volvía chocaría con ella. Por momentos pensé que estaba oliéndome.

El ómnibus volvió a detenerse frente al Tribunal de Cuentas de la calle Fuencarral, la parada anterior a la que yo habría de bajarme para ir al periódico, cuando noté que aquel aliento se alejaba de mi cogote. Tardé en reaccionar, en mi cabeza se instaló la estúpida idea de que cuanto más quieta me quedase menos me afectaría aquel incidente y, cuando por fin me giré, solo pude ver cómo aquel tipo se dirigía hacia la puerta de atrás del tranvía con un gabán de cuellos subidos y un sombrero de ala ancha encastrado en su cráneo. Había algo extraño en su cuerpo, tal vez sus desproporcionadas piernas, la forma de levantar los hombros o la ausencia de cuello. Andando parecía un pajarraco, quizás un buitre. Caminaba a grandes zancadas y lo hacía con prisa, apartando a empujones los obstáculos que se cruzaban en su camino.

Cuando llegó a la salida descendió del vagón y, haciendo caso omiso del aguacero, avanzó sin vacilación hasta perderse tras el manto húmedo de la tormenta.

2

Cuántas veces habré pensado en aquel día. En ocasiones me pregunto qué habría ocurrido si hubiese decidido olvidarme de lo que me pasó en el tranvía y mi primera crónica se ciñese al suceso que vieron mis ojos en la rebotica de la librería. Pero haciéndolo así me habría traicionado a mí misma. Además, no imaginaba ni por lo más mínimo, las consecuencias que tendría añadir a mi relato el misterioso mensaje que me susurró aquel hombre justo antes de abandonar el vagón.

Los gritos del conductor del tranvía me hicieron volver a la realidad. Tenía un tono insolente, impropio de un funcionario dirigiéndose a una dama, aunque puede que llevase algún tiempo advirtiéndome de que el trayecto había finalizado y que debía desalojar de inmediato el vehículo, mientras yo seguía abstraída por lo que acababa de pasarme.

—Le digo que hemos llegado a la Puerta del Sol, señorita. Por más que esté tronando, tiene que bajarse porque yo me voy a meter este cacharro en las cocheras —clamó.

Me quedé mirándolo como el que se despierta en mitad de una función de teatro y no es capaz de cogerle el hilo a la trama, pero el hombre había elevado aún más la voz y no paraba de gesticular con la gorra de plato en una mano, hasta el punto de que temí que me diese con ella un mandoble.

—Está bien, está bien, ya me voy.

Cuando recuperé la consciencia advertí que me había pasado de parada y, en vez de bajarme en San Antón, había llegado hasta la Puerto del Sol.

Lo cierto es que no me importó haberme alejado un poco de la sede del periódico, de hecho, en aquel momento no me importaba casi nada, ni siquiera

salir del vagón con la que estaba cayendo, quizás porque mi cabeza seguía atascada en el misterioso tipo que acababa de abordarme.

«Busque la Mano Negra», repetí para mis adentros y las palabras resonaron en mi mente como ecos de ultratumba.

Una retahíla de preguntas se amontonó en mi cabeza, ¿qué diablos querría decirme aquel individuo? ¿Tendría algo que ver con la muerte de Saturnino de la Vega? ¿Por qué a mí? ¿Es que acaso había algo que ocultar sobre el ahorcamiento del librero?

El corsé me iba a estallar. Bajo la dictadura de sus cintos mi pecho me pedía un aire que parecía escasear. Aquel suceso inesperado podía esconder una realidad inquietante y desconocida para mí. Lo que había ocurrido en el tranvía no lo había soñado y el hombre que se marchó andando como un pájaro no era un fantasma, sino uno de carne y hueso.

Sin darle más vueltas, arranqué a andar bajo el temporal. Una voz interior me decía que mi tiempo se agotaba y que, de no darme prisa, no sería posible incluir mi crónica en la edición de aquel día.

Con mi pequeño paraguas incapaz de combatir la tormenta y el sombrero desmadejado, me dirigí a las oficinas de *El Imparcial*, un caserón que se levantaba en el número treinta y uno de la calle Mesonero Romanos. Mientras recorría callejuelas anegadas fui tratando de unir cabos sin éxito. Una mano negra no podía ser otra cosa que una mano ejecutora, la que podría haber matado a De la Vega, una mano negra no podía ser otra cosa que un asesinato en lugar de un suicidio. Pero ninguna prueba soportaba esa teoría. Yo misma había llegado a la conclusión de que se trataba de un suicidio cuando vi el cadáver y el comisario Cañete lo ratificó. No había nada a lo que agarrarse para pensar lo contrario.

La plaza del Carmen estaba sumida en una oscuridad líquida. Las escasas farolas de gas habían sucumbido a la ferocidad de la tormenta y la negrura del cielo inundaba el espacio de tinieblas.

No se me iba de la cabeza el tipo siniestro que me abordó en el cangrejo. Aquel individuo tenía que haber estado en el lugar del crimen, debía tener información de primera mano del suceso, luego, si no era policía, sería un allegado o al menos un testigo interesado en que esclareciese aquella muerte. En ese caso, lo lógico hubiera sido que declarase a los agentes y no a mí y, sin

embargo, se había tomado la molestia de seguirme y susurrarme su mensaje al oído, de un modo siniestro, sin dejarme ver su rostro, como si fuera la voz de mi conciencia...

—A veces, las muertes no son lo que parecen —cavilé—, como en el asesinato de Cánovas.

Con tan poco tiempo yo nada podía hacer, con tan pocas pruebas, lo único que me quedaba era relatar los hechos, los que vi yo misma, como lo habría hecho un notario. A lo sumo podría apuntar algunas razones por las que un hombre desea perder la vida, de un modo genérico, sin aventurar las que arrastraron a don Saturnino de la Vega a hacerlo y, desde luego, sin relacionarlo con el suceso del tranvía.

Cuando llegué a la redacción tenía tan mojado el cuerpo como seco el cerebro. Me sentía desconcertada, jamás hubiera imaginado que el día de mi primera crónica me habría acompañado tamaño desamparo, una sensación de vacío y soledad que colonizaba mi espíritu como una plaga bíblica.

En cualquier caso, una voz interior me musitaba que no podía parar, que el tiempo iría guiando mis pasos con pistas que solo al destino conocía, así que recorrí la planta baja envuelta en sombras dejando tras de mí un reguero de agua. Allí ya no quedaba nadie, a esas horas los redactores estarían en sus tertulias o en las salas de espectáculos tomando notas para su siguiente crónica. O quizás en sus casas, protegiéndose de la furia de la tormenta.

Las mesas a oscuras, con sus quinqués apagados, parecían retahílas de tumbas de un cementerio desamparado. Un olor a madero vieja inundaba los sentidos, el mismo olor que me había encandilado desde el día que ingresé como meritoria en el periódico.

Dejé entonces el abrigo y el sombrero en una percha y me recompuse mínimamente el pelo antes de bajar al sótano con la esperanza de que no hubiesen terminado todavía las planchas de impresión. Sabía que no sería fácil convencer a los maquetistas, pero tenía una baza importante que estaba dispuesta a jugar, el aval de don Rafael Gasset que apenas un par de horas antes me había asegurado que, si mi texto llegaba antes del cierre, sería uno de los tres que abrirían la portada, nada menos que diez renglones en la hoja principal de un diario de cuatro páginas.

El sótano del inmueble era conocido en la casa como *la Caverna*. Aunque

nunca pensé que se le llamaba así de un modo peyorativo, aquel rincón destilaba tinta y sudor a partes iguales y su nula ventilación lo convertía cada tarde en un lugar pegajoso y de atmósfera espesa. Pero aquel era también el corazón del periódico, el lugar donde se gestaba el milagro diario de la edición con el tesón de los linotipistas y los martillazos contra las planchas de acero de los maquetistas.

Fue ese ruido el que me reveló, antes de llegar, que el trabajo de composición todavía no estaba acabado, que las máquinas no habían empezado aún a chorrear tinta sobre el rollo de papel en blanco, lo que me daba algunas posibilidades de que se pudiera incluir mi crónica.

Aquella noche, como todas, *la Caverna* estaba tomada por una legión de linotipistas de largo mandil negro, engrasando máquinas y poniéndolas a punto para la impresión. De entre ellos emergió Segismundo Iriarte, el encargado de poner orden en aquella caterva de empleados, por lo general rudos y deslenguados. Con sus más de cuarenta años de experiencia no había problema que se le resistiese, por lo que don Rafael Gasset, que a pesar de tener poco más de treinta años ya llevaba muchos de director, le había encomendado la misión de llevar a cabo la elaboración diaria del periódico con pulcritud y puntualidad. En la imprenta no se movía un pelo sin que lo autorizase Segismundo, hasta el punto de que en la casa era conocido como *el Páter*.

—Buenas tardes, zagala —me saludó, quitándose los lentes redondos que apoyaba en el extremo de la nariz—. ¿Qué haces por aquí a estas horas?

Segismundo era un espartano de pies a cabeza, en su modo de vestir, en su forma de hablar, todo su ser era la sequedad personificada, lo superfluo se había desprendido de él como una piel inútil dejándole con lo mínimo para atravesar el túnel de la vida. Y, no obstante, conmigo era distinto. Fueron muchas las veces que hubo que meter un anuncio publicitario en un hueco de último minuto y el Páter me llamaba poco antes de cerrar la edición. Tal vez porque fuese una chica rodeada de tanto hombre o quizás por mi determinación para abrirme paso entre ellos, el caso es que conmigo no faltaba la sonrisa, cosa que raramente hacía mientras ordenaba a su enjambre de empleados.

—Tengo algo gordo —anuncié—, tienes que dejarme una columna de la portada.

—Ni lo sueñes —objetó de mala gana Damián, el tipógrafo moreno de

pelo encrespado que dirigía el sindicato—. A esta hora ya está la edición casi cerrada.

No esperaba menos de Damián, el sindicalista de voz aflautada y maneras prepotentes que había intentado seducirme en varias ocasiones a su manera, sacando pecho como un gallo de corral. Mi escaso interés por su persona me convirtió en su enemiga y, desde entonces, no perdía ocasión para fastidiarme.

Afortunadamente, Segismundo no le hizo caso. Mi intuición me dijo que quería ayudarme, encontrar el modo con el que pudiese darme, por fin, el empujón que llevaba tanto tiempo esperando.

—¿De qué se trata? —quiso saber.

—Del suicidio de un librero de la glorieta de Quevedo. Justamente vengo de allí, ha sido el propio don Rafael quien me ha pedido que vaya. Por cierto, que menuda tarde ha elegido el buen hombre para quitarse la vida —añadí, haciéndoles ver mis ropas empapadas.

El Páter se encastró aún más los lentes en la punta de la nariz como si así pudiese pensar mejor. Luego me miró a través de sus cristales con la barbilla levantada.

—¿Un suicidio en la portada? —inquirió—. Hace tiempo que no hablamos de suicidios.

Era una prueba, una forma de comprobar la importancia que yo le daba a la noticia y ver, de paso, si yo tenía el carácter suficiente como para convertirme en cronista. Tocaba no arredrarse ante tanto hombre.

—La noticia va a recorrer Madrid como la pólvora —argüí—, y eso que no está el tiempo como para mucha tertulia. Ese hombre no se ha matado por deudas o calamidades, no había más que ver el traje que se ha llevado puesto al otro mundo. También hay que descartar el mal de amores, pues don Saturnino de la Vega era un empecinado solterón, ¿qué motivos podría tener para quitarse la vida?

Levanté la voz aposta, para que todos me oyeran, entonando con la mayor contundencia que fui capaz y esperé a que el silencio viscoso de la Caverna me fuese dando la razón.

—No sé, dímelo tú —ordenó al fin Segismundo.

La sombra del hombre que me abordó en el tranvía me atravesó el pensamiento. Su siniestro mensaje había sembrado en mí la duda sobre la

verdadera razón de la muerte del librero, pero no era momento de vacilaciones, mi determinación era imprescindible para convencer al Páter, así que opté por agarrarme al argumento del comisario Cañete.

—La pena. Lo he visto con mis propios ojos, la angustia de seguir soportando un mundo que se derrumba ante nuestras narices. Eso es lo que hay que resaltar, la pena que nos ahoga. Necesito solo quince minutos.

—¿Cuánto?

—No se pueden escribir las noticias antes de que ocurran y esta vez tengo el beneplácito de don Rafael.

Los maquetistas se quedaron quietos, hasta Damián, al que su orgullo le impedía iniciar una batalla cuando temía perderla, decidió callarse. Quizás les sorprendiese mi aplomo, la seguridad con la que les insté a cambiar sus planes. Al fin y al cabo, hasta aquel momento, yo había sido la chica de los anuncios publicitarios y poco más.

Todas las miradas se concentraron en Segismundo, la mía firme, aunque en el fondo suplicante de clemencia y la de los demás expectante, aguardando su veredicto final. Contuve la respiración y, por más que no las tuviese todas conmigo, me esforcé por mostrarme segura de mí misma.

—Está bien —concluyó, rascándose la papada—, quince minutos y ni uno más. Vosotros —les gritó a los maquetistas—, rematad la gacetilla y dejad un hueco en la derecha de la portada para una crónica.

Hubo un murmullo de protesta, alguno incluso perjuró *sotto voce* porque Segismundo era mucho Segismundo para retarle de frente. No obstante, aún no podía cantar victoria, en el espeso ambiente de la Caverna percibí un conato de altercado, una revolución silenciosa que no tenía tiempo de sofocar. Si les entregaba mis diez renglones de texto antes de que terminasen de maquetar el resto de la edición, el incidente se olvidaría pronto y yo conseguiría, por fin, publicar una crónica en el periódico.

—Hecho, muchas gracias.

Con las faldas remangadas subí a toda prisa las escaleras que conducían a la sala de redacción y allí volví a enfrentarme a las sombras azules que colonizaban su espacio. Entre tinieblas distinguí la mesa vacía de don José Velarde, redactor jefe, veterano de la guerra de África y campeón de las malas pulgas, con el viejo sextante que, según decía, pertenecía a su familia desde

hacía más de doscientos años. También la de Aniceto Villaverde, que había sido mi tutor hasta aquel día, con su legión de plumas, lapiceros y plumines ordenados como si estuviesen desfilando frente a los tinteros y a un cartapacio de cuero rebujado del que sacaba cada mañana un papel en blanco para su crónica de internacional. Finalmente la mía, recién heredada del infausto Genaro Alcalá, ausente de adornos y manías.

Una mínima raja de luz blanca atravesaba la sala cortando como un cuchillo su negrura en dos mitades. Provenía del despacho que don Rafael Gasset tenía en la primera planta y cuya puerta nunca estaba cerrada a esas horas. Allí estaría él, esperando a que se terminase la edición del diario por si Segismundo tuviese que consultarle algo. No había ocurrido nunca, porque el Páter sabía resolver cualquier tipo de contratiempo, pero el director mantenía la costumbre de llegar a su despacho a media tarde por si surgía alguna adversidad, como un juez supremo al que solo se acude cuando se han agotado todas las instancias.

Me apresuré a encender el candil de mi mesa y rebusqué entre los cajones un papel en blanco en el que plasmar el amasijo de ideas que se apelmazaban en mi cabeza. Un brillo dorado acarició el pupitre y cuando por fin me senté, acompasé la respiración y empecé a mirar a mí alrededor. Necesitaba apropiarme del duende que habitaba aquel salón, el que inspiraba a los ilustres redactores que trabajaban allí, como don José Velarde, que se sentaba frente al papel en blanco con su habano y empezaba a masajearse los ojos con las yemas de los dedos como si aquello fuera el método secreto de invocación a las musas allá donde estuvieran.

Pero allí no había musas, tan solo sombras negras como la noche y el reguero de agua que marcaba mi senda tras la caminata bajo la tempestad, la misma que comenzaba a enfriarse sobre mis huesos como una losa de cemento helado.

«Muerte entre libros», empecé a escribir desabotonándome el cuello de la camisa.

—Buen título —me animé—. Esto tiene pegada.

Los martillazos de la Caverna comenzaron a sonar con más intensidad junto a algunos exabruptos de sus operarios que parecían estar iniciando una sublevación encubierta.

Don Saturnino de la Vega, librero de la glorieta de Quevedo, apareció ayer por la tarde muerto en el establecimiento que regentaba. Según la policía se trata de un suicidio cuyas causas se desconocen. Será la investigación policial la que determine la razón por la que don Saturnino decidió lanzarse al vacío, cuerda al cuello. Era el librero un hombre de una larga soltería al que no se le conocían disputas, ni afrentas, ni deudas y al parecer de un lejano y rancio abolengo.

Ayer tarde, en el lugar de los hechos, no había ningún familiar, quizás por la tremenda tormenta que se desató sobre Madrid.

Se fue don Saturnino de la Vega para consternación de los suyos y la de un país que observa acobardado el futuro, como si nos persiguiese la maldición de una mano negra.

No había tiempo para más, ni siquiera podía releer lo que acababa de escribir si quería que los linotipistas lo grabasen en la portada, así que corrí hasta la Caverna como alma que lleva el diablo. Allí, el calor de los motores se había apoderado de la atmósfera y las máquinas de estampación iniciaban su lento traqueteo, rebosantes de tinta negra. Los operarios daban los últimos retoques, algunos con sus torsos desnudos, otros con un simple mandil, la mayoría vellosos y cubiertos de sudor mientras Segismundo no paraba de dar órdenes a diestro y siniestro. Le entregué mi crónica con un guiño de complicidad y me quedé frente a él esperando su dictamen. Como hacía siempre con lo que se iba a publicar, el Páter leyó mi escrito con sus pequeños lentes atornillados a la nariz y cuando terminó se los quitó y se quedó mirándome.

—¿Estás tonta? ¿A qué viene esa última frase?

Ni yo misma lo sabía, me salió del fondo del alma, como un arrebató, un grito al aire. Era mi modo de dejar constancia de algo que tal vez tuviese importancia, mi contribución al misterioso mensaje que me susurró el hombre que me abordó en el cangrejo.

—Nos azota una mano negra.

—¿Qué?

Necesitaba tiempo, un tiempo que ninguno de nosotros teníamos.

—Una muerte violenta siempre esconde una mano negra...

De sobra sabía Segismundo que a esa hora lo que menos interesaba era entablar discusiones con los redactores. Tampoco tenía por qué hacerlo, a mí podía despacharme de un soplo, pero no lo hizo porque el Páter, a pesar de su rudeza, a pesar de su castellana sequedad de trato, me apreciaba. A su manera, pero me apreciaba.

—Marcelo —gritó volviéndose hacia la concurrencia—, mira cómo encaja este texto en el hueco que le hemos reservado y, si no te cabe, elimina las diez últimas palabras.

3

Con la tarea que hoy emprendo, apurada mi existencia, aunque pleno de cordura, no tengo más deseo que uno, que se haga justicia sobre cuanto aconteció en mi vida, para que ningún malnacido pueda ensuciar mi honor inventando cosas que no sucedieron o sacando erradas conclusiones.

Vaya por delante que, como buen español, fui educado en ser fiel a Dios, defender con honor a la patria y ser leal a mi rey. Y así obré por muchos años, haciendo caso omiso en ocasiones de salvar mi propio pellejo. Hasta que sentí en carnes propias el dolor de la traición. Fue entonces cuando aprendí que no hay más rey que uno mismo, más Dios que nuestra propia conciencia y que la patria, que es la única que perdura más allá de nuestras vidas, no es otra que la que forjan los hombres que obran con justicia.

Por lo demás, no fui yo sino el destino quien manejó mi vida, el que me llevó por lugares que jamás hubiera transitado y de los que hube de salir con mi más leal saber y entender.

Mi nombre es Íñigo Galarza, soy natural de Sevilla y durante años atravesé sin descanso el mar océano capitaneando galeones españoles al servicio del rey nuestro señor. Tras finalizar mis estudios en la Universidad de Mareantes de Triana, recibí formación militar, con lo que añadí a mi grado de capitán de mar el de capitán de guerra.

Y fue así como la Providencia quiso que me encontrare en el puerto de San Cristóbal de La Habana aquella mañana de julio del año de Nuestro Señor de 1702 al mando del *Nuestra Señora de las Mercedes*, un soberbio galeón con treinta cañones asomando por sus escotillas sobre una eslora de cien pies y cuatro palos de arboladura. Era aquel galeón, sin duda, de los más firmes

navíos que hacían la Carrera de Indias y uno de los pocos que no pertenecían a la Corona.

En estando yo aquel día en el castillo de proa, arribó a la nao un recadero con aviso del gobernador de la isla, don Diego Córdoba Lasso de la Vega por el que se me invitaba, aquella misma tarde, a un convite en su palacete de La Habana.

—¿Y cuál es el propósito? —quise saber del correo.

—Al llegar lo sabréis —contestó.

Estaba yo por entonces singularmente inquieto, y no ya por la misiva que del gobernador me habían traído en tan extrañas circunstancias, ni porque estuviese a punto de emprender la arriesgada travesía por el océano capitaneando mi galeón, sino por la prontitud del día en el que por fin retornaría a España. Hacía meses que soñaba con ese momento, arribar a Sevilla para encontrarme con mi Esperanza, por quien bebía los aires, y pasar a su lado, y al de mi pequeña Macarena, tanto tiempo como pudiere, acaso para siempre, porque ya teníamos decidido que mi trabajo de capitán de mar no duraría la vida entera.

Amarrada al puerto de San Cristóbal de La Habana llevaba varios días nuestra flota, veintitrés barcos españoles provenientes de Veracruz, entre los que estaba el mío. Nunca hasta entonces mis ojos habían visto escuadra parecida en una Carrera de Indias. Y es que eran muchas las riquezas amontonadas en el virreinato de Nueva España tras casi tres años sin hacerse a la mar partida alguna hacia la metrópoli por la peligrosa presencia de piratas y bucaneros.

La expedición era mandada por el almirante español don Manuel de Velasco y Tejada, quien se había instalado en Veracruz años atrás con la tarea de acopiar riquezas para nuestro rey y a fe que lo había conseguido. Mas eran tantos los peligros que tenía la mar oceánica en aquellos días, ya en guerra con ingleses y holandeses, que nuestro nuevo monarca, don Felipe V, pidió a su abuelo ayuda. Y este nos la dio mandándonos veinte barcos franceses a las órdenes de un prestigioso vicealmirante, de nombre François-Louis Rousselet, marqués de Châteaurenault, con quien habríamos de zarpar, en apenas dos días, rumbo a Cádiz.

Solo así autorizó el rey al almirante de Velasco a traer los tesoros a

España, si bien le escribió muy claro: «Y con este *cuydado* navegueis, con el vigilante desvelo que *combiene* para cautelaros *quanto* sea posible y asegurar vuestro *arrivo* al puerto de Cádiz».

Al emisario que vino no llegué a sonsacarle los motivos del encuentro con el gobernador, aunque sí me dijo que a él acudirían no más que cuatro convidados, entre los que se encontraba el propio almirante don Manuel de Velasco y Tejada, al que yo apenas conocía pues aquella era nuestra primera travesía juntos.

—A las siete en punto os espera en su palacio —repitió el recadero desde el popel antes de largarse.

Venía siendo aquel julio un mes de bochorno en La Habana, días de *calura* en los que lo mejor era quedarse a la sombra sin mover un músculo, pero aquella tarde, en cayendo el sol, el viento viró y trajo sobre la bahía una fresca brisa marina que abanicó la ciudad y desterró su denso aire.

Para tamaño agasajo, tocaba ponerse las mejores galas, un buen jubón, botas nuevas y colgar la espada al cinto, aunque yo, como hombre de mar, andaba escaso de ropajes para tales circunstancias y lo poco que tenía llevaba incrustado entre sus costuras el olor a sal y pescado del ancho océano.

Rayando el sol el horizonte, dejé la fonda del puerto en la que andaba hospedado para libramme por unos días de los calvarios del barco. A esa hora volvían de faenar con sus pescadores mulatos y la dársena se llenaba de redes y gaviotas en busca de Alimento. También los habaneros salían de las casuchas blancas que poblaban el barrio marinero y, sentados a la sombra de sus zaguanes, se entretenían con el laboreo del puerto y la llegada de los pescadores.

En la plazoleta de la posada jugaban unos chiquillos al jinete y al caballo. Me paré un rato a verlos recordando a mi Macarena y la imaginé correteando por las calles de Sevilla con su pelo rizado y su trajecillo de rayas. Ya habría cumplido los cinco años y, en ese tiempo, no más de una docena de veces había estado con ella.

Subí la empinada callejuela que llevaba a la mansión del gobernador con el corazón pellizcado y me juré que aquella sería de mi vida la última travesía y que pasaría el resto de mis días en la tierra sevillana que me vio nacer, a la luz del Guadalquivir, haciendo cualquier cosa, pero allí. Pensaba yo entonces

buscar trabajo en algún gremio en el que fueran precisas nociones de mar de las que yo tantas tenía o de tráficos con Indias o quizás en la contaduría de alguna casa importante, que sensatez no me faltaba y de cuentas también sabía.

—Algo hallaré en una ciudad con tantas coyunturas.

Andaba yo discurriendo en lo raro del reclamo del gobernador con tan corto aviso y oscuro propósito, y es que don Lasso de la Vega tenía fama de hombre parco en cortejos y poco dado a dejarse ver. No parecía que fuese un homenaje a los oficiales a punto de zarpar, pues éramos pocos los elegidos, entre otros yo, por razones oscuras a mi entendimiento.

Por la tripulación de mi galeón corrió el rumor de que lo hacía para darnos cuenta de las últimas noticias de la guerra, la que había estallado tras la muerte de don Carlos II hacía poco más de un año. Y es que el rey finado, tras varios testamentos, entregó la Corona a don Phelipe de Anjou, nieto y delfín del francés Luis Decimocuarto el Grande. Pero el emperador Leopoldo de Habsburgo protestó esta sucesión por considerarla contraria a sus derechos y declaróse dispuesto a mantenerlos por fuerza de armas. No tardaron los ingleses, siempre prestos a enfrentarse a España, en aliarse con el Habsburgo, y más tarde las Provincias Unidas de Holanda, extendiendo así la guerra por tierras y mares.

Y los tiempos se tornaron hostiles, pues a los peligros grandes de la larga travesía, juntose la incertidumbre de lo que encontraríamos en España a nuestra llegada a Cádiz.

Nada más llegar al palacete averigüé que los otros tres invitados, amén del almirante de Velasco, eran precisamente el vicealmirante francés Rousselet de Châteaurenault y los hermanos José y Fernando Chacón, contraalmirantes de las dos naos de guerra la *Bufona* y la *Capitana*.

—Esperen aquí vuestras mercedes —ordenó un ujier con medias blancas y trazas de cortesano—. El señor gobernador saldrá en un momento a recibirles.

Nos saludamos los convocados sin tener palabra alguna. Di por cierto que a todos nos pilló por sorpresa el aviso y que ninguno conocía sus motivos.

A fe que, de los presentes, yo era el más pasmado, pues, de todos, era el único que no poseía alto rango militar y, por más que el *Nuestra Señora de las Mercedes* fuese un galeón esplendoroso, no era del rey ni tampoco el más grande de la flota española.

Ante la parquedad de palabras entretuve mi tiempo fijándome en el salón y vive Cristo que estaba hecho sin escatimo, suelos de mármol, lujosos muebles de caoba que imaginé traídos de Francia muchas décadas atrás y una figura grande de San Cristóbal tallada en madera. De los techos pendían lámparas de gruesas velas con cientos de lágrimas de cristal y más en el centro, sobre una mesa de madera con profusos ribetes, habíase dispuesto un mantel de hilo, cubiertos de plata y vajilla de cristal. Eran lujos de otros tiempos, de cuando por los territorios de ultramar corrían el oro y la plata como el agua por los ríos, de cuando la Corona española no tenía parangón.

Mas eso ya se acabó, las arcas españolas estaban casi vacías, y lo que era aún peor, la nueva guerra terminaría de esquilmar las pocas riquezas del reino trayendo consigo subas de impuestos, rebajas de sueldos de soldados y menestrales y mucha pobreza del vulgo.

—Bienvenidos a vuestra casa, mis bravos adalides —saludó el gobernador cuando hizo su aparición en el aposento.

Vestía una casaca azul con botones dorados y unos pantalones de seda hasta las rodillas seguidos de unas medias blancas algo desteñidas. Confieso que lo había imaginado de otra manera, con peluca y pañuelo de seda al cuello como correspondía a personas de su rango. Cuando lo tuve delante, no supe si su descompostura se debía al calor del estío en la isla o a su falta de ostentaciones.

El primero que se acercó a saludarlo fue François-Louis Rousselet de Châteaurenault. Era hombre viejo el vicealmirante, de más de sesenta años, y de él se decía que el nuevo rey Phelipe V le había llamado a audiencia para nombrarle capitán general del mar océano.

—Señor gobernador —dijo con una reverencia de sombrero y una parla muy francesa—, es un honor para mí y para el reino de Francia al que represento, compartir con vuestra excelencia momentos tan importantes previos a nuestra partida.

Devolviole Lasso de la Vega una salutación más parca y desaliñada que la del francés. Poco acostumbrado a aquellas ceremonias, al gobernador se le veía torpe en la diplomacia y en las reglas del protocolo.

Era, sin embargo, don Diego Córdoba Lasso de la Vega de profesión general de artillería y considerado un hombre de prez en la isla por su

contribución al progreso y a la mejora de sus construcciones. De él se decía que sobresalía por su lealtad a España, por su inteligencia y por su acertada visión en el campo de batalla.

—Mis hombres y yo nos sentimos honrados por tan alta distinción al invitarnos a este acto —señaló don Manuel de Velasco y Tejada con un tocado de sombrero.

Velasco también era hombre de mar, con largos años de servicio en la Armada Real, aunque llevaba tiempo afincado en Veracruz sin tocar suelo patrio, según las malas lenguas para olvidar los fracasos de su matrimonio y, de paso, gozar del concubinato de una joven indiana.

Los hermanos Chacón saludaron al gobernador con ademanes militares, no en vano ambos llevaban décadas sirviendo a la Marina habiendo alcanzado el grado de vicealmirantes.

El último turno fue para mí.

—Soy Íñigo Galarza —anuncié, escamado de ser un completo desconocido—, capitán del *Nuestra Señora de las Mercedes*. Es para mí también un honor, a la par que una sorpresa, haber sido llamado a este convite.

No respondió Lasso de la Vega a mi afrentoso comentario, se limitó no más a sostenerme la mirada. Yo no le rehuí y frente a él me quedé con las cejas levantadas esperando alguna señal que alumbrase mi pensamiento, mas lo que vi, lejos de las razones por las que había sido llamado al homenaje, fue miedo en sus ojos, una congoja impropia de un militar de tan alto rango. Tal vez él lo notase, porque cuando quise escarbar en el meollo de su ser, el gobernador apartose de mí concentrándose en los otros invitados.

—Soy yo quien debo agradecer la presencia de vuestras mercedes. Os he mandado aviso esta misma mañana y a fe que se os acumulan las tareas cuando queda tan poco para zarpar.

El marqués de Châteaurenault encogió sus pequeños ojos y la frente se le llenó de arrugas. Tenía el francés porte de gran hombre, con su peluca castaña cayéndole por los hombros y una historiada casaca roja, infundía confianza y seguridad a partes iguales. De él se decía que estuvo en mil batallas y de todas salió victorioso.

—Acertáis si nos habéis reunido para que estrechemos lazos los que vamos a surcar juntos los mares.

De sobra era sabido que Châteaurenault obedecía a su rey y no al nuestro, por más que fuera su nieto, y que el francés esperaba recompensa por aquella ayuda. Los términos en los que se fraguó el acuerdo eran, para todos, un misterio.

—No solo es un placer, sino una obligación atender a vuestra llamada —arguyó don Manuel de Velasco—. Mucho he oído hablar de vucencia en Veracruz y todo bueno. Conocerlos en persona es para mí un honor.

Sonrió sin fuerza el gobernador. No parecía Lasso de la Vega hombre dado a halagos ni a palabras vacuas, así que, ahorrándose más preámbulos, dirigióse a la mesa y nos pidió tomar asiento.

—Brindemos por nuestro nuevo rey —propuso Lasso de la Vega, tomando una copa de xerez.

Y allí proclamamos algunos «vivas» que fueron coreados incluso por Châteaurenault.

Más tarde vino una ceremonia parca en ostentaciones, como lo era el propio gobernador, sin música ni faisanes, servida por unos pocos criados taínos con más voluntad que maña. A ninguno nos importó la falta de boato, como hombres de mar, estábamos habituados a comer bizcocho agusanado y habas secas con un pellejo de vino.

Tras los primeros sorbos de ron, el gobernador se mostró más relajado, como si el alcohol le hubiese liberado de la costra de parquedad que envolvía su persona.

—A punto de levar anclas, ¿cómo se presenta esta singladura? —quiso saber de boca de los allí presentes.

—Complicada —se adelantó el marqués de Châteaurenault—. Doy por seguro que, en llegando a Las Antillas, nos cruzaremos con la armada inglesa, si no con los malnacidos piratas. Solo espero que a ninguno se les ocurra atacarnos a la vista de nuestro poderío.

La mesa quedó en silencio. Los españoles éramos excelentes hombres de mar, acostumbrados a bregar con sus inclemencias y con los rugidos del océano, mas la cosa había cambiado desde que aparecieron los sanguinarios corsarios con sus raudos bajeles y su desprecio a la vida. Y encima los anglicanos nos habían declarado la guerra.

—¿Acaso creen vuestras mercedes que serán capaces de aborarnos con

tamaño armada? —inquirió Lasso de la Vega sin poder ocultar su preocupación.

—No les creo tan estúpidos —intervino el almirante de Velasco con un mucho de engreimiento—. Sea cual sea su fuerza, les superamos de largo en cañones.

Châteaurenault se revolvió en su silla. A fe que no tenía la misma convicción que el almirante, pero no quiso entablar con él disputa. Y no era el único que pensaba así, pues yo, sin ir más lejos, albergaba los mismos temores.

—Por los clavos de Cristo —gritó entonces el gobernador—, esta carga tiene que arribar entera a España y una vez allí ser puesta a buen recaudo. Ahora más que nunca el rey la necesita para sostener la costosa guerra.

Levantose Lasso de la Vega de su silla y recorrió la mesa con la vista, era su mirada la de un veterano militar arengando a sus tropas y curtido en mil batallas.

—En esta carrera nos jugamos mucho —remató—. No es exagerado decir que nos jugamos el futuro de España.

Por más que se suponía secreto, de todos era sabido cuál era el contenido del grandioso cargamento que trajinaban nuestras bodegas. Ni una semana hacía que habíamos descargado cientos de cofres con el sello de la Real Hacienda junto a millares de objetos para ser ocultados en una de las más intrincadas cámaras de la fortaleza militar de la isla.

Aquel, como todos los botines que trasbordaban nuestros galeones, no era otra cosa que una cargazón de oro y riquezas de las Indias para ser puestas al servicio del rey, una cargazón como no se había visto nunca, pues don Manuel de Velasco había estado amasándola durante casi tres años.

—La Corona española se desangra haciendo frente a sus enemigos. No podemos permitir perder una sola onza de oro en el mar y menos aún dejarla en manos de los corsarios ingleses.

—Es la primera vez que juntamos una cuarentena de barcos para cruzar el océano —terció De Velasco—. Nunca antes se habían visto tantos mástiles y cañones en una sola escuadra sobre estas aguas.

—Todo cuidado es poco, máxime en esta ocasión.

Empezó entonces Lasso de la Vega a mesarse el pelo y a tirarse de las

puñetas, cual si no pudiera permanecer más tiempo callado.

—Creo que ha llegado el momento de anunciaros por qué os he convocado hoy.

La sala guardó silencio, siendo el almirante de Velasco, de todos el de gesto más ceñudo.

—Cerrad puertas y ventanas y marchaos —ordenó el gobernador a los sirvientes—. Y no entréis hasta que se os avise.

No tardamos en comprender por qué la invitación había llegado menguada de esclarecimientos y sin apenas tiempo. Don Lasso de la Vega quería confiarnos un secreto que, ni por los clavos de Cristo, podíamos imaginar.

Los criados obedecieron prestos y al poco permanecimos quedos a la espera de sus palabras.

—Excelencias —arrancó De la Vega, oscureciendo el sobrecejo—, lo de hoy no es un convite de cortesía ni tampoco un capricho. —Era tal su desatino que, de un trago, se endilgó otra copa de ron antes de seguir:

—Habéis de saber que se os ha elegido para acometer una importante tarea, un encargo personal del mismísimo Felipe V, que ha de permanecer en el más grande secreto.

Sentí una punzada en el pecho. Algo me decía que habíanme preparado una trampa, que yo era, de todos, el emboscado y que, entre tanto capitoste, veríame obligado a aceptar sus condiciones.

«Amistad de yerno, sol en invierno», pensé.

—Si el mandado viene de su majestad, contad con ello —se adelantó el almirante de Velasco.

—Vive Dios que sí —reaccionó desairado Lasso de la Vega—, no es otro que su católica majestad quien lo ordena, aunque el asunto también me toca el corazón.

El vicealmirante francés entornó sus ojuelos cual si quisiera atravesar con la mirada la piel del gobernador y leer en dentro de su alma. También los hermanos Chacón quedaron amorrados, esperando que deshiciera el nudo que la conversación había trabado, mas Lasso de la Vega no tenía prisa, su interés no era otro que asegurarse de que estábamos comprendiendo la importancia de sus palabras.

—¿De qué se trata, pues? —quiso saber De Velasco.

El gobernador levantose otra vez y nos habló apoyando los nudillos sobre la mesa. Su rostro ardía de emoción.

—De María Cristina, mi única hija, la que habréis de llevar a España por un motivo que no admite dilación. Hace más de un año que buscamos la mejor manera de hacerle cruzar el océano, mas los malditos piratas antes, y ahora los ingleses hideputas, nos han desalentado a hacerlo. No habrá ocasión más segura que esta. Es ahora o nunca cuando ha de embarcar.

—Su excelencia —intervino Manuel de Velasco—, para tal misión no hubiese sido necesario convocarnos aquí. Vive Dios que nosotros la llevaremos sana y salva hasta las costas españolas y que cuidaremos de ella cual si fuera una hija nuestra.

—Contaba con ello y por anticipado os lo agradezco, pero esta encomienda tiene algunas singularidades que no podían dejarse al azar, detalles por lo que era menester verme con vuestras mercedes en persona.

—Nos tenéis en ascuas.

—Como os he dicho, para empezar, esta tarea es secreta.

—¿Secreta? —intervino Fernando Chacón.

—Secreta, nadie más que quienes hoy aquí estamos debe saber que quien viaja con vuestras mercedes es mi hija. Y esto habéis de guardarlo de por vida. No ha de saberse ni ahora, ni nunca.

El vicealmirante Châteaurenault, poco acostumbrado a acertijos, se levantó igualmente de la silla. A nadie se le escapaba que él obedecía a Luis XIV y sus intereses no tenían por qué ser los de su nieto, nuestro rey.

—¿Por qué razón habría de ocultarse entre nuestros propios hombres, la identidad de su infanta? ¿A qué peligros nos estamos enfrentando?

—Lamento no poder responderos —contestó Lasso de la Vega—. Como buenos soldados, vuestras mercedes comprenderán que las órdenes no siempre se explican. Todo lo que necesitan es leer este bando dictado de puño y letra por su majestad el rey. —Y entonces de su casaca sacó un sobre lacrado con el sello real—. Cuanto os he dicho está aquí escrito en este legajo —dijo, entregando el pergamino a don Manuel de Velasco por ser, de todos, el oficial que ostentaba el rango de capitán general en aquella singladura.

El almirante deshizo el lazo y en desenrollando el título dejó a la vista el escudo de los Borbones con los lises, la bordadura en gules y el Toisón de

Oro.

Abajo un texto rezaba:

*Carta de Su Católica Majestad el rey y
señor Phelipe V.*

*Siendo yo Phelipe V el rey de las
Espanas, manifiesto mi voluntad de que la dama
Maria Cristina Córdoba Lasso de la Vega
sea traída a la corte de Madrid y que lo haga en
galeón seguro con la más grande discrección.*

*Por su seguridad, deberá viajar de incógnito,
siendo su viaje conocido solamente por mis más fieles
servidores.*

*Recompensaré a quienes la protegieren
haciendo lo que fuere necesario para que llegue sana
y salva a nuestro reyno y consideraré enemigo de la
patria a quienes no respetaren mi voluntad.*

Así sea,

Yo, el Rey.

Le seguía una signatura enrevesada.

Pasó la cédula de mano en mano y la fuimos leyendo a la sordina y con el ceño arrugado por la severidad de las letras allí escritas.

—¿Conocen la rúbrica del rey? —interpeló el gobernador.

—Doy fe de que la es —fue el francés quien contestó—. Al igual que su sello.

—Comprenderán entonces vuecencias que se trata de un alto secreto de Estado sobre el que no puedo ofrecer más detalles.

No hubo réplica, tampoco era necesaria, como hombres de ley sabíamos que esa clase de providencias no admitía preguntas.

—Será pues María Cristina Córdoba Lasso de la Vega una viajante más, anónima y discreta, a la que no hay que hacer más cortejo que dejarle un camarote que compartirá con su aya. Nadie durante la travesía ha de molestarla y cuando lleguéis al puerto de Cádiz, un emisario del cardenal Portocarrero os estará esperando para hacerse cargo de su seguridad.

Hubo un silencio sepulcral. Era don Luis Fernández Portocarrero uno de los hombres más poderosos de España, consejero que fue del finado Carlos II y la persona que había conseguido que Felipe V terminase siendo rey, haciendo de regente hasta la llegada del Borbón a España y enfrentándose a los leales a los Habsburgo. No había nadie en la corte de Madrid que no respetase y temiese a su eminencia.

—Hágase pues —respondieron los hermanos Chacón al unísono.

El ron había ablandado nuestros pensamientos y nos tiñó los ojos con la calor del fuego. Saber que la tan secreta comisión no era más que llevar a la hija del gobernador a España parecía tarea fácil y que se hiciera por expreso deseo del rey era más que suficiente como para acometerla con gallardía. Poco importaban las razones de aquella empresa si de por medio se hacía un gran servicio a la Corona.

Fue una vez más el almirante don Manuel de Velasco quien tomó la palabra

y lo hizo en tono tan solemne que sonó a juramento.

—Habilitaré el mejor de mis camarotes en la nave capitana para vuestra hija y me ocuparé en persona de que su travesía sea agradable.

—Creo que no me habéis comprendido, almirante —contestó el gobernador—. Mi hija no viajará en vuestro barco.

Volvió a la sala el silencio, una mudez pegajosa como la calor que seguía aumentando por tener cerradas puertas y ventanas. Vive Dios que no era Lasso de la Vega hombre de muchas palabras y que bien merecida tenía la fama de arisco y falto de modales.

—Sería demasiado evidente si vuesarced tiene por tripulante a una señorita con su dama de compañía —arrancó al fin—. Doña Cristina Córdoba Lasso de la Vega viajará, haciéndose pasar por hija de su aya, en la nao *Nuestra Señora de las Mercedes*.

Todas las miradas se volvieron a mí y eso hizo que se me sonrojaran las mejillas, pues para los demás, yo era casi un extraño, un hombre con el que apenas habían cruzado palabra y del que solo conocían el nombre y poco más. Cierto es que yo tampoco les conocía a ellos, pues en mis años de mar casi siempre navegué en solitario.

Hubiera deseado que el gobernador aclarara sin demora sus palabras, mas, como era su costumbre, no lo hizo.

—Supongo que es por eso por lo que estoy aquí —acerté a decir entonces.

—Eso es —sentenció al fin Diego Córdoba Lasso de la Vega—. El *Nuestra Señora de las Mercedes* será, sin duda, la nave más valiosa de toda nuestra católica flota, por ser la que alojará la mercancía que con tanta premura espera el mismísimo rey. Y para que pueda salvarse en caso de emboscada, vuestro galeón deberá ir ligero de fardel.

No pude por menos que encogerme de hombros. Lo cierto es que aún hoy no atino a saber cómo fui elegido entre tantos, quién me anduvo espionando y si era verdad que fue el mismo rey quien dio su consentimiento.

Caía la noche en el salón del gobernador y al tiempo se retiraban las luces. Así sentía yo oscurecer mi entendimiento. El gobernador mandó venir a unos lacayos para prender los candelabros y luego les hizo salir cerrando de nuevo la puerta. De súbito, la sala se llenó de una luz amarilla.

—Como corresponde a las leyes del mar, durante la travesía, mi hija y su

fámula estarán bajo vuestras órdenes —dijo, dirigiéndose a mí.

Aquello enojó a don Manuel de Velasco. No había más que ver sus ojos, su boca apretada y el vaivén de la casaca por su respiración agitada.

—¿Y por qué debe portarla él? —espetó señalándome—. ¿No es acaso mejor que vuestro retoño vaya en un barco de guerra? No hay otro más seguro que el *Jesús, María y José* que, además de ser la nao capitana, cuenta con setenta cañones.

—Un barco de guerra es el blanco preferido de cualquier enemigo —zanjó Lasso de la Vega—, y además es lento en alta mar.

Quise hablar, mas no sabía qué decir. Las ideas se me habían enmarañado en la cabeza y no atinaba a tirar del ovillo.

—Como podéis imaginar —retomó el gobernador—, el rey nuestro señor me ha pedido que, llegado el caso, de todas las naos, protejáis como oro en paño a la *Nuestra Señora de las Mercedes*.

El vicealmirante Châteaurenault, que no había dicho amén, quiso entonces de pronunciarse. Al fin y al cabo, él era el único forastero.

—Dad por hecho que mis hombres y yo protegeremos a vuestra hija. Tengo por mandato de mi rey el defender a vuestra armada y si en ella viaja tan ilustre pasajera, será tratada como su más preciado tesoro.

La mención a Luis XIV contrarió a los allí presentes. Francia llevaba décadas tratando de violentar nuestros asuntos patrios y el nombramiento del nuevo monarca, nieto del Rey Sol, levantaba recelos en muchos jercas españoles que temían la influencia que podía recibir el joven Borbón de su familia en Versalles.

—No es al reino de Francia al que servís en esta empresa —atajó Manuel de Velasco—, sino al rey de España, y no estamos hablando de la flota española, a la que doy por seguro que escoltaréis, sino de la hija del gobernador.

Châteaurenault acusó el golpe. Sabedor de que su actitud era observada con desconfianza, prefirió permanecer quedo. Y es que el francés parecía, de natural, no contencioso, y de suficiente inteligencia como para evitar cualquier conflicto con quien, según las leyes del mar, era el capitán general de la flota en aquella singladura.

—Cuenta vucencia con mi lealtad y la de mis hombres —aseveró De

Velasco con un punto de resignación— para proteger, por encima de nuestras vidas, a la nao *Nuestra Señora de las Mercedes*.

Los Chacones irguieron ligeramente los torsos. Como vicealmirantes de la expedición, era a ellos a quienes correspondía el mando en ausencia de Manuel de Velasco.

El único que no se había pronunciado aún era yo.

—¿Y vos, tenéis algo que decir?

La pregunta de Lasso de la Vega sacome de mis cavilaciones.

—Soy capitán de galeón español y, como tal, haré cuanto esté en mi mano por llevarlo a buen puerto. Lo que queráis que lleve dentro es cosa de vucencia.

Lasso de la Vega arrugó la frente. No tuve duda de que mi respuesta no le gustó.

—Alta misión se os está encargando capitán Galarza, y no es a mí a quien servís en esta embajada, sino al mismísimo rey de España, ¿juráis por vuestro honor proteger a mi hija de cuantos peligros surjan, no cejar hasta que quede en manos del emisario de Portocarrero y que desto no diréis ni una sola palabra a nadie?

No era Lasso de la Vega hombre de medias tintas, así que convine que, en semejante aprieto, cuanto más clara estuviese mi postura, mejor me iría.

—Al rey me debo. Lo juro, por mi honor.

Juraron también guardar silencio de cuanto allí se dijo mis cuatro acompañantes, con tanta solemnidad, que el gobernador quedó satisfecho.

Quiso entonces Lasso de la Vega celebrar el convenio alcanzado ordenando a los criados que abrieran puertas y ventanas y trajeran cigarros puros y más ron.

Y así pasaron las horas, entre risas y bromas aliñadas por el licor, que hasta el mismo Lasso de la Vega perdió su natural sequedad y el almirante de Velasco pareció olvidar el recelo que sentía ante el marqués de Châteaurenault. Pero a mí pocas ganas de festejo me quedaban, pues no atinaba a comprender lo que estaba pasando llegando incluso a rumiar que me habían tendido una celada.

Decidí serenarme. Fuese lo que fuese, ya no tenía remedio. Lasso de la Vega debió notar mi inquietud porque vino a mí y, echándome el brazo por el

hombro, me llevó hasta donde estaban los otros.

—No temáis por nada, capitán Galarza —dijo con soltura—, no ha habido ni nunca habrá barco mejor protegido que el vuestro en esta Carrera de Indias.

Sonreí sin ganas. No era el peligro lo que me preocupaba, la vida del mar me había enseñado a despreciar los miedos, sino la desazón de no saber la causa por la que yo había sido escogido para tan importante tarea.

—Pasado mañana pues —remató entonces el gobernador—, mando el cielo esté aún cubierto por el manto de tinieblas, las dos llamas embarcarán en el *Nuestra Señora de las Mercedes*. Lo harán sin llamar la atención y durante la singladura tendrán una vida discreta y sin privilegios. Será tarea de vuestras mercedes poner los ojos sobre ellas, vigilar que nadie las porfie y cuidarlas hasta que pongan el pie sobre las costas de Cádiz.

Llenó entonces otra ronda de ron y levantó su vaso.

—Que así sea.

Y todos los alzamos también.

—Que así sea.

Afortunadamente el texto encajaba como un guante en el espacio disponible. Doce hermosos renglones bajo su título en una de las tres noticias que ocupaban la portada. Estaba tan excitada que no me moví de la redacción hasta que tuve en mis propias manos un ejemplar del diario impreso, ya cerca de la medianoche.

Madrid, viernes 15 de diciembre de 1899.

«Un día para no olvidar», pensé con los ojos empañados.

Con el periódico bajo el brazo decidí que aquella noche tenía que ver a Enrique, tenía que contarle lo feliz que me sentía.

«La felicidad no es plena si no se comparte con los seres queridos», me dije, —y, a pesar de que lo nuestro había quedado en una rara amistad, él formaba parte de mis mejores recuerdos, de los días más dichosos de mi vida y esa huella permanecería grabada para siempre en mi corazón.

La tormenta había dejado a su paso ramas esparcidas por los suelos y un fuerte olor a tierra mojada. En las calles apretadas del casco viejo, la luz era escasa y apocada, como si tuviese miedo a desvelar las miserias que escondían sus penumbras. Una buena parte de las farolas estaban destrozadas por los efectos de la tempestad así que tuve que componérmelas, entre brumas y sombras, para evitar los charcos que había provocado el aguacero y los socavones del firme.

Los comercios de la calle de la Ruda estaban cerrados con toscos portones

de madera, tablones apolillados que tenían por cometido que los indigentes no los asaltasen en busca de algo que llevarse a la boca. Eran tiendas para pobres, con productos básicos y de escasa calidad, pero apetitosas para quienes vivían acechados por el hambre. Solo un hatajo de gatos apuraba los pocos despojos que a su vez habían dejado los mendigos de las sobras de las tiendas, escuálido festín para unos escuálidos felinos que parecían vivir del aire.

Un quinqué de luz temblona me indicó el portal de la casa donde vivía Enrique, una habitación alquilada que yo le pagaba desde que dejamos de estar juntos, sin que eso me importase.

Era un inmueble viejo de dos plantas con una fachada desconchada y llena de manchurrónes de humedad. La puerta exterior estaba siempre abierta y, en el zaguán, don Venancio había instalado un puesto de guardia desde el que vigilaba a todas horas la entrada y salida de sus huéspedes. Ese era el modo que tenía el propietario de la finca de evitar que se le colasen pordioseros y vagabundos entre sus clientes. Para ellos, para los menesterosos sin recursos, existían las «casas de dormir», lugares de mala muerte con precios ínfimos donde se daban cita el hacinamiento y las infecciones, un modelo de negocio del que don Venancio huía con espanto.

A pesar de que ya se había sobrepasado la medianoche, el dueño seguía allí, apontocado en una silla roída y medio dormido, como si su labor de centinela no tuviese descanso.

—Buenas noches.

Dio un respingo y, aún adormilado, hizo el ademán de interponerse en mi camino.

—Vengo a ver a Enrique Pérez-Ayala.

De sobra sabía el patrón a quien iba buscando. Era yo quien pagaba la habitación desde que Enrique dejó mi casa, y quien le visitaba regularmente, al principio tratando de recuperarlo y más tarde compadeciéndome de él.

Fue entonces cuando pareció despertarse.

—Su amigo no está.

Nos quedamos mirándonos sin decir nada, yo confundida por su respuesta y él, seguramente, esperando alguna señal por mi parte.

—¿No está? ¿Aún no ha venido a dormir?

—No, hace dos días que no aparece por aquí.

Se me escapó un suspiro. No podría decir que me pillase por sorpresa, en mi fuero interno llevaba mucho tiempo pensando que eso algún día podía ocurrir, pero oírlo en aquel momento me quebró el alma. Enrique era adicto al alcohol y la morfina y eso le hacía vulnerable, propenso a perder el control de su persona y desaparecer, por voluntad propia o por pérdida de consciencia. Cabía incluso la posibilidad de que le hubiesen tenido que llevar a algún hospital y que estuviese grave o incluso muerto...

—Escuche una vez más, y no quiero meterme donde no me llaman, pero usted tendría que llevar a su amigo a uno de esos centros de la sierra donde curan a los tísicos para que se olvide de la vida que lleva. Como comprenderá, mientras usted siga pagándome cada semana, a mí me da igual y la verdad es que, aunque se pase todo el tiempo borracho o yo qué sé qué, el hombre no ha dado hasta ahora ningún tormento. Pero es que uno lo ve cómo se está quedando, tan poca cosa, tan demacrado que dan ganas de cantarle un día las cuarenta.

Yo escuchaba sin oír. Desde que perdí a mi padre, Enrique era lo único que me quedaba en el mundo y, aunque nuestras vidas se habían separado por culpa de las drogas, me había propuesto no dejarle nunca solo, ayudarle a mi manera, desde fuera, mostrándole la cara más amable de la vida, convenciéndole de sus errores, enseñándole a fortalecer su espíritu crítico y animándole a que se defendiese solo...

—No estaba dispuesta a que el olvido me lo arrebatase también, como me arrebató a mi padre, cuando fui incapaz de ver que me alejaba mientras su vida se apagaba.

Tan solo tres días antes había estado con Enrique en El Gallo Azul y no advertí nada raro, es decir, nada que se saliese de la triste realidad en la que vivía. Tenía los ojos hundidos en sus fosas y la mente ausente. A veces perdía el hilo de la conversación y cuando hablaba, lo hacía lentamente, con una lengua áspera y pastosa adormecida por el alcohol.

Él acudía a aquel garito sin falta cada día desde que caía el sol hasta después de la medianoche cuando las prostitutas comenzaban a campar a sus anchas y entonces, sin ningún, reparo le echaban para que no espantara a sus clientes.

A esa hora ya tendría que haber vuelto.

—¿Cuándo fue la última vez que lo vio?

—Anteayer. Salió de aquí como siempre, hacia las seis. Estaba lloviendo a cántaros, aunque a él no parecía importarle. El caso es que se marchó y por la noche ya no volvió.

—¿No ha venido nadie para dar razón de él?

—Nadie, aunque si le soy sincero, yo pensaba que su amigo no conocía más que a usted. Yo, por lo menos, no le he visto hablar con nadie más en el tiempo que lleva aquí.

El tiempo que llevaba allí Enrique ya no era Enrique, el tiempo que llevaba allí, su vida había tomado un sendero de derrubio que amenazaba con exterminarle. El hombre soñador y cazador de poesías que conocí unos años antes se estaba convirtiendo en una piltrafa humana, en un ser cada vez más introvertido, más demacrado, más ajeno al mundo que le rodeaba. Atrás quedaron los días en los que me recitaba versos incendiados de pasión, versos perfumados de amor que yo adoraba.

*La rosa de los mares
me llevará a tu cuerpo
y el soplo de la vida
anidará en tu pecho.*

Salí de allí con un llanto contenido. Quería aferrarme a la idea de que pronto lo encontraría y que estaría en buen estado y, sin embargo, una funesta imagen no dejaba de atosigarme, una imagen que me horrorizaba y me atiborraba de pena.

Solo se me ocurrió un lugar donde encontrarle, el antro oscuro donde quemaba a diario su existencia, pero llegar hasta El Gallo Azul a esas horas no era seguro, y menos aún para una señorita. Aquel garito estaba en la calle del Calvario, una callejuela oscura en pleno corazón de la Inclusa donde, tras la caída del sol, desaparecía la ley. En ese barrio estaban a la orden del día los robos y las reyertas nocturnas y se decía que, en ocasiones, ni la policía se atrevía a entrar. Así que decidí ir hasta el apeadero de coches de la calle

Toledo donde, por suerte, encontré un carruaje estacionado. El cochero dormitaba en el pescante al igual que sus dos caballos.

—Buenas noches, por favor, despierte.

Me observó con ojos legañosos. Siendo mujer, y a esas horas, pudo pensar que estaba aún soñando. Al menos eso fue lo que me pareció al ver la cara que puso.

—Por favor, necesito un servicio.

Miró mi tripa para ver si estaba de parto y luego se frotó los ojos para recuperar la conciencia. Daba la impresión de que una parte de su ser estaba todavía aletargada.

—¿Dónde quiere ir?

—A El Gallo Azul.

El palafrenero era un hombre de gestos palmarios. Incluso recién despierto, sus ojos me decían que no parecía una puta de las que frecuentaban aquel garito. Quizás pensó que era una mujer desairada en busca de un marido pendenciero. Aun así, tardó en reaccionar y mientras lo hacía, estuvo rascándose la cabeza con fruición, como si eso le ayudase a despertarse.

—Le pagaré bien —rematé.

Quizás fuesen mis ojos enrojecidos o los rastros que unas lágrimas habían dejado en mis mejillas los que le convencieron.

—Está bien —refunfuñó.

Me pidió el dinero por anticipado y, a pesar de ello, tuve la sensación de que dudó un instante si olvidarse de mí y echarse de nuevo a dormir. No lo hizo, aunque no fue rápido en componerse y, solo cuando lo hizo, arreó un latigazo a los caballos desde el pescante para que se espabilasen. Los jamelgos resoplaron varias veces antes de entender el lenguaje de la fusta.

Al poco, el carruaje se adentró en las calles abigarradas de la Inclusa. El firme estaba en tan mal estado que las ruedas rechinaban con estruendo, tanto que pensé que despertaríamos a la gente a nuestro paso. Además, el suelo mojado convertía el trote de los caballos sobre el empedrado en un ejercicio peligroso.

Los bajos fondos de Madrid exhalaban un olor a matadero y a sangre fresca que se te instalaba en la nariz y no te abandonaba mientras continuases allí. Yo no llegaba a comprender cómo Enrique podía subsistir en aquel

ambiente y menos aún que quisiera permanecer en él hasta el fin de sus días. Esa cerrazón porque sus huesos se pudrieran allí mismo me hizo pensar en más de una ocasión que aquellas calles desarrapadas y oscuras estaban poseídas de un embrujo que retenía a sus habitantes hasta la muerte y que eran precisamente sus cadáveres los que atufaban la atmósfera.

Nada más detenerse el carruaje frente a la puerta de El Gallo Azul, el cochero me instó a que me diera prisa en bajarme. Algunos borrachos merodeaban el callejón y no era raro que trataran de asaltarle o simplemente se atravesasen en su camino entorpecidiéndole la salida. Poco pareció importarle lo que pudiera ocurrir conmigo.

La verdad es que yo no tenía miedo y, aunque nunca tan tarde como ese día, muy a menudo me había adentrado en aquel distrito dejado de la mano de Dios para encontrarme con Enrique en el antro donde pasaba casi todas las tardes.

El candil de la entrada de El Gallo Azul, infectado de abatimiento, dejaba a las claras que atravesar aquella puerta era entrar en el infierno. Pero no era momento de vacilaciones. Empujé la cancela y, cuando traspasé la frontera, una telaraña de humo y perfume barato me golpeó en la cara.

Sonaban acordes de un piano, una música añeja que ejecutaba todas las noches un viejo de dedos amorcillados por los años con una especie de clavicordio antediluviano frente a una concurrencia indiferente compuesta por putas, bohemios y canallas.

Recorrí el local convencida de que estaba siendo objeto de miradas lascivas de los clientes que observaban desde las penumbras a las prostitutas de la barra. Puede que les pareciese una especie de puta diferente, vestida como una señorita para dar pábulo a sus fantasías sexuales.

Como había imaginado, Enrique no estaba allí. A quien sí vi fue a Evaristo Martínez, su compañero de fatigas, el hombre que había decidido despeñarse por el mismo desfiladero que Enrique y hacerlo del mismo modo, aunque en esa carrera absurda, el camarada de mi bienquisto parecía tener más prisas, como si tuviera urgencia por deshacerse del enredo de la vida.

Evaristo estaba sentado en un rincón lóbrego de la sala, con los hombros caídos y la cabeza tambaleante. Tenía una copa de absenta en la mano y un cigarro humeándole la cara. Me acerqué hasta él y me coloqué en el ángulo al

que dirigía la mirada con la intención de llamar su atención, pero Evaristo no estaba mirando a ninguna parte, llegué incluso a pensar que la droga le había atrofiado la vista.

—¿Dónde está Enrique? —le imperé, tratando de sacarle de sus ensoñaciones.

Su aliento apestaba a licor rancio. Cuando quiso enfocarme, sus ojos empezaron a bailar en las órbitas como un torbellino en un desagüe.

—¿Dónde está Enrique? —insistí, levantando la voz.

—¿Qué sé yo?

Apreté los dientes y escondí mi rabia tras una sonrisa forzada. Sobre todo, no quería resultar impertinente ante quien era capaz de enterrar su vida con tal de no afrontar ninguna complicación.

—Algo sabrás. Él no se separa de ti cuando está bajo este techo.

—Enrique hace lo que le da la gana, va a lo suyo.

Tuve el presentimiento de que no había terminado la frase, que hubiese continuado hablando, pero que su hecatombe interior le hacía olvidarse del mundo, un cataclismo que estaba reventando los cimientos de su ser.

Le di tiempo, a fin de cuentas, no tenía otra alternativa que sonsacarle lo que supiese. Me aparté de su lado y me senté en una mesa vacía. Por un momento quise olvidarme de él y refugiarme en los momentos que pasé con Enrique entre aquellas cuatro paredes, dándole compañía para que no se descarriase, tratando de rescatarle de las garras de la absenta y la morfina.

Un espontáneo aplaudió la última pieza del músico, triste bagaje para un auditorio lleno de gente. Frente a mí vi desfilar mujeres con trajes de colores chillones y señores con bombín y leontina de oro, ellas reían, tal vez de un modo hipócrita mientras ellos babeaban como perros en celo. Alguno llegó incluso a acercármese, confundido por el alcohol que recorría sus venas, y me bisbiseó al oído algo que no quise entender. Bastó con que le dirigiese una mirada terrorífica para que se apartase de mí tambaleante.

La música del pianista empezaba a martillearme el cerebro. Llegué a pensar que a esas horas se aprovechaba de la embriaguez de su público para tocar lo que le diese la gana, incluyendo piezas insoportables que no se atrevería a interpretar ante un auditorio atento. De vez en cuando observaba a Evaristo Martínez en busca de alguna señal, pero él seguía inmóvil, hierático,

como si las drogas le hubiesen extirpado la vida.

De pronto me recordó a Enrique, ensimismado, introvertido, aislado como un náufrago en alta mar y, a pesar de eso, sin ningún deseo de encontrarse con ningún barco que pudiera salvarle.

Estaba a punto de desistir cuando observé que hizo un movimiento extraño. No fue una cambalada de borracho, fue más bien un intento de incorporarse, como si hubiera despertado de un sueño y tuviese prisa por recuperar el tiempo perdido.

Me levanté instintivamente y mientras me acercaba vi que también lo hacía con presteza un camarero. Él llegó antes que yo y, sin pensárselo, agarró a Evaristo por los hombros y lo acomodó en la silla. Di por seguro que no era la primera que vez que lo hacía, que en sus idas y venidas a las mesas llevando bebidas no perdía de ojo a su cliente del rincón oscuro por si salía de su letargo y necesitaba ayuda. Evaristo pareció estar también familiarizado con aquella muleta ambulante que le asistía en silencio. Y entonces me di cuenta. Aquel camarero conocía a Enrique, de hecho, yo lo había visto charlar con él alguna tarde en aquella caverna, antes de que llegase al estado lamentable en el que terminaba cada noche.

—Usted puede ayudarme.

Me miró con rostro fúnebre. Sentí que quería construir una barrera entre los dos.

—Lo dudo.

De repente asocié varias ideas. Era imposible que aquel hombre no me hubiese visto en todo el rato que llevaba allí y también era imposible que no se acordase de mí, por más que jamás hubiésemos cruzado una palabra. Su cuidado por los desahuciados del rincón tenebroso llevaba aparejado el control de las personas que les visitaban y yo era una de ellas, luego si no se había ofrecido a ayudarme era porque no quería hacerlo. O porque no podía...

—Busco a Enrique Pérez-Ayala.

Hizo como que la asistencia a Evaristo requiriese toda su atención para tratar de evadirse de mí. Ni siquiera me miró en su intento de simular que no me había oído.

—Lleva dos días desaparecido —aclaré.

Su nuez era tan pronunciada que no tuve dificultades para ver cómo

tragaba saliva. Ese fue su único gesto, el único resquicio de un ademán pétreo que parecía pretender convertirlo en un tipo inaccesible.

—Escuche —le espeté, interponiéndome entre él y Evaristo—, no hay nadie en el mundo que quiera a Enrique más que yo y nadie que desee más ayudarlo. No seré yo quien le denuncie si ha hecho algo malo. Si de verdad le importa lo que haya pasado con él, dígame por favor lo que sepa.

Le aguanté la mirada, sabía que a perseverancia no podría conmigo y la mantuve hasta que la suya empezó a aclarársele como la raya del horizonte en un amanecer.

De pronto se olvidó de Evaristo que seguía remoloneando en su silla y se concentró en mí. Supe que algo se removía en su interior, algo que estaba retorciendo su voluntad.

—Busque La Flor de Loto —dijo a media voz, cargado de arrepentimiento.

Abrí los ojos como platos. No estaba segura de haberle entendido, aunque no tuve dudas de que sus palabras escondían un secreto que se resistía a desvelar. La música empezó a embotarme los sentidos. Se me ocurrió la rocambolesca idea de que los dueños de aquel lupanar habían hechizado al piano para que sus notas musicales desprendiesen bocanadas de narcóticos.

—¿El qué?

Evaristo se tiró un sonoro pedo, quizás a modo de reivindicación por una atención que habíamos dejado de prestarle, pero no le sirvió de nada porque yo hacía todo lo posible para acaparar la del camarero.

—La Flor de Loto, le llaman así, aunque no sé si es un nombre inventado, es un fumadero de opio clandestino que han abierto en Madrid.

Fue como una bofetada, un golpe brusco que me dejó atontada por momentos y me hizo perder el hilo de lo que estaba hablando. Aunque allí seguía el camarero para recordármelo, con una cara a mitad de camino entre hosquedad y remordimiento y con cada vez más prisas por acabar aquella conversación.

—¿Dónde... está ese sitio?

—No lo sé, muy poca gente lo sabe. Lo que sí sé es que quienes van allí pasan varios días adormecidos en sus camastros, aislados de sí mismos y de lo que pase en el exterior.

El empleado se incorporó e hizo el ademán de marcharse. Para él aquella charla ya había terminado y buscaba desprenderse cuanto antes de mi presencia pegajosa, pero yo quise quemar mi último cartucho antes de dejarlo ir.

—¿Y qué le hace pensar que Enrique puede estar ahí metido?

Su mirada se volvió hosca, como cuando le empecé a hablar.

—¿Usted qué cree?

Se perdió entre los humos de los cigarros y la laxitud de las luces ocres dejándome con un baúl de pena sobre mis hombros. Pensé que aquel tenía que haber sido uno de los mejores días de mi vida, el día en el que por fin conseguí publicar un artículo que en pocas horas estaría en manos de miles de lectores, el día que enorgullecería a mi padre desde el otro mundo, el día que siempre había soñado celebrar con Enrique porque acababa de estrenar la carrera por la que tanto tiempo luchamos, en un principio juntos y más tarde, cuando él se dejó llevar por la senda de las drogas, yo sola, contra viento y marea.

Me arremoliné en la silla junto a Evaristo que había vuelto a su letargo dispuesta a no derrumbarme, ni tan solo parecerlo.

«Nunca des lástima —me decía mi padre—, los que te quieren por lástima no te quieren a ti, sino a tu lástima».

La imagen de mi padre me recorrió el pensamiento y con ella los recuerdos de mi infancia, aquella tarde que buscábamos gusanos de seda, la que me curó la herida que me hice en la rodilla al caerme... ¿Cómo pude alejarme de él en sus últimos días?

Tenía que pensar y tenía que hacerlo pronto, pero aquel ambiente no me ayudaba. La música seguía golpeando mis sentidos y lo que al principio eran murmullos se fueron convirtiendo en gritos y sonoras risotadas de algunos clientes.

Mirando a Evaristo me convencí de que él era mi única esperanza, el tronco al que agarrarme en aquel naufragio, por más que ese tronco estuviese podrido y que quizás ni siquiera flotase. Si tantos ratos pasaban Enrique y él bajo el mismo techo, algunas complicidades habrían creado, algún secreto habrían compartido, aunque hubiese sido de forma involuntaria, pues ninguno de los dos gobernaba el timón de sus vidas. El problema era cómo sonsacarle

información a un ser que navegaba en el vacío como un barco a la deriva.

—Escucha Evaristo, tienes que ayudarme.

Cogido por los hombros le zarandé con fuerza para hacerle salir de su letargo. Bajo mis manos, su cuerpo temblaba como un flan, como si su exigua musculatura no pudiese oponer ninguna resistencia.

—¿Dónde está La Flor de Loto?

Acerqué mi rostro al suyo hasta casi tocarnos las narices. Quería provocarle, resultarle incómoda. A un palmo de su cara tuve la sensación de que se le estaba escapando la vida. Tenía los ojos inyectados en sangre y unas ojeras sombrías y profundas como si un arado las hubiese labrado en la piel. El blanco mortecino de su tez me trajo a la memoria el rostro de Saturnino de la Vega.

—Tienes que ayudarme —grité—, tienes que llevarme a La Flor de Loto.

Una prostituta se quedó mirándome, pero poco me importaba. Evaristo tragó saliva y empezó a brujulear con los ojos, algo que me hizo creer que estaba pensando.

—Yo no quiero volver allí —musitó.

—No tienes que entrar, solo tienes que llevarme, o ni siquiera eso, basta con que me digas dónde está para que yo vaya y saque a Enrique.

—Cuando entras allí no sales hasta que te echan los dueños.

No me extrañó oír aquello. Jamás había probado el opio, como ninguna otra droga, ni tampoco los licores destilados, pero había leído que fumar aquel veneno te dejaba rendido durante un tiempo, como muerto.

—Nosotros lo sacaremos, en volandas si hace falta, pero lo sacaremos.

Vi pasar al camarero con el que había hablado poco antes y le llamé:

—¿Tienen café?

—Aquí tenemos de todo. No puede imaginarse lo caprichosos que se vuelven nuestros clientes cuando se suben con las chicas a los cuartos.

No sabía que sobre nuestro techo había habitaciones de desahogo, tampoco quise entrar en detalles. Maldito interés tenía yo en lo que ocurriese en aquel cuchitril.

—Tráigame uno doble bien cargado. Y agua.

Cuando se marchó, aproveché el momento de lucidez de Evaristo para hacerle razonar.

—Vamos a salir de aquí y me vas a llevar hasta ese lugar. Es muy importante que rescatemos a Enrique. Tienes que ayudarme.

Hizo un ruido gutural que no supe si pretendía manifestar su acuerdo. Me daba igual porque estaba dispuesta a todo, incluso a llevarlo contra su voluntad.

—¿Sabes cómo ir? ¿Está muy lejos? ¿Necesitaremos un carruaje?

Las preguntas se apiñaban en mi cabeza sin poderlas contener. Temí que se aturullase y se quedase bloqueado.

—Yo he ido andando, me llevó Enrique, pero no sé dónde está.

—Claro que lo sabes, solo tienes que recordarlo conmigo.

Le obligué a beberse el café y el vaso de agua y, antes de salir, le refresqué la nuca y la frente en el único y apestoso aseo que tenía aquel garito.

De pronto nos vimos en la calle, indecisos y desorientados.

Nada podía arredrarme, ni el peligro de aquellas calles ni la poca consistencia del hombre que me acompañaba.

—Vamos, tienes que recordar.

Inspiró varias veces y el frío de la noche le fue devolviendo un aspecto más humano. Fue como si la sangre empezase a circular por sus venas atenuando su palidez mortuoria y enrojeciendo ligeramente sus mejillas. Por momentos creí ver en su rostro retazos del hombre que fue, de la persona que perdió el rumbo y se extravió en el bosque de la vida.

—Quiero tomar algo.

—Ahora no.

Tuve la certeza de que le asustaba la sobriedad, que para él ese era un territorio peligroso donde podía verse en los espejos y descubrir la miseria de su existencia. Estar sereno le hacía sentirse débil y vulnerable, como le ocurría a Enrique. La idea de que mi amado se refugiaba en ese mundo me encogió el corazón.

—Creo que es... por aquí.

Empezamos a andar lentamente y a cambaladas, yo a su lado y él con la vista perdida en algún rincón de su memoria. Borrachos y mendigos nos miraban extrañados y a veces con porfía, pero entonces me agarraba yo a su brazo y simulaba ser su pareja. A veces él me usaba de muleta y yo me encargaba de enderezarle el rumbo.

En apenas unas calles, Evaristo se detuvo en una encrucijada. Las ideas fluían lentamente por su cerebro, como si fuesen en un carro sobre un camino embarrado.

—No sé. —El alcohol le había espesado la memoria.

—Vamos, claro que sí sabes, piensa un poco.

Se rascó la cabeza y tragó saliva. Su cuerpo le pedía absenta a raudales. Igual que la luz en las tormentas, el entendimiento se le iba y se le venía al son de su tempestad interna.

—Calle de Caravaca.

Fue como un centelleo, un rayo que atravesó su cerebro despertándole una idea que dormía en él. Le agarré por los hombros y le zarandeé con fuerza.

—¿Es ahí dónde está el fumadero? ¿Es esa la calle dónde está La Flor de Loto?

Cerró los ojos rebuscando una respuesta en su interior pero, a tenor de su silencio, supe que había vuelto a perder el hilo. A mí me dio igual, tampoco tenía otra alternativa.

—Creo que sé dónde es. Vamos.

Le agarré del brazo y tiré de él. No era aquel un territorio propicio para los tacones, pero tampoco era momento para lamentaciones. Una voz interior que no quise desatender me clamaba premura. Avancé casi a tientas y deprisa, arriesgándome a torcerme un tobillo o a partirme la crisma.

Evaristo no podía seguir mi ritmo por lo que, a veces, se apantocaba en las paredes y me pedía un respiro.

—Quiero fumar, déjame liarme un cigarro.

Cualquier excusa era buena para regresar a su mundo de vicio.

—Ahora no, luego.

La escasa iluminación de las calles y la negrura de la noche me hicieron dudar varias veces. Yo había ido de niña a la calle de Caravaca porque entonces se celebraban allí las fiestas de la Cruz de Mayo. Más tarde fueron prohibidas por José Abascal, pero yo aún recordaba la pequeña ermita donde las majas pedían dinero a los transeúntes. La imagen que quedaba en mi memoria era la de una calle alegre y colorida llena de gente, aunque si en verdad albergaba un fumadero ilegal de opio, seguramente la cosa habría cambiado en los últimos años.

Cuando encontramos por fin la calle, las campanas de la catedral de San Isidro el Real daban las tres de la madrugada. Era una travesía estrecha, mal empedrada y peor iluminada. Un perro que holgazaneaba con unos desperdicios del suelo se largó al ver tan inesperada visita dejándonos a los dos frente a un silencio insoportable.

—¿Dónde es?

Estaba perdido, lo vi en sus ojos y en el modo con el que se le abría la boca. Estaba perdido, y lo que era aún peor, estaba atosigado por la falta de alcohol en su cuerpo. Evaristo padecía una desorientación patológica que afectaba no solo a la elección del camino que tomar, sino a su vida entera. Pensé que fuera de El Gallo Azul, lejos de un lugar donde pudiese llenar su tripa de absenta y su mente de droga, Evaristo era un muñeco sin vida, una marioneta inerte.

Por suerte, oímos unos tosidos roncós y luego unos pasos. A pocos metros de donde estábamos, un hombre salió de un portal. A pesar de la mísera luz, pude verle de espaldas, llevaba un gabán largo con los cuellos subidos y un sombrero de ala ancha. Cuando arrancó a andar hacia el otro extremo de la calle, vi que lo hacía a grandes zancadas con los hombros levantados, como si fuera un aguilucho...

Una bomba estalló en mi cabeza. Por raro que resultase, aquel era el hombre que me abordó por la espalda en el tranvía, el tipo con trazas de pájaro que me dijo a media voz lo de la Mano Negra.

Retrocedí instintivamente unos pasos buscando un rincón oscuro y Evaristo me siguió torpemente. Tenía el pulso acelerado y la mente agarrotada.

—Eh, oiga —grité entonces.

No sé por qué lo hice. Fue una decisión inconsciente, un impulso que me salió del alma sin pensar en sus consecuencias. Supongo que el hombre no esperaba que nadie le llamase a esas horas y en aquel lugar por lo que volvió la cabeza.

Creo que no pudo verme, aunque yo a él sí. Se me paró la respiración. Tenía un rostro escuálido, chupado, como si la calavera le estuviese devorando la carne. Unos pómulos enormes coronaban sus mejillas y sobre ellos unos ojos hundidos en las cuencas le otorgaban una mirada terrorífica. Su nariz era aguileña y debajo unos labios pequeños y prietos agarraban con

fuerza un cigarro humeante.

Debió pensar que era mejor no atender a mi llamada, que no merecía la pena saber quién andaba husmeando a aquellas horas por tan siniestro lugar. Yo tampoco hubiera sabido qué hacer si hubiese decidido retroceder y rebuscarme entre las tinieblas. El caso es que, afortunadamente, se volvió y arrancó a andar de nuevo de esa forma tan característica que él tenía.

Permanecí inmóvil hasta que dejé de oír el rechinar de sus pasos sobre los adoquines. Estaba confundida y temerosa, sorprendida por mi reacción incontrolada y mucho más por el encuentro tan inesperado. Entretanto, Evaristo no se había percatado de nada. Él seguía a lo suyo, tratando de contener a su manera el terremoto que se desataba en sus intestinos.

No sé cuánto tiempo pasó hasta que pude moverme. Lo que sí sé es que cuando lo hice mis pies parecían de barro y me temblaban los brazos.

Entonces volví a tirar de Evaristo que daba señales de que iba a vomitar en cualquier momento y me planté ante el portal del que salió el tipo siniestro del tranvía. Di por sentado que aquello era el fumadero, ¿de qué otro antro podría haber salido un hombre a esas horas?

El inmueble no era una corrala como la mayoría de las viviendas de aquel barrio, sino una casa feúcha, sin adornos ni alharacas, más bien descuidada. Tras el zaguán se alzaba una puerta con un aldabón que representaba las fauces de un lobo. La empujé con la lejana esperanza de que estuviese abierta, pero no lo estaba. No me quedaba más remedio que llamar.

Entonces me percaté de que no había urdido ningún plan para sacar de allí a Enrique, no me había parado a pensar qué le diría a la persona que me abriese la puerta, ni cómo me las compondría para convencerlo de que me lo entregase, si es que estaba allí.

Y, sin embargo, un fuego interno me impedía esperar.

Empujada por ese impulso tan irresistible como irracional, agarré el aldabón y lo golpeé con fuerza. Sentí los latidos en las sienes como olas de un mar bravío. Esperé un instante y no pasó nada, no se oían pasos ni ninguna actividad en el interior.

Preferí esperar un poco. Puede que una parte de mí todavía se resistiese a continuar por ese sendero inconsciente e improvisado.

—Cinco veces —balbució entonces Evaristo a mis espaldas.

No le hice caso, su estado era tan lamentable que supuse que estaba empezando a alucinar. Sacando fuerzas de flaqueza volví a llamar. Esta vez me recompuse instintivamente el pelo y me pellizqué las mejillas para mejorar mi aspecto, pero nadie acudió a mi llamada.

—Cinco veces —repitió—, tienes que llamar cinco veces para que te abran.

Me volví, completamente asombrada. En su delirio, Evaristo había tenido un momento de lucidez, un recuerdo que emergió desnudo del maremágnum de su cerebro sin saber cómo tratarlo.

—Haberlo dicho antes.

Le hice caso y di cinco golpes de aldabón. No podría asegurar cuántos había dado en las veces anteriores, lo cierto es que en ese momento oí unos pasos que se acercaban a la puerta. Cuando se abrió, asomó un chino menudo, uno de esos que no se veían más que en circos o grabados de libros. Me quedé embelesada, sorprendida por tan exótico personaje, aunque él no mostró ningún interés en mí, daba la impresión de que su única misión era abrir la puerta a la señal convenida. Entonces tuve la certeza de que no había más barrera que los toques de picaporte, que no sería necesario explicar nada, sino simplemente avanzar con naturalidad, hacia cualquier parte. Y así hice. Me colé tirando de la mano de Evaristo y nos metimos en un pasillo largo y lóbrego del que salían numerosas habitaciones a ambos lados. El chino apenas nos miró, cuando vio que nos desenvolvíamos sin su ayuda, se dio la vuelta y se largó.

En el primer reservado había un hombre tumbado en un camastro con una cachimba en la boca. No estaba fumando de ella, estaba más bien aletargado como una lagartija atiborrada de sol. Aparentaba ser un señor de posibles, de buen vestir y, a juzgar por su prominente tripa, de buen comer, aunque en aquel instante teñía los ojos en blanco y un hilo de saliva corriendo por su mejilla. La estancia apestaba a humo y a resina quemada. Tirando de Evaristo corrí despavorida hasta la segunda habitación y vi algo parecido y también en las siguientes, camastros, hombres desvencijados, humo, algunos vómitos en el suelo... hasta que llegué a una de las últimas, una de las que, al contrario de las demás, no salía humo, aunque quien la ocupaba parecía estar ya en el otro mundo.

Era Enrique, con la camisa abierta y los brazos muertos cayendo por los dos costados del catre. Apenas respiraba, el cuerpo musculoso que antaño adoraba era como el de un muñeco de trapo, inanimado, blandengue. En su rostro no había ningún sentimiento, ni placer, ni dolor, ni nada.

Le agarré por los hombros y le zarandeeé con todas mis fuerzas.

—Despierta, despierta.

No abrió los ojos, ni siquiera parpadeó.

Unos tosidos lejanos me recordaron que no estaba sola, y que me había colado en un lugar del que podían expulsarme sin mucha dificultad, si no agredirme o incluso matarme.

Calculé las posibilidades de llevármelo a rastras con la ayuda de Evaristo, pero viendo el estado en el que estaba mi acompañante lo más probable era que tuviese que cargar yo sola con los dos.

No me quedaba más remedio que reanimarle y debía hacerlo pronto, pues, a aquellas alturas, el oriental de la puerta podía haber avisado a alguien para que me sacasen de allí a trompadas.

—Vamos, vámonos.

Sin darme cuenta estaba tirándole del pelo y pellizcándole la cara, creo que incluso llegué a arañarle, incapaz de contener la fuerza interior que me empujaba a despertarle cuanto antes.

Por fin abrió los ojos y me miró sin verme. La turbidez de sus pupilas me hizo comprender que no era consciente de sus actos, que estaba sumergido en un sueño difícil de romper. Aun así, conseguí levantarlo y, echándole el brazo por encima de mi hombro, mantenerle en pie. Sus rodillas parecían de papel, enclenques y desentrenadas para soportar su cuerpo.

Yo sola no podría sacarlo de allí, pero en aquel instante, en el cerebro de Evaristo debieron sonar las cornetas de los jinetes del Apocalipsis y, agarrándole el otro brazo, lo pasó por encima de su hombro.

—Vamos, yo te ayudo —me dijo.

Había un rayo de luz en su rostro, un amanecer plateado que no había visto hasta entonces en el compañero de tropelías de mi amado, como si su alma hubiese vencido por un momento a las tinieblas, como si sentirse útil le estuviese devolviendo la vida.

Sonreí, le hubiese abrazado de no ser por la urgencia de sacar de allí a

Enrique y ahí comprendí que la amistad se rige por códigos indescifrables que a veces sacan de nosotros cosas que desconocemos tener.

Avanzamos lentamente, los tres en procesión, recorriendo de nuevo el pasillo vaporoso y atufado de opio, sin que nadie nos molestase, ni tan siquiera el chino que nos abrió la puerta, que parecía haberse esfumado.

En la calle retomamos fuerzas. Inspiré y expiré con brío. Corría una brisa fresca y húmeda que me venía de perlas para despabilar a mis acompañantes y, de paso, aliviar el calor que desprendía mi cuerpo. Enrique seguía con los ojos entreabiertos y las piernas flojas, caminando como un títere y Evaristo parecía a punto de desistir en su intento heroico de dejar por un momento su mundo descarriado.

Afortunadamente no fue así, los tres anduvimos torpemente hasta calles más anchas e iluminadas. A trompicones dejamos la Inclusa con sus olores a matadero y sus sombras fantasmales. Las agujas del reloj marcaban las cuatro de la mañana cuando vimos a lo lejos un coche que regresaba vacío de un servicio urgente en la Puerta del Sol.

—A la calle Hermosa, por favor.

El cochero no quería llevarnos, pero le llené la mano con todo el dinero que llevaba encima y no pudo negarse.

Y así fue cómo nos alejamos de aquel infierno.

No pude evitar mirar para atrás mientras nos distanciábamos de la Inclusa, la embocadura del barrio se me figuró como la boca de un lobo, la entrada a un túnel oscuro del que era difícil salir.

En menos de media hora llegamos al modesto barrio de Pozas, el distrito limpio y tranquilo donde yo alquilaba un altillo. Si algo tenía claro aquella noche es que haría una excepción y dejaría dormir a Enrique en mi casa, no podía dejarlo solo, haberlo llevado a su pensión de la calle de la Ruda me habría partido el alma. Tampoco quise desprenderme de Evaristo, el pobre parecía un alma en pena y, además, le fui tomando cariño a medida que su ser se desprendía de la costra de vicio que lo enajenaba.

De modo que me llevé a los dos a casa.

Nos costó subir hasta la cuarta planta. A esas horas mis fuerzas eran escasas y las de mis camaradas nulas. Tuve que tirar de paciencia y exprimir todo mi aliento para alcanzar la puerta de mi altillo.

Cuando llegué estaba exhausta, con un sudor frío que me cubría el cuerpo y los brazos desfondados, aunque nada importaba, nada podía derrocar al sentimiento de felicidad que me salía de lo más hondo de mis entrañas.

Tenía ganas de hablar con Enrique, de convencerle de que el camino que había emprendido solo le llevaría a una vida de piltrafa humana o a la muerte, pero su espíritu no había regresado todavía del lugar en donde estuviese.

Al menos lo tenía a mi lado. Su cuerpo necesitaba reposo, así que le llevé despacio hasta mi cama y lo acosté junto a Evaristo. Me miró con ojos titilantes. Hubiese dado lo que fuese por saber qué se rumiaba en su cabeza.

—Descansa, mi amor —suspiré a su oído.

Le acaricié la frente y luego se la besé. La tenía fría y sudorosa, como si su cerebro hirviese bajo un cráneo congelado. Le olí recorriendo con mi nariz su cuerpo inerte, transportándome con su perfume a unos tiempos en los que compartimos ilusiones y esperanzas y deseé con todas mis fuerzas revivirlo, traerlo a mi mundo.

—Te recuperaré, juro que te recuperaré.

Había sido un día muy largo, extraordinariamente largo. Echando la vista atrás reparé en que aquel había sido el que llevaba esperando toda mi vida, el día que vi el cadáver de un hombre y que otro me abordó en un tranvía para susurrarme algo que no llegué a comprender, el día en que redacté mi primera crónica, el día que vi mi trabajo plasmado en un periódico, el que podría separar mi vida en un antes y un después, pero también, el día que estuve a punto de perder para siempre a Enrique.

Noté cómo se escurría una lágrima por la mejilla. Una de esas que solo me permitía cuando nadie me veía. No estaba segura de por qué lloraba, quizás porque no estaba preparada para tantas emociones en un solo día.

5

La víspera de la partida organizose una misa con gran solemnidad en la catedral de San Cristóbal de La Habana. A ella acudimos no solo las tripulaciones todas de la flota varada en puerto, sino las más alta autoridades de la isla, entre las que no faltó don Diego Córdoba Lasso de la Vega, y una multitud de habaneros que, atraídos por tamaño evento, buscaban ver de cerca a sus próceres.

Llegó el gobernador de los primeros y quedose en la puerta de la catedral saludando a unos y a otros con un talante que nadie le conocía y a todos extrañó. La gente llana que se cruzaba con él lo observaba con pasmo, pues era tan raro verlo por La Habana que se había llegado a decir de él que no era más que un fantasma y que las órdenes a Cuba en realidad llegaban del virreinato de Nueva España.

Conmigo no cruzó palabra alguna, tan solo sonrió al verme con tal sutileza que me perturbó el alma. Luego vino don Manuel de Velasco, traído en un palanquín como era de su condición, y a él sí le habló.

—Me alegra comprobar vuestra devoción cristiana. Doy por cierto con ello que sois de los que cumplís con vuestros juramentos.

El almirante compuso una mirada adusta. El convite de la víspera no le había dejado buen sabor de boca, en parte por verse obligado a empeñar su honor y en parte porque no sería él quien llevara en su galeón al retoño del gobernador.

—En el cielo manda Dios y en la tierra el rey. Solo a estos dos me debo y a los dos obedezco por igual.

Lasso de la Vega guardó silencio. Aquel no era ni momento ni lugar para

entablar disputa. Además, necesitaba tener buenos tratos con el almirante a quien acababa de encomendar la embajada de velar por su infanta en alta mar.

—En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

Oficiaba la ceremonia el obispo de La Habana, don Diego Evelino de Compostela, un prelado que hablaba sin prisas, con una parsimonia contagiosa, propia de un hombre que vive en paz con Dios.

La catedral estaba a rebosar, ni un alfiler cabía. A mí me pusieron delante, tal como correspondía a mi rango, junto a los otros capitanes y maestros y más atrás que el almirantazgo de la flota y los más altos mandatarios de la isla. En primera fila, don Manuel de Velasco y don Diego Córdoba Lasso de la Vega presidían la ceremonia y más a la derecha el vicealmirante François-Louis Rousselet de Châteaurenault y los Chacones, con quienes había compartido mesa y secretos la víspera en el palacete del gobernador.

Desde entonces llevaba mi cuerpo en vela, tal era mi zozobra por lo que allí se habló y por el grande encargo que había caído sobre mis hombros que no pegué un ojo en toda la noche. Y además quedaron para mis adentros, pues ni a mi maestre Antón Ribeiro, hombre a quien yo todo confiaba, pude hablarle del asunto.

Miré en derredor y observé a los otros capitanes y maestros de naos españolas, un puñado de hombres como yo, con galeones algunos más modernos y otros más raudos, marinos con años de mar, muchos de ellos al servicio de la Corona para quien gobernaban sus barcos y, no obstante, fue a mí a quien encomendaron la tarea de llevar a la hija del gobernador, al capitán de un galeón privado.

Conocer el motivo por el que doña Cristina debía acudir a España con tanta premura era la causa de mis desvelos y tampoco cabían en mis entendederas las razones por las que había que guardar tan grande silencio.

—¿Sabes si el rey está casado? —dije entre dientes a Ribeiro en medio del oficio religioso.

—¿Qué pregunta es esa? ¡Pues claro que sí!

—¿Seguro?

—Seguro. De todos es sabido que se desposó hace unos meses con María Luisa de Saboya en Figueras.

—¿Y hacen vida conyugal?

—Y yo qué sé —contestó mi maestro—. La reina tiene trece años. Supongo que la sacará al parque a jugar —rió con remilgo.

Alguien chistó para que calláramos desde una fila de atrás y Antón Ribeiro torció la cabeza reprochándome que nos hubiesen llamado la atención.

—Perded cuidado hermanos —retomó la homilía el obispo—, pues mientras vuestas mercedes estéis atravesando el ancho océano, nosotros estaremos aquí rezando. No habrá monja ni fraile desta isla que no ore en su convento a nuestro patrón San Cristóbal para que os proteja y os libre de los asesinos que infestan los océanos. Y no faltarán plegarias desde esta catedral a la Virgen del Carmen, patrona del mar, para que os acompañe hasta vuestro arribo a nuestra patria.

Hubo quien se persignó ante tanta referencia divina, otros se golpearon el pecho con rabia mostrando así una fe sin quebranto. Los que no se turbaron fueron los gentilhombres de la primera fila, que parecían ajenos a los temores que despertaba en la tripulación la inminente partida.

Olía el templo a incienso y cera quemada y, en callándose don Diego Evelino, no se oía más ruido que el crepitar de las velas de tanta importancia como daba la marinería a ponerse a bien con Dios antes de levar anclas.

—Que el Señor también proteja a vuacés de las enfermedades del mar —continuó el obispo—, que tanto daño hacen cuando las manda el diablo.

Contó entonces don Diego historias de galeones españoles que, fieles a nuestra leyenda, hicieron frente a ataques de corsarios con valentía y coraje y terminaron venciendo con la ayuda de Dios.

Aunque yo no prestaba atención, bastante tenía con vigilar desde mi bancada a las autoridades con las que había compartido mesa la tarde de antes, en busca de algún mohín que me hiciera comprender lo que estaba ocurriendo, una seña que apuntase a un convenio a mis espaldas, a una conjura en el encargo de proteger los alientos de doña Cristina Córdoba Lasso de la Vega con oscuros propósitos. Mas aquellos ilustres hombres no movían un músculo, ni tampoco los hermanos Chacón, que estaban sentados codo con codo, se miraron durante el oficio.

La mucha gente encerrada empezó a caldear la catedral. Por la puerta principal, abierta de par en par, entraba una lengua de aire caliente que remansaba entre sus anchos muros como un caldero. Uno de los que más sufría

era mi maestro Ribeiro, de natural gallego y poco acostumbrado a las calimas tropicales.

—Como dure mucho este oficio me va a dar un ahogo —soltó.

—Aguanta y ponte en paz con el Todopoderoso si no quieres ir al infierno. Vive Dios que allí hace más calor que aquí.

Vino entonces la comunión y allí acudimos todos, hasta la marinería y la soldadesca, siendo que ellos lo hacían más por superstición que por devoción. De hecho, no pocos de los que fueron a recibir sacramento, irían de allí derechos a los burdeles del puerto para saciar sus apetitos carnales antes del largo periplo.

Yo también pasé por el altar. No estaba mi conciencia como para hacerme al mar sin haber limpiado mi alma de pecados y cuitas.

Y en recorriendo el pasillo del templo no dejé de mirar a los gentiles que ocupaban las primeras filas, al escribano del rey, a su veedor, al deán, a algunos priores jesuitas..., al punto que pasando por su vera di por cierto que me examinaban y llegué a dudar si aquellos hombres sabrían quién era yo y la tarea que me había sido encomendada.

Frente a la estatua de San Cristóbal, don Diego Evelino de Compostela me puso la hostia sobre la lengua.

—El cuerpo de Cristo.

Lucía el prelado una casulla morada bajo una dalmática que refulgía de blanca que era. No había más que ver su piel alba y sus manos finas y cuidadas para saber que el obispo no era hombre de plebe.

No respondí. Preferí concentrarme en sus movimientos, en alguna señal o algún gesto que pudiese desvelarme lo que estaba pasando, mas él no reparó en mí, tal que no le importase mi persona.

Y así acabó la ceremonia.

A la salida del templo supimos que el veedor del rey en la isla, un hombre menudo que tenía por nombre Santiago Pérez, organizaba un refrigerio en su finca, y que a él invitaba a los capitanes de la flota, tanto españoles como franceses.

Allí acudimos todos.

El jardín de su casa era un vergel tropical cercado por altos muros de piedra y abundantes palmeras, helechos y orquídeas. Habían dispuesto en él

mesas con mantel de hilo donde no faltaban pifias, guanábanas y mamey colorado mientras que un grupo de criados taínos, más duchos que los del gobernador, servían ron y champolas.

Era Santiago Pérez hombre de mucha parla. Por su boca supimos que el almirante John Benbow andaba merodeando aquellos mares.

—No se habla de otra cosa por las calles de La Habana —explicó—. Desde que se ha puesto al frente de la flota anglicana en las Indias Occidentales se cuentan por docenas los barcos que ha mandado al fondo del océano y por centenares sus prisioneros.

—Con nosotros no se atreverá —aseveró don Manuel de Velasco, siempre tan seguro de nuestra fuerza—, son muchos nuestros cañones.

—Dios os oiga —apuntó el veedor—. De él se dice que martiriza a sus cautivos, y que usa una gran fiereza con los franceses, a quienes trata con especial inquina.

—Si osa arrimarse a nosotros, sin piedad lo hundiremos.

—Cuánto me alegraría de ello, pues, si así fuera, daríais por terminada la leyenda que hay sobre su buque.

—¿Y qué dice esa leyenda? —intervino Fernando Chacón.

—Que esa nave es de otro mundo. La llaman *El Breda* y tiene más de ciento cincuenta pies de eslora. Pero no es su tamaño lo que la distingue, ni sus setenta cañones, sino su embrujamiento. Hay quienes aseguran que está poseída por demonios y que nada ni nadie puede hundirlo.

—Sandeces —cortó el almirante—, los ingleses son de carne y hueso. Si ese cabrón tiene huevos de atacarnos, seré yo quien le mande al fondo del mar.

Vinieron algunos rones y se soltaron las lenguas. Fue así que supe que aquellas aguas estaban plagadas de filibusteros.

—Quiera Dios que no os topéis con esos hideputas —dijo el veedor—, ni con el almirante John Benbow ni con el sanguinario John Bowen.

—¿Un puñado de viejos galeones robados serían capaces de hacernos frente? —escupió De Velasco.

—A los piratas la vida les importa poco, allí donde ven un botín, tratan de abordarlo usando sus malas artes. Y no hay que ser muy despierto para intuir que en vuestras bodegas viaja un potosí. Si os vale de consejo, yo intentaría una nueva ruta, un derrotero diferente que asegure la travesía limpia de

ingleses y bucaneros.

—Ni pensarlo —atajó el almirante—. Eso implicaría cartas náuticas inexactas, corrientes de mar ignotas, es mejor enfrentarse a enemigos conocidos por más banderas hostiles que hallemos en esta singladura.

—Evitad al menos sus apostaderos —insistió Santiago Pérez—, dicen que la isla de Tortuga está llena de piratas, el temible John Quelch, incluido. Allí pasan mucho tiempo saciando sus vicios entre ron y mujeres, cuanto más lejos de esas costas naveguen vuestros mástiles, mejor será.

Pero don Manuel de Velasco era hombre de recio carácter y mostrar cautela lo veía como un signo de debilidad, al menos eso pensé aquella tarde. Pareciome también que no le gustaban los consejos y que no daría su brazo a torcer, incluso si se sabía errado, para no perder autoridad. Siendo así, temí que no fuera el mejor de cuantos podían mandar nuestra flota y que esos arrestos habrían de tener sus secuelas, llegado el caso.

La tarde terminó entre risas. Don Santiago Pérez, de natural curioso, era amigo de conocer historias de navegantes y leyendas de sirenas y monstruos marinos de los que se declaró creyente.

Cuando el sol declinó, empezamos a retirarnos. Faltaban pocas horas para que abriésemos velas y eran muchos los quehaceres que todavía nos esperaban, revisar el velamen, cubierta, comprobar que estaban bien los aparejos, que no faltaban herramientas ni material para calafates, buzos y cirujanos... Toda precaución era poca para tan larga travesía. Pasaríamos cinco semanas sin tocar tierra, eso si teníamos buenos vientos y atracábamos en Madeira que, si no, arribar a Cádiz podía llevarnos hasta tres meses.

Estaba yo despidiéndome de mis compañeros con el ánimo alegrado por los tragos de ron cuando un criado del gobernador me abordó y pidiome con compostura que me apartase del grupo.

—El señor Lasso de la Vega quiere invitaros a un café —me susurró.

—¿Ahora?

—Ahora, en su casa.

Se me frunció el ceño. Apenas hacía un día que conocía al gobernador y desde entonces no había salido de mi pasmo. Pero, si de algo estaba seguro era de que Lasso de la Vega no era hombre de llanezas ni de falsas apariencias luego, si quería verme a solas pocas horas después de haberlo hecho con tanto

gerifalte, por algo sería.

—Me ha pedido que os diga que quiere agasajaros por ser hombre de su confianza.

—Claro, cómo no.

—Seguidme.

El recadero agarró la cuesta y empezó a subirla con paso ligero. Yo le seguí a unos metros, con la cabeza enredada en mis cavilaciones. Puestos a imaginar, supuse que querría hablarme de su hija, de algunos cuidados que querría tomar o quizás de la razón por la que el rey reclamaba su presencia. Lo raro era que quisiera hacerlo a solas, como si pretendiera confiarme un secreto que no quiso soltar ante todos, el día anterior.

Nada más llegar al palacete, fuimos hasta el mismo salón donde nos habíamos visto la víspera y el criado me mandó sentar. Allí tuve que esperar un buen rato hasta que asomó Lasso de la Vega, sin jubón ni peluca y con una camisa de puñetas deshilachadas. Supe así que el gobernador era hombre de pocos cumplidos y desafecto a la etiqueta cuando no estaba en público.

—Gracias por aceptar mi invitación —arrancó con un gesto impropio de un hombre de su rango ante un desconocido—. Puede que vos seáis la primera persona que recibo dos días seguidos en esta misma estancia.

—Es para mí un honor y nuevamente una sorpresa.

—No tiene por qué sorprenderos. Ahora sois nuestro hombre de confianza y siendo así es menester que nos conozcamos mejor, yo a vuesarced y vuesarced a mí. Pero, por favor, quitaos el chaleco si estáis más cómodo, quedaos en camisas como yo. La moda europea no está hecha para estos calores cubanos.

Por más que fuera una invitación, me sonó a mandato, a aflojar la rigidez que el protocolo imponía para ganarse mi confianza. Yo no hice caso, algo me decía que estaba a punto de adentrarme en las cavernas de un nuevo secreto y, siendo así, prefería mostrarme adusto.

Los criados taínos trajeron tazas de café y dulces. También me ofrecieron un cigarro puro, que yo rechacé por miedo a perder la lucidez con sus humos embriagadores a los que no estaba acostumbrado.

Después nos quedamos solos y el gobernador se entretuvo removiendo la taza. Se me figuró entonces que tal vez me obligara a tomar nuevos encargos,

por ventura en nombre del rey o quizá de la patria, sin poder yo rechazarlos.

—¿Qué os parece el café?

—Está bueno, aunque, si os soy sincero, creo que es amargo para el gusto español.

—Yo lo encuentro fogoso. No me canso de tomarlo. Me traen el grano de Santa Fe de Bogotá y se muele aquí en La Habana.

—En breve entonces lo tendréis a mano.

Lasso de la Vega sonrió por la agudeza, pues se decía en La Habana que pronto sería nombrado por el rey, presidente de la Real Audiencia de Santa Fe de Bogotá.

—Ya veo que estáis enterado, pero no lo deis por verdadero. El despacho real con el nombramiento aún está por llegar y este tipo de cosas no se pueden afirmar hasta que no están hechas. Por cierto, ¿cómo lo habéis sabido?

—En La Habana hay muchas tabernas y las gentes que allí van no hacen otra cosa que hablar y beber. Me temo que aquí es difícil guardar un secreto.

—¿Hay acaso otros secretos que deben permanecer ocultos eternamente?

No me gustó la pregunta. Ni tampoco el semblante del gobernador esperando mi respuesta.

—Sin duda, aquellos que comprometen el honor de quien los recibe.

Lasso de la Vega alegró el rostro y, de súbito, cambió el paño.

—Me han dicho que vos sois de Sevilla.

Mi cuerpo se tensó. Aquello me sonaba a ratonera.

—Así es.

—No sé si lo sabíais, mas yo también lo soy —sonrió.

No lo sabía, ni era fácil saberlo, pues el gobernador llevaba muchos años fuera de España y, además, me superaba en edad. Difícil parecía que nos hubiésemos conocido en la ciudad en la que ambos nacimos.

—No tenía ni idea.

—Es lógico, me fui de allí siendo niño —apuró un sorbo de café—. Y os saco algunos años —bufoneó.

Entonces no pude esperar más.

—¿Es acaso por eso que me habéis elegido a mí?

Me salió sin pensar, deseoso de saber la razón por la que me había invitado a su casa.

—¿Por ser de Sevilla?

—Por ser paisano. Tal vez vos hayáis encontrado algún lazo familiar entre nosotros o conozcáis a alguien de mi familia. ¿De qué si no habríais de tener tanta confianza en mi persona?

Lasso de la Vega tomó otro trago de café y se recreó con él en la boca. Puede que no se esperase mi reacción, la de un extraño que tenía la osadía de exigir respuestas.

—Que yo sepa no tenemos ningún parentesco. Mi familia no es de raíces sevillanas, así que es difícil que estemos entroncados. Yo, además, no tengo nadie allí, no como vuesaerced.

Sentí un aguijonazo en el corazón.

—¿Qué queréis decir?

—Que vos tenéis a Esperanza y a vuestra hija, seres queridos por los que merece la pena volver.

La mención de los míos no podía esconder más que un oscuro propósito, algo que tenía que aclarar al momento.

—Pardiez, ¿qué tiene que ver mi familia con todo este asunto? No permitiré de ningún modo...

Lasso de la Vega me detuvo al instante. Quise creer que no quería perder el control de la conversación y menos aún mi confianza.

—Vuestra familia está completamente a salvo y ajena a este asunto. Es cabalmente por ellos por lo que os pedimos que llevéis a cabo esta tarea.

—¿Por ellos?

El bochorno habanero y las palabras del gobernador hicieron que me desabrochara el jubón. A fe que Lasso de la Vega también se acaloró, pues buscó junto a la ventana un resquicio de frescor.

—Por ellos. Habéis de saber que en la búsqueda de la persona que nos ayude en la encomienda del rey no solo necesitábamos a un experimentado marino, un hombre fiel a España y de proba conducta, sino también a alguien que, una vez acabado el trabajo, pueda retirarse a hacer vida alejada del mar y de los ejércitos.

Mis ojos se nublaron como la bruma del amanecer, miraba yo al gobernador mas no le veía y es que la mente se me había espesado.

—Vos queríais que esta fuese vuestra última travesía —aclaró Lasso de la

Vega—, que cuando lleguéis a Sevilla pudieseis cambiar de vida, dejar la vida de mar y no separaros nunca más de vuestra familia.

—¡Voto a Cristo! ¿Cómo diablos sabéis eso?

—¿Qué importa eso? Lo importante es que, en esta empresa, todos salimos ganando.

—¿Me forzarán a dejar el mar?

—Os ofreceremos un puesto en Sevilla al servicio del rey —me dijo—. Así podréis pasar el resto de vuestros días junto a Esperanza y Macarena.

Maldito parentesco veía yo entre el encargo que se me estaba haciendo y la necesidad de abandonar el mar, razón por la que no quise dejar que aquel detalle cayese en saco roto.

—¿Puedo preguntar por qué es preciso que no navegue nunca más?

—Vedlo como un premio con el que el rey quiere recompensaros. Quedaos con la idea de que habréis conseguido lo que queríais y sin ningún esfuerzo. El trabajo del que os hablo está bien pagado y goza de buen prestigio, ¿qué más podéis pedir?

—¿Y todo eso por llevar a su hija en mi galeón?

—Aceptar a mi hija en vuestra tripulación y protegerla hasta que llegue a España es parte de vuestra tarea, mas si ahora estáis aquí es porque además tendréis otra encomienda.

—¿Otra encomienda?

Un calor asesino me invadió el cuerpo, un fuego que me salía de dentro y me quemaba la piel. Debió notarlo el gobernador, pues se apresuró a coger una botella de ron que guardaba en el mueble de nogal y servir un par de vasos.

—Tened por seguro que si os fiamos esta embajada es porque tenemos confianza ciega en vuesarced, mucho más de lo que os imagináis.

Me alargó la copa sin preguntar, al tiempo que él se bebió la suya de un trago. El ron cayó de nuevo en su vaso y sin pensárselo volvió a engullírselo de un tirón.

—Amén de mi hija —continuó—, en el *Nuestra Señora de las Mercedes*, viajará un cofre.

—¿Un cofre?

—Un valioso cofre que pertenece al rey.

Me aticé el vaso de ron de golpe. Mis sesos no terminaban de escudriñar los laberintos por los que me llevaba don Diego Córdoba Lasso de la Vega. Quise enlazar ideas, buscar intenciones ocultas, entender lo que estaba pasando y no más me salió una pregunta.

—¿Qué contiene ese cofre?

—El tesoro más valioso que jamás poseyó hombre alguno.

—¿Tesoro? ¿Qué tesoro?

—Quedaos con la idea de que su majestad lo necesita como aguas de mayo y que de ello depende el futuro de nuestra patria.

Dejaba con ello claro don Lasso de la Vega que no me desvelaría la naturaleza del cajón, aunque no me aclaraba por qué no lo había mentado la noche anterior a los mandamases de la expedición. Por la razón que fuere, había decidido que únicamente a mí se me confiara el secreto y, vive Dios, que aquello me molestaba como un orzuelo.

—¿Debo suponer que me hacéis el encargo solo a mí, sin que nada sepa de ello el almirantazgo de la escuadra?

Lasso de la Vega clavó sus ojos en los míos. Su aliento apestaba a ron.

—Vos y solo vos conocéis la misión, es una labor secreta que ha de hacerse con la mayor cautela, pues la existencia del cofre solo es conocida por unos cuantos privilegiados. No exagero si os digo que, de todas las carreras que nuestra patria ha hecho en los últimos ciento veinte años, esta es la más importante.

Confieso que me sentí mal. No era miedo, que eso nunca ha corrido por mis venas, sino desasosiego, la ansiedad de enfrentarme a un peligro sin enemigo cierto y de oscuras razones. Vive Dios que aquella encomienda no me gustó desde el momento que la conocí, hasta el punto de que una parte de mi quiso librarse de aquel trago explorando la posibilidad de que el gobernador cambiase de pretendiente.

—¿Y por qué habría de aceptar tan importante cometido?

—Porque os lo pide vuestro rey y porque con ello cumpliréis el sueño de dejar el mar.

Algo debió de ver en mi persona para que se apresurara a quitar hierro a los lances de dicha aventura:

—No temáis, no hay riesgo alguno. Nadie sabe nada del cofre que portáis.

Es un bulto pequeño que pasará desapercibido y no os dará más tormento que entregarlo a vuestro arribo a Cádiz.

—¿Queréis decir entonces que nadie en la expedición está al tanto deste asunto?

—Ni siquiera mi hija.

—¿Pretendéis que os crea?

—Os doy mi palabra. Pocos son los elegidos que conocen la existencia de tanpreciado cofre y todos ellos, hombres de Estado.

A mí me faltaban pormenores de la encomienda y, si tanta confianza tenía el gobernador en mi persona, tampoco le importaría alumbrar un poco mis tinieblas.

—¿Es acaso por el cofre que vendrá vuestra hija en mi galeón?

—Como os dije ayer, ella ha de embarcar por expreso deseo de su majestad y también el baúl es esperado con urgencia en Madrid. No puedo ocultaros que cuando supe que ambos irían en la misma escuadra pensé que lo mejor era anunciar a los almirantes que mi hija iría en vuestra nao de modo que toda la flota estuviese pendiente de vuestra seguridad. No olvidéis que Velasco y Châteaurenault han jurado proteger a María Cristina.

Me costó un momento percatarme de la situación, el tiempo que tardó el gobernador en zamparse otro ron.

—¿Cómo podré saber cuál es el cofre?

—Por ese lado perded cuidado, un alguacil de mi máxima confianza lo llevará a vuestro barco durante la estiba de mañana y lo dejarán bien trincado en la bodega. Lo distinguiréis al instante por llevar tres cerrojos amarrando sendas barras de hierro. No hay otro igual.

—¿Y luego? ¿Qué debo hacer con él cuando llegue a Cádiz?

—El arcón no saldrá de la bodega del *Nuestra Señora de las Mercedes* bajo ningún concepto hasta vuestro arribo a España. Nada ni nadie debe violentarlo. Al tocar puerto, se presentará ante vos un emisario del cardenal Portocarrero con un salvoconducto para recogerlo. Vusted sabrá reconocer sin lugar a dudas la autenticidad de la licencia y podrá entregar elpreciado objeto al portador de la orden. Esa misma persona os indicará dónde dirigiros para acordar vuestro nuevo empleo. Será entonces cuando acabe esta misión y comience vuestra nueva vida.

Para Lasso de la Vega el asunto parecía sencillo, o al menos eso quería hacerme ver, y a fe que la recompensa era grande, pero yo no atinaba a comprender por qué en embajada tan importante habían pensado en mí.

—¿Cómo es que dejáis en manos de un extraño tamaña encomienda?

—Capitán Galarza —me dijo a la sazón—, años ha que corréis la Carrera de Indias con un intachable expediente. En este tiempo habéis demostrado ser hombre de honor, cabal en vuestras decisiones y siempre leal a la patria. Por si fuera poco, tenéis por deseo dejar de navegar, luego sois, sin dudarlo, la persona ideal para llevar a cabo este negocio.

Comprendí entonces que mi suerte estaba echada y como buen español y cristiano, habría de aceptarla con honor.

—Sea —concluí—, si Dios me ha puesto en esto será por algo.

No tuvo recato el gobernador en lucir una ancha sonrisa.

—Id sin miedo. Los ojos que todo lo ven no os perderán de vista y el Todopoderoso os protegerá en la travesía. Sabed que desde hoy sois uno de los nuestros y eso os obliga a guardar este arcano en vuestras entrañas hasta la muerte. A cambio, a vuestra llegada, os espera un empleo en Sevilla y vuestra esposa e hija, sanas y salvas, para que podáis hacer con ellas la vida que siempre soñasteis.

Muchas veces he recordado aquellas palabras del gobernador, muchas noches me he desvelado en mi oscura celda rememorándolas, y es tanta la rabia que se agolpa en mi pecho que no hay nada que lo consuele. Ni siquiera estas letras que a duras penas escribo a la luz de una vela cuando mi vida apura sus últimos días, que no buscan saciar el hambre de venganza que me devora las tripas, sino, como ya dije, salvar mi honor, que es, de todo, lo más importante de un hombre.

Maldito sea el que quiera mancillarlo.

6

Me desperté sobresaltada. Tardé unos segundos en percatarme de que estaba en el camastro del cuarto de los trastos, el lugar de mi altillo donde amontonaba bártulos, recuerdos y caprichos. Reparé entonces en que Enrique debía estar durmiendo con Evaristo en mi cama y noté cómo se me escapaba por las mejillas una sonrisa invisible. Le tenía tan cerca que hasta podía olerlo.

Había dormido tan solo un par de horas tras un día agotador y una noche rota por la ansiedad y el desasosiego y, sin embargo, no podía relajarme porque aquella mañana vería la luz mi primera crónica y yo quería estar en la redacción, a su lado, como la matrona que se queda tras el parto para que los familiares le pregunten cómo fue todo.

Mientras me arreglaba a toda prisa sentí una punzada en la sien, un aguijonazo que achaqué a las pocas horas de sueño. Aun así, quise ponerme guapa. Supuse que aquel día sería el blanco de muchas miradas y quería causar buena impresión, de modo que me coloqué un vestido marrón que usaba en ocasiones especiales y un sombrero a juego. El espejo me devolvió una imagen tétrica, mejillas mustias y unos ojos circundados de un negro fúnebre que difícilmente disimularían los polvos de arroz que usaba para maquillarme.

—Naderías —pensé—. Ya vendrán tiempos mejores.

Antes de salir, me asomé al cuarto y vi cómo dormían Enrique y Evaristo. El dormitorio olía a alcohol rezumado y a animal salvaje. Los dos mocetones roncaban despanzurrados mientras sus cuerpos retornaban poco a poco al mundo de los mortales.

—Ojalá os quedéis así durante una semana. Volveríais a ser vosotros

mismos —les dije a sabiendas de que no me escuchaban.

Aquella mañana desayuné en el café Suizo. No me pillaba de paso, de hecho, tenía un buen paseo para llegar a él, pero aquel era uno de los pocos lugares de Madrid donde una señorita podía desayunar sola sin que resultase inapropiado. Además, allí siempre había un ejemplar de *El Imparcial* a disposición del público y yo necesitaba ver una vez más cómo había quedado mi crónica antes de traspasar la puerta de la redacción.

El Suizo estaba lleno a esa hora de chicas jóvenes, la mayoría modistas de un taller de costura que había en la calle de Cedaceros, desayunando pastelitos de canela y bollos borrachos regados de azúcar. Me senté en una de sus mesitas de mármol con un café doble y el periódico y me dispuse a sumergirme de nuevo en mi pequeño relato de portada.

Estaba nerviosa, aunque tratase de disimularlo sentía mariposas revoloteando en mi estómago y el corazón me latía con fuerza bajo las apreturas del vestido. Saber que aquel texto salido de mi puño iba a ser leído por miles de personas me zarandeó el alma. Lo leí y lo releí docenas de veces con una sonrisa minúscula y furtiva que se me escurría por la comisura de los labios y las manos ligeramente sudorosas. Opiné que quedaba bien, concreto, ajustado a los hechos, con un puntito de intriga.

Y sin embargo...

La historia era incompleta. Sobre la muerte del librero se cernía una gran sombra, la del tipo extraño que me abordó en el tranvía con su truculento mensaje sobre la Mano Negra, el mismo que abandonaba el fumadero de opio horas más tarde. Me dio en la nariz que ese asunto traería cola y que tal vez yo me viese envuelta en él. La imagen de aquel hombre apareció en mi mente como por ensalmo. Su siniestro rostro, jaspeado por las sombras de la noche, me estalló en el cerebro. Si en realidad los dos eran el mismo, no podía ser más que una funesta casualidad porque la muerte del librero de la glorieta de Quevedo y el fumadero de opio ilegal donde encontré a Enrique no podían tener ninguna relación. Aunque aquellos andares tan lúgubres y su forma de vestir no dejaban lugar a dudas.

—Quizás Enrique le conozca —cavilé.

A esas horas, él estaría aún durmiendo plácidamente en mi cama. Cuando despertase se percataría de dónde estaba y quizás recordase cómo lo arrebaté

de aquel fumadero la noche anterior, o tal vez Evaristo, que estaba con él, podría recordárselo.

—Esta misma tarde, cuando llegue a casa, hablaremos de cómo reconducir su vida —me dije—. Esta vez no se me escapa.

Entonces volví a mi relato.

«Muerte entre libros».

¡Parecía tan fantástico verlo publicado! Con aquellas letras negras de imprenta, sobre el papel pajizo del diario, en un lugar tan destacado, nada menos que junto a la crónica de don José Velarde.

Pensé en mi padre y en lo orgulloso que se habría sentido aquel día de su única hija. Me lo imaginé sentado a mi lado, acariciándome con su mirada gris, con esa expresión tierna que me regalaba en los tiempos en que aún estábamos juntos.

—¿Cómo pude hacerlo? —me reocriminé una vez más, recordando la lenta agonía de mi desapego—. ¿Cómo pude apartarlo de mi vida y abandonarlo como se abandona un trasto viejo?

Ni siquiera llegué a hablarle de Enrique, quizás por mantener la fantasía de ese amor clandestino que me propuso mi amado tal vez por miedo a despertar sus celos. El caso es que me alejé de él. Caer en brazos de Enrique hizo que me olvidase del mundo. No había un minuto al día que no quisiera estar a su lado, no había un instante que no buscase sus besos, su cuello robusto, su cuerpo masculino, su fogosidad...

Y al final, para terminar como terminó. Enrique volaba alto, cada día más lejos del suelo, el mundo se le quedaba pequeño y su mente soñadora buscaba sin descanso nuevos estímulos. Así cayó en la droga. Al principio con coqueteos esporádicos que yo no quise acompañar y más tarde con tanta frecuencia que lo convirtió en otro hombre.

Atendí una vez más a la voz de mi conciencia a pesar de que era ella la que se encargaba de lanzarme dardos envenenados que se clavaban como un estilete en mi corazón.

El diario me ayudó a distraerme. Reparé en las siglas menudas que aparecían bajo el título, un C.S. minúsculo y casi invisible que podía mantenerme en el anonimato, salvo para quienes trabajábamos en el periódico. No había pensado aún si en mis próximas crónicas utilizaría mi nombre

completo. Casi ninguna mujer lo hacía en los periódicos salvo algunas famosas como Emilia Pardo Bazán o Sofía Casanova que enviaba sus crónicas desde el extranjero o Jesusa Granda, que era la única que lo hacía en España desde su tribuna de *El Globo*. Las demás que se atrevían a poner sus nombres, publicaban solamente poesía, nada de artículos o crónicas donde era mejor esconderse tras dolorosos seudónimos masculinos, antes de ser criticada o simplemente quedarse sin lectores.

Mientras apuraba el café quise imaginarme cómo me recibirían en la redacción. Dada mi modesta posición y mi condición femenina, me conformaba con no soportar un comentario impertinente o una mirada despectiva de alguno de los veteranos más recalcitrantes, los mismos que no veían con buenos ojos que las mujeres nos dedicásemos al periodismo. Aunque no descartaba que mi artículo hubiese pasado desapercibido. Al fin y al cabo, por las mañanas andaban todos muy atareados y no prestaban mucha atención al ejemplar recién salido.

Nada más terminar la taza me fui taconeando hacia el viejo caserón de la calle Mesonero Romanos. Por las aceras corría un aire empapado de agua que anunciaba nuevas lluvias, un mal tiempo cansino que parecía querer atormentarnos hasta el mismísimo fin de siglo. Madrid no se había recuperado aún de las tormentas de la víspera, las aceras estaban llenas de barro y el empedrado de ramas y charcos.

Casi sin darme cuenta, empecé a andar deprisa, como el niño que espera un regalo y le puede la impaciencia. Fue el corsé el que me recordó que no podía ir tan rápido. Sus apreturas, que no buscaban más que realzar la tan cacareada cintura en ese, eran incompatibles con la respiración agitada de mi marcha.

Recorrí la calle de la Aduana y la plaza del Carmen bajo un cielo de cristal barrido por el viento y al llegar a la de las Tres Cruces empecé a ver comercios con escaparates llenos de mazapanes, turrónes y platos de dulce que abrían sus puertas al público. En el Distrito Centro la Navidad era diferente, sus calles bulliciosas, sus carnicerías ofreciendo pavos y los vendedores de lotería vociferando por las calles los últimos décimos, daban al barrio un sabor especial. Distinto era en los distritos más modestos como el mío donde el ambiente navideño consistía en tenderetes con cabritos y

humildes tiendas de pasteles y caramelos para los niños.

—El gordo, llevo el gordo —aulló a mi lado un vendedor de lotería.

Yo no estaba para tanto bullicio. Después de la noche tumultuosa, notaba como si me pinchasen agujas en el cerebro. Y el espinoso asunto del tranvía no se me iba de la mente. Advertí que aquel pensamiento me hacía andar más deprisa, como si estuviese huyendo de sus terribles fauces.

No habían dado las nueve de la mañana cuando por fin llegué al periódico. A esa hora, la sala de redacción parecía un hormiguero, carreras, risas, gritos de algún veterano gruñón, nada que se saliese delo cotidiano. A veces me preguntaba cómo podía trabajarse en aquellas condiciones. Barrí la estancia con la mirada en busca de alguna complicidad, pero solo Gaspar, el dibujante que me regalaba retratos con plumilla y guiño incluido, se percató de que había llegado.

—Buenos días, guapa. Vaya estreno —me dijo mientras afilaba sus carboncillos.

Se me escapó una sonrisa nerviosa. Saber que alguien de la casa ya conocía mi trabajo me acaloró las mejillas. Eso y que Gaspar llevaba más de un año cortejándome, de un modo sutil, casi imperceptible, como si estuviese esperando una señal por mi parte para dar el primer paso, hasta el punto que puede que él no se diese cuenta de que yo lo sabía. Aunque hay cosas que a una mujer no se le escapan.

Al llegar a mi escritorio me encontré enfrente a Aniceto Villaverde con su montón de plumas y plumines milimétricamente ordenados en el pupitre de su escribanía y trabajando con denuedo. Como encargado de la sección de internacional, Aniceto era uno de los más madrugadores, pues los despachos telegráficos solían llegar de madrugada y a él le gustaba escudriñarlos en silencio, con la soledad de un ermitaño y el sosiego de un monje. Después se ponía a escribir y se olvidada del resto. Y así estaba, tan concentrado que, al principio, no se percató de que había llegado.

—Eh, gacetillera —me espetó nada más verme—, ya veo que te has estrenado en el oficio. Y nada menos que con un suicidio.

Le devolví un mohín cariñoso. Aniceto era para mí alguien especial. Y yo para él, siempre me trató como si fuera la hija que nunca tuvo. Hasta ese día él había sido mi jefe y, en ese tiempo, me enseñó las triquiñuelas del oficio, me

nutrió de consejos y me dictó lecciones que, sin él saberlo, nunca olvidaría. Además, según me contaba, tenía al tanto a don Rafael Gasset sobre mis progresos en el periodismo y de mis posibilidades para ocupar un puesto de mayor importancia.

«Y que sepas que don Rafael está muy pendiente de ti», me decía.

Tenía bigotes y patillas tan frondosas que le tapaban casi todo el rostro y una expresión de placidez contagiosa que hacía que te sintieses bien a su lado.

—Ya ves, he empezado a lo grande —bromeé.

—Si quieres que te sea sincero, no está mal —la voz se le escapaba por los pelos del mostacho con un silbido—, aunque maldito sentido tiene la última frase. ¿Qué pasó que hubo que rellenar el espacio que te concedieron para la noticia?

—Esa frase está ahí porque a mí me parecía una buena manera de terminar el artículo —me envalentoné.

Aniceto podría haber zanjado la conversación con un impropio. Le sobraban tablas y galones para hacerlo, pero no lo hizo. En el fondo, le gustaba que una chica se hubiese metido en sus vidas pidiendo paso en el proceloso mundo del periodismo, una mujer decidida a hacer un trabajo de hombres y con criterio propio.

—Pues qué quieres que te diga, a mí eso de la Mano Negra me suena a secta.

Sus palabras cayeron sobre mí como un yunque, como una premonición que estaba escondida en mi mente esperando a que alguien la soltase para aparecer.

—¿Cómo?

—Sí, que cualquiera que lea tu crónica pensará que al librero lo asesinó una hermandad secreta o algo así.

Así era Aniceto, perspicaz, intuitivo, conocedor de los entresijos del oficio y de los secretos que se escondían tras los bastidores. Sentí que me faltaba el aire. Empujé la silla hacia atrás y me levanté de golpe. El frío se había apoderado de mí y el corazón empezó a bombear con más brío.

—¿Tú sabes de alguna hermandad o asociación que se llame la Mano Negra? —pregunté, haciendo un esfuerzo por resultar natural.

—Yo no, aunque Genaro anduvo husmeando archivos sobre ese asunto

poco antes de morir.

Era imposible que no me lo notase, yo misma percibía que se me iban a salir los ojos de las órbitas.

—¿Qué me dices?

—Lo que oyes. Teniéndolo tan cerca, hablábamos de vez en cuando. Hace un par de meses apareció una mañana con un cartapacio parduzco que tenía escrito en su portada algo así como la «Orden de la Mano Negra». Bromeamos un poco. Siendo como era el jefe de la sección de sucesos, le pregunté si andaba buscando un asesino, pero no me respondió. ¡Era tan soso!

Aniceto se rio melifluamente de su propia gracia y se le inflaron los mofletes. A mí se me secaron las venas.

—¿Y qué averiguó?

—Yo qué sé —sopló entre la pelambre—. Supongo que nada porque no recuerdo que se refiriese a ella en ninguna publicación.

Estaba tan abstraída que no me percaté de que Sandalio me estaba tocando por la espalda.

—Don Rafael dice que subas.

Me di la vuelta y me quedé mirándolo sin verlo. Sandalio era el mozo de los recados, un chaval que andaba todo el día como un azacán, lo mismo traía cafés que limpiaba ceniceros.

—Que subas —repitió, y señaló con el dedo a la primera planta—, al Confesionario. No te arriando las ganancias.

Al igual que al sótano le llamaban la Caverna, el despacho de don Rafael era conocido en la casa como el Confesionario. En los casi dos años que llevaba trabajando en el periódico, yo solo había estado allí un par veces y las dos con el corazón en un puño, pues aquel lugar se había ganado una justa fama de estar reservado para cosas importantes, aquellas que don Rafael deseaba mantener en privado.

—Si quieres un buen consejo, yo le diría que tuviste que poner eso para completar el hueco que te dieron los maquetistas —me sugirió Aniceto—. Don Rafael no es hombre de acertijos ni polémicas periodísticas. Si no lo haces así, igual tienes que darle algunas explicaciones.

Apreté los puños y noté cómo me sudaban las palmas. Aquel no era precisamente el mejor día para encontrarme con el director. Después de la

noche de insomnio mi aspecto dejaba mucho que desear y aunque me había colocado uno de mis mejores vestidos, tenía la mente embotada y la seguridad en mí misma en niveles bajos.

Sin dudarle me planté frente al espejo que había junto al paragüero de la entrada y traté de recomponer la figura ordenándome un poco el peinado y pellizcándome las mejillas. Para mi desgracia, el surco negro de las ojeras necesitaba de un trabajo más intenso que no tenía tiempo de abordar.

—Vamos, mujer, que no es para tanto. Ya te he dicho que el artículo está bien escrito. Puede que solo tengas que explicarle lo de la última frase y ya te he aconsejado cómo has de hacerlo.

—Ya, pero subir al Confesionario no es moco de pavo.

En la redacción se vivían las visitas al Confesionario como una gacetilla de crónica de tribunales donde el interfecto subía a enfrentarse con su destino, a veces un ascenso o una felicitación, otras un rapapolvo o incluso el despido. Yo no estaba segura de cuál sería mi caso, así que, desde el primer rellano, tanteé el sentir de los presentes y tuve la impresión de que, salvo el propio Aniceto, los pocos que se percataron de mi ascensión, albergaban malos presagios sobre mi encuentro.

Continué subiendo con la sensación de estar haciendo una penitencia por algún pecado cometido, como el calvario a una ermita. A cada paso que daba, la madera crujía bajo mis pies y, cuando por fin llegué a la primera planta, llamé sin fuerza con los nudillos a la puerta.

No tuve que esperar ni un instante.

—Adelante.

Don Rafael tenía una voz cadenciosa, un tono pausado y agradable al oído de actor de teatro. No en vano, él era un disertador impenitente, autor de famosos discursos en su calidad de diputado en Cortes y era tal su oratoria que, en ocasiones, sus intervenciones habían derrumbado gobiernos.

Allí estaba él, tras una escribanía de nogal y cuero con tintero y plumas de ganso, hojeando un documento con una mano y afilándose el bigote con la otra. Nada más entrar yo, levantó la vista y se quedó mirándome con los ojos entornados.

—Pase, señorita Sotés, y siéntese por favor.

A pesar de su juventud, don Rafael nos trataba de usted, incluso a los

aprendices, costumbre que le venía de su padre y del trato parlamentario. A sus treinta y tres años poseía una larga experiencia, pues se hizo cargo del periódico a la muerte de su padre con tan solo dieciocho. Además, con apenas veinticinco obtuvo su primer escaño como diputado en Cortes y ahí seguía varias legislaturas después. Los rumores decían que pronto sería ministro.

Su bufete era el propio de un hombre de su condición, un lugar solemne que recordaba a uno de esos sitios donde se firman tratados de paz o armisticios internacionales. Tenía las paredes forradas de madera y las ventanas estaban cubiertas con cortinas suntuosas y visillos de hilo.

De los paneles de madera colgaban óleos, uno de ellos de su padre, don Eduardo Gasset y Artime, fundador del periódico hacía más de treinta años. Imaginé que los otros eran también originales, obras de arte valiosas como también podían serlo las insignias, los escudos y las medallas de las vitrinas.

Ese día don Rafael llevaba una pajarita anudada al cuello de la camisa blanca, perfectamente almidonada y una chaqueta negra, el cabello y el bigote ligeramente engominados y una fragancia a agua de colonia se mecía alrededor de su persona.

Obedeciendo sus órdenes me acurruqué en el sillón frente a él con las piernas cruzadas y la incertidumbre de quien espera un veredicto. Hubo un instante en el que los dos nos miramos sin abrir la boca, él seguramente pensando en cómo arrancar y yo, tratando de disimular mi aturdimiento con cierta impostura.

—¿Qué tal le fue ayer? —Sus ojos verdes se clavaron en mí perforándome la piel.

No supe cómo interpretar la pregunta y tampoco quería meter la pata así que levanté las cejas en reclamo de más información.

—En la librería, ¿qué tal le fue?

Sonreí. Fue él quien me dio el aviso de lo que acababa de suceder.

—Creo que bien. Gracias al desconcierto inicial, conseguí colarme hasta la trastienda y pude ver el cadáver de don Saturnino de la Vega en persona. La verdad es que impresionaba. —Quería saber más, de no ser así no habría permanecido callado y mirándome fijamente—. No toqué nada —continué—, solo observé la escena y cuando un policía me lo pidió, me fui sin rechistar. Sé que no les sentó bien, pero yo no me salté ningún cerco ni transgredí

ninguna orden —me anticipé a una posible pregunta.

—¿Le dijeron algo en ese momento?

—No, bueno, sí, que a ver qué publicaba, que estaban hartos de algunos gacetilleros —obvié mencionar lo que me dijo el comisario sobre que me olvidase del asunto por si se enfadaba.

—¿Eso le dijeron?

—Sí, un comisario gruñón.

—¿Pudo oír su nombre?

—Cañete, se llamaba Cañete.

Don Rafael frunció el ceño y luego me rastreó de arriba abajo. Tuve la impresión de que buscaba algo en mi interior, quizás mi valía para el oficio que acababa de estrenar o tal vez mi arrojo para afrontar situaciones difíciles. Después cogió un habano del cajón de su escribanía y chamusqueó su extremo con una cerilla antes de encenderlo.

—¿Y qué vio? Quiero decir, aparte del cadáver.

En su tono se vislumbraba un atisbo de inquietud, un desasosiego por conocer lo que pudiese contarle. No podía atribuir su interés más que al examen que el director hacía a su reportera novata en aras de otorgarme su confianza.

—El librero llevaba un traje impoluto y, a mi parecer, caro. Se ve que era un hombre de posibles. No tenía ningún signo de violencia, solo una pequeña herida en la frente que pudo hacerse después de muerto. Junto al cadáver había una silla y bajo el techo, una viga en voladizo. Parecía evidente que murió ahorcado.

—O sea que usted cree que fue por un suicidio.

—La verdad... es que no lo sé.

—Si me acaba de decir que se ahorcó.

—He dicho que creo que murió ahorcado. Lo de quien lo hizo no lo tengo tan claro.

Entonces clavó los codos en la mesa y adelantó su torso. Aquel movimiento me permitió verlo de cerca. Sus ojos verdes ligeramente achinados, su barbilla prominente y una sombra oscura recorriendo su frente. En sus cejas arqueadas adiviné una señal de alarma.

—¿Por?

Maldije mi falta de previsión. Llevaba unas horas tan frenéticas que ni siquiera había reparado en pensar a quien contaría el suceso del tranvía ni cómo hacerlo. Lo único que me pareció lógico en aquel instante es que a don Rafael no podía ocultárselo. Él tenía experiencia para darme un buen consejo y, después de todo, había confiado en mí dándome el trabajo de reportera.

Aun así, tuve que tomarme unos segundos para ordenar mis ideas.

—Un hombre me abordó en el tranvía de regreso y me musitó algo al oído.

Noté que su respiración se agitaba bajo el chalequillo. Jamás hubiese imaginado que me vería en aquella situación, con un hombre del prestigio del director pendiente de mis palabras. Los nervios me estaban comiendo por dentro, pero yo había aprendido desde niña a disimularlos. Aunque me ardiesen las entrañas.

—¿Quién era?

—No lo sé. No pude ver su rostro y nada más mascullar su mensaje se bajó del vagón y se perdió bajo la tormenta.

Sé que no le gustó mi respuesta. Por más político que fuese, por más acostumbrado que estuviese a ocultar sus emociones, mi intuición femenina me decía que esperaba otra confesión, pero yo no podía dársela. Esa era la verdad, la triste realidad.

Quise componer un gesto de disculpa, algo que le hiciese ver que estaba en un aprieto, aunque él parecía no darse cuenta.

—¿Y qué fue lo que le dijo?

Se me hizo un nudo en la garganta. Estaba a punto de desvelarle lo que, supuestamente, me habían dicho a hurtadillas, pero no tenía otro camino. Empezar mi carrera periodística con mentiras y secretos al director del periódico no podía abocarme más que al fracaso.

—Busque la Mano Negra y ándese con cuidado —musité, apretando la boca.

—¿La mano... negra? —repitió, frunciendo el ceño.

—Eso es, solo eso, y se largó.

El director se levantó de su poltrona y anduvo por el despacho con las manos atrás. Tuve la corazonada de que aquello tenía algún significado para él.

—Esa es la razón por la que añadió la última frase de su crónica —

dedujo.

—Así es, pensé que de ese modo alguien podría percatarse de que estamos tras la pista de un asesinato sin que el resto de los lectores advirtiese nada raro en el texto.

Pasamos un rato en silencio, tanto que yo no sabía cómo ponerme en la silla ni cómo disimular los nervios que tenía agarrados al estómago.

De repente, don Rafael se detuvo y se me quedó mirando mientras echaba una bocanada de humo.

—Carmen —me anunció, saltándose la costumbre de llamarnos por el apellido—, está usted despedida.

La noche del vigesimocuarto día de julio del año de Nuestro Señor de 1702 el cielo de San Cristóbal de La Habana estaba tachonado de estrellas y la mar en calma. Las naos engalanadas lucían las grímpolas de partida, una sarta de banderas largas y angostas ondeando en lo alto de las mayores, de los trinquetes y de las mesanas.

Los marinos trajinaban desde muy temprano adujando flechastes para subir y bajar a las gavias y encapillando obenques a los palos y a las vigotas.

No habían aún asomado las primeras luces de la alborada, cuando dos mujeres encapuchadas cruzaron la plaza de la iglesia del Espíritu Santo hacia la plazuela del puerto. Aún dormía La Habana, esperando a que amaneciese para poner en marcha el avío de la mayor flota de barcos que jamás hubiesen visto los ojos de los habaneros.

Llegaron las damas hasta el muelle donde estaba atracado el *Nuestra Señora de las Mercedes* y allí estaba yo esperándoles, espada en ristre.

—Capitán Íñigo Galarza —me soltó la vieja sin mostrar apenas su faz—, soy María Adoración y esta es mi hija Constanza.

Fácil era adivinar que las mujeres habían convenido viajar con esas gracias para que no se las conociese. Y que tampoco querían enseñar sus rostros, pues llevaban el embozo hasta la barbilla. La negrura del puerto a esas horas no me permitió ni tan siquiera adivinar sus siluetas.

—Bienvenidas sean vucencias —correspondí con un tocado de sombrero.

—De vucencias nada —me corrigió la vieja mujer—, con vuestas mercedes vamos más que de sobra, que no somos de alta cuna.

Poco acostumbrado me tenían las damas que en otras ocasiones había

llevado en mis galeones a ser de tan insolente boca, mas la criada viejuna que acompañaba a doña Cristina parecía no tener pelos en la lengua.

—Bocanegra —dije a mi alférez—, en esta travesía tenemos pasajeras. Estas dos damas vienen con nosotros a España.

—Cosas veredes, mi capitán —me susurró el alférez—. Menuda bruja.

—A callar. Acomodadlas en el camarote de proa y aseguraos de que ningún bellaco las molesta.

Era Rodrigo Bocanegra de natural obediente y más si me veía hinchada la vena del cuello así que, con un toque de sombrero y un movimiento de brazo, raudo les indicó el camino.

—Estaréis justo debajo de mi gabinete —dije a ellas—, allí os sentiréis cómodas durante la singladura.

—No quiero que nadie entre en nuestro aposento —refunfuñó la falsa madre de doña Cristina—. Si mi hija o yo necesitásemos algo, ya os lo demandaremos. Por cierto, nuestro equipaje arribará más tarde. Ocupaos de que nos lo hagan llegar al camarote.

Embozadas y sigilosas, las damas se perdieron junto a mi alférez por la pasarela del galeón. Al poco oí a lo lejos cómo Bocanegra ordenaba a la marinería respeto y decoro para con las damas y también cómo alguno le refutaba con exabruptos que no llegué a entender.

No más despuntar el primer rayo de sol por los mástiles de las embarcaciones, un hilo de luz escarlata alumbró el inmenso océano. Y con la aurora llegó el movimiento. Las primeras carretas de bueyes conducidas por esclavos negros y taínos asomaron por el atracadero.

A esas horas todavía arribaban los últimos marineros, los que habían librado aquella noche, y lo hacían a medio vestir después de haber saciado sus instintos carnales con las putas del puerto.

Las carretas traían las vituallas para tan largo viaje. De repente la plaza se llenó de pipas, botijas, barriles, cajones y fardos junto a gallinas, corderos y otros cuantos animales vivos. Poco a poco los siervos fueron trasegando los bultos a las bodegas bajo la vigilancia de alguaciles con látigo y arcabuz.

—Vive Dios que esta vez no pasaremos hambre —dijo Bocanegra al ver tantos víveres.

—Si tenemos malos vientos y no podemos hacer puerto hasta España nos

comeremos hasta las ratas. No olvides que hay miles de bocas que alimentar y pueden ser dos meses de travesía.

—Sois hombre de poca fe, capitán. Doy por seguro que pasaremos el Caribe sin echar el ancla, que esa es tierra de ingleses y piratas, pero raro será que los portugueses no nos dejen entrar en las Azores.

—No lo des por seguro, Bocanegra. Aquella es zona de tormentas. Tal vez sea el mar el que no nos deje atracar.

—Capitán, que estamos en julio, dejad las tormentas para el invierno.

Cierto que no era época de tempestades, pero los mares del Caribe siempre fueron más traicioneros que los nuestros y, a veces, en pleno verano se enfurecían de repente y las olas se embravecían apareciendo ciclones y tornados que se tragaban los barcos sin que se supiese más de ellos.

Distinta era La Habana, cuya costa parecía una balsa de aceite, un remanso de mar de suave brisa. Al son de esa agua calma, y amarrados a los muelles, mecíanse mansamente los veintitrés navíos españoles, barcos de muy distintas tallas. Solo tres eran galeones de guerra, el *Jesús, María y José*, con sus setenta cañones, que capitaneaba don Manuel de Velasco y Tejada, a la sazón capitán general de la expedición, y las almirantas *Bufona* y *Capitana*, de cincuenta y cuatro y cincuenta cañones respectivamente, que gobernaban los hermanos José y Fernando Chacón.

A menos de una milla, en la bahía que llamaban del Ancón del Mar, nos esperaba una veintena de barcos franceses para escoltarnos hasta la bahía de Cádiz. El mayor de todos, con tres palos de arboladura y setenta y dos cañones en sus escotillas, tenía por nombre *Le Fort* y lo mandaba el vicealmirante del Levante François-Louis Rousselet, marqués de Châteaurenault. Nunca hasta aquel día habíase visto en la isla tamaña flota preparada para surcar el mar océano. Acostumbrados estaban los habaneros a los grandes barcos, que para eso tenían uno de los más grandiosos astilleros de España, pero de uno en uno, no en tropel como era nuestra escuadra. Fue tal vez esa abundancia de barcos la que hizo desatar los rumores de sus gentes, la mayoría dellos fantásticos, como que la armada transportaba a uno de los últimos jefes mayas del Yucatán, conocedor del secreto de la vida eterna o que dentro de nuestras naos viajaba la joya más fabulosa jamás conocida. Solo los más sensatos hablaban del escarmiento que pretendía dar nuestro loado rey a quienes osaren plantar

cara a navíos españoles, ya fueran anglicanos, cada día más presentes desde que tomaron Jamaica, o corsarios sin escrúpulos de los que los mares cálidos del Caribe estaban infestados.

Así las cosas, era menester reforzar los despachos a la metrópoli con cañones y arcabuces para espantar a los enemigos. Lo malo es que eso no podría hacerse con todas las Carreras de Indias, pues no tenía el rey tantos barcos de guerra para proteger sus riquezas de ultramar.

En esto apareció por la plazuela el almirante don Manuel de Velasco y Tejada. Venía en un carro de manos tirado por esclavos arahuacos, no porque su hostería estuviese lejos, que estaba al lado, sino para mostrar a todos quien mandaba.

Vestía un jubón de gamuza, polainas hasta las rodillas y un pistolón al cincho cebado de hierros para espantar malas ideas. De su cintura colgaba una daga de acero vizcaíno de vieja raigambre con la que decía que sus antepasados habían dado muerte a más de un ciento de enemigos.

—Mucho le gusta a este presumir —apuntó el mordaz Bocanegra.

—No faltes a don Manuel —respondí, por más que yo le considerase un hombre fachendoso—, desde hoy él es nuestro almirante y nosotros su cómitre. Además, por lo que dicen, es ducho en las artes del mar y de la guerra.

Bocanegra como en tantas otras veces, agachó la cabeza y calló.

Nada más poner De Velasco el pie en tierra, aparecieron dos gurulladas de corchetes portando una sarta de bultos, arcas, cajones y tinajas. Muchos venían en cofres de duros cueros mas otros estaban a la vista, por lo que pude ver lo que eran. Maderas exóticas, animales raros, tinas de azúcar y de zarzaparrilla, fardos de tabaco y colorantes como índigo o cochinilla que en las Españas valían un potosí. Perplejos quedaron mis ojos al observar tan inmensa riqueza, parecíame mentira lo que había conseguido amasar el almirante en sus tres años de estadía en Veracruz.

A las órdenes de alguaciles, los corchetes por parejas comenzaron la estiba. A pesar de que superaban los doscientos y que actuaban con disciplina soldadesca, la faena les llevó horas, pues los bultos se contaban por miles y la mayoría eran pesados o de grandes anchuras.

Santiago Pérez, en su calidad de veedor del rey iba decretando planilla en mano el destino de cada paquete con rapidez inusitada. No había fardo que

escapase a su control.

—Por la Santísima Virgen del Carmen, ¿todo esto llevaremos en los buches? —apuntome Bocanegra.

—¿Entiendes ahora el interés del rey en ir escoltados hasta Cádiz?

En la bocana de cada nao, como mandaban las reglas, un maestre de plata registraba la carga y ordenaba la estiba de los bultos en sus bodegas. Luego, se fueron trincando para que no se moviesen durante la travesía, pues si alguno se soltaba en alta mar podría convertirse en un arma asesina.

—Voto a Cristo —juró Francesc Montoliú, que era mi maestre de plata—. Pocos bultos nos están encomendando, diríase que el veedor del rey nos ha olvidado.

Razón no le faltaba al catalán, pues el *Nuestra Señora de las Mercedes* recibía menos carga que las otras naves y la causa no era otra que la de hacer a mi galeón más raudo, como nos había adelantado en secreto el gobernador la noche previa. Mas yo de eso nada podía decir. Ni siquiera a los míos.

En la plazoleta del puerto habíase desplegado un pelotón de granaderos armados con hachas, sables y mosquetes. Por raro que pareciese un asalto a la dársena de La Habana, de natural resguardada por su ensenada y sus dos farallones fortificados, los artilleros actuaban como si qualquier cosa pudiese acontecer, incluida una rebelión de esclavos.

A medida que el sol se levantaba por el horizonte, la calor fue subiendo y el trabajo se hacía más cachazudo. Aun así, los corchetes continuaron como si tal cosa con el adujado de bultos en las bodegas y su posterior estiba.

En viendo yo que el tiempo pasaba y no tenía noticias del misterioso baúl que me refirió el gobernador, me subí al popel de proa y oteé cuanto ocurría en la explanada. Lasso de la Vega no me había dicho ni cómo ni cuándo llegaría y, salvo que no se distinguiese del resto, hasta entonces no había visto bulto alguno que pudiera ser.

Fue entonces cuando advertí un movimiento extraño en la lejanía. Habían partido ya los carros de vituallas cuando por el callejón que llevaba al puerto asomó un alguacil acarreando un paquete. Era pequeño, mucho más pequeño que la mayoría de los equipajes, pues no llegaría a una vara de largo y poco más de un codo de ancho y su altura no superaba los dos palmos. Parecía, sin embargo, robusto, o eso juzgué yo al verlo.

El tumulto del puerto y la discreción del alguacil hicieron que nadie reparase en aquel movimiento, salvo yo, que desde el primer momento supe que se trataba del arca que me había referido el gobernador.

Confundido entre el bullicio, el sayón abrióse paso por la plazoleta hasta la bocana del *Nuestra Señora de las Mercedes*.

Sentí entonces una punzada en el espinazo. Aquella era la tan secreta caja que Lasso de la Vega quería que yo trajese a España, sin que nadie lo supiera, ni los más altos mandos de la expedición. Algo oscuro y recóndito tendría que no llegaba a imaginar. Varios millares de hombres surcando el océano y solo yo sabía de aquel bulto, un bulto que habría de entregar a Portocarrero a nuestro arribo a Cádiz junto a la hija de gobernador.

Ya se veía a lo lejos que aquel arcón era distinto a los demás. Parecía muy antiguo, tanto que podría tener centurias, y estaba hecho de una madera ennegrecida por los años y las veleidades del tiempo. Era la tapa de cuero negro repujado y, a pesar de su vejez, daba la impresión de que tenía reciedumbre y que no le faltaron cuidados a lo largo de su ancha vida.

En pasando a mi vera pude comprobar que llevaba un emblema grabado en el cuero, una figura que parecía la de un hombre con alas empuñando una espada. Más abajo dos grandes letras componían la leyenda, una L y una E tan secas en el trazo que no parecían hechas por un escribano. Su contorno estaba rodeado por tres cintos de hierro oxidado que terminaban en aldabones prendidos por extrañas cerraduras, eran hierros grandes a maravilla y tenían tal grosor y tan pequeño el espacio que quedaba entre ellos, que ni una bala de mosquete podía dañarlo. A fe que quien hizo aquel cofre quería conservar intacto lo que hubiese dentro.

Fue Francisc Montoliú quien detuvo al soldado en la bocana del galeón.

—Este bulto no lleva número, no puedo admitirlo —porfió mi maestre de plata.

—Ni falta que hace —protestó el alguacil.

—Si no está identificado no entra —remató el catalán.

El soldado le lanzó una mirada furibunda.

—¿Dónde está el capitán Galarza?

No tenía intención yo de abrir la boca, pues en aquel asunto prefería pasar desapercibido, pero, así las cosas, no me quedó otro remedio.

—Déjalo pasar, Francesc —ordené desde el popel de proa—. Son ajuares de nuestras pasajeras.

El catalán encajó la mandíbula. Y es que llevar bultos sin registrar contravenía las normas del comercio y navegación de la Carrera de Indias. Y, además, le complicaba el trabajo.

—¿Al camarote o a la bodega?

—A la bodega, y bien trincado —ordené—. No quiero ni pensar que se rompa, con el humor que gasta la señora.

—No os preocupéis, mi capitán, que nada le pasará, esto parece más resistente que una armadura.

Lo siguiente en aflorar por la explanada del puerto fue la munición de las embarcaciones, medio centenar de carros cargados hasta los topes de balas de cañón, sacos de pólvora, cartuchos, mosquetes y plomos de arcabuz. Al poco, los soldados fueron llevándola a los barcos.

—No me extrañaría que alguna nao se vaya a pique si tenemos que arrumar tanto pertrecho —bromeó Antón Ribeiro que, además de maestro, oficiaba de jefe de mosqueteros.

—Entre lo nuestro y lo que lleven los gallos franceses no habrá quien se nos acerque —pronosticó Francesc Montoliú.

—Por algo será si lo llevamos —tercié—. A saber qué nos encontraremos en la travesía.

—Por los clavos de Cristo, a fe que la Corona no quiere esta vez correr ningún riesgo —opinó el oficial gallego.

—No estéis tan seguro —metió baza el catalán—, que puede que estemos vistiendo un santo para desvestir a otro. Apuesto a que no hemos dejado ni un solo plomo de arcabuz en la isla.

Algunas horas tardaron en colocar las balas de las bombardas en sus canastas, había que dejarlas bien equilibradas para no desigualar la singladura de los galeones. Fueron los propios marinos los que las llevaron a las entrañas de las naos. En ese tiempo Antón Ribeiro no paró de dar órdenes a diestro y siniestro. Las dos andanas del *Nuestra Señora de las Mercedes* era su territorio, el lugar donde se hallaban las baterías de cañones.

A pesar de que corrieron rumores de que el gobernador vendría a despedirnos, Lasso de la Vega no asomó la nariz. Ni tan solo para ver cómo

entraba su cofre en mi galeón. Quien sí lo hizo fue el obispo Diego Evelino de Compostela que, con su casulla púrpura y rodeado de monaguillos, bendijo buques y tripulantes con agua consagrada.

Fue entonces cuando vi asomar al almirante don Manuel de Velasco y Tejada por el alcázar del *Jesús, María y José*. Ya había terminado el veedor del rey de anotar los movimientos de carga y el escribano real había estampado su firma en la escritura destinada al control de la Casa de Contratación.

—¿Han terminado de completar las diligencias? —preguntó a voz en grito sobre el espejo de popa en el que había una pintura del nacimiento de Cristo con sus santos padres.

—Todo en orden —contestó el escribano.

—Hagámonos, pues, a la mar.

Veedor y escribano estrecharon sus manos y los habaneros estallaron en aplausos. Hubo vivas al rey y a España y gritos de algarabía a los que los isleños eran tan aficionados junto a palmas y más palmas.

—¡Qué me empalen si lo entiendo! —farfulló Francesc Montoliú—. El rey se lleva el oro de las Indias y encima lo vitorean.

—Porque saben que solo la Corona española puede defenderles de ingleses y piratas —dedujo Bocanegra—. Además, lo que llevan nuestros barcos no viene desta isla, sino de Veracruz.

Estaba el sol ya en lo alto cuando los marineros empezaron a soltar amarras, a adujar cabos y a desplegar velas. Con las naos aún varadas, el calor picaba en la piel, pero un golpe de viento llenó las mayores y los barcos comenzaron a menearse poco a poco por la ensenada. Tras el primer empellón, marineros y grumetes terminaron de trincar los últimos fardos y seguido salieron a cubierta a despedirse de los habaneros.

Desde la plazuela del puerto, el obispo roció el aire con agua bendita mientras imploraba a la Virgen del mar protección para nuestras naos durante la travesía. Fuimos muchos los que nos persignamos, algunos por credo y otros por superstición, pues los hombres del mar no eran de natural tragasantos.

Y en saliendo por la bahía, un hatajo de chiquillos correteó por la ribera lo que me trajo otra vez a la cabeza a mi Macarena.

«Ya pronto te veré», pensé.

Con gran jolgorio, unos faluchos de marineros fueron abriéndonos paso por la ensenada. Iban sus barcazas adornadas de guirnaldas, bien empavesadas y hasta salvas de pólvora tiraron desde tierra.

Cuando salimos del fondeadero, en un lugar que llamaban la Fortaleza del Morro, nos esperaba la flotilla francesa para escoltarnos hasta el otro lado del mar océano. Al cruzarse nuestras escuadras, el vicealmirante François-Louis Rousselet de Châteaurenault saludó a don Manuel de Velasco desde la popa del *Le Fort*, su nave centinela, y el español devolviole la reverencia con un toque de sombrero.

Y así fue como llegamos a mar abierto aquel 24 de julio, un día de mar calmo y buenos vientos. Al poco desplegamos todas las velas y pusimos rumbo a Levante.

Desde el alcázar de mi galeón fui viendo cómo perdíamos la costa y cómo mi corazón se alegraba por saber que aquella sería mi última singladura. Rodrigo Bocanegra, que estaba a mi lado, percatose de mi júbilo.

—Muy contento os veo para las calamidades que puede traernos esta travesía, mi capitán.

—No hemos viajado nunca tan escoltados, Bocanegra.

—Ni con tanto oro. Diez pesos a que nos encontramos a los ingleses nada más perder línea de costa —apostó mi alférez.

—No seas agorero. Y no te juegues tu sueldo, que lo vas a necesitar para mantener a tu familia.

—Dichoso vusted que le espera alguien en Sevilla. La que a mí me esperaba ya se cansó y marchose con sus padres a su pueblo de Castilla. Más de dos años ha que no la veo.

Me giré para mirarlo. No era Rodrigo Bocanegra hombre de contar penas, a pesar de que la vida ya le había dado bastantes estocadas.

—Este trabajo no es para siempre, Bocanegra. Si quieres un buen consejo, búscate algo en tierra y deja cuanto antes los barcos.

—No creáis que no lo intento, mi capitán, pero no es tan fácil. ¿Quién va a quererme a mí fuera deste cascarón, si esto es lo único que sé hacer?

Llevaba, razón, para los hombres del mar no era sencillo dejarlo. Nada de lo que te enseñaba la vida de navegante servía para ganarse el pan en tierra, y nadie pagaría en Sevilla a un alférez que solo supiese de artes marineras. Tal

vez a un capitán sí, y más a un graduado por la Universidad de Mareantes de Triana como yo.

Aunque no me haría falta, el trato que cerré con Lasso de la Vega me sentaría en Sevilla en un puesto de categoría, que ni figurar podía.

No era así como yo lo había imaginado, ni tampoco como lo hubiese deseado, pues dejaría el mar forzado por un oscuro empeño del gobernador y, quién sabe si del mismísimo rey, pero, al fin y a la postre, qué importaba. En poco más de dos meses dejaría de navegar, en poco más de dos meses no volvería a separarme de Esperanza y Macarena, en poco más de dos meses, mis días de mar se habrían terminado.

Maldita sonrisa la que se dibujó en mi rostro de la que hoy tanto me arrepiento. No hay día que no la recuerde desde esta oscura celda donde se pudren mis huesos. Como a ellas, mis dos mujeres, las que dieron sentido a mi vida y por las que decidí perderla.

8

No podía entenderlo. O quizás no quería. Tras el mazazo de escuchar que me echaba del periódico, don Rafael se esforzó en matizar sus palabras.

—Por el dinero no ha de preocuparse, le enviaré su sueldo a casa hasta que encuentre otro trabajo. Tal vez pueda volver a contratarla yo mismo, pero dentro de un tiempo. Ahora, está usted despedida.

Quiso explicarme que lo hacía por mi bien, que en su periódico corría peligro y que ese era el único modo de protegerme. Llegó incluso a nombrar a mi padre, con palabras que no recuerdo y que me dejaron aún más confundida.

—No puede hacerme esto —le dije con firmeza.

A pesar de que algo en mi interior se estaba derrumbando, supe mantenerme entera. No me importaba el dinero, hubiese trabajado sin que me pagasen si fuese necesario; lo que me dolía era pensar que lo había hecho tan mal como para ser despedida, que no servía para llevar la sección de sucesos. Mi sueño de ser reportera reventaba en mil añicos.

Y sin saber por qué.

—Es por su bien —me repitió, aunque en sus ojos quise ver una sombra de dudas.

Don Rafael me ocultaba algo, me lo decía mi intuición. Una mujer sabe cuando un hombre oculta algo, cuando en su interior se libra una batalla por esconder cosas que nuestros ojos saben ver. También supe que no me lo diría por más que le insistiese.

Pero yo no di la batalla por perdida. Decidí olvidarme de sus razones y agarrarme a mi trabajo. En aquel instante no había cosa que me importase más en el mundo que mantener lo que tanto me había costado conseguir.

—Esta es mi vida —argüí—, no sé si lo entiende.

Tenía que entenderlo. Él había visto cómo me esforzaba por aprender en los últimos dos años, cómo trataba de superarme cada día, aunque fuese desde el modesto oficio de corregir anuncios publicitarios o encontrar huecos para colocarlos. Debió de darse cuenta de que aquello no era justo.

Estuvo varios minutos recorriendo el despacho de arriba abajo sin abrir la boca. Sabía que en su cabeza se estaba barruntando un plan, no había más que ver su ceño para adivinar que lo que pretendía era dar forma a alguna idea que se me escapaba.

—Está bien —se llevó a la boca el puro que llevaba un rato olvidado entre sus dedos y le dio una larga calada—, le diré lo que va a hacer. Tómese unos días libres, váyase a su pueblo y no venga hasta después de Nochevieja.

—¿A mi pueblo?

—Sí, ¿no tenía usted un familiar en Jaén?

Mi tío Paco vivía en Linares, el pueblo de mi padre, y era el único pariente que me quedaba vivo. Llevaba años sin verlo, de hecho, ni siquiera vino cuando murió su hermano porque, como yo, se enteró demasiado tarde. Pero desde que lo supo, no paró de escribirme para que fuese a verle.

«Mientras nos tengamos el uno al otro —me decía en una de sus cartas—, no dejes de venir cada vez que tengas unos días. Que no me pase contigo como con tu padre, que no le vi en sus últimos años».

Supongo que en algún momento comenté esta circunstancia en la oficina y que, por alguna extraña razón, llegó a oídos de don Rafael.

—Aunque hace mucho que no veo a mi tío —repliqué sin salir de mi asombro—, francamente, ahora no me veo con ganas de hacer el viaje.

—Hágame caso, descanse unos días en estas fiestas y, cuando vuelva, puede que le haya buscado un nuevo puesto en el periódico.

Yo no quería un nuevo puesto, yo quería el que acababa de conseguir. Sin embargo, tuve la impresión de que don Rafael me pedía tiempo para arreglar lo que fuese. Asentí levemente mientras trataba de disimular mi desconcierto.

—Ante todo, olvídese de este caso —sentenció.

No ser despedida era mucho más de lo que hubiese imaginado un segundo antes, una señal de que no lo estaba haciendo mal y una oportunidad para reconquistar el puesto que tanto añoraba.

—¿En qué sección trabajaré entonces?

—Lo sabrá a su vuelta.

El gesto de don Rafael no dejaba lugar a dudas de que, para él, la conversación había terminado. Volvió al sillón de su escritorio y retomó los papeles que andaba trajinando cuando llegué como si se hubiese olvidado de mi presencia.

—Le espero el día 2 de enero aquí. Hasta el siglo que viene —sentenció sin ni siquiera mirarme.

Salí del Confesionario con las piernas temblonas y la sensación de estar perdida. La confusión se me había agarrado a las faldas como una zarza y no parecía que fuese a desprenderme de ella fácilmente. No conocía bien a don Rafael, y menos aún los extraños hilos que movían sus pensamientos. Tenía fama de honesto, de leal con sus trabajadores, incluso generoso con el sindicato. Jamás había oído hablar de su mendacidad o de maniobras oscuras para esconder la verdad o proteger un delito, lo que hacía de él un hombre reputado y respetado por todos. No tenía por qué desconfiar de sus intenciones. Y, de hecho, no desconfiaba.

En el rellano de las escaleras tuve que inspirar varias veces para recobrar el pulso y, cuando lo hice, me percaté de que una parte de la concurrencia me observaba con curiosidad desde la planta baja.

Descendiendo los peldaños cruzamos algunas miradas, unas curiosas, otras taimadas y la mía escurridiza, anunciadora que de mi boca no saldría una palabra de cuanto acababa de ocurrir en el despacho del director.

El bullicio de la sala se fue convirtiendo en murmullo a medida que la atravesaba, pesqué a más de uno embobado mirándome, aunque, por suerte, nadie me preguntó, ni siquiera el engreído de don Manuel, que estaría esperando a que le contase lo ocurrido. Pero yo solo quería marcharme.

Tan solo tuve un gesto para Aniceto, él no se merecía que me fuese sin decirle algo y, además, me esperaba con los labios apretados y los ojos entrecerrados como si quisiera ver qué se estaba cociendo en mi interior.

—Me ha pedido que me tome un descanso, unos días libres —musité—, así es que me voy. No sé cuándo volveré.

Se le inflaron los mofletes y se le encogió la frente, aunque permaneció callado. Me dio la impresión de que no terminaba de creerse lo que estaba

oyendo.

No esperé ni un momento. Agarré mi sombrero, mi abrigo y me fui.

Aquella mañana alumbraba las calles un tibio sol de invierno. No paré de caminar, como un barco a la deriva, ajena a un Madrid que había decidido echarse a la calle tras tantos días de aguacero.

Pensé en volver a casa, en echarme en los brazos de Enrique y contarle lo que me había pasado. Tal vez no lo hice por temor a derrumbarme a su lado. Eso era justo lo contrario de lo que necesitaba un ser frágil y desvalido como él.

Lo mejor era pensar sola, componer el rompecabezas de cuanto me había ocurrido y, a partir de ahí, decidir cómo actuar.

Por la calle de la Ballesta mis pies me llevaron hasta el mercadillo de la Corredera Baja de San Pablo. Como cada sábado, la calle era una algaraz, vendedores de miel de la Alcarria, de madroños de El Pardo, de braseros de cobre de Lucena, todos a voz en grito ofreciendo su género. Al calor del gentío, un hatajo de aguardenteros se paseaba con su canasto de botellas buscando clientes a los que ofrecer un vaso. Lo atravesé sin entretenerme, sin apenas fijarme en sus singulares mercaderes ni en sus productos y seguí andando, cada vez más rápido, expulsando a borbotones, en los vahos de mi aliento, bocanadas de rabia y frustración.

Entonces surgieron preguntas que no tenían respuesta y mi moral se fue agrietando. En mi cabeza se instaló la idea de que la cosa no podía quedar así. Por mucho que se empeñase don Rafael, yo tenía que saber lo que estaba pasando y, si todos se habían obstinado en esconder la verdad sobre la muerte del librero o sobre lo que fuese la Mano Negra, para eso estaban los periódicos. Y si no, yo misma.

—No va a pasar con esto como con el asesinato de Cánovas.

«La vida pierde sentido si no luchas por lo que crees», pensé, y en ese momento supe que quería seguir, a pesar de lo que me había dicho mi director. Sentí que si no lo hacía estaría traicionando mis principios, aquellos que forjaron mi vocación, los que habían cimentado mi persona y de los que tan orgullosa me sentía, los mismos que me enseñó mi padre y nunca se separarían de mí.

Ya buscaría el modo de explicárselo a don Rafael si en algún momento

tuviese que hacerlo. Seguro que lo entendería. Un reportero no puede dejar de serlo por unos días y menos aún cuando presiente que está ante un suceso oscuro que puede esconder un crimen.

Lo malo era que no sabía por dónde seguir. Anduve deambulando mientras buscaba el modo de avanzar en el caso y entonces se me ocurrió una idea, acudir al entierro de Saturnino de la Vega. A esas alturas, lo más normal es que aún no lo hubiesen inhumado, pues no hacía ni un día que encontraron su cadáver y era de suponer que al sepelio acudirían familiares, amigos y conocidos. Estar allí me ayudaría a conocer algo más sobre él y quién sabe si sobre su muerte. Entre los asistentes tal vez hubiese alguien que conociera lo ocurrido, o que soltase alguna fresca o una acusación, o que clamase justicia...

Así que emprendí camino a pie hacia la glorieta de Quevedo. Tenía un largo trayecto y estaba cansada, pero la brisa fresca de la mañana me ayudaría a despabilarme y a ordenar mis ideas. Atravesando la calle Fuencarral, atiborré mis pulmones de aire y, en poco más de media hora, llegué a Quevedo. Casi sin darme cuenta anduve rápido, hasta el punto de que cuando me paré ante la librería, de mi frente brotaban pequeñas gotas de sudor frío.

Allí estaba el escaparate de la víspera, el portalón desangelado y el farol que un día antes agitaba el viento. Sin el tumulto de policías ni tormenta pude fijarme mejor. La puerta era una hoja de madera pintada de marrón con dos postigos engarzados cubriendo la parte acristalada. A ambos lados, se levantaban sendas vitrinas con libros expuestos al público, me pareció que eran libros raros. Los de la izquierda trataban de historia, de guerras, batallas y órdenes militares, también los había de armas y barcos. Los de la derecha parecían más bien de ciencias y sus enigmas. La metalurgia, la piedra filosofal y la quiromancia aparecían en un orden que se me figuró calculado. Desde luego no parecía una librería corriente, de esas que menudeaban por Madrid en cuyos escaparates abundaban ejemplares de Pérez Galdós o de la Pardo Bazán o, en las más modernas, de Antonio Machado, Miguel de Unamuno o Jacinto Benavente.

—Pues sí que eras tú raro —me dije.

Al bajar la vista me topé con una nota manuscrita que habían colocado junto al marco de madera y en la que podía leerse un lacónico «Cerrado por

defunción». Más abajo, una nueva hoja rezaba:

Don Saturnino de la Vega D.E.P.
Exequias en la plaza de Olavide, 2-Principal
Entierro en cementerio civil el domingo 17 de diciembre
a las diez de la mañana.

—Dios Santo —suspiré.

El cementerio civil, el también llamado cementerio de los suicidas, era el lugar donde se daba sepultura a ateos, protestantes, judíos y asesinos, era el sitio donde llevaban a los que morían sin estar en paz con Dios, entre los que presumí que estaban los que se quitaban la vida.

Estaba ubicado al este de Madrid, lejos de la ciudad, y, según tenía entendido, no era muy antiguo. Junto a él habían construido otro que llamaban de la Almudena por lo que aquel distrito empezó a ser conocido como la necrópolis del Este. Con ello, las autoridades pretendían ir desalojando los numerosos cementerios pequeños que salpicaban la ciudad.

Aunque nunca lo hubiese pisado, aquel era para mí un lugar conocido, pues mi padre lo visitó durante años cada 11 de febrero para llevar flores a la tumba de don Estanislao Figueras, el primer presidente de la República, en el día en que esta se proclamó. A mí nunca se me ocurrió acompañarle y creo que tampoco a él le hubiese gustado, porque para mi padre aquello era un acto íntimo, de reconciliación espiritual con el régimen con el que tanto soñó.

De hecho, de haberme pillado en Madrid su repentino fallecimiento, yo habría hecho lo que fuese porque lo enterrasen allí y no en el cementerio sacramental de San Luis, donde reposaba. Para un republicano recalcitrante como él, nada mejor que ser inhumado junto a quien rompió la larga tradición monárquica española. Si terminó en San Luis fue porque lo enterraron con prisas y porque no había nadie a su lado que les dijese de qué pie cojeaba mi padre.

—Un derrame cerebral. Fulminante —me dijeron cuando volví de Lisboa tres días más tarde de su óbito, y me entregaron las llaves de su casa y lo que llevaba encima.

Y es que la muerte, a veces, es más cruel que la vida.

Estuve varios días llorando frente a su tumba. Fue como si todas las lágrimas que él me enseñó a contener se hubiesen acumulado en algún lugar de mi cuerpo y quisieran salir de golpe. Más tarde, visité la casita de la calle de Atocha en la que vivía, el hogar en el que me críe huérfana y a su arrullo. El retrato de mi madre, presidiendo el comedor, la soledad de su dormitorio, el silencio de aquel corredor siempre envuelto en recuerdos, el frío de la habitación donde seguía habiendo una cama para mí...

Me sorprendió el orden con el que tenía todo, las ropas, los libros, los cacharros de cocina. Llegué incluso a pensar que alguna mano invisible había venido cuando él ya no estaba, a poner cada cosa en su sitio.

Decidí entonces mantener aquella casa cerrada, como un santuario que guardase intacto el recuerdo de mis padres y no volver a pisarla. Solo el tiempo diría cuándo lo haría, cuándo destaparía el tintero de mi memoria para reconciliarme con mi pasado.

La nota de la puerta me sacó de mis tribulaciones, era una glosa escrita con prisas y sin ganas, con una caligrafía descuidada y una pésima geometría, como si quien la hubiera redactado pretendiese, más que informar, quitarse de encima un pesado trámite. Resultaba curiosa la disonancia entre la esquila y el resto del escaparate, tan ordenado como quizás lo hubiese sido don Saturnino. Me lo imaginé un poco maniático, como los solteros entrados en años que terminan haciéndose un mundo a su medida y a su gusto, uno de esos librereros metódicos que anota los movimientos del almacén y coloca los ejemplares en las estanterías siguiendo unas reglas estrictas que solo él conoce.

Puestos a imaginar, imaginé que fue un hombre solitario, un tipo de pocos amigos y escasa familia a la que tampoco dedicaba tiempo, un señor centrado en sí mismo y en sus caprichos, de buen vivir, como correspondía a su origen aristocrático, una persona, en fin, con pocas razones para matarse...

Fue quizás la idea de su noble raigambre la que me llevó a descubrir un detalle que hasta entonces me había pasado desapercibido. Sobre la esquina superior izquierda de la puerta se alzaba un minúsculo broquel de piedra incrustado en la pared. Su alegoría interior era tan pequeña que resultaba difícil saber qué representaba, aunque a mí me pareció que eran dos leones o dos perros caminando hacia la izquierda, uno encima del otro.

—¿Qué es esto De la Vega? —susurré para oírme a mí misma—, ¿el

blasón de tu linaje? Y si eras de alta alcurnia, ¿qué hacías regentando una librería de barrio?

Puede que por ahí fuese la hebra que yo debía seguir para conocer las razones por las que se quitó la vida o quizás se la quitaron, móviles que podían estar escondidos tras fortunas dilapidadas, privilegios perdidos, batallas entre herederos...

En un trozo de papel, dibujé como pude el escudo para no olvidarlo cuando, de repente, me pareció ver bajo la rendija de la puerta una luz procedente del interior. Empujé la hoja convencida de que no iba a abrirse. Y, sin embargo, se abrió.

Apreté los labios para que no se me escapara un suspiro. Un candil apoyado sobre el mostrador derramaba su luz ocre sobre un trozo de estantería repleta de libros. Todo el espacio a su alrededor era un mar de penumbras. Tras la cortina de luz me pareció ver a un hombre husmeando en los anaqueles del fondo. Tuve que entornar los ojos para enfocar mejor. Avancé lentamente y entonces lo vi. Era un señor mayor con sombrero de copa y bastón que, al oír mis pasos, salió bruscamente de las sombras.

—¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí? —Me quedé bloqueada, incapaz de hablar o de moverme, como si no tuviese lengua y me hubiesen clavado al suelo—. ¿Quién es usted? —me increpó en tono insolente y con acento francés. —De buena gana le hubiese hecho la misma pregunta, pero mis músculos estaban atenazados. Ante mi pasividad, el señor avanzó hacia mí apoyándose en su bastón y se me colocó a un palmo—. ¿Qué busca?

Tragué saliva.

—Respuestas —me envalentoné.

Jamás hubiese imaginado que contestaría así ni me paré a pensar en sus consecuencias.

En la cercanía pude escrutar el rostro de aquel hombre, sus ojos claros, su tez fina, sus cabellos cuidadosamente peinados. Resultaba evidente la rabia de su gesto y, sin embargo, tuve la impresión de que, tras él, encerraba un dolor incontenible, una pena que le ahogaba.

—¿De qué diablos me está hablando?

Me desconcertó su acento francés, hasta el punto de que llegué a pensar que estaba allí por error. Rondaría los sesenta, vividos, eso sí, sin apreturas.

Parecía un tipo tranquilo a pesar de su indignación, uno de esos que nunca agrediría a una mujer. Lo mejor era no arredrarme.

—Necesito saber por qué se mató don Saturnino.

Abrió los ojos como platos.

—¿Ah sí? ¿Y por qué necesita saberlo? —escupió.

—Para que se haga justicia.

Fue mi primer impulso, como un estallido incontenible del alma. Por más cierto que fuese, jamás se me habría ocurrido soltarlo así, de sopetón, frente a un individuo cuya identidad e intenciones me eran desconocidas. Y a pesar de ello, mi intuición me dijo que mis palabras no le incomodaron.

—¿Es usted de la policía?

En su semblante adiviné la incredulidad de que una mujer pudiese ocupar semejante cargo. Una parte de su ser quería saber qué hacía yo allí antes de echarme por las bravas.

—Mejor que eso, soy reportera. Para la policía el culpable de este suicidio ya está en el ataúd y con él también han enterrado el caso.

—Será mejor que me diga qué pretende.

—Restablecer el honor de don Saturnino, evitar que su muerte quede en el olvido. Es nuestro deber comprender por qué se quitó la vida, y si alguien ha de responder por ello, aunque sea la sociedad entera, que asuma su culpa.

Se quedó callado, con las pupilas brillando como luceros. Estaba segura de que en su mente las ideas circulaban a toda velocidad. Hubiese dado lo que fuese por saber qué se cocía en su interior. Sus titubeos y sus silencios me hicieron pensar que tras aquellos ojos castaños había un laberinto de secretos al que no podría acceder.

—Lárguese.

Quiso parecer expeditivo, pero no lo fue. Sospeché que una parte de él me estaba pidiendo ayuda a gritos. Tenía que vencer su resistencia, tenía que provocarle para hacerle hablar y mi tiempo se estaba acabando.

—¿Debemos dejar que don Saturnino quede como un cobarde que se quitó la vida sin razón aparente? ¿Debemos permitir que se manche su nombre por no decir la verdad?

Algo se estaba derrumbando en su interior, algo que, por más que me fastidiase, yo no sabía qué era.

—Mi hermano no fue un cobarde —murmuró al fin—, y si no quiere tener problemas, lo mejor es que se aleje de esto.

—¿Su hermano? ¿Don Saturnino era su hermano?

Asintió sin fuerza. Con razón estaba tocado. Y, no obstante, algo no me cuadraba.

—Pero usted... parece francés.

—Lo que yo sea a usted no le importa.

Su tono se volvió arisco de súbito. Daba la impresión de que, tras la zozobra, había decidido callarse, construir un muro entre los dos. No me quedaba más remedio que jugármela si quería saber algo más.

—¿A quién debemos temer? ¿A la Mano Negra?

Fue como un zarpazo, un golpe que le dejó helado. En un instante cambió el rictus, como si hubiese visto al mismísimo diablo.

—Lárguese —aulló, y esa vez lo hizo levantando el bastón con ademán de estamparlo contra mí—, lárguese y no vuelva a aparecer por aquí nunca más.

Adiviné en sus ojos la ira de un demente, la enajenación de un hombre fuera de sus casillas, furioso o quizás aterrado. La verdad es que tuve miedo. Y no me quedó más remedio que admitir mi derrota sin paliativos y marcharme.

Durante horas no conseguí quitarme de la cabeza aquel rostro cargado de cólera. Tampoco dejé de pensar en qué haría el hermano de don Saturnino fisgoneando en su librería, qué andaría buscando y qué idea se aprisionó en su cabeza cuando estaba a punto de contármela. Si es que era verdaderamente su hermano porque, con el deje francés que tenía, bien podía habérselo inventado.

La mañana daba sus últimos coletazos, bajo el cielo empezaban a cabalgar nubarrones negros que se marchaban sin descargar la lluvia.

Fue solo entonces cuando fui consciente de que el vacío podía apoderarse de mi vida en los próximos días, sin acudir al trabajo cada mañana y sin la compañía de Enrique. A él no podía meterlo en mis asuntos. Su voluntad era todavía débil y su cuerpo no estaba preparado para soportar adversidades.

—Le mantendré apartado de esto —me propuse.

De pronto sentí la necesidad de verle, el cuerpo solo me pedía estar a su lado, llenarme de él. Además, necesitaba tomarme un respiro, alejarme de las

cavilaciones que llevaban varios días atosigándome, así que decidí volver a casa.

Para llegar más pronto opté por regresar en tranvía. Una vez dentro no dejé de pensar en él. Puede que entonces ya se hubiese despertado y descubriese que estaba en mi apartamento sin saber cómo había llegado hasta allí, podía estar confuso e inquieto, podía incluso haberse marchado dejándome una vez más el fantasma de su ausencia flotando en el aire. Rogué para que no lo hubiese hecho, para que no se hubiera largado a seguir con la vida licenciosa y canalla que le estaba robando la existencia.

No habían dado las dos cuando entré por la puerta. Lo primero que advertí fue su olor, un perfume que inundaba el aire, el aroma que me transportaba a los viejos tiempos y que me producía un placer cuasi orgásmico. Avancé lentamente en el corredor penumbroso y me lo encontré en la sala, sentado sobre el brazo del sillón en una postura fetal, mirando por la ventana la languidez de un cielo cada vez más negro. No había rastro de Evaristo, lo que me hizo pensar que ya se habría marchado. Pero él no, gracias a Dios había decidido quedarse.

—Hola.

Se volvió y entornó los ojos para enfocarme. Tenía el torso desnudo y el cinto sin abrochar. Su piel era el reflejo del desprecio que sentía por lo carnal, pajiza, escuálida, ausente de músculos.

—Hola —respondió con un hilo de voz—. ¿Qué hago aquí?

Poco acostumbrado a estar sobrio, se le veía falto de confianza. Su mirada esquiva buscaba todos los rincones antes de enfrentarse a la mía.

—Te rescaté anoche de un lugar donde llevabas varios días confinado.

Hizo un gesto introspectivo, como si quisiera extraer algo de su memoria. Tuve la sensación de que rebuscar entre los escombros de sus recuerdos le resultaba tan doloroso como un cólico nefrítico.

—El fumadero.

—El fumadero —asentí.

Me acerqué lentamente a él, como el cazador que no quiere espantar a su presa, de haber seguido los impulsos de mi corazón lo hubiera hecho corriendo, le hubiese estrujado y me lo hubiese comido a besos allí mismo, pero algo me decía que había algo frágil en su interior y que se rompería como

una muñeca de porcelana si no actuaba con cautela. Le acaricié la nuca dulcemente y sumergí mis dedos en su cabello. Lo tenía sucio, aunque aún conservaba ese porte galán que años atrás me encandiló. Mis manos recorrieron entonces sus mejillas sin rasurar, sus cejas negras contorneadas como si las hubiese esculpido un artista y su mentón varonil. Un sentimiento de felicidad se apoderó de mí.

—Pero ahora estás aquí, tranquilo y a mi lado.

—Hace tiempo que no estoy tranquilo.

Su voz era plana, flemática, exenta de sentimiento.

—A mi lado volverás a estarlo.

—Tú no lo entiendes, no lo entiendes —agitó la cabeza, como queriéndose desprender de un pensamiento molesto.

—Sí lo entiendo, solo tenemos que volver a buscar juntos el sentido de nuestras vidas.

En su rostro presentí un reclamo de ayuda, algo que quizás ni siquiera él supiera expresar y aposté por romper el cerco que nos separaba. Me senté a su lado y le masajeeé los hombros, los mismos que en otros tiempos parecían rocas. Con el busto al aire, su respiración parecía más cascada, como la de una máquina a punto de romperse. Cerró los ojos y yo hice lo mismo. En un instante mi mente se trasladó a otro planeta, a un lugar donde solo estábamos él y yo, caminando de la mano.

«Voy a luchar para no perderte», pensé.

Hubiese permanecido así una eternidad, empapándome de él, de su olor, del dulce compás de sus latidos, pero tenía una inquietud enjaulada, una duda que me quemaba la boca.

—Cuando llegué al fumadero vi salir a un hombre que me pareció sospechoso.

—¿Sospechoso de qué?

—De haberte llevado allí.

Entornó los ojos. Le costaba pensar, supuse que tenía obturados los conductos de la memoria.

—No sé de qué me hablas.

—Era un tipo raro, con andares como de pájaro grande, un buitre o algo así.

Asintió levemente, algo que me hizo pensar que iba por el buen camino, aunque ahí se quedó, como si se hubiesen cortado los hilos que animaban sus movimientos de marioneta.

—¿Le conoces? —recalqué.

No hubo respuesta, ni gesto, ni nada. Enrique había desconectado y yo no quise forzarle más, al fin y al cabo, mi única prioridad es que se sintiese seguro y feliz a mi lado.

Pasamos la tarde juntos, sin hablar apenas, él enredado en un dolor interior que no terminaba de aflorar y yo en la nostalgia de los tiempos pasados. Noté que algo cambiaba en mi ser, el despertar de un sentimiento que me empujaba a amarlo con todas mis fuerzas.

Afuera llovía, una lluvia fina y apocada que incitaba al recogimiento y que los dos miramos durante horas, embelesados en su monotonía. Sentada a su lado, se me figuró que aquella agua venía a limpiar la turbidez de los últimos meses, el fango que se había instalado en nuestras vidas desde que él se echó en brazos de las drogas y el alcohol.

Sabía que no iba a ser fácil arrancarle de ese mundo, sabía que tendríamos que pasar momentos difíciles para reconducir nuestras existencias, pero yo estaba llena de energía para hacerlo y pletórica de moral.

—Juntos lo conseguiremos —musité casi sin querer que me oyese, pues era más bien una arenga personal.

Cuando cayó la tarde tomamos una sopa caliente y una tortilla a la francesa con pollo. Enrique devoró su comida, de modo que le ofrecí la mía y él no dudó en tomársela. Aunque yo no había probado bocado desde el desayuno no me importó, no tenía hambre, pues su sola presencia alimentaba mi espíritu y también mi cuerpo.

Al llegar la noche su corazón se fue agitando, fue como si sus pulmones requiriesen más aire para respirar. Noté cómo sus ojos se afilaban y apretaba la boca con rabia neurasténica.

—Aguarda un instante —le dije entonces—, sé de una cosa que te hará mucho bien.

Me fui a la cocina, llené de carbón la caja de combustión y puse a calentar agua. Hacía poco que me había comprado una bañera de hierro fundido para tomar baños de agua caliente y, desde que los descubrí, no había nada que me

relajase más. Era justo lo que él necesitaba.

Cuando estuvo preparada, lo desnudé y lo llevé mansamente hasta ella. Él se dejó hacer, como un niño al que la madre prepara para salir a la calle, un niño quebradizo con piel de porcelana que se sabe en buenas manos. Enjaboné la esponja y recorrí su espalda con ternura, él parecía ausente, ajeno al mundo, mientras yo le palpaba con mimo. Transité su cuello, su rostro, suavemente le retiré el mechón de flequillo que le caía sobre el ojo y me vinieron a la cabeza viejos versos que un día me recitó.

*La furia de los vientos
se desató en mi cuerpo.
Y quise beberte sediento,
y quise comerte hambriento.*

Entonces noté cómo en el fondo de mi ser se desencadenaba el deseo, una excitación prohibida y a la vez irresistible que encerraba su cuerpo desnudo. De sobra sabía yo que aquel no era el momento, que ninguno de los dos estábamos preparados, que lo nuestro necesitaba tiempo y maduración.

No insistí, mis manos ya le habían calmado y de seguir por ese camino terminarían haciéndome estallar a mí. Lo llevé de la mano hasta mi dormitorio y le pedí que se acostara a mi lado. Necesitábamos descanso, dormir juntos y abrazados, sintiendo nuestros alientos y recuperando el tiempo que habíamos pasado separados.

Tumbado frente a mí abrió los ojos y me miró como si no me hubiese visto antes. Daba la impresión de que acababa de llegar a mi lado.

—Conozco al Pájaro. Lo conocí en el fumadero.

Sonó a mensaje de despedida, como si su cuerpo se estuviese alejando de mí a una velocidad cósmica. Le hubiese bombardeado a preguntas en aquel instante, le hubiese pedido una explicación, una palabra, pero él había cerrado los ojos en señal de ausencia.

—Poco a poco —me dije.

La lluvia seguía asomando tras la ventana, mínima, monótona. Me quedé mirando los cristales con él acurrucado en mi hombro y, con la música de sus

latidos resonando en mis oídos como olas de un mar en calma, caí rendida con una sonrisa en el semblante.

Los primeros días de travesía fueron terribles. No más perdimos de vista la costa cubana, desatóse el cálido mar del Caribe y, desde entonces, las tripulaciones no pararon de armar y desarmar velas y de achicar aguas. Quizás por eso, por el temporal de mala mar y vientos rampantes, en aquellos días no divisamos barco enemigo alguno. Ni tampoco amigo.

Pero las gentes quedaron exhaustas. Algunos marineros cayeron enfermos y los que no, andaban flacos de fuerza y con la fatiga de varias jornadas en vela.

No había tenido yo ni un momento de sosiego desde que zarpamos. Aparte de mantener el galeón a flote entre los muchos golpes de mar de aquella endiablada tormenta, cada vez que me quedaba solo, en lugar de descansar me daba por pensar en las encomiendas que cargaba a bordo y en qué ocurriría si mi nave se iba a pique. Esa idea no dejaba de agobiarme, y no tanto por mi propia vida, sino por las consecuencias que para la Corona de España podría tener perder a la hija del gobernador y su preciado cofre. Daba por seguro de que, en ese caso, las naves capitanas vendrían en mi ayuda para salvar a doña Cristina, aunque nada harían por el cajón que en mi bodega reposaba, ya que su existencia era un secreto que guardaba para mis adentros por expreso deseo del gobernador de La Habana.

Y es que Lasso de la Vega procedió con oscuras intenciones, llegué incluso a pensar que lo de su hija era una falacia, que aquella dama, a la que aún no había visto la cara tras varias jornadas de singladura, podría no ser su retoño, sino más bien el cebo con el que mantener al *Nuestra Señora de las Mercedes* a salvo de cuantos enemigos surcasen nuestro rumbo.

De ser así, lo que importaba de veras era el misterioso arcón que dormía

en mi bodega, el arcón de los tres cerrojos que parecía tan antiguo como el sol.

Las razones por las que el gobernador no quiso compartir ese encargo con los otros mandos era para mí una jerigonza que escapaba a mis entendederas. Algo gordo sería. Y más incomprensible aún me resultaba el empeño de Lasso de la Vega en que, llegados a Cádiz, tuviese que dejar por siempre el mar y pasar el Testamento de mis días en tierra.

La zozobra que asediaba mi vida me tenía quitado el sueño. Y el hambre. Y me había agriado el carácter. Y es que llegué al convencimiento de que, si cosas había de las que no podía hablar, mejor quedar callado, y para eso, mejor estar solo.

Fue así que me volví desconfiado. Todo cuanto veía a mi alrededor eran ánimas del purgatorio o gentes conspirando contra mí, trampas que me habían tendido enemigos ilusorios con propósitos siniestros.

—¿Qué les ocurre a esas señoras que no salen del camarote ni para hacer sus necesidades? —me preguntó un día Bocanegra—. ¿No tendrán acaso la peste?

—Si no quieren salir que no lo hagan, ¿o acaso hemos de obligarlas?

Cómo me vería de enojado que marchó sin replicarme, como el que se aleja de un chiflado.

Fue a partir del quinto día cuando se calmó el océano y cesaron las tormentas. Los malos vientos nos habían sacado de nuestro rumbo llevándonos junto a las costas de Bermudas. No tardamos en dar velas al sudoeste para alejarnos de aquellas aguas tan peligrosas infestadas de apostaderos piratas.

Desde entonces fueron muchas las ocasiones que subí al castillo de proa para divisar a las naves capitanas y en más de una sorprendí a sus gerifaltes apuntando sus catalejos hacia mi galeón. Llegué a creer que así pasaban el día y la noche, sin quitarme ojo, como guardas custodios que vigilaban nuestros movimientos. Manuel de Velasco envió incluso un patache, que tenía por nombre Güijaro, para que diera razón de doña Cristina.

—Si os soy franco, nada puedo deciros dellas, pues desde que embarcaron no han salido de su aposento.

—¿No habrán caído enfermas?

—Ya lo habrían dicho. Mal no han de estar cuando se comen todo lo que

les damos.

—¿Pero es que nadie las ha visto?

—Sí, los grumetes que le llevan el condumio y recogen sus desperdicios. Sobre todo a la vieja, que gasta un genio que ya lo querría yo para alguno de mis soldados.

Y con esas marchose el piloto del patache sin ver a las damas, que era nuestra intención no molestarlas y no levantar sospechas entre la marinería.

Pero los buenos vientos trajeron consigo malas nuevas. La mañana del séptimo día, con un sol radiante y el mar calmo, el vigía de la *Bufona*, divisó desde la cofa varias velas a estribor. Cuando dio el grito de alarma hubo una gran turbación. Corrieron las voces de nave en nave como la pólvora y al poco se oyeron lamentos, los unos por agoreros y los otros por medrosos.

Don Manuel de Velasco ordenó identificar los estandartes al centinela del *Jesús, María y José*, que era, por lo demás, la del palo más alto.

—No puedo distinguirlos mi almirante —gritó, catalejo en mano—. Están muy lejos.

Viramos al norte para ver cómo maniobraban y vimos pronto que aquellos navíos venían persiguiéndonos. De Velasco ordenó forzar el trapo y navegamos a toda vela un buen rato. Quería nuestro almirante saber cuán rápidas eran aquellas embarcaciones y, de paso, apartarse de las costas para que perdieran confianza en la asechanza, si bien las dichas naves, lejos de alejarse, se nos fueron acercando.

—Son raudos esos cabrones —maldijo Bocanegra.

En estando ya más cerca no tardamos en confirmar lo que todos sospechábamos.

—Piratas —gritó el vigía de la nave capitana.

—Piratas, piratas —corrióse la voz de barco en barco.

—¡Por los clavos de Cristo! ¿Estáis seguros? —urgió el almirante.

—Una calavera y tibias blancas sobre estandarte negro —dijo el centinela desde la cofa—. Ondeán en el palo mayor de las dos embarcaciones más grandes.

La noticia cayó como una bomba. Por más que ellos apenas excedían la media docena de barcos y nosotros contábamos con más de cuarenta, de todos eran conocidas las malas artes de los filibusteros para dividir a sus enemigos

actuando como lobos en manada. Y como el botín de uno solo de los nuestros podría bastarles para saciar su apetito asesino, buscarían separarlo del resto, destruir su velamen para dejarlo al paio y hacerle después el abordaje.

—¿Cuántos son? —quiso saber De Velasco junto al fanal de su nave.

—Siete, mas solo dos de gran tamaño, los otros parecen balandras de poca monta.

—Os lo advertí —saltó Bocanegra—, me debéis diez pesos.

—Con gusto te daría el doble si se retirasen sin cañonearnos.

Un segundo hombre subió al palo mayor del *Jesús, María y José*. Le eligió De Velasco para pregonar sus órdenes por su recia voz y porque parloteaba el francés.

—Rumbo sur —ordenó don Manuel.

—¿Rumbo sur? —inquirió Bocanegra—. Eso quiere decir que el almirante pretende hacerles frente.

—Mejor —respondí—, que sepan que vamos a por ellos. Si quieren juerga, van a tenerla.

—Rumbo sur, *allez au sud* —gritó el vigía, señalando con los brazos.

Viraron en consecuencia los timoneles. Rolaba el viento de estribor. Con los enemigos a proa, los mosqueteros ocuparon las andanas y abrieron las escotillas.

—Navegad más pegados y preparaos para el combate —decretó De Velasco.

—*Formation de bataille et plus proches* —se desgañitaba el vigía.

Desde el combés del *Nuestra Señora de las Mercedes* vi cómo Antón Ribeiro ordenaba a la soldadesca preparar a toda prisa las piezas de artillería y los pertrechos de asalto.

No habría ni una milla entre nuestra escuadra y la enemiga cuando el almirante don Manuel de Velasco dio la orden.

—Los barcos de guerra primero —gritó.

—*Les bateaux de guerre en avance*.

—El *Nuestra Señora de las Mercedes* a popa de la capitana.

—Eso no tiene sentido —clamó Antón Ribeiro—. Si nos ponemos tras la capitana no podremos cañonear.

De sobra sabía yo que aquella maniobra respondía al propósito del

almirante de proteger mi galeón, pero nada podía decir dello.

—Aquí no manda más que don Manuel de Velasco. Timonel, poneos a la estela del *Jesús, María y José*.

Poco más tarde, las naos de los hermanos Chacón arrimáronse por babor y estribor envolviendo a la nuestra.

—Nos están rodeando, nos están rodeando —vociferó Ribeiro—. Si nos dejan en medio perdemos la artillería.

—A callar —ordené.

Era mucho el desconcierto entre mis artilleros en viendo que, por nuestras escotillas, no se divisaban más que barcos patrios y que, siendo así, no podían cargar los cañones. Tras sus mástiles estaban los navíos piratas, dos bergantines y otras cinco naos pequeñas, todas atestadas de bucaneros hasta en las arboladuras.

Al frente de nuestra escuadra navegaba el *Le Fort*, capitaneado por François-Louis Rousselet de Châteaurenault, demostrando así el valor del que era afamado. De súbito, el francés se escoró fuertemente a babor hasta abarloarse a la nave de don Manuel de Velasco.

—Solicito permiso para mandar alguno de mis navíos a parlamentar —le oí gritar, peluca al viento, desde la caña de su timonel.

—¿Parlamentar? No conozco pirata que se amedrente ante el combate.

—Salvo si dan por seguro que perderán sus vidas. Dejadme enseñarles los dientes.

Don Manuel de Velasco dudó un instante.

—Hágase, mas abriremos fuego a la más mínima señal de peligro.

Châteaurenault viró a estribor en busca de los navíos enemigos y a su zaga, tres fragatas francesas siguieron su rumbo.

En las cubiertas de nuestras naos el revuelo era grande. Soldados con arcabuces, marineros en el velamen, calafates y herreros con sus pertrechos preparados por si había que hacer remiendos y, en las andanas, artilleros preparados para soltar la primera salva.

Estando los barcos piratas a menos de una milla, viraron a babor y plegaron algunas velas. Semejante ardid creó confusión entre los nuestros.

—¿Qué está pasando?

—Quieren mostrarnos sus cañones.

—Pero han arriado el velamen, no presentan batalla.

—Porque les hemos asustado —se oyó por la cubierta del *Nuestra Señora de las Mercedes*—, y rehúyen la pelea.

—No cantéis victoria —atajé—. Vive Dios que esos hideputas no tienen cabeza, ni escrúpulos. No es normal ver siete barcos piratas en una misma escuadra. Si se juntan solo pueden tener una intención.

—Tampoco lo nuestro es moco de pavo. Por cada barco de ellos son seis de los nuestros.

—Esperad cualquier cosa de esos desalmados, que en trampas son maestros.

Châteaurenault envió entonces a *L'Esperance* junto a la fragata *Favori* a parlamentar con los filibusteros. Era el primero un barco grande, con sus setenta cañones, y el otro uno raudo por si había que darles alcance.

Ellos se alinearon proa al este con el velamen plegado, como si en vez de ser quienes atacasen, esperasen a que lo hiciéramos nosotros. Estando así formados, quedaba a la vista su escasa armería y también su desgobierno, siete naves desvencijadas, cada una de su padre y de su madre, botines de abordajes en alta mar tratadas con mal cuidado.

Catalejo en mano, divisé el bergantín pirata que estaba al mando, tenía la cubierta atestada de hombres mal vestidos con mosquetes, dagas y floretes. Ni siquiera eso amedrentó a *L'Esperance*, que se acercó a los corsarios con las escotillas levantadas y sus cañones asomando por ellas. Tan cerca estaba que casi podían abordarlo.

Los demás aflojamos velas a la espera de las maniobras piratas, mas ellos no hacían nada, como si estuviesen tanteando la situación o esperando parlamento, cuando, de repente, su barco capitán armó trapos y viró a estribor. Las otras naves enemigas hicieron lo mismo al tiempo y en un santiamén los bucaneros pusieron popa y abandonaron la batalla.

La flotilla francesa amainó hasta comprender la treta.

—¿Qué hacen? —oí decir en lontananza a don Manuel de Velasco.

—Huyen —anunció su centinela.

—Huyen, huyen, sí, huyen —gritaron los nuestros por las cubiertas.

Hubo un estallido de júbilo. Oyéronse vítores y aleluyas y muchos rezos.

—Alabada sea la Virgen del Carmen, alabado sea Cristo Redentor,

alabado el Espíritu Santo que tanto nos protege —proclamaron los capellanes a los cuatro vientos.

Tal era la dicha entre los marinos, que las damas del *Nuestra Señora de las Mercedes* abandonaron sus aposentos saliendo al bullicio de la cubierta. Ni marineros ni soldados se percataron, bastante tenían ellos con abrazarse y pregonar sus venturas con palmas y bailes. Mas yo sí me di cuenta. Y fue así que pude ver por primera vez a doña Cristina Córdoba Lasso de la Vega a cara descubierta, sonriendo mientras observaba los mástiles de los filibusteros alejarse por el horizonte.

Y vive Dios que en aquel momento quedé deslumbrado, pues aquella dama tenía algo especial. Era su rostro de singular belleza y su piel blanca y fina. Mirándola no tuve duda de que doña Cristina venía de alta cuna.

«Un buen manjar para un rey que todavía no puede amancebarse con su púber esposa», pensé con maldad.

De un plumazo desterré la idea de que su identidad fuese una farsa y que aquella joven dama no era más que el cebo que Lasso de la Vega había puesto en mi galeón para proteger su negro arcón.

Quise entonces acercarme a ella apartando a empelladas a cuantos marineros festejaban nuestra victoria incruenta, mas cuando se percató el aya insolente, agarró a su señora del brazo y empujóla contra su voluntad hacia el camarote.

Doña Cristina diose cuenta de la treta de la vieja y, buscando por instinto la razón por la que era llevada de tan brusca manera, cruzó la mirada conmigo mientras yo acertaba el camino.

Fue un instante, el justo para con los ojos decirnos que los dos éramos presos de nuestros sins y que aquella historia que a entrambos nos unía, ninguno de los dos la había escogido.

En los días siguientes no pude quitarme esa imagen de la cabeza, hubo noches que, soñando con Esperanza, transformábase su rostro en el de doña Cristina y era tal mi desvarío que me levantaba confundido y apesadumbrado, con una suerte de culpa de la que no era dueño y que agitaba mi cuerpo y mi alma.

Y con estas cuitas pasaron varias jornadas, con el tino enmarañado como madeja de lana, pues en mis sueños, la hija del gobernador me pedía ayuda y

cuando yo iba a prestársela, la dama se desembozaba y resultaba ser mi esposa. Y entonces la besaba cerrando los ojos y cuando llegaba a abrirlos la mujer habíase convertido por arte de birlibirloque en doña Cristina.

Y lo peor es que me plugo.

10

Aquel domingo de diciembre amaneció lloviendo, no había dejado de hacerlo desde la tarde anterior y no parecía que fuese a parar a tenor de la negrura del cielo y de la terquedad de sus nubarrones.

Días de furia, pensé, y a mi cabeza acudieron los versos que tiempo atrás me compuso Enrique.

*Deja que sople el viento
en tu faz nacarada
donde no llueve el tiempo.*

*Ya que por más que lo haga,
por más furia desatada
en el firmamento*

*no habrá tormenta que apague
el brillo de tu mirada
ni tu talento.*

¡Qué tiempos! Días de amor y rosas que guardaba, junto a un baúl de recuerdos, en el bosque de mi corazón, días de pasión y desenfreno, de besos clandestinos que se apagaron al tiempo que Enrique se hundía en el fango espeso de las drogas.

La noche no fue del todo tranquila. Enrique apenas durmió y en sus

constantes idas y venidas me despertó varias veces. Yo estaba exhausta tras lo poco que había descansado la noche anterior y no tuve fuerzas para acompañarle en su desvelo. Él fue y vino sin parar y yo, cada vez que me despertaba, le animaba a que permaneciese a mi lado abrazándome.

Pero aquel día yo tenía quehaceres. Esa misma mañana darían sepultura a don Saturnino de la Vega en el cementerio de los suicidas y, a pesar de las instrucciones de don Rafael Gasset, yo quería estar allí, tratar de saber algo más del librero. Dejar el caso era fallarme a mí misma y no estaba dispuesta a hacerlo.

Aquel sepelio era la gran oportunidad de ver juntos a quienes le rodearon en vida y, tal vez, de descubrir las razones por las que decidió arrancársela. Si es que fue él quien lo hizo.

Hacía frío, así que decidí ponerme una blusa de popelina hasta el cuello y una falda de corola oscura para no desentonar en el cementerio. Me calcé unos zapatos cómodos, un sombrero negro y sobre los hombros me planté una capa de paño con capucha por si en algún momento me interesaba ocultar mi rostro.

El único modo de llegar hasta el lejano cementerio civil era tomando un ómnibus tirado por caballos que partía de la plaza de la Independencia con una frecuencia irregular en función de la demanda, pues el carruaje no salía hasta que no se completaban sus asientos. Eso me tenía soliviantada porque, si no había más enterramientos ese día, podía estar varias horas esperando a que se llenase el vehículo y perderme la ceremonia.

La calle me recibió con una lluvia menuda y una brisa helada.

Aquella mañana de domingo Madrid aún holgazaneaba, aunque algunos comercios habían abierto sus puertas con la esperanza de aumentar ventas ante la proximidad de las Navidades. Pero vivíamos días sórdidos, días embadurnados de tristeza como si los últimos estertores del siglo moribundo hubiesen infectado a la ciudad, como si la vieja centuria se llevase a su paso la alegría con la que vivían los madrileños.

Conmigo no podrían esos vientos, yo era joven y tenía la vida por delante. El tiempo me había enseñado a defenderme y a aprovechar mis oportunidades y estaba acostumbrada a los retos, como el de recuperar a Enrique. Me veía capaz de comerme el mundo, y estaba dispuesta a hacerlo.

Al pasar por las sombrererías de la calle Hortaleza me detuve un instante

en sus escaparates. Estaban llenos de tocados venidos de París y gorros de plumas de ave. Los había también de caballeros, chisteras, bombines y, para los más modernos, sombreros Canotier. Unos letreros de grandes letras animaban a los viandantes a regalar elegantes sombreros por Navidad a sus seres queridos.

Por un momento me imaginé a Enrique con uno de ellos y a mí con otro, acudiendo a una fiesta de relumbrón y se me escapó una sonrisa por la comisura de los labios.

En la calle de Alcalá la animación era mayor. Algunos vehículos a motor recorrían el empedrado haciendo sonar sus bocinas para admiración de los viandantes. Junto a ellos circulaban tranvías de caballos e incluso una resma de burros con los serones cargados de materiales de construcción para reparar algún destrozo de las tormentas de las vísperas. Los rucios también despertaban el interés de los peatones que se apiñaban en torno a ellos y al borriquero que los manejaba con maestría circense.

Al llegar a la plaza de la Independencia comprobé que, por fortuna, los carruajes se llenaban con cierta asiduidad. Se conoce que aquel día se celebraban varios oficios en cualquiera de los dos cementerios de la necrópolis del Este, por lo que en menos de diez minutos ya estaba montada.

El ómnibus iba lleno de hombres, casi todos enlutados, casi todos bien vestidos con trajes, bombines y caras de funeral. Sin embargo, no vi una lágrima ni oí un lamento, era como si los pasajeros estuvieran guardándose el llanto para cuando se enfrentasen al finado.

Por una vez ser mujer fue una ventaja y, a pesar de que mi billete era de mirador, un señor me cedió amablemente su asiento en la cabina, así que viajé sin mojarme, lo que arriba era imposible, aunque llevaras paraguas.

El trayecto no fue precisamente una verbena y, cuando llegamos, la mayoría de los pasajeros se dirigió hacia el cementerio nuevo, el que llamaban de la Almudena, un verdadero prodigio de camposanto en comparación con los que proliferaban por Madrid, pequeños, emboscados, de lápidas apiñadas y desaseadas...

Aquello era otra cosa, luminoso, con una hermosa tapia blanca y un pórtico grandioso hasta tal punto que llegué a pensar que estaba ante un monumento, una nueva forma de entender las ciudades de los muertos.

El que recibiría los restos de don Saturnino de la Vega, que estaba enfrente, era el cementerio de los proscritos. La gente lo llamaba el cementerio de los suicidas y allí enterraban, además de a quienes se quitaban la vida, a los parias, gentes de los que renegaba la sociedad por ser asesinos, ateos, judíos o protestantes. También había hueco para tipos raros que se salían de lo común como librepensadores o los que expresaban en vida que preferían ser inhumados en él. Aquel era, sin duda, el lugar donde debería estar enterrado mi padre.

En el patio de entrada había estacionados varios carruajes de buen porte, relucientes, con visillos en sus portezuelas para ocultar su interior y cocheros con librea. El séquito esperaba en silencio y hasta los caballos soportaban mansamente la fina lluvia.

Nada más poner el pie en aquella necrópolis me acordé de mi padre. Me lo imaginé recorriendo sus pasillos camino de la sepultura de Estanislao Figueras, quizás con un ramo de flores, tal vez con una figura de una dama alada, un haz de trigo o un gorro frigio, símbolos con los que aprendí de niña a identificar a la República. Supuse que me resultaría fácil distinguir el mausoleo del que fuera su primer presidente porque, años atrás, había leído en el periódico que se le había erigido un panteón por suscripción popular. Y allí, panteones había muy pocos. Aquel rincón de desheredados, que por no tener ni siquiera tenía el título de camposanto, era un conglomerado de nichos minúsculos gobernados por el desorden y la desidia, como si los que hubiesen mandado construirlo, lo hubiesen hecho para quitarse un problema de encima y después se hubiesen olvidado de él. Y eso se reflejaba en el desatino de sus calles, en la flojedad de su vegetación, parca en pinos y cipreses, y en la ausencia de floristas a quienes comprarles un ramo para el difunto.

No solo escaseaban los monumentos fastuosos, tampoco se veían velas, ni cruces y en su lugar había una multitud de lápidas desnudas y un puñado de figuras de mármol que representaban animales mitológicos o símbolos extraños, con significados que imaginé ocultos o proscritos.

Respiré hondo y me adentré en el laberinto. Tras el arco de piedra de acceso al recinto se alzaba una casucha hecha con prisas y sin gusto que servía de vivienda al enterrador y de almacén para sus aperos. El individuo vigilaba la puerta como el guardián del infierno y, a juzgar por el esperpento de su

rostro, parecía recién salido del mismísimo averno.

—¿Sabe dónde se dará sepultura a don Saturnino de la Vega?

El hombre se rebulló tras sus pertrechos y se me arrimó hasta casi tocarme. De cerca pude percatarme de que sufría un envejecimiento prematuro, como si cada cuerpo enterrado le robase un poco de vida.

—¿El cristiano?

Al abrir la boca comprobé que le faltaban casi todos los dientes.

—El librero que se suicidó.

—¿Librero? Hoy solo enterramos a un hombre y ha venido un cura, cosa que aquí es poco común, será ese. Yo tengo que ir allí ahora, pero si sigue la senda de ese señor, encontrará el lugar.

Me señaló una vereda entre dos filas de lápidas por la que marchaba un hombre encapado junto a una dama. Caminaban despacio, ella vestida de luto y él ayudándose de un bastón.

—¿Por allá?

El enterrador me confirmó con la cabeza y me regaló una sonrisa que me revolvió el estómago.

Tras un largo rosario de tumbas adiviné a lo lejos una casulla roja y dos faroles de gas. Hacia allí se dirigía la gente, un puñado de hombres y una mujer que avanzaban a paso lento y en silencio. En la lejanía no acertaba a ver bien el lugar donde darían sepultura al librero, así que decidí acercarme, no demasiado para no llamar la atención y evitar ser vista como una intrusa en lo que parecía que iba a ser una ceremonia íntima.

Atravesé un bosque de lápidas en busca de un rincón donde refugiarme y lo que encontré fue el mausoleo de Estanislao Figueras. Me sorprendió comprobar que, a pesar del rango que tuvo en vida, era una tumba modesta, con una peana de piedra que tenía grabada su efigie en el interior de una corona y rodeada de una balaustrada. Tenía unas pocas flores, la mayoría marchitas. Me pareció el sitio perfecto para observar la liturgia, un lugar donde no resultaba extraño que me detuviese, y tan cerca que hasta podría escuchar las palabras del sacerdote.

Al llegar al mausoleo, no pude evitar rastrear con la mirada sus ofrendas, inconscientemente busqué algo que me recordase a mi padre a sabiendas de que nada de lo que quedaba sobre la lápida podía llevar tanto tiempo como él

lejos de este mundo.

Sucedió entonces. En un rincón umbrío, a la orilla de los escasos cipreses que se alzaban en aquella necrópolis desharrapada, adiviné una silueta que me resultó familiar, un hombre con capa, chistera y algo entre los dientes que bien podía ser un trozo de paloduz.

—¡El comisario Cañete!

Me puse la capucha y agaché la cabeza. Nos separaba una legión de lápidas y aunque él parecía concentrado en la ceremonia que estaba a punto de arrancar, me daba pánico que pudiese reconocermé. No tanto porque estuviese haciendo algo malo, al fin y al cabo, se suponía que yo seguía en *El Imparcial* y estar allí podía ser parte de mi trabajo, sino porque no me sentía preparada para sostener su mirada, sus preguntas envenenadas y sus veladas amenazas.

Aunque no me tenía en su ángulo de visión, pensé que la mejor manera de pasar desapercibida era simular que estaba arreglando la tumba de Figueras, así que empecé a limpiar con un pañuelo, el viejo retrato del presidente y a separar de entre las flores, los tallos secos y las hojas muertas.

Entonces vi entrar el féretro de Saturnino de la Vega por la puerta del cementerio. Lo traían a hombros cuatro jóvenes enhiestos y cariacontecidos que avanzaban sorteando setos y lápidas, hasta que lo depositaron junto a la fosa. Tal era la falta de pericia de aquellos chavales que tuve la corazonada de que eran familiares, por su edad quizás sobrinos. Sin embargo, nada más depositar el ataúd en el suelo se largaron y se quedaron esperando junto a la caseta del enterrador.

«Serán operarios de la funeraria», deduje.

Conté nueve personas en las exequias más el abate, somera comitiva para dar el último adiós al librero. La mayoría parecían calcados, hechos con el mismo molde, capas negras, bombines, botas de charol... Solo había una mujer, un poco apartada de todos salvo de un anciano y un par de individuos que me parecieron vecinos del finado, quizás tenderos del barrio o clientes de la librería. Tal vez sus únicos amigos. Tuve el presentimiento de que el resto no lo era, que acudían al sepelio como notarios o agentes de seguros obligados a cerrar un expediente.

Solo la mujer lloraba, un llanto silente y lastimoso que trataba de consolar el hombre de garrota que le acompañaba. Traté de fijarme en ella. Iba enlutada

con un vestido largo y un velo ocultándole el rostro. No hablaba, como ninguno de los demás que permanecían erguidos y solitarios como faros de mar. Daba la impresión de que no se conocían entre ellos.

Por razones que no sabría explicar, sentí pena, quizás porque aquel enterramiento me recordó al de mi padre, al que yo había creado en mi imaginación, frío, sin seres queridos, acompañado únicamente de un enterrador que hacía su trabajo con desgana.

El cura levantó los brazos bajo la fina lluvia y permaneció en silencio un instante. Alguno de los asistentes agachó la cabeza.

—Hoy venimos, oh Guardián de los Cielos, a entregarte a tu siervo —arrancó al fin.

Lo tenía de frente, no como al resto de circunstantes que me daban la espalda, lo que me permitió observarle a pesar de la distancia. Era un hombre narigudo y desgarbado, de ojos saltones y pelo escaso. Tenía un porte extraño. No parecía un cura convencional, sino más bien alguien al que le habían prestado la casulla para representar un acto teatral.

—Acógelo a tu lado, oh, santísimo arcángel —respondieron algunos asistentes.

—Tú que expulsaste al maligno del cielo y le hiciste vagar por la tierra como un ángel caído, apiádate de tu siervo, veneradísimo arcángel. No permitas que su alma caiga en manos de contra quien tanto hemos luchado.

No tardé en comprender que aquello no era un acto religioso al uso. Más bien parecía un ritual de ángeles y demonios, una especie de ceremonia pagana de expiación para salvar el alma de un pecador.

—La secta de la Mano Negra —mascullé.

La mujer doliente se desplomó hincando las rodillas en tierra y empezó a gimotear. De todos parecía ser la única que sufría.

—No, no, ¿por qué? ¿Por qué? —clamó.

Los demás no se inmutaron salvo uno, el hombre alto con bastón que iba con ella, que le agarró la mano mientras seguía atento a las palabras del cura con trazas de ultratumba.

—Te pedimos descanso eterno para tu siervo, oh Guardián de los Cielos —continuó el religioso—, que supo guardar en vida el secreto de tu tesoro milenarario.

Hice un esfuerzo por retener en mi memoria aquellas palabras. Sabía que entre sus trazos se escondía la naturaleza de la Mano Negra, quizás la razón de su existencia. Un tesoro milenario, un Guardián del Cielo, unos custodios. El corazón se me iba a salir del pecho.

—Por los hechos nos juzgarás, oh, Guardián de los Cielos. Nuestro hermano se fue libre de pecado. Podremos así mantener la noble causa que desde hace siglos nos has encomendado. Guíanos para que podamos seguir siendo los custodios de tu valioso arcón.

No podía creer lo que estaba oyendo, hasta el punto de dudar si había entendido bien lo que decía aquel extraño oficiante.

—Amén.

En un acto reflejo miré hacia el puñado de apreses que se amontonaban en el rincón umbrío para ver qué hacía el comisario Cañete. Pero Cañete ya no estaba allí. Recorrí con la mirada los alrededores, los ángulos oscuros, las sombras de las lápidas y no hallé ni rastro de él.

Haberlo perdido de vista me puso en guardia. Tanto que por un instante me olvidé del sepelio. Retrocedí unos pasos en busca de nuevas perspectivas o tal vez de nuevos refugios. Mi mente se debatía entre la necesidad de saber qué estaba ocurriendo en el enterramiento y encontrar la pista del comisario y, sin embargo, perdí el control de las dos cosas.

En mi tribulación dirigí la mirada a la puerta de entrada y lo que vi me heló la sangre. Los cuatro chavales que portaron el féretro un rato antes estaban en círculo junto a un individuo que les daba unas monedas. El hombre no llevaba gabán de cuellos levantados ni escarcela de ala ancha, sino que vestía un abrigo de fieltro hasta las rodillas, botas altas de montar y un sombrero de copa, pero sus hechuras eran inconfundibles, los hombros levantados, el cuello sumido en ellos, las piernas desproporcionadamente largas...

—El Pájaro —gemí.

Me pareció increíble, algo que se escapaba a la razón. Aquel hombre de cuerpo deforme se había empeñado en torcerme la vida, primero soplándome lo de la Mano Negra en el tranvía, más tarde secuestrando a Enrique o acaso engañándole para llevarlo al fumadero de opio de la Inclusa y ahora allí. Por un momento me olvidé de Cañete. También del sepelio. En mi mente las ideas

se habían embrollado y no era capaz de desmadejarlas.

—Es el cochero de uno de los asistentes al funeral —acerté a deducir por su uniforme—, pero, ¿de quién?, ¿qué hace aquí?

Los jóvenes se dispersaron tras haber cobrado las monedas, lo hicieron con risotadas y palmetazos entre ellos, como si hubiesen cerrado un buen trato y estuviesen a punto de festejarlo.

Me quedé mirando a aquel tipo. No había duda de que era él, el hombre que vi salir de La Flor de Loto entre las brumas de la noche, el hombre con andares de pajarraco que se me acercó por la espalda en el tranvía. Mi corazón me gritaba que fuese hasta él y le exigiese una explicación, que tratase de desenmascarar sus intenciones, su mensaje intrincado, los motivos que le habían hecho llevar a Enrique al lúgubre fumadero de opio, pero algo me dijo que aquel no era el mejor momento que, yendo hasta él, no solo no conseguiría saber qué se traía entre manos, sino que espantaría las exiguas posibilidades de averiguar sus oscuros propósitos.

Me contuve. Desde ese instante, mi máxima prioridad fue averiguar quién sería el señor al que servía aquel tipo despreciable, el hombre que manejaba sus hilos y que, a tenor de lo visto, también quería manejar los míos.

Decidida a ser paciente, volví a desandar el camino y me arremoliné de nuevo junto a la tumba de Figueras en un intento de mimetizarme con el universo de mármoles que poblaban aquella ciudad de los muertos. Noté cómo mi pulso se aceleraba, los latidos me estallaban en las sienas.

Ni rastro del comisario Cañete, tuve la convicción de que se había ido, lo que me llevó a pensar que solo le interesaba saber quiénes asistirían al sepelio. O tal vez quiénes no lo hicieron.

Allí seguía el cura, o lo que fuese, con su insólita ceremonia pagana y los asistentes impertérritos, respondiendo como maniqués sin alma a sus oraciones, aparentemente ajenos al dolor por la muerte del librero. Todos menos la dama, ella sí lloraba, cada vez con más brío, con un llanto sin consuelo que solo el señor alto de su lado trataba de apaciguar tendiéndole la mano. De pronto se quitó el velo y quiso besar el sarcófago. Entonces pude ver su rostro. Era aún joven, hermosa, dueña en apariencia de una vida sin sobresaltos, quizás demasiado protegida. Le calculé treinta años. Las farolas de gas dibujaban en su semblante destellos escarlata que bailaban al son de las

llamas. Tenía la mirada perdida y una expresión rota de dolor, una pena que le brotaba por los poros de la piel. Sus gemidos no me dejaban escuchar la letanía que el cortejo fúnebre seguía recitando al son del capellán con aires de cardenal excomulgado.

Asomó entonces el sepulturero con una pala al hombro y ese porte cadavérico que horrorizaría al mismo diablo y, cuando empezó a mover el féretro para depositarlo en la cárcava horadada en la tierra, la mujer se aferró a él como si hubiese sido presa de un ataque de locura.

—¿Por qué? ¿Por qué? —continuó con su imprecación—. No hay derecho, no hay derecho.

El hombre del bastón se agachó y trató de acallarla, aunque ella se resistió. Él le susurró algo al oído y después le acarició el pelo. Por la forma de tratarla no tuve dudas de que era un familiar, tal vez su padre. Entonces él miró para atrás y, al girarse, le vi la cara.

—Dios mío.

Era el hermano del difunto, el hombre de chistera y acento francés que encontré a oscuras en la librería la tarde anterior, el que me echó cuando le mencioné la Mano Negra. Quizás fuese entonces verdad, por más que me resultase difícil entender la razón por la que hablaba como un francés. Tal vez había nacido en Francia o se habría ido a vivir allí de niño.

Inferí que la mujer era su hija, es decir, la sobrina del librero y, puestos a imaginar, supuse que les unía una fuerte relación sentimental.

«La sobrina mimada del librero soltero», conjeturé.

El resto de congregados permaneció impertérrito, con sus capas negras y soportando la fina lluvia sin moverse, más bien parecían una colección de muñecos de cera inanimados. No podía verles las caras, pero me costaba creer que estuviesen sufriendo.

Solo cuando la joven se cansó de agarrar el ataúd, el enterrador siguió parsimonioso con la ceremonia. Ayudado de unas poleas y unas cuerdas, el esperpéntico sepulturero desplazó el catafalco hacia el agujero. Una vez allí, el abate sacó un libro rojo de la sotana y empezó a leer unos pasajes. Lo hizo en voz baja, tanto que no podía entender lo que decía. Agucé el oído y cacé unas cuantas palabras en latín, retales sueltos sin sentido aparente. Los concurrentes le respondían con una retahíla incomprensible de voces roncadas.

Cuando el enterrador se dispuso a cubrir la caja de tierra, el cura le detuvo con un gesto imperativo, levantó los brazos y, soltó en voz alta:

Quod voluntas Custos Caelo semper impleatur et si quis non intellegat Eorum Dimissis.

—Amén —contestó alguno.

«Que la voluntad del Guardián del Cielo se cumpla eternamente y que sepa perdonarnos si no comprendemos sus designios», traduje para mis adentros.

Hacía mucho que no escuchaba latín, desde que estaba en la universidad, porque fuera de las aulas solo se oía en misa y yo llevaba años sin pisar las iglesias, aunque no lo había olvidado.

Un golpe de lluvia arreció de súbito, como si el mismísimo cielo quisiera despedirse de don Saturnino con una suerte de llanto póstumo. La comitiva no se inmutó, el chaparrón no parecía importarles, salvo al cura que sacó de debajo de la sotana un bonete también rojo y se lo colocó en la cabeza.

La mujer había dejado de lloriquear, daba la impresión de que se había resignado a perder para siempre a su ser querido. Ya no llevaba velo, se lo había quitado para secarse las lágrimas y la nariz con un pañuelo.

El sepulturero seguía cubriendo la yacija a paladas, lentamente, con movimientos rítmicos que imaginé hacía a menudo de forma mecánica, sin que nadie le hiciera caso.

La ceremonia llegaba a su fin bajo una lluvia impertinente. Por los movimientos nerviosos del cura, sospeché que tenía prisa por marcharse.

Retrocedí un poco para resguardarme de miradas indiscretas y, aún embozada, oteé a mí alrededor para hacerme cargo de la situación. Cañete seguía desaparecido, ni por los cipreses, ni por el bosque de lápidas, encontré su rastro. Tampoco el del Pájaro, que debió marcharse a custodiar el coche de su señor.

Al poco empezó el desfile de salida. Los congregados comenzaron a volver, salvo la chica, que parecía haber perdido la noción del tiempo. Uno de ellos se acercó al hermano del finado y le ofreció la mano. El afrancesado no hizo ningún intento de estrechársela, más bien al contrario, con un gesto hostil, levantó el bastón y le soltó unas palabras que no llegué a escuchar. No reaccionó el que se marchaba, tan solo continuó andando hasta unirse al escuálido séquito que avanzaba en silencio, apartados unos de otros como

islas en un océano.

—Lo que te estás perdiendo, Cañete —pensé.

Primero iba el cura, avanzando a grandes zancadas, con su porte desgarbado y la sotana remangada. Parecía apurado o que no quería conversar con nadie. El resto caminaba con parsimonia, sin ningún tinte luctuoso e indiferente a la lluvia que no cesaba.

Al poco, el hermano del librero le susurró algo a la dama e inició su marcha hacia la salida. Cojeaba un poco, por eso se ayudaba de un bastón. Andaba con la cabeza gacha, apesadumbrado por la pérdida de su hermano.

Y entonces volvió el silencio, tan solo el lejano sollozo de la chica que se quedó embarrancada en la tumba y el embate de las gotas de lluvia contra las lápidas de mármol rompían levemente la quietud. Al verla rezagada y sola dudé un instante. Acercarme a ella podía ser la oportunidad que andaba buscando, una mujer compungida y enrabiada era la candidata perfecta para obtener información. Bastaría con punzarle un poco para que soltase lo que llevaba dentro, para que expulsase su cólera y me dejase ver qué se escondía tras el velo de la muerte del librero y de aquel turbio funeral. Pero tenía una tarea previa que no admitía dilación, tenía que saber quién era el señor que se montaría en el coche del tipo con andares pajariles que me sopló lo de la Mano Negra en el tranvía, tenía que conocer al patrón del Pájaro.

Así que me aparté de la vereda por la que salía el cortejo para no cruzarme con él y bordeé el trayecto por un camino sinuoso. En el retorno encontré otra tumba singular ante la cual podía detenerme sin que resultase extraño. Parecía el nicho de un cura estigmatizado o de un filósofo apóstata, sin cruces ni flores y con un montón de epígrafes escritos sobre papeles enmohecidos o trozos de tela con extraños dibujos. No me detuve a leerlos, solo quería disimular para no ser vista.

El coche fúnebre ya se perdía por el fondo de la avenida con los chavales que portaron el ataúd montados en él, mientras que en la entrada del cementerio esperaban los otros carros con sus palafreneros charlando entre ellos. Los cocheros se habían puesto capas para protegerse de la lluvia, lo que les hacía a todos iguales. Al principio no distinguí al Pájaro en el corro, pero fue moverse cuando se acercaba su señor y sus andares le delataron.

Tenía poco tiempo y estaba bastante lejos, así que traté de aliviar el paso

sin llamar la atención. Cuando por fin llegué al arco de entrada, me atrincheré tras la caseta del enterrador.

—¿A su casa, señor? —oí decir al Pájaro mientras extendía las escalerillas de acceso y hacía una genuflexión.

No hubo respuesta, o al menos yo no la escuché, solo vi cómo el hombre se montaba en el coche. Estaba lejos, con un abrigo largo y un sombrero que lo hacía irreconocible. Además, el aire empapado de agua, barnizaba de gris la atmósfera.

—Mierda —me maldije—, no voy a saber quién es.

El Pájaro se subió al pescante con habilidad malabarista y azotó a los caballos para que arrancasen. Antes de largarse levantó el brazo y saludó a sus colegas, que aún esperaban en tierra. Se le veía con soltura al mando del carruaje, lo que me hizo pensar que ese era su verdadero oficio, y no el de ir bisbiseando frases misteriosas por los tranvías o llevar ovejas descarriadas a casas de vicio.

Entonces se me ocurrió una idea, la única que podía sacarme de la negrura que flotaba sobre mi cabeza y no me lo pensé dos veces.

Me quité el embozo para no parecer una fugitiva y anduve deprisa hasta el lugar donde estacionaban los carros.

—Yo a este señor que acaba de montarse en el coche le conozco de algo y no sé de qué —les dije a los cocheros que continuaban con su corro de tertulia.

Se miraron entre ellos y luego me miraron a mí sin decir nada. Viendo sus caras de cafres no tuve duda de que su silencio no respondía a que quisieran guardar ningún secreto, sino más bien a que no habían entendido mi comentario.

—El señor que va en coche —insistí—, lo tengo en la punta de la lengua. ¿No saben ustedes quién es?

—Ah —reaccionó al fin el que parecía más espabilado—, ¿el que se ha marchado ahora?

—Sí, sí —tuve que perseverar, no sin cierta ansiedad.

—El marqués.

Los demás palafreneros afirmaron bruscamente con la cabeza como si hubiesen desvelado el acertijo más intrincado del universo.

—¿El marqués? ¿Qué marqués? —pregunté con naturalidad impostada.

—El marqués de Torreblanca, es médico.

—Aunque a su cochero no le ha curado lo de la joroba —soltó otro con una carcajada que dejó en evidencia su dentadura sarrosa.

La parroquia empezó a reírse y uno de ellos hasta me pegó una palmada en la espalda para que yo hiciese lo mismo.

—No os moféis de él, joder, que ese hombre está destrozado desde que se quedó viudo.

—¿Y tú cómo lo sabes, listo?

—Porque me lo ha dicho su cochero. Dice que tiene la casa llena de retratos de ella.

—Compañeros, me marchó que por ahí viene mi cliente franchute —anunció el más regordete—. Aunque me temo que nos tocará esperar porque viene sin su hija.

Al ver de quién se trataba me volví a embozar y me alejé a toda prisa. Era el hermano de don Saturnino, con el que no tenía ningún interés en volver a encontrarme. Por los comentarios del palafrenero supe que, efectivamente, la mujer era su hija y, como venía solo, deduje que ella seguiría varada a la tumba, ahogando su pena en soledad, así que me adentré de nuevo en la necrópolis en su búsqueda.

Efectivamente, allí continuaba, agachada e inmóvil con la mirada perdida en el fondo de la tierra, junto al enterrador, que seguía a lo suyo.

Me acerqué a ellos, sin saber muy bien cómo abordarla.

—Es una pena —le dije al fin.

No me miró, tan solo encogió un poco los hombros como si de ese modo pudiese protegerse de palabras infames. El sepulturero tampoco me prestó atención, simplemente continuaba haciendo el trabajo como una máquina, sin importarle lo que pasaba a su alrededor.

—Una nunca se explica cómo pueden ocurrir cosas así —insistí, arrimándome un poco más.

No hubo caso, mis palabras parecían resbalar en su piel y escurrirse hasta el fondo de la tierra. El adefesio terminó su trabajo comprimiendo con la pala el montón de arena y clavando sobre ella una tablilla de madera con la inscripción S.V.

Nos quedamos solas, bajo una llovizna minúscula que mojaba sin avisar, ella de espaldas a mí y yo envuelta en una maraña de ideas confusas.

—Yo podría ayudarle a hacer justicia.

Giró la cabeza y me miró por primera vez con los ojos empantanados. Tenía las mejillas rayadas por regueros de lágrimas y la nariz encarnada.

—¿Eres tú quién hablaste con mi padre ayer en la librería?

Iba vestida de negro, con las mangas manchadas de barro y el pelo desordenado y, sin embargo, parecía una dama de postín. En una mano tenía un pañuelo de encaje que apretaba con rabia, su rostro transpiraba un dolor incommensurable.

—Sí.

—No tienes ni idea de dónde te estás metiendo. Deja este asunto, olvídalo, aléjate inmediatamente de él o tu vida no valdrá un céntimo.

Había escupido las palabras una a una y me las lanzaba a la cara como dardos envenenados. Las sentí como una bofetada.

Decidí jugármela. A fin de cuentas, acababa de incorporar un dato más a mi rompecabezas.

—¿Quién puede querer dañarme, el marqués de Torreblanca?

—No seas estúpida, hazme caso y déjalo. Puede que ya sea tarde.

Quise hacerme la valiente. Arredrarme no estaba entre las cosas que me enseñó mi padre.

—¿Es por ese arcón milenario por lo que están dispuestos a matar?

—Tú no sabes nada. Ni siquiera yo sé casi nada. Pero si te vale mi consejo no te enfrentes nunca a ellos. La orden no perdona.

—¿La Orden de la Mano Negra?

—¿Cómo te llamas?

Dudé un instante.

—Carmen Sotés.

—Solo quiero que sepas que no me sorprenderé cuando vea tu esquila muy pronto en el periódico.

La vi alejarse con pasos pequeños y resueltos, como una locomotora que se abre paso en un bosque de humo, arrastrando tras de sí un halo de amenazas que no supe descifrar.

Llegó a tal mi desvarío que rumié presentarme ante ella y hacerle hablar bajo cualquier excusa para acreditar que no era mi amada, sino la hija del gobernador, como si así se rompiese el hechizo que parecía cosa de brujas. Pero eso suponía quebrar la promesa que hice a Lasso de la Vega de no importunar a su hija durante la travesía, de modo que me contuve.

Los siguientes fueron, por fortuna, días de calma. El océano, que tanto brío mostró las jornadas previas, mudó sus espumas por un espejo azul. La vida en alta mar volvió a la rutina, los carpinteros y calafates remendaban los desperfectos de los cascarones, los cocineros atareado con sus matanzas y la marinería, entre chanza y chanza, ocupaba el día sacando brillo a las cubiertas. Tanta era la tranquilidad y tanto el tiempo libre para las habladurías, que en la expedición empezó a correr el rumor de que una descomunal armada anglicana nos esperaba en las costas portuguesas de las Açores. Y fue tanto el miedo que la noticia produjo, que las tripulaciones se encomendaron al Altísimo, temerosas de que un terrible ataque terminara con nuestros huesos en el fondo de la mar.

Los capellanes redoblaron sus rezos y confesiones. Mañana, tarde y noche se cantaban padrenuestros y avemarías por las cubiertas con gran devoción y cada amanecer, si el horizonte estaba limpio de mástiles enemigos, los pajes entonaban la canción del crepúsculo.

*Bendita sea la luz
y la santa veracruz
y el Señor de la verdad
y la Santa Trinidad
Bendita sea el alma
y el Señor que nos la manda.
Bendito sea el día
y el Señor que nos lo envía.*

Yo no perdí ojo al camarote de las damas e interrogué a cuantos grumetes llevaban su condumio con la esperanza de saber algo dellas. No hubo caso, los aprendices no traspasaban la puerta del camarote, sitiado por la impostora madre, y la joven dama no asomaba nunca por ella. Ni un gracias ni un hasta luego soltaba la vieja cuando le llevaban la comida, como si fuera muda la condenada.

De cuando en cuando afluía por mi galeón el emisario de don Manuel de Velasco con la embajada de conocer el estado de las féminas. Yo lo llevaba a mi camarote para no despertar recelo entre la tripulación y allí le explicaba lo poco que de mi boca podía salir sin faltar a la verdad.

—Decidle al almirante que las damas están bien y que no dan tormento. De veras que de su apartamento no salen ni para hacer sus necesidades.

—No dudéis en pedirnos auxilio si fuera menester.

A pesar de mis sigilos, lo acontecido con nuestro galeón en el ataque pirata y tanto trasiego de gentes cuchicheando en mi alcoba pusieron a Antón Ribeiro la mosca detrás de la oreja.

—¿Qué está sucediendo, capitán? —me preguntó un día en el alcázar.

—No sé a qué te refieres.

—Llevamos años navegando juntos y nunca había visto que vusted rehuyera el combate. Ponerse a popa de la nave capitana es un acto de cobardía.

Me ardían las tripas por dentro, pues las palabras de Ribeiro no eran insolentes, sino desengañadas, más parecía dolor que gallardía.

—Cumplía órdenes, ¿o es que no oíste lo que dijo el almirante?

—¿Órdenes de evitar la batalla?

Tonto no era el gallego y yo andaba torpe en el arte del engaño, así que guardé silencio. Pero Ribeiro no estaba conforme y no paró de buscarme la boca.

—¿No será que estamos protegiendo a las señoras que viajan en vuestro camarote?

—Por supuesto que no —mentí—, ellas son dos pasajeras más, como cualquier otro.

—De ser eso cierto solo puedo deciros que a ojos de los demás, habéis actuado con flaqueza y, a los míos propios, perdisteis la valentía que debe acompañar a todo buen capitán.

Cuando pienso en aquellas palabras desde esta sucia celda me puede la rabia. Haber faltado a mi deber era el mayor insulto que alguien podía hacerme. Y precisamente Ribeiro, mi oficial de mosqueteros, con quien tantos años había navegado. Lo peor es que aquella fue la última ocasión que tuve para contarle las razones por las que así procedí. Y ahí quedó mi espina, pues Antón Ribeiro se fue al otro mundo dudando de mi valor.

Por eso escribo estos pliegos, para salvar mi honor y de paso desahogar mis penas. Esta misma mañana se lo he dicho al carcelero cuando vino a traerme el mendrugo de pan con el que me alimentan a diario. Apenas hablo con él, porque ya nada me interesa más que acabar esta historia, pero hoy sí le he contestado.

—¿Qué contáis en ese escrito que tan absorbido os tiene?

—Mi vida, Tomás, mi vida.

—¿Y qué ganáis escribiéndola?

—Dignidad —respondo a sabiendas de que no sabe qué significa esa palabra, ni va a preguntármelo. Y se retira frustrado por el nuevo intento en vano de acercarse a mí y sin entender por qué me empeño en ser arisco con la única persona que veo en mis largos días de prisión.

Corrieron las jornadas desta guisa, con las fatigas del mar cada vez más presentes. El agua empezó a escasear, por lo que hubo que reducir la ración a

medio cuartillo diario, y algunas comidas se fueron agusanando por los calores del estío. Las sentinas del galeón se llenaron de hedor por la falta de higiene que obligaba la vida a bordo y, entretanto, las damas seguían enclaustradas sin rechistar y sin que nada supiese dellas.

Fue desde el embate pirata que no había vuelto a ver a doña Cristina, mas ella seguía presente en mis sueños, como un ánima bendita que se había empeñado en confundirme, tanto que llegué a pensar que había sido embrujado con un filtro hechizado.

Llegó así el decimoséptimo día de navegación y todo cambió. Aquella mañana vino a visitarnos uno de los más terribles males del mar, la fiebre amarilla. Ocurrió en la flota francesa. Algunos de sus marinos llevaban varias jornadas aquejados de altas fiebres, pero no fue hasta ese día que uno del *Volontaire* y otro del *Dauphine* sufrieron vómitos negros y poco después fenecieron sin que los cirujanos pudiesen remediarlo.

La noticia corrió como alma que lleva el diablo y contagió de malos augurios a la expedición entera. Las cubiertas de las naos llenáronse de gemidos y contrición. Hubo quien pregonó que era el fruto de nuestra vida licenciosa, otros hablaban de un castigo divino por nuestra falta de fe.

Por los galenos supimos que la enfermedad había sido contraída en Veracruz y que, por ende, podía aquejar a la marinería toda. Don Manuel de Velasco acordó entonces poner en cuarentena a los navíos infectados aislando a sus enfermos en las bodegas, pero el bochorno y las humedades no ponían de acuerdo a los cirujanos que ora los llevaban a las sentinas, ora los sacaban al exterior con el consiguiente trastorno.

Quiso en aquel momento el vicealmirante Châteaurenault que los contagiados fuesen juntados en uno de los galeones y que aquellos que no tuviesen síntomas fuesen a otros navíos. Y así lo pidió a don Manuel de Velasco, mas el almirante se opuso aduciendo que tanto trasiego no podía ser bueno ni para unos ni para otros.

—Dejemos el destino de cada embarcación en manos del Altísimo —sentenció De Velasco—. Solo Él sabe por qué manda esta calamidad y a quién se la manda.

No hubo desde entonces más mudanzas de personas y quedó prohibido todo contacto con emisarios de otras naos, sin la explícita venia de almirantes

o capitanes.

—Si esta malaventura es una condena divina, que se cumplan sus designios —remató el almirante—. Seguiremos la singladura con la merma comitiva que Dios quiera dejarnos.

Redoblaron sus plegarias los capellanes y también sus confesiones, fueron muchas las penitencias y los ruegos de clemencia al Creador con tal de no vernos apestados por tan mortífera enfermedad.

Mas quiso Dios que la infección progresase como un río furioso y antes de arribar a las costas de las Açores, el *Volontaire* había tirado por la borda cuarenta y nueve cadáveres, entre los que se encontraba el de su cirujano, y más de cuarenta el *Dauphine*.

Si ya poco salían de sus aposentos las damas españolas, las noticias de aquel mal tan asesino y de su mortífero paso terminaron por recluirlas. Así también lo prefería yo, a pesar de que, en mi galeón, en boca de Rubén García, nadie padecía de fiebres ni vómitos.

—De momento, estad tranquilo —me decía el cirujano de mi nave—, a bordo no se ve achaque alguno.

Pero no fue así en toda la flota. Como si de un maleficio de brujas se tratase, a las tres semanas de travesía el *Le Fort* sufrió un ataque de bubas. Y por ser este el buque insignia de la escuadra francesa, hasta el mismísimo vicealmirante Rousselet de Châteaurenault estuvo en peligro.

Aquello agrió todavía más la enemistad entr ambas armadas. Y es que, si la fiebre amarilla no tenía un origen conocido, sabido era por todos que las bubas venían de relaciones carnales que, por lejanas a nuestra tierra, eran por fuerza pecaminosas.

—Como el sol es claro que estos gallos no piensan más que en el vicio —me dijo entonces Francesc Montoliú que, como catalán, detestaba a los franceses—. Ahora entenderéis por qué a esta enfermedad le llaman el morbo gálico o también el mal francés.

—El que esté libre de pecado que tire la primera piedra —respondí.

Y él se persignó cinco veces antes de marcharse sin abrir la boca.

A partir de entonces don Manuel de Velasco prohibió cualquier acercamiento a los barcos galos en lo que quedase de travesía. No nos faltó, eso sí, caridad cristiana para auxiliar a quienes nos venían escoltando y

nuestros cirujanos prepararon para ellos remedios de botica a base de madera de guayaco y leño de la India.

Tan baja estaba la moral de la tropa que, cuando avistamos los primeros riscos de las Açores, ni siquiera nos alegró ver que eran falsos los rumores de que una gigantesca flota inglesa estuviese esperándonos.

A esas alturas, tras un mes de travesía, el morbo gálico se había llevado por delante a diecinueve hombres del *Le Fort* y hasta el propio Châteaurenault tuvo que tratarse la pegadiza infección con dolorosos lavados en su miembro viril.

No quedó pues más remedio que atracar en las islas. Don Manuel de Velasco ordenó a dos corbetas españolas que dieran aviso a las autoridades para que despejasen parte del puerto principal de isla Terceira y se preparasen camas y hospitales para recibir a los enfermos.

Dispuso también que fondeásemos en una bahía que llamaban Do Angra, al abrigo de vientos y bucaneros, y que no más desembarcasen los enfermos y lo poco que de ganado nos quedaba, para que pastasen en los prados.

Con las damas del *Nuestra Señora de las Mercedes*, el almirante de Velasco quiso hacer una merced.

«Si las mujeres lo desearan, tengo hablado con el gobernador de la isla, que podrán acomodarse en una de sus casas, que espacio y capilla no les ha de faltar y deste modo más lejanas estarán de los alientos de los enfermos», rezaba un escrito que recibí nada más anclar mi galeón.

Vive Dios que no habíamos contado con tan extraña circunstancia y que, así las cosas, la mejor manera de proteger a doña Cristina era alejándola del galeón, por más que eso fuese contravenir la orden que su padre nos dio de mantenerla allí dentro el tiempo entero.

Además, por las féminas respondíamos cuantos acudimos a la cena del gobernador y quien sugería llevarlas a tierra firme no era yo, sino don Manuel de Velasco, a la postre, capitán general de la flota.

Distinto era el destino del negro cofre de los tres cerrojos. Ese no podía salir del *Nuestra Señora de las Mercedes*, entre otras razones porque era solo yo quien lo custodiaba y quien sabía de su existencia.

Concluí, pues, que un poco de aire sin sal y el verde horizonte de las islas les vendría bien a las damas, así que me animé a ir a sus aposentos con la idea

de hablar con doña Cristina.

Mas quien asomó a la puerta, como era de esperar, fue la vieja.

—¿Qué tripa se os ha roto?

Modales pocos tenía aquella bruja.

—Tengo un mensaje para vuestra hija —fingí.

—Pues dádmelo a mí, que ella está ocupada.

Rebusqué con la mirada el fondo del camarote, mas la gordura del aya apenas me dejaba ver.

—Me manda deciros el almirante don Manuel de Velasco, que en tierra tenéis cama y morada, si así lo deseáis.

—¿Y qué se nos ha perdido a nosotras en esta espantosa isla? Lo que hemos de hacer es emprender pronto la travesía, que ya nos esperan en Cádiz.

—Pasarán varios días hasta que partamos. Algunos hombres necesitan de cuidados y los cirujanos de remedios para lo que resta de viaje. Puede que en casa del gobernador de la isla estéis más cómodas.

—Ni hablar, de aquí no nos meneamos.

En eso salió doña Cristina, sin embozo ni turbante, entero su rostro al aire y ademán de contrariada.

—Si el capitán Galarza dizque allí podremos estar mejor, no lo hemos de dudar. Desembarcaremos y quedaremos en la isla.

Vive Dios que me sorprendió. No daba aquella faz de niña para componer un gesto tan agrio ni para tantos arrestos.

—¿A la isla queréis ir? —preguntó la vieja apocada.

—Haremos, sin protestar, lo que diga el capitán Galarza.

—Pero vuestro padre...

—Mi padre no contaba con que tendríamos que amarrar los barcos por tan grave contratiempo. No hemos de rechazar las mercedes que nos concede el almirante y, de paso, oportunidad tendremos de rezar en esa capilla para rogar a Dios que nos dé alivio en este viaje. Que, de seguir así, ni un solo hombre llegará vivo a Cádiz.

No pude quitar ojo a la muchacha, y no ya por su belleza, que como dije era mucha, sino por la labia que acompañaba a tan menudo cuerpo.

Acordose, pues, al cabo que aquella tarde, las damas se instalarían en la isla. El almirante de Velasco prometió ponerles guardia de seis mosqueteros

que velarían por su seguridad día y noche, lo que yo reforcé con la figura de Antón Ribeiro a quien pedí que quedara al lado dellas en toda circunstancia.

Llegado el momento, aviamos una barca de remos para llevarlas a puerto y, cuando ya se hubo montado el aya, la hija del gobernador dijo haber olvidado sus búcaros en el camarote y, desandando el camino, me hizo gestos con la mano para que la siguiera.

Yo así hice, pasmado por tan raro reclamo y, cuando ya estábamos lejos, me habló con voz queda.

—Ayudadme, por Dios os lo pido. No hagáis lo que os ordenó mi padre.

Me quedé asosegado. De mi boca no salían las palabras.

—Sabed que me lleváis a España contra mi voluntad. No os culpo, pues no conocéis el asunto y, como buen español, cumplís las órdenes que se os dieron, pero todo esto es un engaño.

Tenía los ojos brillantes y le temblaba el labio al hablar.

—No sé de qué habláis —salté al fin—. Tal como he prometido a vuestro padre, os entregaré a Portocarrero o alguno de sus emisarios en Cádiz. A partir de ahí, haced lo que creáis oportuno.

—Ya veo que mi padre os engatusó. Quiero entonces que sepáis que mis intereses no son los vuestros y que haré lo que esté en mi mano para no caer en brazos del rey. Quien avisa no es traidora.

Entonces arrancó a andar con pasos cortos y raudos mas, antes de marcharse, volviose de nuevo hacia mí.

—Ah, y no temáis por vuestra vida ni por la de los pasajeros deste galeón —sonrió y se le abultaron las mejillas—. El arcón de los tres cerrojos que lleváis en la bodega es el más grande talismán que jamás vieron ojos humanos. Olvidaos de desgracias y ataques piratas mientras duerma ese tesoro en la sentina del *Nuestra Señora de las Mercedes*.

Me quedé sola frente a la tumba, vacía, confusa, ensimismada en las sombras azules que envolvían el montón de arena compactada con pala por el enterrador cadavérico.

Hacía rato que me había olvidado de la lluvia, del goteo monótono y constante que se escurría por la superficie de mi capucha y me caía en el hombro una y otra vez sin que a mí me importase.

Era hora de volver, allí ya no quedaba nada por ver, ni nadie, así que deshice el camino por el sendero de salida con un batiburrillo de ideas flotando en mi cabeza, ideas inconexas que imploré que se fueran enlazando de forma mágica para mostrarme su significado.

Quise echar un último vistazo a mi alrededor. El aire estaba embadurnado de tristeza, de esa tristeza fúnebre que supuran los cementerios. Montones de lápidas silentes, muchas de ellas medio abandonadas por quienes un día llevaron allí a sus seres queridos, con ese aspecto indolente que adquieren los ancianos cuando ya nada les importa.

No era yo de limpiar tumbas propias, y en mi agnosticismo, tampoco pensaba que ningún muerto podría reprocharnos algún día que no hubiésemos cuidado la suya, pero no por eso dejaba de impresionarme aquel paisaje de desidia, esa especie de condena al repudio y al desamparo a la que parecían estar sometidos los habitantes de aquel cementerio.

Tuve tiempo de concentrarme en la de Saturnino de la Vega. A lo lejos parecía que desprendía un ligero vaho, como si su cuerpo aún caliente exhalase un aliento de vida. Era la llovizna minúscula al chocar contra el suelo terroso que se pulverizaba dejando flotar sus partículas en el aire.

Recorrí el camino de vuelta decidida a tirar del hilo, tenía que desvelar las razones por las que murió el librero, saber qué se escondía tras esa extraña orden que se regía por rituales como el que presencié en el sepelio, con invocaciones a guardianes del cielo, a tesoros milenarios y a latinajos de expiación de pecados.

Una voz interior me susurraba al oído un mensaje ininteligible, una voz de ultratumba que me sonaba a paciencia y perseverancia.

Me monté en el palafrén estacionado junto a la entrada del camposanto para regresar a la ciudad y esperé pacientemente a que se llenara. No me importó, en mi ser había un vacío que me hacía desprestigiar el tiempo y cuanto ocurriese a mi alrededor. El camino de retorno fue un poco sombrío, a la inclemencia del tiempo se sumó la ventisca que azotaba mi espíritu.

No sabía qué hacer, a dónde dirigir mis pasos ni cómo continuar con la misión que me había propuesto seguir por mi cuenta desde que don Rafael se empeñó en que me tomase vacaciones hasta después de Nochevieja.

«Por el dinero no ha de preocuparse, se lo haré llegar a casa pero, ante todo, olvídense de este caso».

Cuando por fin puse el pie en la plaza de la Independencia, la lluvia había cesado. Pensé que en aquel momento no habría mejor refugio que la orilla de Enrique, el calor de su mirada y el dulzor de su voz, tal vez a su lado se iluminase mi camino o quizás él, recuperado del efecto narcótico, pudiese ayudarme a despejar las brumas que sobrevolaban mi cabeza. Pero era media mañana, demasiado pronto como para echar el día por alto. Además, me había propuesto no atosigarle en los primeros días ni perturbar su frágil espíritu.

Así que se me ocurrió visitar a la persona que mejor podría iluminar la turbidez que envolvía mis escasos conocimientos religiosos, don Gerardo Vecillas, el sacerdote que fue mi catedrático de ética en la Universidad Central.

Don Gerardo rondaba los setenta y ya no daba clases en la Facultad de Filosofía y Letras, aunque era fácil encontrarlo en la iglesia de San Marcos de la calle San Leonardo en la que todavía oficiaba algunas misas, mucho más siendo domingo.

Hasta la iglesia tenía media hora a pie, un paseo que se me figuró agradable una vez hubo escampado. Dicho y hecho. En pocos minutos estaba

atravesando el mercadillo de la Corredera Baja de San Pablo, con sus comercios y sus tenderetes callejeros, pasé después junto al mercado de San Ildefonso y, casi sin darme cuenta, llegué hasta la pequeña iglesia de San Marcos.

Tuve que apoyarme un momento en la pilastra de la fachada para tomar resuello porque, sin ser consciente, hice el trayecto a toda prisa.

En el templo había un puñado de mujeres rezando o poniendo velas a los santos. Por suerte, no se estaba celebrando ningún oficio.

Me escurrí por su interior con pasos silenciosos. Hacía mucho que no pisaba una iglesia. Lo hice durante años muy a menudo, casi siempre cuando estaban vacías, no para saciar ningún sentimiento religioso, que yo me declaré agnóstica cuando tuve uso de razón, sino para respirar su atmósfera, ese aroma a cera quemada y sosiego que tanto me ayudaban a encontrar la paz interior.

El tragaluz de la cúpula dejaba entrar un chorro de claridad violeta que se derramaba por los contrafuertes e iluminaba con ligereza las cabezas de león de sus capiteles.

No había rastro de don Gerardo, ni en el altar ni en el confesionario, donde se apostaban unas beatas con velo esperando a que se acercase un cura para recibir el sacramento, así que seguí hasta la sacristía donde vi la silueta de un hombre de espaldas sacando algo de un armario.

Era don Gerardo que, nada más reconocerme, se vino hacia mí con los brazos abiertos.

—Mira quién está aquí —su voz era dulce como la miel, de cura de sermón capaz de engatusar a sus feligreses—, la oveja descarriada de mi rebaño.

Lucía una sonrisa que le iluminaba la cara. Al sonreír, sus carrillos se abultaron pronunciando aún más las arrugas de su piel septuagenaria. Cuando llegó a mi lado me puso las manos sobre los hombros y se me quedó mirando con expresión de incredulidad.

—Ya ve, a veces las ovejas tiran al monte.

—No me digas que has venido a misa de una y media.

Tardé en responder. Más que nada porque me sabía mal defraudarle. Don Gerardo me dio clases solo un año y una disciplina que no suscitaba gran interés en mí, pero conectamos de inmediato. Quizá ayudase que yo era la

única mujer en la clase o tal vez que era de los pocos alumnos que se acercaban a su despacho para debatir sobre asuntos que él explicaba en el aula. El caso es que aquel año nos vimos con frecuencia hasta el punto de crear un vínculo de cariño que perduró en el tiempo.

—La verdad es que no. He venido a hablar con usted.

Mantuvo la sonrisa, aunque tuve la impresión de que un poco forzada. Supe así que él tampoco quería defraudarme, que verme de nuevo era suficiente recompensa.

—¿Hablar de qué? ¿Ha pasado algo?

Desde que acabé la facultad solo había estado con don Gerardo una vez. Fue a los pocos días de morir mi padre, en un momento en que me sentía tan mal que necesitaba desahogarme con alguien que no fuese Enrique, a quien veía como la principal razón por la que le abandoné. Y lo cierto es que me sirvió de mucho. Don Gerardo me recibió en su pequeño despacho de la Universidad Central y me escuchó con paciencia de santo. Luego me habló de esa manera que él tenía de hacerlo, con esa pedagogía labrada en sus muchos años de universidad, y me llegó al alma. Lo sentí como una caricia. Cuando salí de allí me prometí ir más a menudo a verle, tomarlo como una costumbre para recomponer mi vida espiritual, pero desde que entré en el periódico los días se habían llenado de cosas y no había encontrado el momento de volver. O quizás, me había olvidado de hacerlo.

—Quiero saber algo sobre el Guardián del Cielo.

Levantó tanto las cejas que su frente se quedó reducida a una gruesa arruga. No había que ser muy perspicaz para darse cuenta de que mi comentario le había sorprendido.

—¿Qué?

—El Guardián del Cielo, ¿quién es el Guardián del Cielo?

—¿Estás metida en algún lío?

Por instantes vi en sus ojos un retazo de mi padre, de alguien en quien podía confiar porque nunca me fallaría. Como la última vez, noté que a su lado me sentía reconfortada.

—No, pero ahora soy periodista y estoy escribiendo sobre un caso tras el que podía estar encubriéndose un asesinato. Creo que el muerto formaba parte de una secta o algo así, gente rara, con una extraña vena mística y necesito

aprender algo sobre lo que se traen entre manos.

—¿Eres periodista? —se le iluminaron los ojos.

De sobra sabía él que esa era mi gran vocación y que a ello dedicaría todo mi esfuerzo.

—Sí, entré en *El Imparcial* pocos días después de la última vez que nos vimos.

No me reprochó que en todo ese tiempo no hubiese ido a contárselo. En el mundo de don Gerardo el reproche era un territorio prohibido.

El reloj de péndulo de la sacristía marcaba la una en punto.

—Vamos —me dijo—, tenemos un poco de tiempo. Hablaremos dando un paseo.

Cruzamos deprisa las cuatro arcadas del presbiterio y las naves elípticas del templo con sus hornacinas, sus imágenes de santos y sus ángeles de estuco y, al poco, nos vimos en la calle.

Don Gerardo se calzó un sombrero de teja de los que ya no se llevaban y sobre la sotana se puso una capa negra de la que colgaba una gran cruz. Andaba deprisa, como si tuviese que alejarse cuanto antes de la iglesia.

—Cuéntame quiénes son ellos.

—No lo sé. Debe ser una hermandad secreta o algo así que se hace *llamar* la Mano Negra.

Hizo un gesto minúsculo de contrariedad. Tuve la impresión de que sabía algo sobre el asunto.

—¿La Mano Negra? ¿No serán de esos depravados que hacen ritos antisatánicos?

Me encogí de hombros. Al fin y al cabo, yo no sabía nada.

—Ahora vengo del entierro de un librero en el cementerio civil —le dije—. El cura hablaba de cosas extrañas, entre otras del Guardián del Cielo.

Al salir a la calle Princesa se levantó una racha de viento que infló la capa de don Gerardo como la vela de un barco. De forma inconsciente se agarró el sombrero de teja con una mano para que no se le volase, aunque lo llevaba tan encajado que ni un vendaval se lo hubiera arrancado.

—El Guardián del Cielo es el arcángel San Miguel, el jefe de los ejércitos de Dios —aclaró mi viejo profesor—, una de las pocas figuras que es venerada tanto por cristianos, ya sean católicos, ortodoxos o anglicanos, como

por judíos y musulmanes. Nadie discute su importancia.

Eso me complicaba las cosas. Si la Mano Negra tenía un sesgo religioso, podía ser de cualquier credo, incluidos los que casi nadie practicaba en Madrid.

—¿Y cuál es su singularidad para que religiones tan distintas lo veneren?

—Por su naturaleza de arcángel es uno de los jefes del reino celestial. San Miguel precisamente recibió de Dios una de las tareas más importantes, la custodia del cielo. Fue él quien expulsó a Lucifer cuando quiso revelarse contra Dios convirtiéndolo en el Ángel Caído. Si hay alguien a quien odie el diablo es a San Miguel. Por eso creo que estos de quienes me hablas podrían pertenecer a una secta antisatánica.

Mientras caminábamos traté de recuperar en mi memoria las frases que el abate estrafalario pronunció en el oficio, buscarle un sentido que pudiese enlazarlo con lo que me estaba contando don Gerardo. Pero no fui capaz.

—Me dio la impresión de que, además de venerar a San Miguel, ellos también se consideran, por así decirlo, guardianes del cielo y luchan igualmente contra el poder del demonio.

Cuando sonaron las campanas de los cuartos, mi antiguo profesor giró en la callejuela del Pez y apretó el paso para regresar a la iglesia.

—No conozco ninguna congregación cristiana que adore a San Miguel como Guardián del Cielo. Tal vez sean ortodoxos o puede que judíos, para quienes el arcángel es el abogado de Israel, frente a Samael, que es el diablo. Eso explicaría que lo hayan enterrado en el cementerio de los proscritos.

Tenía sentido, aunque ese razonamiento me dejaba sin pistas que seguir. Si poco conocía de hermandades cristianas, mucho menos de ortodoxas o judías de las que ni siquiera sabía que existiesen en Madrid.

—¿Y dónde podría aprender algo sobre las actividades de estas religiones?

Don Gerardo se acopló aún más el sombrero de teja temiendo que el viento se lo volase. Caminaba tan deprisa que se me hacía difícil seguirle.

—No sabría decirte, tanto una como otra son religiones prohibidas o, al menos, no aceptadas, así que sus cultos son secretos y muy pocas personas tienen acceso a ellos. Hace tiempo escuché que en la embajada de Rusia había una capilla ortodoxa y puede que sea verdad, pero lo más seguro es que no te

dejen entrar.

Estábamos llegando a la iglesia. La marcha rápida me dejaba sin resuello mientras que al septuagenario de don Gerardo no parecía afectarle.

—Sin embargo...

—Sin embargo, ¿qué?

Había algo que se debatía en su cabeza, una idea aprisionada que no se decidía a salir.

—Ayúdeme, por favor, don Gerardo.

Se detuvo frente al pórtico del templo y recorrió mi rostro con su mirada. El tiempo jugaba a mi favor porque él quería ayudarme y no podía entretenerse más.

—En Madrid hay una iglesia dedicada a la advocación de San Miguel, está en la calle San Justo.

Por primera vez noté su respiración agitada bajo la capa. Y no parecía que fuera por el paseo rápido.

—Hace unos años, en ese templo ocurrieron cosas raras.

—¿Cosas raras?

—Parece ser que allí se hacían ceremonias prohibidas, no sabría decirte cuáles, el caso es que las autoridades eclesiásticas decidieron dar un golpe de mano y trasladaron la nunciatura apostólica al edificio contiguo, con lo que el templo quedó bajo el control del arzobispo. Hubo una gran polémica, algunos feligreses protestaron, pero no hubo marcha atrás. Llegó incluso a decirse que fue una decisión del papa León XIII que, no obstante, quiso que la iglesia siguiese estando bajo la advocación del arcángel.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace unos siete años.

—Quizás fuesen esos que protestaron los que celebraban las juntas clandestinas —apunté.

—No sé. Estoy seguro de que la inmensa mayoría de los feligreses eran buenos cristianos, pero siempre hay garbanzos negros en las tinajas. Lo cierto es que en el templo de la calle San Justo se acabaron los problemas. Puede que los desalmados que llevaban a cabo esos actos anden por ahí sueltos cometiendo el mismo pecado en cualquier otro lugar.

—¿Quiere decirme que...?

Se encogió de hombros.

—Tengo tantos años que he visto de todo en mi vida. De lo que estoy seguro es de que la Iglesia católica no tiene nada que ver con esto. Debe tratarse de una panda de chiflados, unos iluminados que hacen ceremonias herejes o adoran a un dios falso, quién sabe si con fines espurios.

La imagen del cementerio de los suicidas apareció en mi mente con precisión cirujana, el abate, los congregados encapados, las exequias plagadas de misteriosas referencias y frases en latín...

—¿Qué cree que debo hacer?

Quedaban escasos minutos para que diera la una y media. Nuestro tiempo se había acabado.

—Ve al templo y habla con el presbítero, se llama Antonio María y dile que vas de mi parte porque quieres escribir algo sobre San Miguel en el periódico. Que te enseñe la iglesia y te hable de su historia. Si eres hábil y te lo ganas, tal vez puedas sonsacarle algo.

Me dieron ganas de abrazarle, lo sentía tan próximo que no me parecía descabellado hacerlo, pero una voz interior me dijo que no era lo más apropiado, y menos aún en la puerta de la iglesia.

—¿Asistirás a la misa?

—Claro que sí.

Se perdió con su abrigo y su sotana dando pasos rápidos. El templo se había llenado de mujeres que cuchicheaban entre ellas o rezaban en silencio.

Y allí me quedé a escucharlo, sentada en el rincón del último banco de la capilla, como si estuviera en una de sus clases de la facultad que tanto me gustaron, encantada de oírlo y en homenaje también a su persona y al cariño que le profesaba.

Al acabar el oficio me fui sin despedirme, lo que tenía que decirme don Gerardo ya me lo había dicho y no quería que se sintiese incómodo por haberme revelado una confidencia que podía incomodar a la institución a la que había dedicado la vida entera.

Envuelta en un ramillete de beatas vestidas de negro y con velo y unos cuantos hombres con bombín, me fui calle arriba en dirección a la plaza de España.

Mirando al cielo tomé la decisión de coger una calesa en la parada de

carruajes que había en la calle Princesa para ir a la iglesia de San Miguel. La calle San Justo estaba más allá de la plaza Mayor y muy cerca de la Inclusa, un trayecto demasiado largo en el que podía caerme un chaparrón.

El cochero me dejó en la puerta del templo, no sin antes recitarme la sarta de males que nos aquejaban y el oscuro porvenir que se nos venía encima.

—No sé dónde vamos a llegar —me dijo—, con tanto disturbio, tanto asesino y tanto ladrón.

Para mi desgracia, la iglesia de San Miguel estaba cerrada, la enorme puerta principal y la pequeña lateral que supuse llevaría a la cripta estaban clausuradas a cal y canto. Me pareció raro siendo domingo, aunque quizás allí se celebrasen menos misas desde que la casa contigua pasó a ser la residencia del arzobispo de Madrid y la nunciatura apostólica.

Di varias vueltas a la manzana buscando el modo de entrar y no hallé puerta alguna. Me puse a buscar carteles o anuncios que mostrasen horarios de oficios o alguna actividad del templo y no vi nada. Daba la impresión de que aquel santuario había dejado de funcionar, al menos para la gente de la calle...

Sin nada mejor que hacer me aposté frente a su fachada curva a pensar cómo seguir en aquel endiablado misterio. Junto al gran portalón había dos hornacinas con sendas mujeres que supuse santas y otras dos en la planta superior. Un escudo muy labrado sobre la puerta parecía mostrar el martirio de unos niños, medallones en los laterales y, en lo más alto, sobre otro escudo de España en piedra, dos críos sostenían una cruz. Ninguna referencia a San Miguel, el arcángel bajo cuya advocación había estado la basílica, nada que lo recordase, como si hubieran querido borrar su huella.

Estaba cansada.

Y también molida. Me dolían los pies, seguramente por los tacones, a pesar de que eran bajos. También las cervicales, un pinchazo agudo me recordó que llevaba varios días en tensión y que había andado mucho sin estar acostumbrada a hacerlo.

Reparé entonces en que desde que me estrené como reportera no había parado. Sin darme cuenta, me refugié en mis recuerdos, en aquellos que me habían llevado hasta donde estaba, mi infancia al arrullo de mi padre, mis días de universidad, mi empeño por hacerme un hueco en el periodismo... y, envolviéndolo todo, apareció la imagen de Enrique, el hombre que me

encandiló con sus versos encendidos y sus noches de pasión.

De repente sentí la necesidad de tenerlo a mi lado, de acariciarlo como a un muñeco de peluche, de empapar-me de su ser, y se me disparó el pulso.

No me lo pensé. Bastante había trajinado ya aquel día, lo que tocaba entonces era encontrarme con él y de paso con esa brizna de felicidad que me reservaba la vida.

Alivié cuanto pude para tomar otro carruaje de regreso a casa, uno de los tranvías que salían de la Puerta del Sol hacia el barrio de Pozas y en un rato me planté en mi finca de la calle Hermosa. Subí las escaleras a toda prisa, pero nada más abrir la puerta comprendí que algo no iba bien.

—Enrique —grité.

Unas toallas por el suelo, un par de cajones abiertos y el postigo de una ventana balanceándose al viento eran pruebas más que suficientes de que, en mi ausencia, habían ocurrido cosas. La sala estaba atravesada por luces cobrizas que se movían al son del postigo y proyectaban sombras en el suelo que parecían espectros con vida. Atravesando un océano de tinieblas me fui al dormitorio. La cama estaba desordenada, un vaso sin agua, ni rastro de Enrique.

De vuelta a la sala me fijé en la mesa en la que habíamos cenado la noche anterior. Allí estaba, solitaria, desafiante, la nota escrita con tinta negra. Tenía una letra apresurada, como si mientras la escribía se le estuviese desgarrando el alma, como si sus trazos estuviesen impregnados de dolor. Hasta el punto de que no parecía la suya.

Lo siento, no puedo continuar aquí.

Pronto sabrás algo de mí. Entretanto, no me busques, no preguntes por mí y no digas nada en el periódico.

Sueño desde ahora con ese momento.

Siempre tuyo,

Enrique

Cuatro días más tarde de nuestro arribo a isla Terceira, en consejo de guerra a bordo del *Le Fort*, el almirante don Manuel de Velasco y Tejada decidió que continuásemos camino hacia España. Para entonces, los cirujanos habían conseguido elaborar ciertos remedios para la fiebre amarilla con agua de escabiosa, alcanforada de cardo santo y sal volátil. También prepararon muchas lavativas para el humor gálico.

Los enfermos más graves recibieron flujos de sangre con vinagre, sal de nitro y alcanfor en fomentos sobre la cabeza y algunos dellos sanaron de sus dolencias por los cuidados recibidos.

Los hubo empero que tuvieron que quedar en tierra por su mal estado, con gran pesar del gobernador de la isla, que decía que aquellos hombres mórbidos podían apestar a sus paisanos.

Doña Cristina y su aya regresaron al galeón con buen ánimo y mejor aspecto. Reparé en que a la doncella le blanqueaba de nuevo la piel y lo achaqué a esas bolas de arcilla, que llamaban búcaros, que las damas de su condición comían continuamente para tener el cutis como la nieve.

Yo había estado esperando largamente aquel momento porque, desde que abandonaron el barco, no había parado de darle vueltas a la conversación que poco antes de marcharse tuvimos cuando me dijo que, si a Portocarrero la entregaba, sería contra su voluntad y que el baúl de los tres cerrojos que tanto interesaba a la Corona española encerraba un extraordinario talismán.

Y era de mi interés preguntarle, entre otras razones, porque si ella sabía que el cofre estaba en mi bodega, su padre me había mentado, pues de boca del gobernador oí que de tan misterioso paquete nada sabía nadie más que yo, ni

siquiera doña Cristina.

Mas el momento no propició tan esperada conversación, ya que la puesta en marcha del galeón ocupó toda mi atención, amén de que ella tampoco me lo puso fácil, porque nada más embarcar, se enclaustró una vez más en su camarino con la vieja gruñona y no salió de él.

No más partir de las islas portuguesas supimos por boca de las autoridades de isla Terceira que dos enormes flotas anglicanas patrullaban aguas atlánticas cerca de nuestra península. Eso nos puso en alerta, dándonos a entender que muchos de los puertos portugueses estarían cerrados para nuestra escuadra.

Don Manuel de Velasco ordenó entonces destacar unas embarcaciones para reconocer el derrotero, mandando una goleta española a Sanlúcar de Barrameda y otras cinco naos, entre las que había dos goletas y tres navíos de guerra franceses, con rumbo a Santander, por si fuere necesario cambiar nuestro puerto de llegada.

Las seis naves pusieron velas a sus destinos dejando nuestra escuadra más mermada. Y así arrancó septiembre, con la moral baja por las noticias de España y los temores de encontrarnos con los ingleses.

Dos días después de zarpar, mi tesón por hablar con doña Cristina se vio recompensado. Pasó que el aya empezó a sentir escalofríos y, ante el riesgo de que tuviese una fiebre pegajosa, decidiose que se la enclaustrara en camarote aparte evitando así todo contacto con ella.

Cuando quedó sola, doña Cristina relajó sus cuidados y no era raro ver la puerta de su aposento abierta o a ella asomada por la escotilla. En una de esas veces me acerqué a su lado y la abordé sin el menor recato.

—Algo hay de lo que me contasteis antes de desembarcar que no cuadra con lo que se me dijo.

Al mirarla de cerca descubrí que sus ojos eran claros como el día. Por suerte, ya no la confundía con Esperanza en mis sueños ni vivía con el desconcierto de los primeros días, aunque algo tenía su ser que me recordaba a ella.

—¿Y qué es, pues, lo que os atormenta?

—Se supone que nadie más que yo sabía de la presencia del baúl que me confió vuestro padre.

—No creáis cuanto oís. El mundo está plagado de filibusteros.

—¿Acaso me engañó vuestro padre? Vive Dios que no lo entiendo si al tiempo me encomendó llevaros a vos en mi barco. ¿Cómo podría arriesgarse a que yo perdiese la confianza en él?

—No se arriesgaba. Se supone que vuestra merced no tenía que estar hablando conmigo. Acuérdesse que os pidió no perturbarme y, por si fuera poco, mi aya tiene cabales instrucciones de no permitir que crucemos una sola palabra.

—¿Y, qué interés tendría vuestro honorable padre en hacerme creer que vos no estabais enterada?

—Que penséis que estáis solo en esta tarea para que no os fieis ni de vuestra sombra. Es el modo de hacer caer sobre vuestros hombros la promesa de que ese cofre llegue a manos de Portocarrero.

Sin darme cuenta, mi mano empuñó la espada. Una parte de mí quería desenvainarla y saldar la afrenta, aunque fuese contra el aire.

—¿Qué llevamos ahí dentro? —quise saber.

—Ya os lo dije, un talismán.

—Yo no creo en brujerías.

—Esto no es cosa de brujas, sino de un vero amuleto, una joya de un poder sin igual. La historia de ese arcón se pierde en la noche de los tiempos.

—Viejo sí que parece.

—Solo en Cuba ha estado desde que lo mandó traer el rey don Phelipe II tras la batalla de Lepanto y, si ahora regresa a España, es para ayudar al nuevo monarca.

—¿Para ayudarle a qué?

—A ganar su guerra contra los Austrias.

A mí todo eso me sonaba a sortilegios, aunque visto el interés del gobernador en que entregase el cajón al nuevo rey y el sigilo con que habría de hacerlo, aquella idea extravagante podía ser verdadera.

—También es sabido que el cofre de las tres cerraduras otorga salud y prosperidad a quien lo posea —remató—, un verdadero portento, creedme.

—¿Por qué habría de hacerlo? ¿Acaso vale más vuestra palabra que la de vuestro padre?

—Mi padre solo piensa en él. Vendería su alma al diablo si con ello

consiguiere un rédito.

—¿Cómo os atrevéis a hablar así de quién os dio la vida?

—Porque igual que me la dio, ahora está dispuesto a quitármela.

No tenía pelos en la lengua la joven doncella, es más, diríase que su deseo era soltar la rabia que tenía guardada.

—¿Qué queréis decir? —seguí indagando—. ¿Es esa la razón por la que vais desganada a España?

Doña Cristina agachó la cabeza. Deduje que mis palabras le habían llegado hondo.

—A España voy a la corte, con órdenes de ser obediente al rey. Poco importa lo que yo piense o lo que sienta. Mi padre me ha canjeado por el gobierno de la Real Audiencia de Santa Fe de Bogotá.

Fue decir esto y cerró la escotilla.

Yo no quise molestarla más, seguro también de que poco más hablaría a tenor de los zollos que se oían desde el alcázar.

Pero aquella conversación me dejó tocado y en mi cabeza empezaron a aparecer sombras como colosos que perturbaban mis pensamientos. Los rumores decían que Lasso de la Vega iría a Bogotá, por lo que las palabras de doña Cristina no parecían descabelladas.

¿Mas qué podía hacer yo? Mi honor estaba empeñado en el encargo del gobernador y no hay nada más importante en un hombre que su palabra pues, sobre ella, ninguna otra circunstancia ha de imponerse.

Distinto era lo que yo pudiera pensar de cuanto estaba ocurriendo. Si hubiera de creer a doña Cristina, su padre no era un hombre cabal y alguna prueba de ello me había dado cuando me mintió al decirme que nadie más que yo sabía de la existencia del baúl en mi bodega. Y, sin embargo, ¿por qué habría de creerla a ella en vez de pensar que el suyo era un plan malvado lleno de mentiras y que el gobernador no sabía que ella estaba al tanto del traslado del arcón?

Así las cosas, llegó el tercer día de travesía. Fue entonces cuando avistamos una balandra portuguesa que tenía por puerto Lisboa. Hasta ella pusimos velas para preguntar a sus tripulantes, quienes nos dijeron que una flota inglesa, a las órdenes del comandante Cloudesley Shovell, estaba apostada en Ferrol con órdenes de interceptar cualquier navío que entrase o

saliese. Dijeron también los lusos que otra descomunal escuadra enemiga había sido avistada frente a las costas de Lisboa con rumbo sur.

A la luz de tan malas noticias, aquella misma tarde, don Manuel de Velasco convocó otro consejo de guerra en la cubierta del *Le Fort*. A él acudimos vicealmirantes y capitanes de las naves principales con la idea de decidir entre todos cómo afrontar tan delicada situación.

El almirante relató lo contado por los portugueses de la balandra y preguntó entonces cuáles eran nuestros pareceres.

—Si esa inmensa escuadra inglesa se dirige al sur, a Cádiz no podemos ir, al menos por ahora —dijo Châteaurenault con su acento francés.

—¿Y dónde desembarcamos, pues? —inquirió el almirante.

—Vayamos a Brest —alegó el francés—, allí estaremos seguros hasta que la cosa esté más tranquila.

—Ni hablar —atajó De Velasco—, las riquezas que traemos solo descargarán en suelo español.

Los capitanes españoles celebramos el veredicto, pues de sobra sabíamos que poner aquella inmensa fortuna en tierras de los francos era dar por seguro que se quedarían una parte de ella, si no toda.

Entonces opinó don José Sarmiento y Valladares, a la sazón conde de Moctezuma y Tula, que era de natural gallego y regresaba a España en el *Santo Cristo de Maracaibo* tras cinco años en Nueva España.

—Lo más seguro es ir a la ría de Vigo. Allí nuestros barcos estarán protegidos *e preto da terra*, por si fuera menester recibir ayuda.

Discutimos largamente qué hacer. Fuera de Cádiz o Sevilla, la Corona no permitía despachar bienes provenientes de las Indias, mas dirigirnos hacia el sur era que nos encontrásemos con los anglicanos. Al final, decidimos poner velas a Vigo y aguardar allí hasta que amainara el peligro, por ser ese el modo más seguro de proteger los tesoros que tantos años llevaba acopiando don Manuel de Velasco en Veracruz.

De vuelta al *Nuestra Señora de las Mercedes*, informé a los míos del nuevo rumbo que tomaban los baupreses y los hubo que se alegraron, como Antón Ribeiro que podría así pisar su tierra, y los que no, como Francesc Montoliú que, siendo maestro de plata, tenía que velar por las riquezas hasta ponerlas en manos de la Casa de Contratación.

—¿Y qué haremos con tamaña cargazón? —me preguntó azorado.

—Esperar a que vengan tiempos mejores. Cuando los mares estén limpios de anglicanos, continuaremos travesía.

El cambio de planes me hizo pensar mucho en los encargos que llevaba en mi galeón. Tanto la hija de Lasso de la Vega como el baúl de los tres herrajes eran esperados en Cádiz e imaginé que allí aguardaría algún comisionado de Portocarrero, si no el mismísimo cardenal, pero nuestro arribo iba a retrasarse, quizás más de lo que imaginábamos.

Concluí que lo mejor era esperar acontecimientos. Lo que hubiere de ocurrir ya se vería y decidiría en su momento a mi más leal entender.

Y así fue como pusimos trapos a Vigo.

Con el paso de los días fueron creciendo mis deseos de volver a hablar con doña Cristina. A la luz de nuestra última charla no sabía si creerla o dar por bueno que me mentía para ponerme en contra de su padre. Si no lo hice fue porque no más recuperarse la vieja alcahueta, la encerró a cal y canto otra vez en su camarote.

No será que no lo intenté. Fueron varias las veces que por allí aparecí con cualquier excusa, las mismas que me encontré con la gorda matrona, brazos en jarra y cara de malas pulgas, haciendo de muralla que ni una sarta de cañones podría derribar.

Algo debió notar mi fiel ayudante Antón Ribeiro cuando una mañana me habló junto al bauprés de proa.

—¿Es estar con ella lo que buscáis?

Sin quererlo, se me calentaron los carrillos. Pensar que mis hombres pudieran pensar que yo tenía intereses con doña Cristina despertaba mis vergüenzas.

—No es lo que piensas. Tengo que verla a solas, aunque solo sea un santiamén, y la maldita vieja no me da coyuntura.

—Pues haced que se separe della.

—Como si fuera tan fácil.

—Para mí que sí lo es. Hablad con Rubén García para que le mande recado de que quiere verla en su rebotica y hablarle de su reciente enfermedad. Siendo como es el cirujano, la vieja acudirá presta, pues personas como ella no temen más que a Dios y a la muerte.

Picardía no le faltaba a mi jefe de mosqueteros.

Así acordé con el galeno, que se prestó al juego sin hacer preguntas y, no más lanzarle el cebo, el aya fue a verlo.

Al cabo abordé a doña Cristina llamando sin recato a su puerta y ella me abrió al instante pensando quizás que era su matrona.

—¿Qué queréis?

—Que me aclaréis algunas cosas.

—¿Me ayudaréis si así lo hago?

—Solo si no me hacéis romper mi promesa.

—No pongáis vuestro honor al servicio de una engañifa.

—Para mí no es un engaño y en ello empeñé mi palabra.

—No sé qué os prometió mi padre a cambio de llevarnos al arca y a mí hasta España, pero quiero que sepáis que a él poco le importáis y que ahora que conocéis la existencia de la caja negra, más que un aliado sois un peligro, así que los soldados del rey no dudarán en mataros para guardar el secreto.

—Difícil será que me convenzáis. Comprendo que vos también tengáis vuestros intereses.

—¿No os basta con saber que mi padre os dijo que solamente vos estabais al tanto del cofre de los tres candados?

—Por algo lo haría, pero eso no desmonta su propósito. Además, no estoy solo en el encargo de entregaros a Portocarrero, otros cuatro mandos desta expedición también lo prometieron.

—No hay un hombre en toda la tierra más traicionero que el cardenal. No os fieis de él. Es por sus tejemanejes con mi padre que me han vendido al rey como una mercancía.

—Comprenderéis que no os crea a menos que me abráis los ojos a la verdad y me hagáis cambiar de idea.

Aquello le hizo pensar. Quizás le creó la esperanza de que yo me pusiese de su lado.

—¿Qué queréis saber?

—¿Quién posee las llaves del cofre?

Respiró con hondura. Puede que fuese la primera vez en su vida que hablaba de tan intrincado secreto que, imaginé, conocía por ser su padre el custodio.

—Tres poderosos hombres recibieron siglos ha las tres llaves de manos de un cruzado aragonés de nombre Arnaldo Mirón. Dicen que uno fue el papa, otro el rey de Aragón y el tercero el gran maestro de Calatrava. Parece que quien así lo dispuso no quería que fuese fácil llegar al precioso talismán que guarda dentro o que solamente pudiese hacerse cuando tan importantes intereses se juntasen.

—Pero ¿qué es lo que hay dentro?

No le gustó la pregunta, aunque quizá creyó que ganarse mi confianza era su única opción para que yo la ayudase a no caer en manos del rey.

—No lo sé con certeza; de hecho, su interior no fue visto en la larga centuria que el cofre pasó en La Habana, pero si hacemos caso a la leyenda, entre negros algodones, dentro está el más grande tesoro que jamás hayan visto los hombres.

—¿Qué tesoro?

—El Grial de Lucifer.

—¿El qué?

—Así le llaman algunos. Aunque no se conoce su naturaleza, lo que sí es sabido es que San Miguel se lo arrebató al diablo en su lucha por expulsarlo del cielo. Fue según la leyenda el mismísimo arcángel quien lo entregó al cruzado Arnaldo Mirón en un templo de Jerusalén.

Brillaban los ojos de doña Cristina. A mí se me enredó el pensamiento sin saber cómo desmadejarlo. No atinaba a comprender tamaña entelequia.

—¿Y cuál es el valor de esa reliquia? —acerté a preguntar.

—Ya os lo dije, un talismán. Y si poderoso es el cofre, dice la leyenda que mucho más lo es supreciado contenido. Oí a mi padre decir que, con la divina piedra en las manos, e invocando a San Miguel, todos los deseos se cumplen, hasta los imposibles. Es por eso que el sabio cruzado quiso repartir sus llaves entre las más altas autoridades del mundo, hombres que no compartiesen anhelos ni ambiciones, con la esperanza de que solo se juntarían cuando una gran catástrofe estuviese a punto de suceder.

—¿Y en eso está el rey? ¿En juntar las tres llaves?

—En eso estará Portocarrero, que a ambición no hay quien le gane.

—Pero es de suponer que don Phelipe V posee ya dos llaves pues la Orden de Calatrava hace más de dos siglos que tiene por gran maestro al

propio rey.

—Parece ser que no, porque García López de Padilla, que fue el último gran maestro antes de Fernando el Católico, a sabiendas de la importancia de mantener las llaves separadas, entregó la suya al cardenal Mendoza y allí se perdió su pista. Lo que ocurrió con ella desde entonces, es para muchos un misterio, aunque yo no tengo dudas de que esta, junto con la del rey, ya está en manos de Portocarrero.

—Es decir que solo te faltaría la llave del papa.

—Y, conociendo al cardenal, no me extrañaría que tenga un plan para arrebatársela.

A penas dormí aquella noche. La huida inesperada de Enrique me mantuvo en duermevela rodeada de recuerdos y reproches. Recuerdos de los días de rosas, de las verbenas con pasodobles y organillos, de los paseos por el parque del Retiro. Y, sin embargo, volvía a escaparse su presencia, como la de un ser escurridizo al que nunca conseguiría retener a mi lado.

Cuando me enfrenté al espejo antes del alba, mis ojos se me figuraron pozos negros. Lo primero que sentí esa madrugada fueron los arañazos de mi conciencia. Tenía la sensación de estar soportando la perversión de un dios que se había empeñado en torcer mi vida desde el mismo momento en que el destino quiso que empezara el oficio por el que tanto tiempo había estado soñando.

Pero sabía vivir sola, llevaba más de un año haciéndolo. Había aprendido a sobrevivir a su ausencia, aunque fuese una ausencia controlada, interrumpida cuando el corazón me pedía verlo, era como el flotador al que yo me agarraba cada vez que las olas amenazaban con engullirme. Además, era transitorio, su modo de curación y el mío hasta que pudiéramos volver a vivir juntos. En todo aquel tiempo no había dudado nunca que algún día recuperaríamos el pasado y que volveríamos a ser, como en los viejos tiempos, la pareja más feliz del mundo.

«Lo siento, no puedo continuar aquí», rezaba su nota.

Confieso que una parte de mí se sentía culpable, culpable de no haberlo mantenido a mi lado cuando su vida se despeñaba, por no haber sabido mostrarle el mundo que le esperaba, por no convencerle de que se alejase de las drogas.

—Mierda.

Ya estaba harta de equivocarme, harta de arrepentirme, como llevaba haciendo desde que murió mi padre sin que yo supiese ver que su vida se apagaba como una vela yerta.

Con una taza de tila entre las manos volví a leer la nota.

«No me busques, no preguntes por mí».

Se marchó... y no quiso dejar rastro. Lo demás eran bonitas palabras, consuelos de quien no quiere hacer daño.

En mi vida no había más que dos caminos, desoír su consejo y buscarlo allá donde estuviese o seguir sus deseos y quedarme quieta, dejando que el tiempo pusiese las cosas en su sitio, que restañase sus heridas mientras las mías seguían abiertas y sangrantes.

Tal vez lo mejor fuese esperar...

Tras la segunda tila me calmé un poco. Una voz interior me pidió serenarme mientras me musitaba palabras de ánimo. Me dijo que quizás lejos de mí él encontrase el sosiego que necesitaba, que acaso estuviese decidido a rehacer su vida y que podría volver pronto sanado de sus demonios.

Tuve que convencerme de que las cosas podían ser así para no volverme loca.

Debía dejarle que batiese las alas en soledad, que aprendiese de nuevo a hacerlo antes de volver a estar juntos, por más que me angustiase no saber dónde estaban sus huesos.

«Pronto tendrás noticias mías».

Las paredes de mi casa me sisaban el oxígeno. Además, yo tenía quehaceres. A pesar de la prohibición de don Rafael, tenía que investigar qué había ocurrido con el librero. Renunciar a eso era darme por vencida, enterrar el principio de honestidad del que tan orgullosa me sentía. No, no era eso lo que había aprendido de mi padre y, aunque solo fuera por su memoria, tenía que seguir adelante. Más sola que nunca, pero sin dar un paso atrás.

Apreté los dientes y me preparé para navegar con el viento en contra, con la perseverancia que él me enseñó a tener y sus genes me otorgaron.

Azuzada por una energía invisible agarré la ropa que tenía más a mano sin importarme si era la que mejor me sentaba aquel día y abrevié un aseo de supervivencia. Apenas me pinté, me cepillé el pelo lo justo como para

hacerme un moño y me cubrí hombros y cabeza con una esclavina que, además de protegerme del frío y de los curiosos, era capaz de tapar todo el desaguisado de mi compostura.

Y así me tiré a la calle aquel lunes de tristeza, cuando el cielo perdía por momentos su negrura y por la ciudad, envuelta en cenizas, solo vagaban menesterosos y perros hambrientos.

Lo primero que hice fue dirigirme a la redacción. Quise hacerlo temprano para hablar a solas con el madrugador de Aniceto, con el que apenas había cruzado un par de palabras cuando salí del despacho del director. Aprovecharía también para recoger mis escasos enseres personales. Si, tal como me había dicho don Rafael iba a buscarme un nuevo puesto en el periódico, debía dejar mi mesa limpia para quien la ocupase a partir de entonces.

Cuando llegué al caserón de la calle Mesonero Romanos la sala estaba casi desierta, todas sus mesas vacías, salvo la de Aniceto Villaverde. Como cada mañana, él aprovechaba ese rato de tranquilidad para empaparse de lo que pasaba en el mundo leyendo los cables telegráficos que recibía a diario de la agencia Havas.

«Miel sobre hojuelas», pensé.

—¿Qué ven mis ojos? —me dijo nada más avistarme—. Dime que no es verdad lo que me contaste el sábado. Cuando te marchaste pregunté a unos y a otros y aquí nadie dice que te hayan echado de la sección de sucesos.

—Pregúntale entonces a don Rafael. Él te lo confirmará.

—Pero, ¿por qué?

—Y yo qué sé, por lo que publiqué, supongo, tampoco me dio demasiadas explicaciones. Me dijo que me tomase unos días libres y que después ya veríamos. He venido a recoger mis efectos personales y... a hablar contigo.

Se le endulzaron los ojos. Él sabía tan bien como yo lo que me había costado llegar a ser gacetillera de *El Imparcial*.

—¿Y qué vas a hacer entonces?

—Seguir luchando. Tú sabes que yo nunca me rindo.

—Ya sabes que me tienes a mí para lo que necesites.

—Lo sé, y por eso he venido a verte. Necesito tu ayuda.

—Cuenta con ella.

—Quiero que recuerdes qué fue exactamente lo que te comentó Genaro Alcalá sobre la Mano Negra, lo que me estabas contando el sábado cuando don Rafael me mandó llamar.

Aniceto se mesó los patillones mientras rebuscaba en su memoria el recuerdo de aquel día. Por el tiempo que tardó en responderme sospeché que lo tenía casi olvidado.

—Fue hace cosa de dos meses. Esa mañana apareció con un cartapacio de pastas parduzcas y anduvo revisándolo. No le presté mucha atención. Tu predecesor era un tipo gris, con más rincones oscuros que el salón del arpa de Bécquer.

—¿Un cartapacio? ¿Y dónde está? Cuando murió no había nada en su mesa.

—No me extraña, Genaro se llevaba muchas cosas a casa. A mí me dijo en una ocasión que en su invernadero tenía un escondrijo donde guardaba sus asuntos más personales.

—Pero, ¿por qué habría de llevárselo? ¿Qué tenía esa carpeta para que no quisiera que nadie la viese?

—¡Y yo qué sé! Genaro era un excéntrico.

Me quedé pensando. Jamás presté mucha atención a Genaro en vida y me costaba imaginármelo metiendo las narices en negocios sucios. La imagen que yo guardaba de mi antecesor era la de uno de esos tipos que pasa por la vida de puntillas, sin llamar la atención y sin complicarse la existencia.

—¿Y qué fue lo que te contó aquella mañana? —insistí.

—Fui yo el que le pregunté. Al ver el título que había escrito en la portada de la carpeta le dije que qué era eso de «los caballeros de la Orden de la Mano Negra», pero no me contestó.

—«Los caballeros de la Orden de la Mano Negra» —musité—, ¿no llegó a decirte qué estaba buscando?

—En ese momento no, aunque yo sé que por aquellos días andaba investigando un homicidio que ocurrió al final del verano en Madrid. Parece ser que un hombre murió envenenado, un tipo de posibles que apareció muerto en el sillón de su casa y Genaro, que era un obseso de la botánica, anduvo indagando qué tipo de narcótico utilizó. No me digas cómo, pero para mí que llegó a la conclusión de que ese individuo no se suicidó, sino que lo mataron,

y que el asesinato fue perpetrado por esa secta o lo que fuese.

Aniceto era perro viejo, un sabueso del periodismo, con un olfato para la profesión que ya quisieran otros. Pude comprobarlo en innumerables ocasiones durante el tiempo que fue mi tutor, en sus pronósticos, raramente erraba. Además, la historia de aquel envenenamiento tenía los mismos mimbres que la muerte de Saturnino de la Vega y un final sospechosamente parecido.

—Pero, si llegó a esa conclusión, ¿por qué no lo publicó?

—¿Qué quieres que te diga, hija? Repito que Genaro era un individuo raro, un hombre maniático que se guardaba muchas cosas para sí. En su vida solo había plantas e insectos, ni familia ni amigos y venía aquí porque de algo había que vivir. Imagino que a la mínima sospecha de que publicar algo pudiese complicarle la existencia, decidiría no hacerlo.

Un extraño pensamiento germinó en mi interior, una concatenación de ideas que me dejó sin aliento. Genaro murió pocos meses después de ese extraño homicidio y de un modo inesperado, algo que la sobrina de Saturnino de la Vega dijo que podría pasarme a mí si no me alejaba de ese asunto.

«Puede que ya sea tarde», aseveró.

Noté un latigazo en la espalda, una descarga que llegó a colonizar todas mis células.

Entonces una pregunta empezó a martillearme la cabeza.

—¿Es posible que Genaro fuese asesinado?

—¿Cómo? No creo. Él no se habría metido en un lío por resolver un crimen. Además, el policía que vino aquí a preguntarnos si el periódico quería sufragar su funeral nos contó que el informe forense aseguraba que había sido un ataque al corazón.

—¿Murió en su casa?

—Sí, lo encontraron en el invernadero varios días después de su deceso. Por lo visto, no había ninguna señal de violencia, solo una pequeña herida en la frente, que se haría al caer muerto.

Me quedé absorta. Saturnino de la Vega también tenía una herida minúscula en la frente. Demasiada coincidencia. Los hechos me empujaban a pensar que Genaro Alcalá pudo haber sido asesinado por la Mano Negra, como el librero, siguiendo en los dos casos una especie de rito que incluía

marcarles la frente, tal vez incluso después de muertos...

Cuando volví de mi ensimismamiento Aniceto me miraba con los ojos arrugados tratando de adivinar qué se cocía en mi interior.

—¿Has dicho que vino un policía al periódico para saber si podríamos pagar el entierro? —pregunté para desprenderme de su mirada—. ¿Es que no tenía a nadie que lo hiciese?

—No, Genaro vivía solo y no tenía familiares conocidos. Cómo será que nos dejaron aquí las llaves de su casa. Don Rafael se portó como un señor y corrió con todos los gastos.

—¿Tenemos las llaves de su casa?

—Creo que sí, deben de estar junto al resto de sus objetos personales, en una caja guardada en el cuartucho de abajo, el que está junto a la escalera. La policía anduvo investigando si tenía algún familiar, alguien que pudiese recibir la herencia y no encontraron a nadie, así que donaron todos los insectos al Museo de Ciencias Naturales y cerraron la casa, dejándonos aquí la llave, por si aparece alguien antes de que la desahucien. No quiero imaginarme cómo estará, hace meses que no debe pisarla nadie y cualquiera sabe qué ha pasado con el invernadero.

Una idea atravesó mi mente como una centella, una idea que, por primera vez en mi vida, me empujaba al territorio del delito.

—Quiero ir.

—¿Adónde? ¿A la casa de Genaro?

Afirmé con la cabeza.

—¿Estás loca? Eso es allanamiento de morada.

—Allanamiento de morada de un muerto. No creo que nadie me ponga una denuncia.

—Lo hará la propia policía si descubre que has estado allí. O quizás alguien del periódico si se entera. Un lugar vacío no es un lugar abandonado.

—Me la jugaré. Si Genaro trajo esa carpeta de su casa, puede que allí haya cosas que me interesen.

—Que te interesen, ¿para qué? No vas a seguir escribiendo crónicas, acabas de dejar la sección de sucesos.

—¿Y qué importa eso? Una no es periodista por estar trabajando en una determinada sección, lo es por su compromiso con que se sepa la verdad, me

lo enseñaste tú.

Aniceto y yo teníamos muchas cosas en común. Una de ellas era la honestidad y otra nuestro sentido de la amistad. Serle sincera solo podía reportarme beneficios.

—Debes andar con cuidado —musitó—. La búsqueda de la verdad no te exime de respetar la ley. Piensa, además, que si alguien ha cometido algún homicidio puede seguir haciéndolo cuando vea tus narices metidas en sus asuntos.

Me quedé escuchando mi voz interior, esa que tantas veces me confundió. Mentiría si dijese que no dudé. Sabía dónde me estaba metiendo y no tuve nunca madera de héroe.

—Seré cuidadosa, pero no puedo dejar esto así.

Hoy sé por qué lo hice. Cada paso que he dado en la vida me ha hecho más fuerte, como si seguir los dictados de mi conciencia fuese creando un caparazón que me protege. Además, nada mejor que llenar las horas vacías de aquellas cosas que habían dado sentido a mi existencia y por las que estaba dispuesta a jugármela.

—¿Dónde está esa llave?

Aniceto acompasó su respiración. En el fondo, me veía como el joven que fue treinta años antes, con la dificultad añadida de ser mujer.

—Ya te lo he dicho, en el tabuco de abajo, el que está frente al despacho del Páter. Supongo que don Rafael guarda ahí documentos secretos o cosas de valor porque está cerrado con llave.

—¿Y quién puede abrírmelo?

—El Páter, él tiene la llave en su despacho, no olvides que es el hombre de confianza de don Rafael, aunque dudo que te dé fácilmente la de la casa de Genaro. Te hará muchas preguntas y me temo que terminará preguntándole al jefe.

—Pues se la robaré.

Aniceto no dijo nada. Puede que pensase que me estaba volviendo loca y puede que fuese verdad, pero en mi interior sentía un impulso que no podía frenar, que me empujaba a seguir adelante.

Quedaba muy poco para que diesen las nueve de la mañana, hora a la que empezaban a llegar todos a la redacción. Demasiado tarde para entrar en el

tabuco sin que nadie se enterase, así que decidí dejarlo para un momento en que la casona estuviese vacía.

Tampoco tenía mucho interés en cruzarme con los demás. Seguramente me harían preguntas sobre mi conversación con don Rafael o sobre mi extraña ausencia y yo tenía pocas ganas de dar explicaciones, de modo que recogí mis cosas mientras Aniceto no dejaba de mirarme.

—Se me está ocurriendo que quizás haya alguien aquí que pueda ayudarte —me soltó.

Él siempre tan atento. Y tan dispuesto a facilitarme las cosas.

—¿Sí? ¿Quién?

—Garrido.

—¿Garrido?

—Pascual Garrido, el del folletín.

Sabía perfectamente quien era Pascual Garrido, aunque no hubiese cruzado dos palabras con él en los casi dos años que llevaba trabajando en *El Imparcial*. Entre otras cosas porque su despacho estaba fuera de la casona, en una habitación de un entresuelo en la misma calle Mesonero Romanos que don Rafael pagaba para que él trabajase a gusto, apartado de la gente llana, con la que no le gustaba mezclarse.

—Él lo sabe todo sobre la aristocracia en Madrid y, si no me equivoco, el librero de la glorieta de Quevedo era un aristócrata.

En ocasiones Aniceto me recordaba a mi padre. No podían ser más diferentes, el uno con sus bigotes y sus patillas, el otro siempre rasurado, el uno monárquico hasta la médula, el otro un cerval republicano, el uno madrugador y ordenado, el otro noctámbulo y soñador y, sin embargo, había algo que les hacía iguales, tal vez su forma de mirarme o puede que el cariño con el que me trataban, el caso es que los dos tenían algo que reconfortaba a la niña que había dentro de mí.

—Lo era, quizás un aristócrata venido a menos, pero lo era.

—Garrido llega temprano. A esta hora estará solo, como siempre, en el despacho que tiene calle arriba.

Me pareció una idea estúpida. Si había alguien en la redacción que se pasase la vida metiendo la nariz en los salones de alto copete, ese era Pascual Garrido, el encargado de la crónica de sociedad o, como le llamábamos todos,

el folletín.

—Si no te veo antes, que tengas una feliz Navidad —le dije mientras le abrazaba.

—Pero, mujer, si todavía queda casi una semana. ¿Tú sabes ya dónde las pasarás? Si te quedas en Madrid ven por aquí antes y me cuentas cómo van tus indagaciones.

Preferí no responder.

Al salir de la redacción sentí el azogue en el cuerpo. Atravesé la calle con la esperanza de encontrarme en su cubículo al folletinista de barba cabruna que trabajaba para el periódico, un hombre raro hasta decir basta que parecía evitar todo contacto con el vulgo, como si el roce con el populacho le hiciese perder el polvo de estrellas que cubría su piel. Y no es que Garrido fuese de noble origen, más bien lo contrario, había oído decir que provenía de una familia modesta, pero era tan frecuente el trato que tenía con la aristocracia que en su cabeza debió pasar algo así como en la de Alonso Quijano con las novelas de caballerías, hasta el punto de que llegó a firmar sus artículos con el nombre de «duque de Nicanor».

Por suerte estaba allí, en su pecera, detrás de la ventana que daba a la calle Mesonero Romanos, sentado junto al escritorio, con su eterno clavel en la solapa y una pipa humeándole el pelambre.

Tenía la puerta abierta, seguramente porque no sospechaba que nadie viniese a verle.

—¡Qué suerte que estés aquí! Necesito tu ayuda.

Retranqueó el torso echando hacia atrás los hombros. Era su reacción natural al contacto plebeyo, aunque no lo hacía con asco, ni siquiera desprecio, era un acto reflejo de misantropía.

—¿Qué ocurre? —quiso saber, mirándome de reojo.

Pascual estaba tan aislado del mundo exterior que tal vez no supiese que desde hacía unos días yo me había convertido en reportera, mucho menos que había sido apartada del puesto poco después. Tampoco era un hombre que favoreciese las conversaciones largas, así que decidí ir al grano.

—El viernes pasado se suicidó en Madrid un aristócrata, ¿lo sabías?

Me miró como quien mira a un gusano. Imaginé que en su cabeza no cabía que yo estuviese dándole una primicia de un asunto del que él tanto sabía.

—Don Saturnino de la Vega —le expliqué ante su silencio—, un librero de la glorieta de Quevedo.

La aclaración le relajó el rictus.

—Los señores De la Vega no son lo que podría llamarse... aristócratas. Hace muchos años que no participan en la vida social de Madrid.

—¿Ah, no?

—No, parte de la familia se marchó de aquí en extrañas circunstancias y los que se quedaron llevan muchos años sin dejarse ver en público.

—¿Y eso?

—Ellos sabrán —soltó desdeñado—. Yo no les he visto nunca por los salones de Madrid. Por lo que tengo oído, esta y otras cuantas familias fueron dejadas de lado hace muchos años cuando se descubrió que practicaban ritos prohibidos.

—¿Ritos prohibidos?

—Sí, pero vete tú a saber si es verdad o lo que hay detrás es una historia de envidias o desaires.

—¿Se basarían en algo? —traté de exprimir.

Pascual retorció el gesto. Daba la impresión de que hablar demasiado con el vulgo le producía urticaria.

—Ni lo sé ni me importa.

Una campana interior me decía que Garrido no estaba dispuesto a concederme mucho tiempo, así que me lancé al vacío.

—¿Tú conocías al librero, le habías visto alguna vez, aunque no fuese en un salón de Madrid?

—No, de la familia De la Vega sé que eran dos hermanos. El primogénito fue enviado a París cuando era un niño y nunca más pisó España y el otro vivía en Madrid. Hasta que leí tu crónica ayer no supe que regentaba una librería.

Que el «duque de Nicanor» hubiese leído la noticia era normal, al fin y al cabo, estaba en la portada del diario. Lo raro es que hubiese identificado las minúsculas siglas C.S. conmigo. Todo un halago viniendo de un tipo tan estirado.

Sin embargo, no era cierto que el hermano mayor de don Saturnino no hubiese pisado Madrid, de hecho, había venido al entierro. Lo que sí me

aclaró su explicación era la razón de su acento francés.

—Qué raro que manden a un hijo a Francia —provoqué.

—Debe ser una familia muy desarraigada. He oído decir que detestan la monarquía. Y que llegaron a perder un título en tiempos inmemoriales.

—¿Por traición?

—No sé.

Pascual era así, seco. Al menos con los plebeyos. Lo mejor era estrujar mis posibilidades antes de que se le cerrara la boca.

—¿Qué sabes del marqués de Torreblanca? —atajé sin rodeos.

Entornó los ojos y luego le dio una larga chupada a la pipa. Tuve la impresión de que estaba pensando si echarme de allí o responder a mi pregunta.

—Me ha aparecido su nombre en un reportaje que estoy preparando —mentí—, y me he dicho, ¿quién mejor que el duque de Nicanor para contarme algo sobre este caballero?

Iba a seguir con otro halago, pero recordé que Pascual no era hombre de remilgos y que la adulación podía incluso provocarle una reacción adversa. Lo de llamarle por su seudónimo sí que le gustó, se lo noté en sus mejillas peludas poco habituadas a sonreír.

A pesar de tener la pipa en la mano, de su barba seguía saliendo humo, como si los vahos del tabaco habitasen en las oquedades de su pelambre.

—A este sí le conozco, aunque tampoco se deja ver a menudo. Se llama don José de Baeza, apenas asiste a actos sociales y tiene pocos amigos.

Esa era precisamente la idea que me había formado del marqués, al menos la que más casaba con la de un tipo que usaba a su criado de mensajero o que le ordenaba desde su escondrijo que acompañara a un joven drogadicto a un fumadero de opio.

—¿A qué se dedica? —seguí empecinada.

—Es médico. Tiene una pequeña consulta en su casa donde recibe a enfermos, según parece, gentes sin recursos que no tienen cómo pagarlo. Dicen que es alérgico al rey y a la regente y que por eso no se deja ver en los actos de la alta sociedad. Lo cierto es que desde que se quedó viudo desapareció del mapa.

La vena filantrópica discrepaba de la imagen que me había creado en la

cabeza de Torreblanca. Pensé que tal vez estuviese equivocada.

—¿Y tiene familia?

—Dos hijos, el mayor renunció al título y se marchó de España cuando cumplió los veintiún años. Nadie sabe dónde está.

—Parece que lo de raro es de familia, ¿no? ¿Y se sabe por qué lo hizo?

—Los aristócratas son impredecibles, hacen lo que les sale de las narices.

Percibí un cierto brillo en la mirada de Pascual, tuve el presentimiento de que, en el fondo, sufría en silencio las manías y caprichos de los oligarcas en sus crónicas.

—¿Sabes si el marqués de Torreblanca pertenece a alguna asociación o alguna cofradía extraña?

—Seguro que sí. —Se manoseó la barba—. A los nobles les inscriben en muchas instituciones. Algunas veces un tanto forzados como reclamo publicitario, otras por tradición familiar. No me extrañaría que don José de Baeza fuese miembro de una docena de sociedades.

—Sí, pero me refiero a alguna un poco más... secreta.

—¿Una logia masónica, por ejemplo?

—La Mano Negra —me la jugué.

No pestañeó, no cambió el gesto. Fue como si mis palabras se hubiesen pulverizado antes de llegar a sus oídos.

—No sé de qué me hablas.

Le creí. De existir la dichosa hermandad no sería conocida y menos aún por Pascual, al que solo interesaba el glamur de la vida aristocrática.

—Lo que tal vez sepas es dónde vive el marqués.

—Tiene un palacete en la calle del Príncipe número dieciséis. Vive con su hijo menor, que es un lánguido, y con el servicio, por lo menos media docena de personas entre criadas, cocineras, mayordomo y un chófer.

Del último podía dar fe, el susodicho chófer no era otro que el Pájaro, seguramente el hombre de confianza de don José de Baeza, al que podía pedirle meterse en asuntos turbios sin rechistar y después ser como una tumba para guardar el secreto.

Pascual empezó a hacer gestos evidentes de querer echarme, un cambio brusco que asocié a su comportamiento maniático. Se diría que la conversación había tomado un derrotero que no le interesaba o que el contacto

con la plebe le oxidaba las neuronas, el caso es que se le agrió el gesto y empezó a ventear humo de la pipa como una locomotora.

Pero a mí me quedaba una duda por resolver, algo que rondaba mi cabeza desde que vi el escudo de piedra tallado sobre la puerta de la librería.

—¿Sabes algo de heráldica?

—Muy poco. Algún blasón he visto por los palacios y me ha tocado estudiarlo. Aparte de eso no tengo ni idea.

—¿No conocerás por casualidad uno que tiene dos perros o quizás dos leones andando hacia la izquierda?

—No.

Se puso en pie para que fuera más evidente aún que nuestra conversación había terminado. Le aguanté la mirada y permanecí firme. Estaba segura de que, en ese asunto, Pascual también podía echarme una mano. Si quería que me fuese, algo tendría que decirme.

—Ve a la biblioteca del Casino de Madrid. Allí encontrarás todo lo que necesites sobre la aristocracia, su historia, privilegios y abolengos. También hay estupendos tratados sobre divisas nobiliarias.

—Tal vez podrías recomendarme alguno.

—Si lo que te interesa es la heráldica hay un viejo tratado, escrito hace casi un siglo por un tal Juan de Liébana. Es el mejor que jamás se haya escrito.

Mi tiempo se había acabado. Pascual se giró haciendo como que buscaba algo en la estantería de la pared y despachándome de paso con unos modales poco acordes a los que estaba acostumbrado a dispensar a las élites madrileñas.

Así que me fui sin más, con una mezcla de frustración y esperanza sacudiendo mi espíritu y la firme convicción de que en mi cabeza se estaba cocinando algo a fuego lento que pronto estallaría como una olla a presión.

Bien andado el mes de septiembre avistamos las murallas de Vigo y al poco arribamos a una ría que llamaban de Rande donde las aguas eran calmas y fáciles las defensas.

Fue grande el revuelo que levantamos en los pueblos de las dos orillas que, al ver tanto barco entrando en su ría; nos recibieron, primero con sorpresa y más tarde con júbilo pues, a buen seguro pensaron que mantener a tantos hombres podría traer muchas riquezas a la comarca y a sus paisanos.

De todos, los más contentos fueron los guardianes de los fortines de Corbeiro y Rande, farallones situados en los cabos de la embocadura, que saludaron a nuestras naos levantando sus picos y azadas ya que la mayoría no eran soldados, sino campesinos que vigilaban la costa a cambio de algunos doblones.

Nada más cruzar los fuertes, entramos en una ensenada que llamaban de San Simón y el almirante don Manuel de Tejada dispuso que nos colocásemos en dos líneas, los franceses con sus barcos de guerra en la primera y nosotros en retaguarda, más pegados a la costa.

A la mañana siguiente, don Manuel de Velasco y los hermanos Chacón visitaron los dos fortines y en el de Corbeiro tuvieron una entrevista con el príncipe de Barbazón, a la sazón, capitán general de Galicia. De Velasco diose cuenta al punto de que aquellas defensas no estaban preparadas para un ataque enemigo, así que mandó desmontar de los navíos varias decenas de cañones y montarlos en los farallones. Pidió también refuerzos a Barbazón, pero este le dijo que no podía darle más que campesinos desarmados y que para eso era mejor irse hasta Ferrol donde la tropa era más numerosa.

—Ferrol está sitiado por los ingleses —respondió De Velasco—. Dirigirnos hasta allí supondría enfrentarnos con ellos a mar abierto.

De modo que nos quedamos.

En los días siguientes organizamos la defensa de los fuertes y la bahía. El marqués de Châteaurenault envió a doscientos de sus hombres al castillo de Rande que, junto a ciento cincuenta españoles, pusieron a las órdenes del vicealmirante don José Chacón. Del castillo de Corbeiro encargóse el mismo don Manuel de Velasco con dos compañías de su nave capitana y un refuerzo de doscientos milicianos.

También se defendió Vigo con un millar de hombres, de los que la mitad quedaron en la ciudadela que llamaban del Castro y otros tantos en el fuerte de San Íñigo. Por último, otro millar de hombres cubrieron la ensenada del Teis entre Vigo y Rande.

Hubo que montar campamentos y reforzar defensas. Aún recuerdo cómo muchos de los nuestros, flacos de fuerza tras dos meses de dura travesía, cayeron enfermos por los esfuerzos.

Después de tanto trasiego no quedamos a bordo más que unos tres mil hombres, siendo el doble los que defendían la ría en tierra.

En todo ese tiempo, las damas no salieron de mi galeón, ni tampoco de sus aposentos como hicieron durante toda la singladura. Ni las maniobras del barco en su anclado, ni el grande revuelo de preparar las defensas las animó a curiosear qué estaba ocurriendo.

Buenos doblones de oro habría yo dado por volver a hablar con doña Cristina, pues todo lo que me dijo sobre la naturaleza del baúl de los tres cerrojos, con sus poderes divinos y su lejano origen, llenó mi cabeza de preguntas sin respuestas. Pero no pudo ser. Ni siquiera el aya gruñona asomó el pelo por la cubierta.

Lo que sí hice en aquellos días fue bajar una vez a la bodega sin que nadie me viese para fijarme mejor en el cofre de mis desvelos. Era tanto el misterio que encerraba aquel cajón que no pude evitar ir a verlo.

Tras dos meses cerrada a cal y canto, la sentina olía a perros muertos. Ratas enormes campaban a sus anchas entre los bultos, algunos de ellos podridos por la calor y la salitre del mar. Entre tanta oscuridad, no me fue fácil hallar el arcón que al final encontré, arrinconado y bien trincado, tal

como ordené a Francesc Montoliú que hiciera.

Era un cofre diferente, mucho más pequeño que los demás, mitad madera y mitad cuero, todo él negro como un pozo oscuro y cruzado por gruesos herrajes.

De cerca causaba respeto de viejo que parecía, podían ser varias centurias, de tiempos de los cruzados cristianos en Tierra Santa.

Recordé una a una las palabras de doña Cristina.

—El Grial de Lucifer —musité mientras acariciaba su tapa de cuero atravesada por cintos de hierro—, el que el arcángel San Miguel arrebató a Satanás y más tarde entregó al aragonés Arnaldo Mirón.

En la penumbra distinguí su emblema y comprendí que el hombre alado con espada no era otro que San Miguel, guardián defensor que fue del Cielo, según las Sagradas Escrituras. Más abajo, grabadas sobre el negro cuero, aparecía una escueta leyenda:

L.E.

—Por los clavos de Cristo, ¿qué querrá decir esto?

La gruesa tapa del arcón me hizo pensar que en el interior había un complicado juego de hierros con correas y tirantes a modo de relojero. Los herrajes llamaron también mi atención, su reciedumbre no era cosa de broma y palpándolos con las manos, parecíame imposible que pudiesen ser violados sin sus llaves.

«Están en manos de tres hombres poderosos —había dicho doña Cristina —, para que solo cuando ellos se junten pueda ser abierto».

No hay noche que no recuerde desde esta sucia celda aquel momento. El soberbio empaque del cofre, sus fuertes grilletes, el cuero repujado de su tapa y sus negras maderas parecían de otro mundo, hasta el punto de que dudé si era cierta su naturaleza divina y protectora.

Y, sin embargo, no pensé jamás en apropiármelo, ni por un momento rumié en servirme de sus poderes en beneficio propio. Para

mi no había más tarea que llevarlo a Cádiz y entregarlo al emisario del rey. Eso era lo que me dictaba la conciencia y el honor me exigía. Hoy sé que me equivoqué.

A los pocos días de varar la flota en la ría, don Manuel de Velasco envió a unos emisarios a la corte de Madrid con el encargo de pedir permiso a su majestad para descargar los barcos en Vigo. Como no estaba este puerto autorizado, pues solo Sevilla y Cádiz tenían ese privilegio, el almirante adujo graves riesgos de pérdida si nuestra flota era atacada por tropas enemigas.

En esa espera, el vicealmirante Châteaurenault propuso cruzar una gorda cadena de hierro entre los fortines de Corbeiro y Rande, de modo que no pudiera entrar buque alguno a la ensenada de San Simón. La medida fue aprobada por don Manuel de Velasco y, al poco, una de nuestras corbetas se puso manos a la obra, culminando con gran maña la maniobra.

Al acabar la faena hubo vítores y algazara entre la marinería, confiada en que aquello arredraría a cualquier atacante.

En lo que se refiere a doña Cristina debo decir, en honor a la verdad, que ni el almirante de Velasco ni los que me acompañaron en la casa del gobernador de La Habana, olvidaron en aquellos días su promesa de llevarla sana y salva a la bahía de Cádiz. Muy al contrario, no pararon de enviarme misivas sobre los cuidados que había de tomar en caso de que nuestro navío fuese atacado por los anglicanos permitiéndonos el privilegio de mantener a toda la tripulación a bordo del *Nuestra Señora de las Mercedes* y anclar bien pegados a la costa, por si hubiese que salir a escape.

Y luego vino la espera. Como la que ahora llena mi vida en este inmundo calabozo.

—Leedme algo de lo que estáis escribiendo —me dijo Tomás anoche cuando me trajo el mendrugo de pan.

No lo hace por curiosidad. Ni tampoco por misericordia. He llegado a la conclusión de que lo hace para sentirse vivo. Tomás no tiene familia, ni pasado, ni futuro, así que busca agarrarse a algo que dé sentido a su vida.

—Hazlo tú si quieres —contesté a sabiendas de que no sabe leer

—, *que yo no tengo tiempo.*

Y se marchó con la cabeza gacha por tan gruesas palabras.

De los días que siguieron recuerdo que no paré de pensar en el trastorno que acarreaba nuestro arribo tardío a Cádiz. No sabíamos si hasta allí habría llegado la noticia de que estábamos anclados junto a las costas de Vigo. De ser así no podía descartar que pronto apareciera un emisario de Portocarrero con orden de llevarse a doña Cristina y el cofre. Con la hija del gobernador no habría de tener problemas, pues parecía natural sacar de aquel atolladero a las dos damas, pero ¿cómo harían con el baúl? ¿Qué artimaña usarían para que nadie se percatase?

Y luego, ¿qué pasaría conmigo? ¿Podría desde ese momento dejar el mar para siempre?

Lo lógico es que tuviese que gobernar mi galeón hasta el puerto de Cádiz y una vez allí marchar a Sevilla donde, de ser cierta la promesa de Lasso de la Vega, me esperaba un nuevo empleo. Allí estaría Esperanza. No había hora que no pensara en ella. ¿Qué estaría haciendo? ¿Para cuándo me esperaba?

Seis largos meses habían pasado desde mi última partida, seis meses en los que mucho había pensado sobre mi futuro y en mis deseos de anclar mi vida a Sevilla. Después de mucho meditar, llegué a la conclusión de que poco me importaba que fuera falsa la promesa de Lasso de la Vega, de alguna manera encontraría el modo de ganarme la vida en mi tierra sin volver a pisar un barco, junto a ellas, los dos luceros que alumbraban mi existencia.

Al séptimo día de estar varados en la ensenada, apareció el aya de doña Cristina por el mascarón de proa con sus *malos* modales.

—¿Se puede saber qué diantres hacemos aquí?

Venía toda despeinada y con ganas de gresca.

—Esperar a que soplen mejores vientos. Dicen que una descomunal flota inglesa anda rondando estas costas.

—¿Descomunal? ¿No era que la nuestra era la armada más grande que jamás vieron ojos humanos?

—Nuestra escuadra es grande, la mayor de las que han hecho la Carrera de Indias y la que más riquezas haya cruzado el océano, pero no es una flota de guerra. Si son ciertos los rumores, los anglicanos superan el centenar de

navíos y casi todos de combate.

—Pues si no hemos de ir por mar, ponednos un carruaje en tierra que nos lleve hasta Cádiz. O si no, al real alcázar de Madrid, que es a la postre donde nos esperan.

—No puedo hacer eso, señora. Lo que prometí al gobernador es que las llevaría a Cádiz y así haré, salvo que se me ordene otra cosa.

—Hablad pues con quien fuere necesario para que cambien esa estúpida orden. Nada nos impide poner pie en tierra. Nosotras no somos mercancía de las Indias.

Vive Dios que lo hice. Al punto puse en conocimiento de don Manuel de Velasco la demanda de la oronda guardiana y lo que recibí por respuesta fue un no rotundo, aduciendo que no podía garantizarse la seguridad de las damas si abandonaban la escuadra y que el lugar más seguro para ellas era permanecer en mi galeón.

Dos jornadas después tuvimos una mala nueva. Enterada la Casa de Contratación de Sevilla de que queríamos descargar los tesoros en la ría, mandaron un correo por el que se nos prohibía tal maniobra, según rezaba el escrito, por ser ajena a la ley.

El almirante Manuel de Velasco y Tejada montó en cólera y no tanto por la avaricia de los recaudadores sevillanos que no permitían que se les escapase ni un solo doblón de oro, sino porque se enterasen de nuestras intenciones antes incluso de que lo supiera el rey.

—Estos hideputas tienen ojos en toda la costa —clamó.

No nos quedaba pues más remedio que esperar a que la flota inglesa abandonase nuestra ruta o que regresasen los correos enviados a la corte con una nueva orden del rey para descargar las riquezas en Vigo. Y esa espera ociosa no hizo sino desatar los rumores. Fue así como ora se decía que los ingleses habían tomado Cádiz, ora que el pretendiente de los Habsburgo ya pisaba España. Andaban los nervios de punta y no faltaron escaramuzas y pendencias entre soldados, hasta el punto de que hubo que aplicar castigos ejemplares para evitar rebelión.

Por suerte, al poco volvieron por fin los correos de Madrid trayendo consigo el permiso de la Corona para aliviar los raudales a tierra, «al menos el quinto real» rezaba la nota, dando por sentado que al rey lo que le

interesaba era la parte que por ley le correspondía. También llegó un contador de la corte, llamado don Juan de Larrea, que dispuso revisar pronto el inventario con los maestros de plata de cada barco.

A ello se pusieron maestros y contador mientras el príncipe de Barbazón fue instado para que aperase cuantos carros de bueyes hubiere en la comarca y en sus campos vecinos y los pusiese a disposición de la Corona.

Formose entonces un grande revuelo entre los campesinos, pues los soldados de Barbazón, en tanto capitán general de Galicia, les despojaban de sus carros y bueyes en nombre del rey por una mísera suma y, a muchos, les instaron a que dejaran sus tierras para reforzar la comitiva que habría de prepararse con destino a la corte.

Fue así que los soldados consiguieron reunir más de seis mil brazos de carga y casi un millar de carros, la mayoría de Pontevedra, pudiendo de ese modo comenzar el desembarco.

Yo estuve atento al contador del rey por si me hacía alguna señal sobre lo que habría de hacer con el negro baúl de los tres herrajes que guardaba en mi bodega, pero voto a Cristo que don Juan de Larrea nada me dijo. Y eso que no fueron pocas las ocasiones que me crucé con él, algunas de ellas a solas.

No podía yo preguntar de frente sobre el cofre por ser contrario a mi promesa con el gobernador de La Habana, así que resolví que no estaba de Dios sacarlo de mi barco y que habría de conservarlo con la esperanza de que, una vez reanudada nuestra travesía, pudiese llevarlo a Cádiz, donde me había sido requerido.

Separarlo del resto de los bultos fue cosa sencilla. A fin de cuentas, su entrada en el galeón no estaba registrada y, con la excusa de que eran pertenencias de las damas que debían viajar con ellas, lo llevé a mi camarote sin que nadie preguntara.

Y empezó así el desembarco.

Una mañana de octubre la bahía se llenó de carros. Legiones de aldeanos sirvieron de ganapanes mientras los maestros de la plata, planilla en mano, iban autorizando los movimientos. Empezaron entonces a sacar de las tripas de los barcos los inmensos tesoros traídos de las Indias. Arcones, tinajas, cajones, fardos y una inmensidad de cofres cuyo contenido cantaban los maestros para que anotara el contador real. Oro, plata, diamantes, amatistas,

perlas, esmeraldas y joyas extraordinarias de los pueblos indios. Había también animales que nunca antes había visto, maderas para teñir, lana colorada, ámbar, jengibre, cacao, vainilla, bálsamos, pieles, cueros y valiosos colorantes como índigo y cochinilla.

Vive Dios que hasta a mí me sorprendió lo que vieron mis ojos.

Bajo la vigilancia de los alguaciles, las carretas se fueron llenando. Cada una llevaba no menos de cuatro bultos y, cuando estaba completa, emprendía camino a Madrid escoltadas por corchetes.

Mas no había corchetes para tantos carros, así que muchos dellos partieron con la sola custodia de campesinos sin armas con el riesgo cierto de que fueran asaltados por los malhechores que infestaban los caminos, triste destino para una cargazón por la que tantos peligros habíamos pasado.

Evacuado el botín, volvió de nuevo el ánimo a nuestros bajeles, pues pensábamos que nadie querría atacar a una flota flaca de riquezas y escasa de hombres a bordo. No faltaron las fiestas con música de bandurrias, laudes y gaitas y con orujos de la tierra que eran de natural recios. Y la tropa bailó y cantó, como si todo el peligro hubiese pasado.

Pero el destino es esquivo y lo que un día te da, al otro te lo quita.

Lo recuerdo como si fuera ayer. Una mañana de domingo, para más señas a los veinte y dos días de empezado el mes de octubre, por las costas de Vigo asomaron más de ciento y cincuenta mástiles con banderas enemigas, las unas de Inglaterra, las otras de las Provincias Unidas de Holanda.

Y eran tantas las arboladuras que, en mirando hacia el oeste, no llegaba a verse el horizonte.

La visita al escritorio de Pascual Garrido me resultó mucho más útil de lo que hubiera imaginado, a tenor de la hosca personalidad del gacetillero y de su alergia a hablar con el pueblo llano. Además de lo que aprendí sobre Saturnino de la Vega y del marqués de Torreblanca, el duque de Nicanor me habló de la biblioteca del Casino de Madrid, lugar donde podía indagar sobre los símbolos de la orden que ya conocía y pistas que me pudiesen llevar hasta sus orígenes o las razones recónditas de su existencia.

Allí podría también desenmascarar el significado del blasón de piedra que había en la puerta de la librería, el que dibujé precipitadamente en un trozo de papel.

Aunque yo no había estado nunca en el Casino, sospeché que era un sitio de postín y que cuanto mejor aspecto tuviese, más fácil me resultaría entrar, de modo que decidí pasar antes por casa y arreglarme para la ocasión.

En mi buhardilla aún flotaba el sórdido recuerdo de Enrique. A pesar de su efímera estancia, el aire estaba impregnado de él, como si hubiese marcado el territorio al igual que los leones, antes de marcharse.

Me deshice del sentimiento de frustración comiendo un poco. No tenía hambre, pero sabía que después de tanto ayuno, llevarme algo al estómago me haría ver las cosas con más optimismo.

Después me puse una falda fruncida, una camisa de cuello Valois hoja de rosa y una corbata de gasa. En prevención del frío me planté sobre los hombros una chaqueta de paño con pespuntos y dos filas de botones y la esclavina larga. Rematé la faena con un sombrero abrigado de fieltro y así me eché a la calle.

Resolví tomar el tranvía que salía del barrio de Pozas hacia el moderno barrio de Salamanca con parada en la Puerta del Sol. De allí a la carrera de San Jerónimo había un paso.

En el trayecto, mi cabeza no paró de darle vueltas a la cantidad de cosas que me habían pasado en los últimos tres días. Desde que vi el cadáver de Saturnino de la Vega tendido en su trastienda, mi vida se había convertido en un torbellino de sensaciones fuertes y, en vista de los oscuros nubarrones que se cernían en torno a la muerte del librero, aquello podía no ser más que el principio.

En la entrada del Casino había un portero con levita y sombrero de copa flanqueando el paso, quizás fuera mi buen porte o tal vez la disposición con la que me dirigí hacia la puerta, el caso es que no me dijo nada, e incluso me hizo una pequeña reverencia cuando me crucé con él.

Lo único que sabía de aquel palacete es que era un lugar de relumbrón, un sitio al que acudían las familias más distinguidas de Madrid, gentes de blasones y realengo que iban allí a tomar café mientras leían el periódico, a escuchar conciertos de cámara o, simplemente, a ocupar las tardes de sus vidas disipadas con charlas sobre modas, política o cosas por el estilo.

En el café de la planta baja encontré un panorama que concordaba a la perfección con lo que había imaginado. Un puñado de veladores de mármol blanco ocupadas por señores de lustre leyendo el periódico con sus bigotes engominados y sus zapatos acharolados. Alguno vestido de militar con el pecho lleno de condecoraciones y patillas que le alcanzaban los hombros, ninguna mujer, ninguna conversación.

Tuve que preguntar a un camarero de uniforme blanco impoluto dónde estaba la biblioteca y lo hice con un susurro para no romper el silencio reinante.

—En la primera planta, de frente y luego a la izquierda —gesticuló con las manos enguantadas.

Gusto no le faltó al que diseñó aquel edificio. Ni tampoco dinero. Agarrada a la barandilla subí las escaleras admirando los detalles de las molduras de los techos y los frisos de las paredes. En un Madrid azotado por la tristeza, el Casino parecía un remanso de paz, el lugar donde sus socios podían alejarse de la sociedad casposa que colonizaba el espacio exterior.

Nadie me preguntó dónde iba, nadie me preguntó quién era, así es que, casi sin darme cuenta, me planté en la biblioteca.

No pude evitar la cara de asombro. Yo, que visité junto a mi padre decenas de librerías y bibliotecas de barrio cuando era niña, no había visto hasta entonces una tan hermosa como aquella.

Las paredes estaban forradas con suntuosos anaqueles de metal dorado formando arcos y columnas profusamente adornadas y, en su interior, montones de libros ordenados por materias, como un ejército durmiente de historias listas para ser contadas.

Al segundo nivel se accedía por unas escaleras de caracol, de hierro forjado y luego un pasillo con barandilla y nuevas estanterías, daban paso a libros y más libros.

En el centro de la sala había unos sillones de cuero rojo y un puñado de mesas de lectura con candiles para alumbrar. En eso estaban unas cuantas personas, pocas —pensé— para lo agradable que resultaba pasar allí la mañana.

Un extraño recuerdo me transportó a un momento impreciso de mi pasado, fue quizás el olor a libro viejo o la dulce placidez de aquella estancia, el caso es que me vi a mí misma de niña.

Yo correteaba por los pasillos con algún libro entre los brazos mientras mi padre leía y anotaba cosas en un cuaderno bajo la luz de un farol. Era una biblioteca pequeña, anticuada, solitaria. Pasamos allí mucho tiempo, al menos yo estaba cansada, pero mi padre salió muy contento. Más tarde me aseguró que había encontrado algo que llevaba años buscando y, aquella noche, se bebió una botella de vino frente al retrato de mi madre en el salón del piso donde vivíamos.

Tuve que sacudir la cabeza para salir de mi letargo, no sin guardar un extraño regusto en la boca.

Fue entonces cuando vi un bedel de uniforme rellenando fichas en una mesita del fondo y me fui hasta él.

—Busco un libro de heráldica de Juan de Liébana. Un amigo me ha dicho que lo tienen aquí.

Me miró con un ojo cerrado, como si estuviese calculando algo o rebuscándolo en su memoria.

—¿Uno antiguo?

—Tiene casi un siglo, más que esta hermosa biblioteca, imagino —añadí para halagarle.

—Esta biblioteca tiene diez años. Una verdadera obra de arte de estilo neoclásico —respondió sabihondo—. Lo que usted busca está en el nivel de arriba, hacia el centro de la sala. Busque por ahí —me señaló con el dedo.

Así hice y no me fue difícil encontrar lo que buscaba, lo que me resultó más complicado fue no sacar otra docena de libros para curiosarlos, para palparlos, para olerlos.

El ejemplar de Liébana parecía un incunable, una obra de arte impresa con esmero y encuadernada a mano. Me pasé un buen rato acariciándolo, me gustaba la textura áspera de sus tapas y el ruido quebradizo de las hojas al pasar. Su texto estaba en letra gótica, con iniciales grandes y floridas al principio de cada capítulo y una enormidad de ilustraciones de escudos y blasones muy coloridos y repletos de detalles.

El índice me desveló el orden alfabético de apellidos, lo que me permitió ir directamente a la D en busca del que tenía el librero. Allí estaba De la Vega, en la página 126, entre una multitud de apellidos rimbombantes que yo nunca había escuchado.

Pero cuando me detuve en el escudo que representaba a la casa De la Vega me sentí decepcionada. El blasón finamente delineado no se parecía en nada al que dibujé precipitadamente en el trozo de papel junto a la puerta de la librería. Líneas rectas dividían el escudo en cuatro cuartiles y una leyenda rezaba «AVE MARÍA GRATIA PLENA». No había rastro de los dos leones o perros que caminaban, uno encima del otro, hacia la izquierda.

Traté entonces de sumergirme en la retorcida letra gótica que acompañaba a los grabados y que resultaba tan difícil de leer. Supe así que los De la Vega eran de alta alcurnia, que procedían de Torrelavega y que eran conocidos desde el siglo XII. Se hablaba de algunos miembros insignes y luego decía que otras ramas derivaron en Lasso de la Vega o Garcilaso de la Vega.

—¿Y entonces? —me salió de las entrañas.

Estaba perdida. Pensé que el blasón podía venirle por su rama materna con

lo que no tenía modo de seguir porque no tenía ni idea de su segundo apellido o quizás fuese el del antiguo propietario del local que ocupaba la librería, sin que tuviese nada que ver con don Saturnino de la Vega.

Seguí leyendo y encontré una nota que hablaba de un enfrentamiento de la familia Lasso de la Vega con la Corona en el siglo XV.

No sabía cómo seguir, por lo que me puse a hojear el libro de Liébana. Resultaba impresionante el trabajo ingente de su autor o, más bien, de su dibujante. Estaba segura de que entre aquel maremágnum de ilustraciones y símbolos podría encontrar el que había en la puerta de la librería, pero era como buscar una aguja en un pajar.

Había divisas con perros o lobos caminando, a veces dos, otras tres, en ocasiones hacia la derecha, en otras hacia la izquierda, aunque ninguna era la misma que vi en la glorieta de Quevedo.

Cuando estaba a punto de desistir, la fortuna me detuvo en el emblema que andaba buscando. Allí estaba, eran dos lobos con colmillos afilados y el rabo enhiesto, los mismos que con menor detalle vi en el grabado de la librería.

«Marqués del Vado», rezaba la ilustración.

A diferencia de los demás, aquel emblema parecía violento, con unos lobos que aparentaban ser fieras hambrientas capaces de atacar a quien se les acercase.

Me enfrasqué en el texto gótico que le seguía devorando sus palabras enrevesadas hasta que encontré el nombre que buscaba, allí estaba, perdido entre líneas retorcidas, don Diego Córdoba Lasso de la Vega, general de artillería de la época de Carlos II y Felipe V, siendo este último el que le otorgó el título de marqués del Vado al final de su vida por los servicios prestados. Antes había sido gobernador de Cuba y presidente de la Real Audiencia de Santa Fe de Bogotá.

Lasso de la Vega y De la Vega eran dos apellidos con origen común, como acababa de leer, lo que me hizo suponer que el librero podía estar emparentado con el que fue gobernador de La Habana.

La reseña sobre don Diego Córdoba Lasso de la Vega era demasiado corta, nada se decía de quienes fueron sus descendientes o si el antiguo militar español tuvo alguna relación con los «caballeros de la Orden de la Mano Negra».

Entonces me percaté de que el bibliotecario merodeaba mi mesa como un lobo al acecho de su presa. No tuve dudas de que quería entablar conversación, tal vez para pavonearse de sus conocimientos o para darme alguna lección magistral, así que decidí ponérselo fácil.

—Aquí no está lo que me interesa.

Al acercarse me fijé mejor en él. Tenía las orejas peludas, cejas negras muy pobladas y unas verrugas en la cara que le afeaban el rostro.

—¿Y qué es lo que le interesa? —susurró a mi oído.

—Linajes, casas nobiliarias, cosas así.

—¿Qué busca en concreto?

—La familia Lasso de la Vega, los herederos del título y sus biografías.

El bibliotecario volvió a cerrar el ojo. Llegué al convencimiento de que lo hacía siempre que quería pensar y no parecía ser un portento intelectual.

—Sígame.

Anduvimos junto a las estanterías hasta un punto en el que se paró y empezó a rebuscar sin dejar de guiñar.

—Mire en este de aquí.

Los títulos nobiliarios en España, historia de su creación y de sus beneficiarios.

—Este libro es único —me aclaró—, una donación de su autor al Casino de Madrid.

Si el de Juan de Liébana era grueso, este lo era el doble. Parecía un ejemplar extraordinario, uno de esos que se hacen a mano con el único fin de exponerlo en una colección.

—Don Pedro de Contreras, insigne miembro de esta institución, dedicó una parte de su vida a recopilar datos sobre la nobleza española y, cuando lo terminó, lo donó a esta biblioteca para disfrute de sus lectores.

No pude por menos que sonreírle. A pesar de su pedantería, o quizás precisamente por ella, el hombre se estaba tomando muchas molestias conmigo.

A diferencia del libro de heráldica, en el de don Pedro de Contreras la letra era fácil de leer. De hecho, en la primera página se decía que había sido publicado en 1859.

—Es un libro moderno.

—Usted no habría nacido —me sonrió—, pero cuarenta años es muy poco si lo compara con la mayoría de los libros que encontrará aquí.

A la obra no le faltaba detalle. Se veía que estaba escrito sin prisas, recreándose en él, con grabados dibujados a mano, sus hojas cosidas cuidadosamente en paquetes similares y luego empalmados con una tela fina.

—Gracias —respondí haciéndole ver que prefería estar sola. Esperé a que se alejase. Su presencia me incomodaba y yo necesitaba abstraerme en aquel tratado.

Tras el prólogo escrito por el propio autor venía un índice donde se disponían las materias, en primer lugar, por título nobiliario y después por orden alfabético. Uno de los últimos marquesados era el del Vado. Su reseña era, sin embargo, muy corta.

Título efímero otorgado por Felipe V a don Diego Córdoba Lasso de la Vega por sus servicios a la Corona tanto como gobernador de La Habana como presidente de la Real Audiencia de Santa Fe de Bogotá. El general Lasso de la Vega recibió este título en 1712 una vez instalado en Madrid y lo ostentó hasta su muerte en 1720. Pasó entonces a su hija única doña Cristina Lasso de la Vega como legítima heredera, pero el rey se lo retiró por alta traición a la Corona. Nunca más se otorgó este título, aunque doña Cristina siguió usando su emblema en señal de rebeldía.

—Proscritos, los Lasso de la Vega fueron proscritos por el rey. Mis ojos buscaron con avidez más información sobre el título arrebatado, las razones que sustentaban esa decisión, la verdad oculta o tal vez sepultada por los años, pero no había nada. Ahí se acababa la historia y empezaba la siguiente, como si don Pedro de Contreras hubiese querido pasar de puntillas por la grave acusación de alta traición sin aclarar nada más.

Lo cierto es que el librero seguía usando ese escudo.

«En señal de rebeldía», rezaba el texto.

Pasé un buen rato pensando. La única persona que podía desentrañarme el misterio del título desposeído era el hermano de don Saturnino, el que me encontré al día siguiente del ahorcamiento manoseando las tinieblas de la

librería y más tarde en el cementerio de los suicidas. Otra cosa era saber dónde encontrarlo.

La tarde declinaba lentamente, la luz del día empezaba a flaquear. Algunos lectores se fueron marchando y el bibliotecario comenzó a prender los candiles de gas que había junto a las mesas de lectura.

Con el libro de don Pedro de Contreras entre las manos se me ocurrió que no tendría mejor ocasión que aquella para encontrar algún dato interesante sobre el marquesado de Torreblanca, el que ostentaba el hombre que abandonó el cementerio en el carruaje conducido por el Pájaro, así que busqué en el índice y allí estaba.

La reseña era mucho más extensa, pues el título tenía una larga historia desde que lo otorgó Felipe IV en 1636. Una extensa lista cronológica dejaba ver que el marquesado había pasado por muchas manos, casi siempre de padres a hijos, demasiados nombres como para retenerlos. También se reseñaban hechos. Hubo uno que me llamó la atención. Se trataba de un incidente ocurrido en 1703.

Estallada la guerra de Sucesión, el marqués de Torreblanca se mostró partidario del archiduque Carlos de Austria, lo que le enfrentó al rey heredero don Felipe V. Aunque el marqués no llegó a tomar las armas, este hecho le enemistó con el monarca por largo tiempo, queriendo este retirarle el título, aunque no le fue posible porque le había sido otorgado por la casa de Austria.

No había que ser muy avispada para ver ciertos paralelismos en la historia de los De la Vega y la de los Torreblanca. Conjeturé que la alta traición de la que fue acusada doña Cristina Lasso de la Vega tendría el mismo origen, la rebeldía hacia Felipe V y que ahí podía estar el origen de los siniestros «caballeros de la Orden de la Mano Negra».

Lo cierto es que todo aquello no eran más que conjeturas mías. La dichosa Orden no aparecía por ningún sitio y no parecía fácil que fuese a encontrarla.

El bibliotecario empezaba a recoger libros que habían dejado sobre las mesas y colocar bien las sillas. Mirándolo supe que aún me quedaba una oportunidad.

—Total, el no ya lo tengo —me dije.

Fui hasta él sabiendo que haría lo que fuese por sorprenderme, solo tenía que acertar en el modo de preguntarle.

—¿Tienen algo de cofradías secretas? —me tiré al vacío.

—Si son secretas no estarían en los libros y si están en los libros ya no son secretas.

Acusé el golpe. Confieso que, viniendo de aquel tipo sabidillo, me escoció bastante, pero mi amor propio me hizo no tirar la toalla.

—Me refiero que hubieran sido secretas en el pasado y hoy ya no.

Su único ojo abierto se quedó explorándome una eternidad con una expresión mustia que estaba a punto de sacarme de quicio.

—Si lo que se refiere es a las órdenes militares, hay un magnífico tratado del siglo XVIII en aquella vitrina. Temple, Santiago, Calatrava, Alcántara, Malta, no falta ni una y son estudiadas con todo tipo de detalle, claro que esas no eran órdenes secretas, sino más bien selectas, al alcance de unos pocos.

—¿Le suena acaso alguna que invocase al arcángel San Miguel? —le atajé, harta ya de su histrionismo.

—¿San Miguel?

No era sordo, lo que ocurría es que de ese modo se tomaba un tiempo para pensar.

—Si lo hay, yo no lo he leído. Hágase cargo, aquí tenemos más de treinta mil ejemplares —se justificó—. Lo que sí disponemos es de una colección de libros místicos, puede que en alguno cuenten algo de una cofradía de San Miguel. Mire por esta zona, pero dese prisa, porque en media hora tenemos que cerrar.

Apurada por el tiempo empecé a rastrear con dedos trémulos los libros de aquel sector. Eran obras de carácter religioso; algunas profusamente ilustradas con santos y vírgenes, reproducciones de esculturas, grabados de viejos óleos, bosquejos de escenas bíblicas... hasta que, de repente, vi una que me llamó la atención.

Se trataba de un ejemplar de 1705 y en su guarda interior ponía que había sido editado por el arzobispado de Toledo siendo su titular el cardenal Portocarrero. Sus pastas eran de un cuero rojo apagado por los años, mullido y con letras en oro. El título no dejaba lugar a dudas: *San Miguel, el jefe de*

los ejércitos del cielo.

Me parecía increíble que pudiese escribirse un libro entero sobre el arcángel, pero, en verdad, casi todo eran ilustraciones. El autor se había ocupado de recoger una copiosa iconografía de San Miguel de todos los tiempos y de autores muy diversos. La mayoría guardaban un cierto parecido, el santo erguido, desafiante, espada en ristre, con su víctima a los pies, en algunas ocasiones un dragón, en otras el mismo diablo. Según el artista, el demonio adquiría aspectos diferentes, algunos cabrunos, otros seres con la piel negra y casi todos atormentados por la derrota.

El primer capítulo empezaba con el versículo 12, 7-9 del Apocalipsis.

Hubo un gran combate en los cielos. Miguel y sus ángeles lucharon contra el dragón. También el dragón y sus ángeles combatieron, pero no prevalecieron y no hubo ya lugar en el cielo para ellos. Y fue arrojado el dragón, la serpiente antigua, el llamado diablo y Satanás, el seductor del mundo entero, fue arrojado a la tierra y sus ángeles con él.

La historia coincidía con la que me había contado don Gerardo. Para el cristianismo, San Miguel fue el arcángel que expulsó al diablo del cielo cuando quiso hacer frente a Dios, el que lo convirtió en el Ángel Caído. La cuestión era qué tenía eso que ver con la Orden de la Mano Negra.

Entre la extensa hagiografía del santo encontré cuadros de Rubens, de Rafael, de Francesco Maffei, de Juan de Valdés, de Guido Rení, de Piero della Francesca y uno que parecía diferente a todos de Alberto Durero. Leí precipitadamente los textos que acompañaban a las ilustraciones y no encontré nada que me ayudase a comprender la relación entre el arcángel y la orden.

Hasta que llegué al final del libro. Entonces vi algo que me dejó helada.

—La insignia —resoplé.

La misma que llevaba el finado Saturnino de la Vega en su solapa estaba allí, dibujada con plumilla sobre un fondo *beige*. Era sencilla, de trazos simples y contundentes. Ahora veía claro su significado, el hombre alado con espada sobre la montaña era el arcángel San Miguel, el símbolo que identificaba a los miembros de la Orden de la Mano Negra.

Más abajo había una leyenda: «L.E.».

Ninguna explicación, nada que aclarase su significado, más bien parecía una clave secreta para iniciados, algo que estaba al alcance de unos pocos.

Nunca hasta aquel día, ni después de él, vieron estos mis ojos tantos navíos juntos, ni sentí tanto espanto. Lo confieso sin *rubor*, porque una cosa es ser valiente y otra un insensato.

Fragatas, cañoneras, barcos incendiarios y bajeles navegaban sin prisa por la ensenada moviendo a su son una espesura de mástiles y velas que hasta el cielo nublaban. Verlos avanzar recordaba a la procesión de la Santa Compañía.

En sus mayores y mesanas ondeaban estandartes anglicanos y holandeses, enemigos que lo eran de España y afamados en la tierra entera por la inquina que tenían hacia lo hispano, nuestras tierras, nuestros reyes y nuestras leyes.

Tiempo después en Sevilla supe que al mando de tan ingente armada estaba un almirante que tenía por nombre George Rooke y que de Cádiz venía agraviado tras haber sido derrotado por las tropas de don Francisco del Castillo, a la sazón marqués de Villadarias. Es de imaginar que el inglés, al que el marqués le dio buena brasa, volvía a su tierra pensando que nada más pisar Londres le quitarían los galones. Y de ahí su empeño en luchar y el modo en que lo hizo, vencer o morir, victoria o muerte, no tenía el canalla almirante anglicano otra disyuntiva para reparar su clamorosa derrota.

En viendo cómo se acercaba aquella grandísima escuadra, oí rezos entre mis hombres, también hubo quien a los demás arengaba, los unos se persignaban por Dios, los otros gritaban por España.

Y fue tal el revuelo en cubierta que hasta las damas se asomaron por el alcázar. Espantadas debieron quedar, pues volvieron raudas a su cámara y atrancaron la puerta con taburetes.

Quiso un emisario español decirles a los protestantes que nuestros barcos

estaban vacíos, que nada encontrarían en sus bodegas pues la mercancía había salido por tierra en carros de bueyes. Mas ellos no quisieron oír, quizás porque no nos creyeron o quizás porque lo único que les importaba era hacer daño a España hundiendo nuestros galeones y sembrando de cuerpos patrios el fondo de la ensenada.

Al cabo del tiempo entendí que al almirante Rooke poco le importaba lo que hubiese en nuestras bodegas, lo único que él buscaba, tras la dura derrota sufrida en Cádiz, era no regresar a Londres con las manos vacías. Y una escuadra española hundida, aunque nada llevasen de tesoros, era recompensa suficiente para el enemigo anglicano.

A la vista de que seguían avanzando, don Manuel de Velasco ordenó lanzar una andanada de cañón y entonces ellos retrocedieron a la bocana de la ría.

Allí quedaron quietos, con las velas plegadas y las escotillas de los cañones abiertas y fue tanto el tiempo que así estuvieron que llegamos a pensar que se irían, que Dios en su infinita bondad se había apiadado de nuestras almas cristianas y obraría el milagro de hacer partir al enemigo sin plantar batalla.

No dormimos en toda la noche. Creo que tampoco ellos.

Fue amanecer el lunes y todo cambió.

Estaban los nuestros escuchando misa en el fortín de Rande cuando les cayó una felpa de bombas enemigas. Tal fue el estrépito, que oyose en toda la bahía y mucho el destrozo que hicieron, pues pilló a los nuestros orando como buenos cristianos.

—Malditos herejes, no respetan ni a Dios —soltó Antón Ribeiro.

Al instante, un grupo de navíos hostiles dirigióse a la ensenada que llamaban del Teis y, aunque quisieron los nuestros rechazarlos, eran tantos los soldados ingleses que en menos de una hora nos ganaron la plaza.

Desde nuestra posición nada podíamos hacer, pues no estábamos a tiro de cañón y, además, los barcos franceses nos impedían el disparo.

—Apartaos, apartaos —se desgañitaba Ribeiro, solicitando a los francos que abriesen hueco para soltar nuestra artillería.

Por tierra, los protestantes fueron abriéndose paso hacia el fuerte de Rande, que distaba media legua, y allí encontraron trincheras sin terminar y muros caídos tras el bombardeo. Desde nuestro galeón vimos cómo los

españoles luchaban con gallardía, algunas cabezas segaron, algunos cuerpos sablearon, mas eran tantos los enemigos que al final consiguieron apoderarse del alcázar donde mataron al capitán Sorel y tomaron preso al vicealmirante don José Chacón, que nada pudo hacer por defender la plaza.

Más fácil lo tuvieron en la playa de Domayo, al otro lado de la ría, donde desembarcaron sin resistencia y atacaron Corbeiro que aguantó solo una hora. No pude contener la rabia cuando vi salir a los nuestros por las rocas que daban al mar mientras los anglicanos les arcabuceaban por la espalda.

Con los dos fuertes ganados, ellos colocaron sus banderas y estandartes en los mástiles y pisotearon las nuestras con gran deshonra para quienes aquello presenciábamos.

La armada francesa avanzó entonces por la ensenada y empezó a cañonear a los barcos enemigos. En su movimiento dejaron el camino expedito a nuestra artillería.

—Por las barbas del diablo, abrid fuego —gritó Antón Ribeiro—. Apuntad a los velámenes.

Nuestros cañones empezaron a vomitar balas. Algunas llegaron a hacer blanco gracias a la pericia de los artilleros.

—Cargad, cargad —chillaba mi jefe de mosqueteros.

Una nueva andanada de bolas de hierro oxidado con salitre salió escupida de las escotillas.

Los protestantes, sin embargo, no se arredraron. Al poco desarmaron la cadena que habíamos colocado como defensa uniendo los dos farallones dejando así el camino despejado para entrar en la ensenada.

Quiso el marqués de Châteaurenault bloquear la bocana poniendo al *Le Fort*, junto a otros cuatro navíos de guerra franceses, de muralla defensiva mientras seguían cañoneando a los anglicanos.

Ellos devolvieron el ataque con muchos más balazos, desarbolando así algunos barcos franceses, incluido el *Le Fort* que capitaneaba Châteaurenault y, aunque a su socorro acudieron nuestros tres galeones almirantes, poco pudieron hacer ante tan grande estruendo de proyectiles.

Como en una ratonera y sin espacio para maniobra, los españoles recibimos los primeros cañonazos enemigos. Alguna cubierta viose alcanzada con grandes llamas, como la del *San Juan Bautista* o la del *Güíjaro*, cuyas

tripulaciones saltaron a la ensenada en busca de socorro. Varios de nuestros galeones consiguieron abrirse paso y avanzaron con valentía hacia los anglicanos llegando a sepultar alguna de sus naves en el fondo del mar.

Pero eran tantos los barcos calvinistas y tantos los proyectiles que escupían sus morteros que por cada barco que desarbolábamos, ellos tumbaban tres.

Fue así como cayó mi galeón, bajo una lluvia de artillería que quebró la mayor y la mesana y puso en llamas el velamen. Poco pudimos hacer más que seguir cañoneando a sabiendas de que el *Nuestra Señora de las Mercedes* ya no podía navegar. Y aun así nadie dejó su puesto. Mosqueteros, soldados, artilleros, calafates, marineros, maestros, todos quedaron en su sitio como buenos españoles. Nadie podrá reprochar nunca la bravura de nuestros hombres, y es de justicia decirlo, pues por más fuego que nos dieron, resistieron por su patria con orgullo y honor.

Nuestra única esperanza era que los anglicanos decidiesen abordarnos. Solo el cuerpo a cuerpo podía equilibrar la batalla contra quienes en tantos cañones nos aventajaban. Pero ellos no tenían prisa. Sabían que nuestros barcos eran cascarones sin gobierno y continuaron cañoneándonos sin descanso.

Muchos galeones ardían como piras y otros tenían tan grandes agujeros que mantenerlos a flote estaba en manos de Dios. La derrota era cuestión de tiempo y, a juzgar por la crueldad de los herejes, de poco tiempo.

Tuvo entonces Châteaurenault la dignidad de mandar hundir su barco. Nave tan grande era buena presa y el vicealmirante no estaba dispuesto a que se lo llevase el enemigo. También ordenó naufragar a todo navío de su escuadra que no pudiera defenderse.

—¿Qué hacemos mi capitán? —díjome Rodrigo Bocanegra, a la vista de que no nos abordarían hasta habernos matado a balazos.

—Abandonemos el galeón. Pie a tierra seremos más útiles a la Corona.

Mas en ese mismo momento, cayó una bala asesina en el mascarón de proa quebrándonos el casco, con tan mala fortuna que el tiro alcanzó la santabárbara e hizo un grande incendio a bordo con muchas explosiones y metralla.

Una parte de ese fierro hirviendo alcanzó a Antón Ribeiro que andaba

junto a la caña del timonel. Al verle malherido fui a su lado atravesando la humareda y lo vi allí tirado, con las tripas abiertas y mucha sangre saliendo de su barriga.

—Honrado me siento muriendo por España —balbució mi maestre—, y de hacerlo además en mi tierra, capitán.

De sobra sabía yo que aquella herida no era buena.

—Ve con Dios, Antón, que seguro te espera en el cielo.

Ribeiro no fue el único. La cubierta estaba llena de cuerpos abrasados por la metralla. Mosqueteros, marineros, carpinteros, artilleros, la mayoría mutilados, algunos con la vida perdida y otros a punto de perderla.

—Abandonad el barco —grité una vez más.

Mi único propósito en aquel momento fue sacar del galeón el baúl de los tres candados y a las damas que tenía por encomienda. Con gran riesgo de mi vida bajé al camarote para coger el cofre del rey cuando el agua ya llegaba por las rodillas.

Estando allí un nuevo balazo hizo tambalear el galeón. Me apresuré entonces en salir y de vuelta hallé a unos grumetes con agua hasta la cintura.

—Id afuera. Tiraos al mar y nadad hasta la orilla. Aquí ya no hay nada que hacer.

Gracias a Dios me hicieron caso. Con el cajón a cuestas, llegué de nuevo a cubierta. El fuego de la santabárbara había alcanzado el timonel y algunos camarotes. En el de Francesc Montoliú, vi un amasijo de carne quemada al que solo se le reconocía la espada que llevaba al cinto.

—Que Dios te acoja en su seno —me persigné tres veces por mi maestre de plata.

Por caprichos del destino, vino la muerte a buscarle cuando las bodegas del galeón estaban ya vacías de tesoros. Bien podía haberse marchado el catalán con los carros que partieron hacia Madrid.

Tampoco tuvo suerte Rodrigo Bocanegra, al que encontré tumbado en el popel de proa sin un brazo y una pierna. Un charco de sangre le acompañaba y era tanta la que de su cuerpo brotaba que sin remedio perdería la vida en poco tiempo.

Hice una cruz en su frente y él me cogió el brazo con su mano sana y me dedicó su última sonrisa.

—Descansa en paz, hermano.

Los hubo que salieron con vida. Heridos o no tirábanse los hombres al mar y desde allí trataban de alcanzar la orilla de la que no nos separaban ni cincuenta brazas.

Con el cofre bajo el brazo corrí hasta el camarote de las damas rogando que estuvieran a salvo, aunque no más llegar temí lo peor. Un fierro incandescente del casco habíase empotrado en la cuaderna incendiando el aposento. Allí estaba doña Cristina de rodillas, llorando con desconsuelo sobre el cuerpo de su criada, que yacía con una mala herida en la cabeza y ya muerta.

—Vamos —grité, mas no me hizo caso—. Vamos, salid conmigo.

En viendo que no respondía la agarré del brazo y tiré de ella.

—Llémosla, no la dejéis aquí —gimió.

—Está muerta. Nada podemos hacer salvo defender nuestras vidas.

Con un nuevo tirón conseguí apartarla de la vieja y llevarla al alcázar. Mi galeón ardía por los cuatro costados, en muy poco quedaría devorado por el mar.

—Hemos de salir nadando —grité, tratando de sacarla de su enajenación—. Os conseguiré un cascote de madera al que agarraros hasta alcanzar la orilla.

Y así abandoné el *Nuestra Señora de las Mercedes*, ayudado por un pedazo de tronco de mi mesana desarbolada, con el cofre de los tres cerrojos sobre mis hombros y tirando de una llorosa doña Cristina.

Recuerdo el agua fría de la ensenada apestada de cadáveres y moribundos. Y a otros que nadaban a duras penas hacia la orilla sorteando manchas de sangre y restos de cuerpos.

Como nosotros que, con no poco esfuerzo, pusimos por fin el pie en tierra.

Volviendo la vista atrás vi la ensenada envuelta en una bola de humo. Algunos franceses aún intentaban rociar de pez los brulotes enemigos para incendiar también sus barcos, mientras Châteaurenault que nada quería entregarles, había hundido todo lo que ya estaba perdido.

Allí donde nadie defendía, los anglicanos abordaban nuestros barcos pasando a cuchillo a los heridos para después comprobar que nada había en nuestras bodegas.

La bahía era un campo de cadáveres flotando entre cascotes y fuegos. Olía a carne quemada y a sangre caliente. Sangre sobre todo española, pues si los muertos ingleses se contaban por cientos, los nuestros lo hacían por miles. El *Santísima Cruz*, el *Toro*, el *Güijaro*, el *San Juan Bautista* y tantos otros fueron devorados por las llamas y tragados por el agua con muchos de sus tripulantes dentro.

Yo asistí impotente a aquel calvario, con los dientes apretados y empuñando mi espada con fuerza, mas nada podía hacer sino preservar el negro cofre y defender a doña Cristina.

Fue entonces cuando me di cuenta de que mi suerte había cambiado, fue entonces cuando supe que, desde aquel momento, tendría que ingeniármelas solo para cumplir mi promesa de llevar hasta Cádiz el cofre de los tres cerrojos y a la joven doña Cristina, sorteando cuantos peligros saliesen en nuestro camino.

El martes me levanté muy temprano y con una idea fija. Tenía que volver a las dependencias del periódico para recuperar los enseres personales de Genaro Alcalá, entre ellos la llave de su domicilio. Y tenía que hacerlo pronto, cuando la sede estuviese vacía, a esa hora de madrugada en la que ya se habían ido los chicos de la Caverna y aún no habían llegado los primeros redactores.

Nadie debía verme. Al fin y al cabo, don Rafael me había exigido descansar unos días y olvidarme del caso del librero, así que no tenía razones confesables para aparecer por la casona donde se hacía el periódico. Ni ganas de dar explicaciones.

Tal como había imaginado, en el palacete del número treinta y uno de la calle Mesonero Romanos no había nadie a esas horas. Tuvo que ser el sereno, que ya me conocía de otras veces, quien me abriese la puerta.

—¿Adónde vas chiquilla tan temprano? —me dijo, silbato en ristre—. ¿Es que no sabes que a estas horas no rondan por las calles más que borrachos y malhechores?

—Hoy tengo una encomienda que no admite dilación —mentí—. Cosas de los periódicos.

Me adentré en las tinieblas de la sala de redacción con la extraña sensación de que alguien me observaba desde el fondo oscuro. Al encender el candil, una luz amarilla y débil se derramó por los escritorios barnizándolos de vida.

El reloj de la pared marcaba las siete y media de la mañana. Aniceto no tardaría en llegar, él era el más madrugador de la casa y el que más horas

pasaba frente a su escritorio. Cuando estuve ante él, me fijé en la colección de plumas ordenadas como en una parada militar, escoltadas por dos tinteros que parecían los farallones de una fortaleza.

—Reconoce que tú también tienes tus manías —susurré, y se me escurrió una sonrisa por la comisura de los labios.

Me hubiese quedado un buen rato mirando la sala vacía, disfrutando de su reposada quietud, con sus mesas huérfanas y en penumbra sobre las que parecía flotar el espíritu de los ausentes, pero aquella madrugada, si quería que nadie me viese, tenía que darme prisa, así es que fui derecha hacia la Caverna.

Tras la escalinata, me topé con la puerta del cuartucho que ocupaba el hueco. Habría pasado por delante de aquel tabuco centenares de veces y jamás había reparado en él. Menos aún, habría sospechado que, tras aquella puerta, apartados del mundanal ruido, dormían los secretos inconfesables del periódico.

Como ya suponía, estaba cerrada, pero Aniceto me había dicho que la llave se guardaba en el escritorio del Páter, un cuartucho sin ventilación que ocupaba Segismundo al otro lado del corredor, justo antes de entrar en la Caverna. Aquel lugar era el fiel reflejo de su inquilino, lo más parecido al refugio de un espartano. Ni un mal cuadro, ni un adorno, ni nada que no fuese absolutamente necesario. Olía a tinta, a la que corría todas las noches por las máquinas estampadoras del cuarto contiguo y al sudor de los linotipistas.

Sobre su única mesa había unos cuantos papeles, los justos imaginé para desarrollar su trabajo. Los ojeé con curiosidad y vi que se trataba de cuadrantes de turnos de los empleados, algunos tachados, otros manchados con huellas negras de tinta. A Segismundo no le iban los excesos, no había más que ver el cuchitril estoico en el que trabajaba para saber de qué pie cojeaba.

En tan desolado páramo no sería difícil encontrar la llave del cuartucho, como así fue. Estaba en el primer cajón de la escribanía, torpemente escondida bajo un pañuelo usado y acompañada de una pluma y un lapicero. La tenía prendida de un aro y de un letrero escrito a mano: «Tabuco».

—Seguro que es esta, vamos allá.

La llave entró en la cerradura como un guante, aunque me costó hacerla girar, era como si el trinquete estuviese aletargado por su desuso.

Cuando prendí la única bombilla que había en la covacha, el espacio se llenó de una luz pajiza y decadente que lustró las estanterías con un tono fúnebre. Olía a papel viejo y a humedad condensada, a lugar largamente desatendido. El habitáculo era estrecho y de poca altura, hasta el punto de que tuve que agacharme para no golpearme la cabeza con la bombilla. Me adentré en él cerrando la puerta para no ser descubierta por alguna visita inesperada y me planté frente a la estantería que recorría toda su longitud tratando de orientarme. Había muchas carpetas cuidadosamente colocadas, también algunos objetos que imaginé de valor o antigüedades como relojes de porcelana o incluso viejas armas.

—«Cuba» —leí en el centro de la primera balda—. ¿Qué guardarán aquí?

Abrí el legajo y vi que eran papeles, también había una carta escrita por el general Arsenio Linares a don Rafael Gasset pocos meses antes del desastre del noventa y ocho.

«Casa real», rezaba otro cartel a la izquierda. «Bancos», otro más a la izquierda aún.

El letrero de «Políticos» era el que más espacio ocupaba. Siendo don Rafael uno de ellos, no pude evitar una lacónica sonrisa.

—Es aquí donde se guardan todos los trapos sucios —me dije—. Mansamente dormidos a la espera de que algún día sea necesario sacarlos a relucir.

Una curiosidad indecorosa me empujaba a hurgar en aquel archivo secreto mientras que la conciencia me exigía concentrarme en la búsqueda de los enseres de Genaro. Por suerte, ganó la conciencia.

Husmeé el anaquel de la derecha, el que estaba más oscuro. Allí no había papeles, sino cajas de madera sin tapa. En una de ellas había unos relojes de mesa antiguos. En otra un puñado de cuadros con diplomas y distinciones. Más allá, adornos de escritorio que me parecieron de oro.

Empecé a buscar con ansiedad. En mi cuerpo se había instalado la idea de que aquel era un territorio peligroso y que cuanto menos tiempo pasase en él, mejor.

Fue entonces cuando me topé con lo que andaba buscando, un cajón negro lleno de trastos con una inscripción en la madera que rezaba «Genaro Alcalá».

La coloqué en el suelo y comencé a rebuscar en su interior. Había cosas

raras, libros de entomología y de botánica, recortes de periódico y algunas plumas.

«Esto debe ser lo que tenía en su escritorio», pensé.

Seguí mirando y en una cajita pequeña vi unas llaves ensartadas por una anilla con el letrero «Marqués de Urquijo, 32».

—Eureka.

Arriba sonó una puerta y más tarde unos pasos.

—¿Hay alguien? —oí lejanamente.

—Mierda.

Era Aniceto. Aunque no me importaba verlo, prefería no hacerlo para no ponerle en un compromiso. Al fin y al cabo, yo no debía estar allí. En un instante pasé de la euforia a la desazón.

Agarré la llave de la casa de Genaro y salí del tabuco dejando la otra en la oficina del Páter.

—Soy yo, Carmen —grité desde la Caverna—, ya subo.

Aniceto me recibió con los ojos redondos de tanto como los abría. Su expresión era la de la sorpresa personificada.

—¡Pero bueno! ¿Qué haces aquí?

Esbocé una sonrisa cómplice y evité responderle. No era difícil adivinar de dónde venía, del mismo modo que no era fácil explicarlo.

—¿Has entrado en el tabuco del sótano? —Se le movieron las patillas al tragar saliva.

—No tengo tiempo, Aniceto, debo marcharme. Guárdame el secreto, por favor.

Le besé la mejilla peluda como no había hecho nunca antes, algo que nos dejó desconcertados a los dos, y me retiré a toda prisa cubierta por mi esclavina.

Cuando recuperé la calle aún no había terminado de clarear el día, el paisaje vaporoso de sus contornos parecía desolador y, sin embargo, lo sentí como un territorio amigo. La bruma de la madrugada me hizo dudar sobre cómo llegar, aunque tenía muy claro adonde quería ir.

«Marqués de Urquijo, 32», releí el rótulo de las llaves.

Por estar cerca de mi casa, sabía que esa dirección estaba en las afueras de Madrid, al final del barrio de Quintana. Algún domingo de otoño yo había

paseado hasta la glorieta de la Florida buscando setas o simplemente empapándome de su paisaje y recordaba aquel barrial como un lugar con pocas casas y mucho campo.

No tardé mucho en comprender que ese distrito estaba demasiado lejos como para ir andando, así que me monté en el tranvía de tiro que se tomaba en la calle de la Montera y llevaba hasta la calle de la Princesa pasando por la glorieta de Bilbao, el mismo que solía coger para regresar a casa.

A esas horas el vehículo iba vacío, apenas media docena de hombres cubiertos de abrigo, la mayoría dormitando a pesar del traqueteo de los caballos. Cuando llegué a la última estación, me bajé y anduve con las primeras luces del día hasta abandonar la ciudad por el paseo de Rosales.

A la orilla del río se había levantado una espesa niebla que se extendía por las callejuelas de alrededor. Eso, unido a la menguada claridad, me impedía ver más allá de unos cuantos metros, salvo algunas lucecillas de casas aisladas.

Tal como recordaba, a medida que me alejaba de la ciudad, las edificaciones se hacían más escasas y el entorno más inhóspito. Un ladrido de perro me recordó que no estaba sola. Fui recorriendo la calle descartando las casas que parecían habitadas hasta que llegué a una diferente de las demás. No tenía luces y los postigos estaban cerrados. Sus muros desprendían ese halo de desidia propio de los indolentes.

—Es esta.

Me atreví con una de las llaves de la argolla y entró a la primera. Ni se me pasó por la cabeza que podía estar cometiendo un delito.

La puerta se quejó con un chirrido agudo cuando hice girar sus goznes. Adentro no había corriente eléctrica, solo unos rayos de luz perezosa que se colaban por las rendijas de las ventanas acariciando todo cuanto tocaba.

Nada más entrar reconocí el aroma del desamparo, un olor acuoso y espeso que inundaba la atmósfera y se había apropiado de los seres sin vida que poblaban las estancias.

—Shhh —musité sin darme cuenta de que era a mí a quien mandaba callar.

Una mesa con su mantel, dos sillas, un sillón con un cojín que parecía todavía ahuecado al trasero de su dueño. Daba la impresión de que todo estaba tal cual lo hubiese dejado Genaro en su último día, como si se hubiese

ausentado con idea de volver al instante. Desde luego, la policía no parecía haber registrado nada o, si lo hizo, se esmeraron luego en dejar cada cosa en su sitio.

Mientras avanzaba por las penumbras de la galería me vino al pensamiento las tardes de invierno en las que jugaba con mi padre al escondite. Yo era una niña. Apagábamos las luces y él se ocultaba en algún lugar donde era fácil encontrarlo. Luego lo hacía yo en el más recóndito escondrijo con el corazón en un puño.

La casa tenía un patio interior al que se accedía desde la cocina. Esta era una estancia amplia y con grandes ventanales que también estaba en perfecto estado de revista, sus cacerolas colgadas, sus baldes de latón, una pila de platos limpios, un juego de cuchillos... Lo único que no había era comida, la fresquera estaba vacía y de sus ganchos no colgaba nada. Imaginé que lo percedero se lo llevaron los agentes.

Pero lo que a mí me importaba no era la casa, sino el invernadero, el lugar donde, según Aniceto, Genaro guardaba sus secretos, y este solo podía estar en el patio.

El crujido de la puerta que accedía al jardín volvió a recordarme el tiempo que llevaba la casa cerrada. Ya fuera, me vi envuelta de nuevo en la tenue niebla que se derramaba por todos los rincones, aunque la claridad del día empezaba a vencerla igual que el fuego derrite el hielo.

Entre brumas conseguí ver el invernadero que se erigía tras el ancho patio como un buque fantasma. Fui hasta él acompañada del restallido de mis pasos sobre la hierba y cuando llegué comprobé que estaba abierto.

La entrada era un edificio pequeño de piedra, parecido a una ermita, con dos maceteros a los lados y todo lo demás de madera y vidrio.

Junto a la puerta se amontonaban cajas, también de madera, y retales de urnas de cristal rotas. Conjeturé que eran los restos de los recipientes donde Genaro guardaba sus insectos, que los agentes descartaron cuando se los llevaron al Museo de Ciencias Naturales.

—Aquí encontraron el cadáver de Genaro —me dije nada más entrar en el cobertizo—, quién sabe dónde exactamente.

Dentro desapareció la niebla. También refrescó de repente por lo que me cubrí la cabeza con el gorro de la esclavina antes de seguir avanzando.

Lo que hubiese allí en vida de Genaro había muerto con él. De la tierra salían raíces secas y por el suelo se desparramaban algunos frutos y tallos podridos junto a lascas de vidrio que se habían caído de las estolas del techo.

En un rincón se agolpaban los aperos de siembra, canastos, rastrillos, tijeras, alguna pala y un montón de herramientas pequeñas que no había visto nunca antes.

Allí pasé varias horas, buscando y rebuscando por todas las esquinas el lugar donde Genaro tenía el escondrijo que comentó a Aniceto. Mi padre me enseñó a ser perseverante, de él aprendí que ninguna cosa fácil es verdaderamente gratificante, que el placer de conseguir algo es proporcional al esfuerzo realizado hasta obtenerlo. Y fue así como lo hallé. Estaba en el pedestal rocoso de la entrada, embutido en la piedra y disimulado por una portezuela también pedregosa que dejaba una ranura tan fina que apenas era visible. Había que ir buscando aquel escondite a propósito para poder dar con él. Y tener mucha paciencia.

Durante un rato me devané el seso para intentar abrir la portilla. No hubo caso, estaba tan encajada que no podía hacer palanca. Tenía además aspecto de ser muy pesada. Por suerte, entre el material de labranza, encontré una cizalla larga capaz de entrar en la ranura y mover la trampilla.

—¿Creías que no iba a poder? A mí no hay nada que se me resista —me envalentoné al verla abierta.

Dentro había una caja metálica, robusta, fría, pesada. Tenía una tapa con una gruesa cerradura. Entonces recordé que en la argolla que saqué del cuartucho del periódico había dos llaves. La primera me abrió la puerta de la casa, la segunda debía ser la de la caja metálica.

Justo. Fue meter la llave y la cerradura giró.

Contuve la respiración. Un ligero temblor se me instaló en las manos.

Lo primero que vi al abrirla fueron unas cajitas de cristal con insectos muertos. Moscas amarillas, gusanos peludos, enormes escarabajos, en mi vida había visto esos bichos. Parecían cuidadosamente disecados. Supuse que eran piezas valiosas de colección para un entomólogo y que por eso Genaro los guardaba con tanto celo.

Había también una leontina de oro y algo de dinero, no mucho. El resto eran carpetas llenas de papeles. Empecé a rebuscar en ellas. Todas eran

manuscritas, con la misma letra, que deduje que era la de Genaro, y sin un orden aparente.

Las primeras solo hablaban de insectos, de las infecciones que pueden producir y de métodos para inseminarles el virus.

—Desde luego, raro sí que eras, Genaro —me dije.

Fui leyendo los títulos de todos los legajos sin encontrar lo que buscaba, insectos, insectos y más insectos, hasta que por fin di con él.

Estaba al final, probablemente porque era el más reciente, en un vademécum parduzco en el que daba la impresión de que había sido colocado el último y con prisas:

Caballeros de la Orden de la Mano Negra

Sentí un temblor en los brazos, la sola lectura de aquellas letras góticas, con mayúsculas retorcidas y ángulos sinuosos parecían esconder un temible secreto.

En su interior había dos pliegos, uno extenso, escrito con letra redonda y uniforme y estilo de monje amanuense, hasta el punto de que era difícil entenderlo y el otro, más corto, relleno de trazos neuróticos que parecían salidos de un manicomio.

Me entretuve en el segundo. Rayas y más rayas, letras tachadas, frases escritas unas sobre otras, una especie de borbotón que daba la impresión que el pobre Genaro no supo contener. Me costaba imaginar cómo podía trabajar así o por qué lo hacía. Tuve el presentimiento de que su mente vivía atormentada por algo.

De repente cacé unas palabras sueltas, estaban en un rincón, atravesadas por varios trazos en un intento de borrarlas: «Saturnino de la Vega».

Si me hubiesen pinchado en ese instante no habría salido sangre.

—Dios mío, ¿qué hacía este aquí, unos meses antes de su muerte? ¿Es que

Genaro llegó a conocer al librero? ¿Es que tuvo alguna sospecha de que podría ser asesinado?

Noté como algo se quedaba obstruido en mi cerebro, una especie de tapón que no me dejaba pensar. Sabía que aquel endiablado papel encerraba más secretos por descubrir, así que, a falta de un hilo del que tirar, me puse a rebuscar en él nuevas pistas.

A duras penas pude ver que otro párrafo hablaba de una muerte del último verano y deduje que podía ser la que, según Aniceto, había llevado a Genaro a descubrir la existencia de la Orden de la Mano Negra, pero el documento estaba tan tachado que era imposible sacar una frase completa.

Conseguí, eso sí, leer un nombre que estaba escondido bajo un borrón de tinta. Sus trazos asomaban por las esquinas como patas de araña por lo que no era imposible descifrarlo: «Miguel de Valdivia».

Aquel nombre no me decía nada. Recordé que Aniceto me habló de un envenenamiento. El apellido me hizo pensar que podría tratarse de un aristócrata, otro más que añadir a la lista del librero de la glorieta de Quevedo y el marqués de Torreblanca, una seña de identidad de los miembros de la orden o de sus enemigos que llevaban siglos ocultando al resto del mundo.

Pensé que tal vez el raro de Pascual Garrido pudiese darme alguna pista sobre ese tal Valdivia o sobre los rumores que recorrieron los salones de Madrid cuando se supo su muerte, aunque volver al periódico tal vez no fuese una buena idea y, además, tras el asalto que hice a su despacho la víspera, era muy probable que el duque de Nicanor no me dedicase ni un solo minuto.

La otra hoja que había en el cartapacio parduzco era un manuscrito de letra alargada. Prendido a él tenía unos papeles que resultaron ser varios recortes de *El Nuevo Siglo* y *El Globo*, junto a otro de *El Imparcial* firmado por el propio Genaro. Los tres habían sido publicados en fechas muy próximas, del 22 al 25 de agosto, y todos hablaban de la muerte por envenenamiento de Miguel de Valdivia.

Inspeccioné las noticias con calma. No eran muy largas, daba la impresión de que sus autores disponían de pocos datos. De todas, la más escueta era la de Genaro, que parecía cumplir un trámite escribiendo la crónica con tan solo los detalles de la fecha y el lugar del suceso. Leyéndola cualquiera diría que no le interesaba lo más mínimo el asunto.

En los otros recortes venía un retrato del fallecido, siempre el mismo, uno que no debía ser muy reciente en el que se le veía de cuerpo entero junto a un reclinatorio de pie, con traje y sombrero y gesto serio ante el fogonazo de magnesio. También había fotografías del frontispicio de su vivienda, un caserón de la calle Claudio Coello con fachada de piedra blanca.

Me percaté de que la crónica de *El Imparcial* era del día siguiente al suceso, tal vez por eso tenía pocos datos. Las otras eran posteriores. Genaro había subrayado en los recortes algunas cosas, fundamentalmente las que se referían a la causa de la muerte o los detalles del envenenamiento. Las noticias hablaban de un suicidio cuyas razones podrían estar en una enfermedad mental del finado del que se decía que, a pesar de su buena posición, no se le conocía ninguna participación en la vida social madrileña. En referencia al veneno empleado no había nada, salvo un comentario del cronista de *El Globo* que mencionaba, sin venir a cuento, a Sócrates y su muerte con cicuta.

Una frase de ese reportero llamó mi atención. Estaba doblemente subrayada, lo que la hacía todavía más visible: «El interfecto pudo caerse antes de tomar el letal veneno, pues tenía en la frente una pequeña herida».

Al lado, escrito a mano, podía leerse: «Este fue el único que vio el cadáver».

Otra vez la misma marca, la que casi no vi en la frente de Saturnino y la que también se llevó Genaro Alcalá al otro mundo. No tuve dudas de que aquella era la marca de la Mano Negra, la seña con la que identificaban sus cadáveres en un juego macabro que aún no entendía.

Me enfrasqué entonces en la nota escrita a pluma. Su letra puntiaguda resultaba difícil de leer, pero el trazo regular hizo que, tras un instante de aprendizaje, las palabras se fuesen desgranando solas.

A finales de agosto llegó a la redacción la noticia del suicidio de un tal Miguel de Valdivia en Madrid. Confieso que los sucesos nunca me interesaron demasiado, como casi ninguna de las cosas que hago en el periódico, así que acudí sin muchas ganas a la casona donde se produjo el deceso y traté de conseguir algunos datos. Allí supe que la muerte había sido por envenenamiento, lo que despertó mi curiosidad. Preparar un veneno letal no está al alcance de todo el

mundo y casi siempre requiere de conocimientos de botánica y de plantas poco comunes. A pesar de mi insistencia, encontré muy poca colaboración de la policía que no quiso decirme nada sobre la pócima utilizada, de modo que hice la crónica con la poca información que tenía y me olvidé del caso.

Pero, pocos días más tarde, recibí en la redacción un extraño sobre sellado en Madrid y sin remitente. Cuando lo abrí encontré una nota que decía: «Miguel de Valdivia fue asesinado con estramonio. Le agradecería enormemente que lo publique en su periódico».

Me quedé absorto, por un lado, el estramonio es una planta muy rara que yo nunca había visto en Madrid y, por otro, alguien se había tomado la molestia de hacerme llegar una nota, tal vez sabiendo que la botánica es una de mis grandes pasiones, con la intención de que yo desvelase un asesinato.

Por insólito que pueda parecer, incluso a mí, me tomé el caso como un desafío personal, así que me fui a ver a Fulgencio Silva, boticario de profesión y uno de los mejores especialistas en plantas venenosas. Fulgencio me aseguró que hay un lugar en Madrid donde se puede encontrar estramonio, un establecimiento casi clandestino de la calle de Embajadores regentado por un francés, que la vende en pequeñas cantidades y aun alto precio como droga para gentes ricas. Y allí me planté. El propietario fue muy reacio al principio a hablar conmigo. Sus trapicheos ilegales le hacían ser cauto con extraños, aunque bastó hablar de botánica un rato para que me viese de otro modo y se le soltase un poco la lengua. Creo que congeniamos. Me contó que en aquel local vendía hierbas y ungüentos preparados por él mismo, la mayoría legales y para fines medicinales, aunque había algunos clientes que le pedían narcóticos prohibidos. Dos semanas antes, un joven que no había visto antes le pidió preparar una pócima hecha con diez hojas de estramonio para acabar con una plaga de ratas en su casa. No se lo creyó, pero no parecía un asesino, era de buen parecer, apuesto y con ojos azules claros, descripción que no coincide con la de Miguel de Valdivia.

Llegué entonces a la conclusión de que verdaderamente Miguel de Valdivia fue asesinado, tal como decía la nota que recibí, así que, con una actitud poco reconocible en mí, fui a la policía a denunciarlo.

Lo que encontré de nuevo fue muy poco interés en el asunto e incluso la cerrazón del comisario encargado del caso, un hombre desagradable que se enfadó mucho cuando le conté que habíamos recibido un escrito anónimo en la redacción donde se aseguraba que el veneno era estramonio. El comisario me dijo que el caso estaba cerrado y que dejase de alarmar a la gente porque estaban hartos de los diarios pleitistas.

Mis retinas se quedaron clavadas en aquella expresión, la misma que utilizó el comisario Cañete cuando me crucé con él en la librería de la glorieta de Quevedo. Aunque en la carta no se mencionaba, para mí no había duda de que el hombre que se alteró con Genaro fue Edelmiro Cañete. Lo que no atinaba a saber era si el hecho de que el mismo comisario estuviese a cargo de las dos investigaciones era una casualidad o respondía a una razón cuidadosamente escondida.

La nota continuaba con una letra todavía más alargada, como si las prisas por ser escritas hubiesen arrastrado sus trazos.

De modo que decidí una vez más olvidarme del caso.

Pasaron varias semanas y, entonces, apareció él. Vino a verme a mi casa una noche, ocultando su rostro con un sombrero y su cuerpo con una capa. No quiso decirme su nombre. Fue parco en palabras, tan solo me dijo que Miguel de Valdivia había sido envenenado por la Mano Negra.

Confieso que me pareció un chalado. Le pregunté si había sido él el que me envió la nota y se quedó callado.

Me rogó que publicase en el periódico la verdad sobre el caso y yo le indiqué que necesitaba pruebas y también su identidad. Entonces me habló de una vieja ermita donde podría encontrar a la banda de depravados asesinos en que se había convertido la Mano

Negra, la noche del 23 de septiembre, coincidiendo con el equinoccio de otoño. Lo vi desesperado, hundido, me pareció que estaba temeroso y harto a la vez.

Le hice ver que no me prestaría a su juego si no me decía quién era él. Tuve que jurarle que no lo diría a nadie y también que publicaría la crónica pronto. Entonces se descubrió la cabeza y me dijo que se llamaba Saturnino de la Vega y regentaba una librería en la glorieta de Quevedo.

Cuando se marchó, me dejó pensativo. En los días siguientes comprobé que me había dicho la verdad sobre su identidad, que la librería existía y que él iba a ella todas las mañanas.

Me creí su historia y, por razones que aún no comprendo, me sentí impulsado a desvelar la verdad. Durante días visité bibliotecas y archivos en busca de información sobre la Mano Negra y la supuesta ermita donde habrían de encontrarse la cercana noche del equinoccio, anduve preguntando acá y acullá, hasta que me di cuenta de que había entrado en el laberinto. Y no sabía cómo salir.

A partir de ahora me quedaré quieto, no haré el más mínimo intento de saber nada sobre la orden y mucho menos de publicarlo, tan solo le pido a Dios que ellos se den cuenta de que dejo todas mis pesquisas y me olvido del asunto para siempre.

Por mi propia vida, espero que así sea.

Giré el papel y en el reverso encontré otra nota pegada, una hoja pequeña y arrugada como si se hubiese humedecido de sudor, con unos trazos rotundos de tinta azul:

*Déjalo o el siguiente serás tú.
El Prior*

— Malditos seáis. Que Dios os castigue con las llamas del averno —
 grité con rabia desde la orilla apretando la empuñadura de mi espada.

La ensenada era un infierno, un mar de muertos flotando entre fuego de cañones y maderas ardiendo. Mi galeón se hundía envuelto en llamas. Tirado por la cubierta dejé a mi maestro Antón Ribeiro, mi fiel ayudante, destripado como un perro. Y a mi alférez Rodrigo Bocanegra, sin pierna ni brazo ni vida. Él, que también añoraba volver a tierra para encontrarse con la mujer que le abandonó por lo poco que lo veía, dejó en el galeón su último suspiro, sin haber cumplido su deseo.

De igual forma tragose el mar a Francesc Montoliú, mi honrado catalán, que con tanto honor ejerció de maestro de la plata en el *Nuestra Señora de las Mercedes*, y que el sucio destino convirtió en un amasijo de carne quemada. Y tantos otros, que acabaron reventados, chamuscados o pasados a estoque por el enemigo.

Di por cierto que don Manuel de Velasco, el vicealmirante Châteaurenault y los hermanos Chacón estarían presos o muertos, pues en sus barcos vi pocos movimientos y los fortines estaban perdidos.

Vive Dios que en ese instante deseé tener las manos libres para enfrentarme a aquellos malnacidos anglicanos, a fuer de morir allí mismo, mas haciendo honor a España, a su leyenda, a su gloria y a su rey.

Y, sin embargo, entonces, mis menesteres eran otros. El primero, alejarme de aquella sarracina con el cofre de madera negra y con la hija del gobernador, que se me figuró un pesado lastre a tenor de su descompostura.

No fuimos los únicos sobrevivientes. Reatas de marineros corrían a nuestro lado como almas que lleva el diablo, hombres poco habituados al cruce de espadas que huían por piernas perdiéndose después por los bosques cercanos.

—Vamos, vamos —clamaban desesperados.

Y fue así como me vi en aquella ruina, con mi espada sin desenvainar, un cajón que pertenecía al rey bajo el brazo y una dama gemebunda que había prometido entregar en Cádiz.

Voto a Cristo que en aquel momento pensé en qué hacer, de qué manera preservar mi honor cumpliendo con los encargos que el gobernador de La Habana me había hecho en nombre de don Phelipe V. Y no sé si erré dejándome llevar por mi conciencia, mas acordé que haría el camino por tierra hasta donde fuere necesario, llevando a la dama y el cofre y que, hasta que rindiera esas cuentas pendientes, preservaría el secreto del arcón sin encomendarlo a nadie. Y si en esta defensa tenía que entregar la vida, así lo haría sin dudar, con tal de salvaguardar mi palabra.

Al palparme el jubón comprobé que, por fortuna, no había perdido en el envite la bolsa de monedas que siempre llevaba atada al cinto. Un exiguo botín, aunque suficiente como para arreglar los negocios más urgentes y poder alejarnos de aquel hervidero.

—Debemos largarnos —grité para sacarla de su pesadumbre—. Nuestra vida aquí corre peligro.

Ella lloriqueaba sentada en una roca sin atender a mis palabras.

—Hemos de irnos o moriremos al instante —tiré de su brazo para levantarla.

—¿Adónde? —contestó hecha un basilisco—. ¿Adónde queréis que vaya con vos, sola, sin aya, ni ropa ni nada y sin apenas conoceros?

—¿Se os ocurre un plan mejor? Porque antes de que anochezca, me temo que esos cerdos anglicanos se darán una vuelta por la ensenada y pasarán a cuchillo a quienes vean o, aún peor, si se enteran de que sois la hija del gobernador de La Habana, os raptarán para pedir por vos un rescate.

Algo debieron calar mis palabras, pues de aquella doña Cristina se levantó y, al poco, con paso lerdo, arrancó a andar.

Con los ropones empapados, el pequeño cofre a cuestas y una mano en la

empuñadura fuimos hacia un bosque de tilos que se adivinaba en el horizonte. Torpes fueron nuestros primeros pasos, acostumbrados los cuerpos a tantos días de mar y con la congoja de las muchas desgracias que acabábamos de ver, mas una vez allí, entramos en una grande espesura. Pronto vi que no estábamos solos, que entre la verdura oíanse voces y de vez en cuando la sombra de un marinero salía de detrás de una piedra y corría sin medida.

Anduvimos una legua y dimos en sentarnos a reponer fuerzas en un lugar muy frondoso. Allí vimos pasar la tarde, parcos de palabras y con un cielo apagado por las muchas nubes.

A pesar de su descompostura, doña Cristina mantenía intacta la belleza que tanto me turbó cuando por primera vez la vi, pero, para mi bien, ya nada della me recordaba a Esperanza, ni sus enrojecidos ojos, ni su cara de porcelana. Bien presente tenía yo a las mías, que no se me iban de la cabeza ni un santiamén, menos aún después de aquellos tristes reveses que no hacían sino alejar mi anhelado encuentro con ellas en Sevilla.

Mas no eran tiempos de nostalgias.

No tardé en darme cuenta de que de esa guisa no podríamos llegar lejos, así que urgí a doña Cristina a salir del bosque en busca de algún poblado donde pedir ayuda. Al poco oteamos en lontananza una cabaña con puertas y ventanas cerradas a cal y canto. Allí fuimos y aporreé la madera haciéndome oír para que supieran que era español y hombre de bien y no cejé hasta que escuché algo que se movía dentro.

—¿Qué se os ofrece? —apareció tras la tranca un hombre arrugado y de manos callosas que desconfiaba hasta de su sombra.

—Necesito un caballo.

—Por aquí abajo no hay caballos, están en los montes y casi todos salvajes. Esas condenadas bestias no se dejan domesticar.

—Qualquier animal de tiro me vale, hasta un buey.

—Los corchetes se llevaron todos nuestros bueyes para gloria del rey y desgracia desta tierra. Espero que por lo menos nos recompense por haber salvado sus tesoros.

—Esos tesoros son de España, no del rey, y servirán para salvar a nuestra patria de sus enemigos —recriminé—. En todo caso, necesito vuestra ayuda y estoy dispuesto a pagarla bien.

El viejo se rascó la cabeza con sus dedos embuchados.

—Tengo una mula. Y no es muy joven. Le tengo cariño después de tantos años.

—La trataré bien y cuando acabe mi travesía, me encargaré de que su nuevo amo la cuide hasta su muerte.

—No la vendo por menos de trescientos reales de plata.

—Hecho.

Cuando me enseñó la acémila que había comprado estuve a punto de deshacer el trato. Era un animal flacucho y avejentado que podía caerse muerto en cualquier momento, mas mis chances de conseguir otra bestia en la comarca eran pocas y menguado mi tiempo.

Dejé al anciano llorando y, aunque por fuera pareciera de pena, di por seguro que por dentro daba saltos de alegría por el arreglo que conmigo había hecho. Tuvo, eso sí, la decencia de darme por el mismo precio un cincho para atar el cofre al lomo de la mula y una manta para que pudiese sentarse doña Cristina.

Y en cayendo la noche emprendimos camino por una vereda que atravesaba un alcornocal y después dejamos atrás una aldea que llamaban Saramagoso donde solo había un puñado de casuchas, algunos corrales de adobe y un hórreo para secar cereales.

A lomos de aquella mula, que doña Cristina dio en llamar Matusalén de vieja que parecía, el negro baúl de cuero se veía más grande de lo que en realidad era y acaso más misterioso. Advertí que, en el espinazo de aquella bestia, el cofre podía ser visto desde una legua y que con tantos herrajes a su alrededor parecía presa apetecible para bandidos de los caminos o gentes de mal vivir.

Redoblé entonces mis cuidados, vigilando a cada instante las sombras del camino por si alguien se escondiese tras de ellas y sin dejar de empuñar mi tizona.

—Olvidaos del acero —díjome doña Cristina—, nadie nos ha de atacar mientras esté el cofre con nosotros.

La miré de arriba abajo. Parecía más tranquila, aunque gastaba un humor de perros.

—¿Cómo estáis tan segura?

—Porque conozco sus virtudes. De lo que tenéis que preocuparos es de cambiar de rucio. ¿A dónde creéis que vamos con Matusalén?

—A cumplir con mi promesa.

—Ya os dije que sois presa de un engaño y que si me lleváis a la corte será contra mi voluntad.

—Yo nada puedo hacer que no sea cumplir con mi deber.

—También a mí me hicisteis promesa. Me dijisteis que me ayudaríais si os hablaba del arcón y yo os revelé el secreto del Grial de Lucifer.

Tenía razón, por doña Cristina supe la leyenda del arcón cuyo origen arrancaba en tierras de Jerusalén. Cierto era también que el gobernador me engañó al decirme que nada más que yo sabía que el cofre viajaba a España, pero, ¿era acaso esa prueba suficiente como para romper mi palabra?

—Os llevaré a Cádiz —concluí—. Además, no tenéis otro sitio al que ir.

—Os equivocáis de nuevo, igual que a vos os espera vuestra esposa, hay un hombre en España que arde en deseos de verme, y no es el rey.

—¿Qué sabéis vos de mi esposa? —pregunté despechado.

—Lo que oí hablar a mi padre, que la queréis con locura y que haríais todo lo que se os pidiese por volver a estar a su lado. De eso se aprovechó para embarcaros en esta empresa.

Palabras dañinas aquellas que se me clavaron como un estoque en el corazón, pues dejaban a las claras que no era el gobernador de La Habana un hombre de ley, sino más bien ruin y capaz de pergeñar un plan malicioso con engaños y medias verdades.

Aunque también podía ser doña Cristina mujer de recovecos que con ardides y malas artes buscaba romper mi juramento.

—Contadle eso a Portocarrero cuando os lleve ante él. Puede que os haga caso y os deje ir con vuestro amado.

—No seáis cínico. Ni cobarde. Mi padre me ha canjeado, a instancias del cardenal, por un puesto en la Real Audiencia de Santa Fe de Bogotá, y el rey no me dejará ir. Y si, por desgracia, me hiciera un hijo bastardo, que Dios no lo quiera, mi padre pedirá volver para vivir con holgura en la corte de Madrid.

—De nada serviría que os deje aquí. No os queda más remedio que convencer a su eminencia el cardenal Portocarrero, ¿o es que pensáis acaso

que no os buscarán hasta encontraros si no os llevo a Cádiz?

—Nadie me encontrará. Me iré a Salamanca, donde vive el hombre al que amo, y viviré junto a su universidad sin llamar la atención, hasta que se acaben mis días.

Corté de tajo aquella charla que no podía llevarme más que a vacilaciones o a la perdición misma y dispuse concentrarme en el camino, buscando veredas de poca monta, donde pudiera pasar sin ser visto, andando con mil ojos y la mano siempre en la empuñadura de mi espada.

—Ya veo que no me creéis —insistió entonces ella—, pero os repito que no tenéis que tomar tantas precauciones. El viejo arcón nos protege y nadie nos hará daño mientras esté a nuestro lado.

—Yo no estaría tan seguro —porfíe.

—No es leyenda lo que oí acerca deste portento, sino historia cierta, y a fe que tiene unos poderes que ya quisieran emperadores y papas.

—¿Y qué hacía, pues, perdido tan importante tesoro en un rincón de las Indias?

—Salvar de sus enemigos a España, lo mismo que viene a hacer aquí después de doscientos años.

—¿Es tanto el tiempo que lleva el arcón en ultramar?

—Desde que el casto rey Phelipe II quiso deshacerse de él por las historias que a su respecto le contaron.

—¿Historias, qué historias?

—Historias que el cristianísimo rey creyó a pies juntillas y que llegaron a asustarle hasta el punto de que, al final de sus días, mandó llevar el arcón al virreinato de Nueva España, lejos de su monasterio de El Escorial donde había juntado miles de reliquias de veros santos, para que defendiese allí a sus ejércitos.

—¿Por estar acaso maldito este arcón de tres llaves?

—Por pertenecer lo que guarda dentro al mismísimo diablo.

—¿Y qué es exactamente lo que esconden estas tres singulares cerraduras?

—Ya os dije que no lo sé con certeza. La leyenda cuenta que, entre negros algodones, dentro está el Grial de Lucifer, el que el propio San Miguel arrebató al diablo y entregó al cruzado Arnaldo Mirón.

—Yo sé poco del demonio y menos de sus satánicas ceremonias. ¿Es acaso

el Grial un cáliz?

—No sabría deciros y, de ser cierta la leyenda, nadie ha conseguido verlo desde que se repartieron sus tres llaves.

—¿Y qué quieren decir las letras L y E que, grabadas en su negro cuero, adornan la tapa?

—Tampoco se sabe a ciencia cierta, porque, según parece, el cruzado no lo dejó escrito, aunque son muchas las conjeturas. Algunos dicen «*Lucifer Ecclesia*», otros «*Lux Egressus*» y otros «*Longus Eosforo*».

La iglesia de Satanás y el lugar donde sale y llega la luz, lo entendí sin aprieto, que para mí el latín tenía pocos misterios. Mas la otra se me resistió un poco.

—¿Y qué quiere decir la tercera?

—*Eosforo* es como se dice en griego el lucero del amanecer, un modo de nombrar al diablo. La frase vendría a desear una larga vida al demonio.

A fe que a mí aquellas me parecían historias de brujería, por las que tantos seres habían pasado por la hoguera y, válgame Dios, que no me gustaba de tratar dellas, así que acordé una vez más fijarme en los cruces de calzadas y en los peligros que por ellos rondaban.

Seguimos camino junto a una pineda con la luz ya muy apocada y los campos rodeados de grandes sombras, circunstancias que me hicieron ver que pronto debíamos encontrar cobijo.

—Debemos buscar posada donde reponer fuerzas y descansar.

—¿Me presentaréis acaso como vuestra esposa?

—Nada habéis de temer. Haremos lo que haga falta para que nos den refugio, pero yo dormiré en el suelo si fuera menester.

Y fue así que llegamos a una cantina en un cruce junto a un pazo que llamaban de Borbén de la que salían ruidos y risas como si nada supieran de la desgracia que acabábamos de sufrir de manos de los anglicanos.

Entré en ella dejando en sombra oscura a la vieja mula con doña Cristina y el cofre, pues llegar con ellos a la fonda era del todo arriesgado.

—¿Conocen vuestras mercedes un lugar para tomar albergue por los alrededores? —pregunté al cantinero, que era hombre de nariz gorda y colorada del tanto vino que atravesaba su gznate.

Los parroquianos callaron, quizás sorprendidos porque mi acento no era

de aquellos lares, mas nada preguntaron sobre mi gracia ni de dónde venía.

—Haberlo haylo —respondiome el buen hombre con voz ronca, imaginé que también cascada por el vino que trasegaba—, aunque tienen que llegar hasta Fraga do Rei.

—¿Y es mucho el camino que queda?

—Poco menos de una legua.

Le miré resignado, tal vez esperando que alguna otra fonda más próxima se le alumbrara a aquel hombre en la cabeza, hasta que me di cuenta de que él ya estaba en otra cosa.

—¿No tendréis por ventura algo de condumio para distraer el hambre?

—Tocino y pan no nos falta, *carallo*.

Por cuatro monedas el ventero me dio un cuartil de tocino y otro de pan, y con ellos regresé a las sombras donde aguardaban mis acompañantes. Doña Cristina hizo ascos a tan ruda pitanza arguyendo que ella prefería los búcaros, esas horrendas piedras blancas de las que se alimentaban las damas para blanquear su tez, pero en pasando el tiempo comprendió que no había más remedio que aquellas viandas y empezó entonces a comer.

Y así fuimos dando cuenta del tocino y del pan mientras continuábamos camino, hasta que, cuando ya el sol había caído por el horizonte, divisamos a lo lejos la hostería.

Jornada luenga fue aquella, y largas también las explicaciones que hube de darle al posadero para recibir albergue en yendo con una damisela, con la que no quería solazar, con las ropas todavía húmedas y en teniendo yo un acento que por aquellas tierras sonaba extraño.

Mas por suerte conseguirlo, y también hallé cuadra donde dejar a la bestia, lo que calmó mis angustias y me hizo creer que llegar con mis embajadas hasta Cádiz no era del todo imposible.

Con doña Cristina acordé que ella ocuparía el jergón y yo me acostaría en el suelo y que nos quitaríamos las ropas de fuera para que mejor secasen, aunque nos cubriríamos con mantas ocultando así nuestras vergüenzas.

Llegada la hora, no me pude dormir. Eran muchos los recuerdos que atormentaban mi mente, los unos los de mis hombres caídos en la refriega, Ribeiro, Montoliú, Bocanegra... Los otros los de mi Esperanza que habría de esperar por más tiempo hasta que pudiese encontrarme con ella.

«Tantos años surcando el mar para acabar así», pensé en mi desvelo aquella noche.

Como pienso ahora a la luz deste mísero cirio. Mucho fue mi infortunio, cruel el destino conmigo, yo que todo hice para cumplir con mi honor.

Pasé casi toda la noche en vela agarrado al cofre de los cerrojos, mirando sus cueros rebujados con la extraña leyenda «L.E.» y sus maderas ennegrecidas por los años, con la espada desenvainada por si hubiera que usarla. Todo cuidado era poco en una tierra que no conocía y con tan grandes tesoros sobre mis hombros.

La nota de Genaro Alcalá me dejó un regusto amargo en la boca y la imagen de su espectro flotando en el ambiente. Tras un rato de zozobra, volví a meter el cartapacio parduzco en el cajón metálico y lo guardé en su escondite, segura de que aquel exiguo tesoro que con tanto empeño había ocultado mi infortunado predecesor, permanecería allí por el resto de los tiempos.

En mi mente se había quedado grabada la firma del último mensaje: el Prior.

Quienquiera que se escondiera tras ese título era el asesino de Genaro, seguro que también el que mató al librero. Podría ser el hombre que compró el estramonio al boticario francés en el local de la calle Embajadores, el joven de ojos azules claros que mandó hacer la pócima mortal.

Regresé sobre mis pasos con la sensación de que yo también estaba entrando en un camino sin retorno, que quizás debiera detener mis pesquisas y olvidarme del asunto antes de que, como Genaro, me quedase atrapada en él.

Por momentos empecé a verlo claro. Saturnino de la Vega habría querido hacer con Genaro lo mismo que el marqués de Torreblanca, a través de su cochero, hizo conmigo: desvelar el secreto de la Mano Negra. Y, a la luz de cómo acabó Genaro, lo mejor era no seguir sus pasos.

Era plena mañana cuando dejé la casa de Genaro Alcalá. A esa hora, un sol pujante había espantado a la niebla y resultaba peligroso merodear por allí, pues podía verme cualquier vecino salir de la vivienda abandonada y alertar a la policía. Tenía que ser sigilosa. Cerré con cuidado la puerta, me coloqué el gorro de la esclavina y, andando casi de puntillas, me fui calle arriba.

Cuando desembarqué en casa, el cuerpo me pedía un café bien cargado y bien caliente. Mientras me lo preparaba, fui repasando lo que había aprendido en el cementerio de los suicidas, en el despacho del duque de Nicanor, en la biblioteca del Casino y en las cartas de Genaro sobre «los caballeros de la Orden de la Mano Negra». Sabía que eran unos maniacos que veneraban a San Miguel y se reunían en una ermita de Madrid; que uno de ellos se hacía llamar el Prior; que eran de origen aristocrático, aunque se dejaban ver poco; que, de hecho, estaban enemistados con los reyes hasta el punto de que un Lasso de la Vega perdió el blasón por rebeldía y un marqués de Torreblanca estuvo a punto de perderlo también.

Y que mataban a quien se le pusiera por delante.

De pronto me vi pequeña. Al fin y al cabo, yo no era más que una aprendiz de reportera y me había colado en un universo misterioso rodeado de peligros. En aquel momento hubiera deseado tener a alguien a mi lado. Quizás a Enrique.

Entonces me percaté que de mi casa salió sin ninguna muda de ropa. Y sin dinero. Me dio por pensar que no tendría con qué vivir, que podría estar pasando hambre o frío. Aunque bien podía haber cogido algo de dinero antes de irse, él conocía perfectamente los sitios donde encontrarlo. Fui hasta el cajón donde guardaba mis ahorros y estaban intactos. Más de dos mil pesetas, heredadas en parte de mi padre, que guardaba para el día que fuesen necesarias. El joyero que tenía las perras que me iban sobrando a diario estaba también íntegro.

Pensé que quizás había vuelto a su habitación de la calle de la Ruda, que tal vez hubiese querido ir a otro sitio y que no pudo hacerlo porque no tenía cómo o, sencillamente, estaba tan perdido que no supo cómo obrar.

Un impulso incontenible se apoderó entonces de mí. Lo mejor era comprobarlo con mis propios ojos y hacerlo cuanto antes.

Sin pensarlo, volví a calzarme y, con los pies doloridos, me lancé de nuevo a la calle, camino de la pensión de la Inclusa.

Era la hora de almorzar, las sirenas de las fábricas lanzaban al aire su bramido agudo para recordar a sus obreros la hora de comer. Maldita el hambre que yo tenía. Ni sueño, a pesar de las malas noches. Lo único que me importaba en aquel momento era saber de él y, si finalmente se había quedado

en la habitación de su pensión, estrujarle con fuerza antes de traérmelo conmigo a casa.

El cangrejo que me dejó en la Puerta del Sol se me hizo interminable. Al bajarme, me encontré un grupo de sindicalistas que gritaban consignas obreras ante el Ministerio de Gobernación. Uno de ellos me ofreció un panfleto y me animó a que me uniera a su movimiento.

—Libres e iguales —me gritó—, alístate al movimiento anarquista para que los pueblos puedan romper las cadenas que nos atan.

En aquel momento a mí no me ataban más cadenas que las que me imponía el corazón las que, desoyendo cualquier resquicio de cordura, me hacía seguir amando a Enrique.

Me deshice del sindicalista cogiendo el folleto y dándole a entender que tenía prisa. Lo cierto es que desde que un anarquista asesinó a Cánovas, tenía muy poca simpatía por ellos y no es que no estuviese de acuerdo con sus reivindicaciones, no es que no creyese en la justicia social que con tanto brío pregonaban, es que abominaba sus métodos. Yo, al igual que mi padre, que a luchador hubo pocos que le ganasen, creía en la igualdad de derechos y oportunidades, en la liberación de la mujer y en la meritocracia. Pero sin violencia.

—Muera la monarquía —oí decir mientras me alejaba, y al poco apareció un pelotón de soldados a caballo.

No me quedé a ver qué pasaba. Como la mayoría de la gente, apreté el paso y me alejé de allí, segura de que aquella protesta se iba a resolver a golpes. Si no a tiros. Los anarquistas ya habían demostrado tres años antes que podían matar sin escrúpulos cuando hicieron estallar una bomba en la procesión del Corpus de Barcelona. Según nos hacían creer, la razón por la que Michelle Angiolillo asesinó a Cánovas fue precisamente la venganza por la represión que siguió a este atentado con torturas y algunas muertes de anarquistas en Montjuic.

Como si no tuviéramos bastante con lo que teníamos encima, un país con el orgullo dañado tras las guerras perdidas, añorante del pasado, pesimista y decadente...

Al entrar en el barrio de la Inclusa la cosa cambió. El aire estaba envuelto en sombras azules, un sol que parecía perder allí su fuerza abandonando a sus

habitantes a su suerte. En sus calles emboscadas había algo de vida, la misma que desaparecía al caer la tarde convirtiendo aquel territorio en una cueva de maleantes.

Me crucé con algunos aguadores que ofrecían a viva voz agua de no sé qué fuente, pues las casas no tenían. También había buscavidas, gentes que holgazaneaban sin más pretensión que recibir algún encargo con el que sacar unos céntimos. Al pasar por la iglesia de San Isidro encontré un pelotón de menesterosos pidiendo limosna y alguna beata de velo negro. A esas horas no había en el barrio un lugar más animado que su parroquia.

Cuando llegué a la calle de la Ruda no podía con mis pies. Los comercios para pobres estaban abiertos y algunos bastante animados. En el exterior, una bandada de perros vagabundos esperaban que les cayese algún desperdicio.

Don Venancio estaba en el zaguán de su vivienda, como siempre, vigilando en su silla las entradas y salidas de huéspedes, para que no se le colase ningún intruso. Al verme se levantó de súbito.

—Usted por aquí —me dijo—, ¿sabe algo de su amigo?

Sus ojos, habituados a rastrear las entrañas de los que por allí pasaban, me miraron con desazón. Le temblaba el bigote, señal inequívoca de que estaba nervioso. Su pregunta dejó a las claras que Enrique no había vuelto.

—No, precisamente vengo para saber si está aquí.

—Qué va, no sé nada de él desde que salió antes de que usted viniese. He llegado a pensar que le habría pasado algo o que habría decidido quedarse con usted. Eso mismo les dije a los que han venido preguntando por él.

—¿Cómo?

Mi reacción le hizo ponerse a la defensiva.

—¿Le han preguntado por él? —insistí—, ¿quiénes?

—No sabría decirle, señorita. Fue hace dos días, concretamente el domingo por la mañana. Vinieron dos hombres pidiéndome razón de Enrique Pérez-Ayala y yo, claro, les dije que no estaba y que llevaba días sin verlo.

—¿No le dijeron sus nombres ni para qué le buscaban?

—No, pero me dieron mala espina. Yo estoy harto de ver gente y a los que no son de ley los calo a la primera. Estos eran raros, tapados hasta las cejas con capa y chistera y no miraban de frente.

—¿Y usted qué les dijo exactamente?

—Pues eso, que el señor Pérez-Ayala no estaba, que salió el miércoles por la tarde y ya no volvió. Les dije también que usted vino el viernes preguntando por él y que andaba buscándolo, así que quizás lo hubiera encontrado y lo tenía alojado en su casa.

Debió notar don Venancio cómo se me aceleraba el pulso. Por razones que no conseguía entender, sospeché que Enrique era parte del rompecabezas en que se había convertido el asunto de la Mano Negra. Si no, cómo podía explicar que el cochero del marqués de Torreblanca con andares de pájaro le hubiese llevado al fumadero de opio.

—Supongo, entonces, que no está con usted —continuó don Venancio, sacándome de mis tribulaciones.

—No —tragué saliva—, ¿está usted seguro de que no ha venido él por aquí, aunque sea para recoger sus pertenencias?

—Como que me llamo Venancio Calatrava. De otra cosa no estaré seguro, pero de quién entra y sale de mi casa sí que lo estoy.

De eso podía dar fe yo misma. Aun así, insistí para que me abriese su habitación, a lo que accedió de mala gana y solo porque sabía que quien pagaba realmente el alquiler era yo.

Cuando entramos, se me encogió el corazón. La alcoba estaba fría como la piel de un cadáver, con esa pátina quebradiza de las hojas secas y, sin embargo, todo estaba como si él hubiese salido un momento y estuviese a punto de volver. La cama sin hacer, la ropa desordenada, unos zapatos por el suelo, una botella de absenta casi acabada en una esquina...

Sin yo saberlo busqué pistas por los rincones, alguna señal que me hiciese creer que él había pasado por allí o que volvería pronto. Me detuve en la foto mía que tenía apresada al cabecero de hierro y latón, imagen de unos tiempos en los que la vida nos sonreía y noté cómo mis brazos me pedían su cuerpo para recorrerlo y abrazarle.

Al salir del cuarto, aboné el alquiler de tres semanas a don Venancio y se le cambió la cara. En el fondo, no es que estuviese preocupado por Enrique, sino porque se le quedase la habitación vacía o, aún peor, porque no le pagase.

—No deje de avisarme si sabe algo de él. Mándeme un recadero a mi domicilio, que yo se lo abonaré.

Al caer la tarde me adentré en la Inclusa y llegué andando hasta El Gallo Azul. A esas horas el garito parecía un local decente. Sin putas ni bribones, podía pasar por un café de barrio con un pianista anticuado y unos cuantos borrachos, entre los que estaba Evaristo Martínez.

No quedaba ni rastro del que me ayudó a sacar a Enrique del fumadero, de esa sombra de ser humano liberado de drogas y vicios.

—¿Has visto a Enrique? —le conminé.

Tenía la mirada perdida. El alcohol le había secuestrado la voluntad y lo mantenía encerrado en una prisión infranqueable.

No me respondió, tan solo movió las pupilas hacia mi persona, lo suficiente como para que yo entendiese que dentro de su ser no había más que bruma, ripios de lo que un día fue.

Tampoco me ayudó el camarero, que solo me confirmó que Enrique llevaba días sin aparecer por allí. De él podía fiarme.

De regreso a casa me dio por pensar en cómo se las apañaría sin dinero ni para sus vicios, sin ni siquiera unas mudas de ropa. Me inquietaba pensar que unos hombres hubiesen ido a su pensión preguntando por él. Tal vez estuviese metido en algún lío sin yo saberlo, quizás en un asunto de deudas por temas de droga que él difícilmente podía afrontar.

Presentí estar ante algo sucio. El Enrique del último año era un hombre de voluntad quebradiza, de espíritu arrebatado por los narcóticos, una criatura que necesitaba arrullo, sobre todo, si se enfrentaba a un problema de esa naturaleza.

Cuando al fin llegué a mi altillo, todo seguía igual. El silencio, solo roto por el monótono péndulo del reloj de pared, y un puñado de enseres sin vida reflejados por la tenue luz de las farolas de la calle.

Me desabroché el corsé y tiré los zapatos donde no pudiese verlos. Estaba agotada. Con otra taza de café caliente entre las manos me tiré en el sillón y cerré los ojos.

Tenía que descansar. Y también relajarme. Lo mejor era olvidarme de él o, mejor aún, pensar que estaría bien y que pronto volvería a mi lado. De todos modos, había salido por su pie de mi casa y en su nota me decía que pronto sabría algo de él.

Decidí que me vendría bien concentrarme en el caso del librero de la

glorieta de Quevedo. Eso me permitiría tener la mente ocupada y, además, poner luz en un asunto que me llegaba a chispazos, con hechos aparentemente aislados que habían ido cayendo en mi cabeza como una tormenta y habían embarrado mi pensamiento.

Entonces sonó la puerta.

—¿Carmen Sotés?

Un chaval desharrapado me sacó de mis elucubraciones. Era un recadero que seguramente hacía el servicio por una propina y que llegó con la frente sudorosa y la respiración agitada, como si llevase un buen rato corriendo.

—¿Carmen Sotés? —repitió.

—Soy yo, ¿qué traes?

—Un recado para usted.

—¿Un recado? ¿De quién?

—Ni idea, el señor solo me dijo que se lo entregase. He ido antes a la calle Mesonero Romanos y allí me han dicho que quizás la encontrase aquí.

No tuve tiempo de hacerle más preguntas. Fue darle un par de monedas de propina y salió corriendo como alma que lleva el diablo.

Me quedé parada, atascada entre un ovillo de ideas enmarañadas y mirando al chico con trazas de mendigo mientras bajaba las escaleras de tres en tres.

La nota olía a colonia y estaba escrita con una caligrafía perfecta.

Él no se marchó por su voluntad, ellos lo han secuestrado.

Si quiere saber algo más, venga inmediatamente al café del Buen Suceso. Tenga cuidado, puede que la estén observando. Cúbrase el rostro y procure pasar desapercibida.

Me distinguirá por mi bombín.

JdB.

Fue abrir los ojos y el mundo se me cayó encima. El jergón donde había reposado doña Cristina estaba vacío y, en su lugar, tan solo había un pañuelo.

No sé cuánto tardé en salir de mi cavilación.

El cofre seguía bajo mi brazo, pero la bolsa de dinero que me quité del cinto para dormir, había desaparecido.

—Maldita seáis.

Acababa de amanecer. Había estado yo casi toda la noche en vela, vigilante por si alguien entraba en nuestro cuarto, mas en pasando las horas, caí rendido y debió ser entonces cuando doña Cristina se marchó.

Bajé presto a la cuadra y acredité que mi infortunio era grande, pues la zorra de la hija del gobernador se había llevado también el viejo rucio que compré el día de antes dejándome sin dinero ni pollino.

En esto que hallé al posadero haciendo labores en el huerto que junto a la fonda había y fui a él a preguntarle.

—¿No habréis visto por ventura a la doncella que ayer me acompañaba?

—Vive Dios que sí —dijo—, y bien que me extrañó que sola se marchase cuando el sol todavía no alumbraba.

—Pero y vos, ¿no le preguntasteis?

—Claro que sí, mas ella me pagó el hospedaje y me dijo que ya estaba acordado que vuestros caminos se separasen.

—Maldita alimaña.

Las horas siguientes fueron largas. Tenía la cabeza confusa y no sabía qué hacer ante tal encrucijada, ni adónde ir, sin dineros para seguir viaje.

Percatose el hospedero que había sido yo engañado y que la bruja de doña Cristina nada me había dejado para andar camino y, a Dios gracias, se apiadó de mí.

—En dos jornadas a pie podréis llegar a Melón, una pequeña aldea donde hay un monasterio que es habitado por monjes bernardos. Dicen que esos religiosos acogen a los peregrinos y les ayudan en sus necesidades.

—Mucho os agradezco el consejo, pero hasta allí sin comida ni abrigo no sé si podré llegar.

—Tened pues estas cebollas para matar el hambre y esta vieja ruana que os servirá de capote. Nada más puedo daros ya que aquí, lo que son dineros no hay.

—Bendito seáis. Que Dios os proteja.

Con la sola compañía del negro cofre de madera y cuero, un triste capón raído y un morral de cebollas, emprendí viaje a pie aquella mañana inverniza que ni el sol quería dar su cara a conocer.

No estaban mis ropas de mar hechas para caminos tan húmedos, ni mis botas para tantas leguas y menos aún mi cuerpo que, de tantos días de barco, se había acostumbrado al reposo. Pero no había más narices que aceptar mi sino y tratar de llegar al convento para poner mi futuro en manos de sus monjes.

Fue tan larga la marcha en soledad que tiempo para pensar tuve de sobra, siendo así que, por más vueltas que le daba, no atinaba a comprender por qué la sabandija de la hija del gobernador, que ya ni llamarla doña Cristina quería, no se había llevado consigo el arcón, aun a fuer de despertarme en el intento, si es que tanto valor tenía y tan buenas protecciones otorgaba. Y no hallé respuesta más que las prisas por alejarse de mí fueran grandes o que las historias que de él me contó no fuesen más que burdas mentiras.

También me pregunté aquel día adonde habría ido la muy canalla con mi burro y mis cuartos, y concluí que seguro que a ver al que dijo ser su amado, que vivía en Salamanca, y con quien señaló querer pasar el resto de su vida.

—Pues allá se pudra —rematé—, que a mí nada se me ha perdido en tan universitaria ciudad. Razones hallaré para explicar a su eminencia Portocarrero, o a quien en su nombre me espere en Cádiz, por qué llego sin ella. Mi conciencia está tranquila porque hice cuanto pude por cumplir con mi

promesa, mas no es el hombre, sino Dios quien decide nuestro albur y, si ella se marchó contra mi voluntad, será porque lo quisieron sus designios.

La noche me cayó en una villa que tenía por nombre Mondariz, donde una calzada antigua llevaba hasta un viejo balneario junto al río Tea. Allí dormí al raso, empuñando la espada y arropado por la vieja ruana que, por allí, de noche, el aire era helado y tan fino que se colaba hasta los huesos.

No debía estar yo en lugar bien protegido de ojos picaros, pues, en amaneciendo y con mi cuerpo aún adormilado, ocurrió que un ladronzuelo, se acercó por mi espalda y, arrebatándome el cofre de mi vera, salió corriendo con él. Cogí al instante la espada y le perseguí mas el zagal corría como liebre delante de galgo y vive Dios que por mis pies jamás le hubiera alcanzado.

Pero quiso la fortuna que, al poco de emprender carrera, el ratero resbalase y pegó con la cabeza contra una piedra haciéndole una grande herida que manaba sangre abundante. Allí le dejé malherido por tal fechoría, aunque le perdoné la vida y yo recuperé el cofre.

Y fue así como retomé camino, con el cuerpo dolorido y las ropas tiasas de frío. Para reponer fuerzas comí cebollas y anduve al paso que me permitían mis desgastadas botas y mis menguados músculos.

Mas no hay mal que cien años dure y aquella misma jornada, con las luces del sol ya perdidas, hallé el grandioso monasterio de altos muros y campanario esbelto junto al que se extendía un pequeño cementerio de monjes.

Traspuse el camposanto de cruces labradas en piedra y llamé a una puerta alta que daba entrada al cenobio. Al poco me abrió un monje, a pesar de que a aquellas horas los bernardos estaban durmiendo, pues se levantaban en plena noche para hacer su primer rezo.

—¿Qué se os ofrece? —me dijo.

—Necesito cobijo y ayuda. Os lo ruego por Dios.

No pidió más aclaraciones, ni saber quería cuál era mi gracia, así de generosos eran. Tan solo me hizo saber que a aquellas horas no había más albergue que el establo de las bestias donde el frío era poco y abundaba la paja.

Y hasta allí fui, cofre en ristre.

Fue una noche sin final, pues tenía el alma inquieta y desperté varias veces con la cabeza fija en cuanto me había acontecido en los últimos días, mi

galeón hundido, mis oficiales muertos, la sarracina que hicieron los ingleses, los encargos del rey, la pérfida doña Cristina... Además, con el hedor de la pocilga y el mío propio, que de tanto andar se me habían descompuesto los sudores, apenas pude dormir.

Mucho antes de cantar el gallo el monasterio tomó vida. Se oían por los pasillos pasos calmos y algunos cuchicheos. Después hubo rezos a coro y más tarde cánticos en latín.

Con el oído en la puerta, esperé largo rato a que alguien se acordase de mí. Salvo las plegarias y los cantos, allí todo era silencio. Palabras sueltas muy pocas, conversaciones ninguna, diríase que aquellos buenos hombres tenían por norma no hablar.

Al fin vino un monje flacucho con túnica blanca y escapulario negro.

—Buenos días, soy fray Gustavo.

—Buenos días, yo soy Íñigo Galarza, capitán de mar y guerra de galeón español que, por circunstancias del destino, me veo en tierra y sin blanca, teniendo que llegar hasta Cádiz. Doy gracias al Santísimo Cristo y a vustedes, piadosos monjes, por darme cobijo y abrigo.

—Es de misericordia cristiana ayudar al que lo necesita. Y decidme, ¿no es suficiente el dinero que lleváis en ese cofre para llegar hasta Cádiz?

Sin darme cuenta puse mi cuerpo de por medio para estorbar la mirada curiosa del hermano.

—No es mío este baúl. Y tampoco puedo abrirlo, pues, como seguramente habréis visto, está rodeado a maravilla por gruesos hierros y tiene unas cerraduras hechas con mucho ingenio para que nadie sino su dueño las abra.

—Honra merece quien no se quiere aprovechar de los bienes ajenos.

Sonrió por primera vez el hombre, lo que parecía que no había hecho desde hacía mucho tiempo.

—Si queréis comer algo, venid conmigo al refectorio. —Al darse la vuelta advertí su coronilla tonsurada—. Después podréis hablar con el abad y contarle vuestras cuitas, para que él vea si podemos ayudaros.

Sin separarme del cofre, le seguí por un claustro sombrío de arcos empedrados a un lado y aposentos al otro. Atravesamos una bodega que olía a vinagre y un calefactorio lleno de leña. Tras otro largo pasadizo, y detrás de las cocinas, estaba el refectorio.

Había allí un buen número de mesas de noble madera, ordenadas en filas y con asaces monjes comiendo. Los había con hábito blanco, la mayoría, y algunos de sotana más oscura que imaginé eran novicios por su corta edad. También hallé hombres sin túnica, familiares de los monjes por lo que supe más tarde, que vivían en el convento, haciendo sin serlo ellos, una vida monacal.

No más tomar asiento vino un fraile a servirme, pues era costumbre dellos que cada día uno atendiera al resto de sus compañeros, mientras que otro, desde un púlpito, leía las Sagradas Escrituras.

Comí sin decir palabra, que allí nadie hablaba, ni para dar las gracias. Y a fe que comían muy poco, un par de frutas y algo de hortaliza parecía bastarles, mientras que a mí me rugían las tripas como leones tras dos días a base de cebollas.

En terminando las lecturas sacras, el mismo monje espigado que me llevó hasta allí, me acompañó al aposento donde andaba el abad del monasterio.

Tuvimos que subir unas escaleras, y surcar varias celdas de bonitas ornamentas, la una del mayordomo, la otra del criado y al fin arribamos a la que llamaban celda abacial donde me esperaba un monje anciano que no necesitaba tonsura, pues su pelo era ya escaso y alejado de la coronilla.

—Sed bienvenidos a esta humilde casa de Cristo. Soy fray Gracián, abad deste monasterio.

—Loado sea el Señor y bendita vuestra reverendísima excelencia que me ha acogido, yo soy Íñigo Galarza, capitán de mar y guerra de galeón español.

Conté a aquel buen hombre mis andanzas, saltándome, eso sí, las que bajo secreto estaban, como las que atañían al negro cofre que llevaba conmigo o a la felona de doña Cristina, que sin cuartos me dejó. Aunque de aquello dije que había sido salteado en el camino, despojándome de caballo y dineros.

—¿Y adónde tiene que ir vuestra merced? —me preguntó, dándome el trato que, como capitán, me correspondía.

—Hasta Cádiz donde me esperan para entregar este bulto que en La Habana me encomendaron —respondí sin más detalles—, y marcharme luego a Sevilla, donde mi familia me aguarda.

Frunció fray Gracián el ceño y quedose observando largo rato el cofre de los tres candados.

—¿Y qué es lo que lleva en ese bulto, si no es mucho preguntar?

—Pocos datos me dieron sobre su tenor, y son tantos los fierros que lo rodean y tan especiales los cerrojos que lo protegen, que no he podido yo verlo.

Vive Dios que no me gustaba tanta aclaración sobre el arcón, ni la mirada del abate que en algo me decía que aquella pieza le resultaba familiar. Tanto que lo aparté de su vista poniendo otra vez mi cuerpo por medio.

—¿Podrá vuestra reverendísima excelencia ayudarme?

Anduvo el anciano un rato con las manos trabadas antes de echar a hablar.

—Aquí dineros no tenemos, ni tampoco animales para dispensar a nuestros visitantes. Si permanecéis con nosotros por un tiempo y trabajáis la huerta, podréis vender lo que della saquéis a los mercaderes que a menudo nos visitan y, con lo que os den, quizás podáis continuar camino.

—Pero eso me llevará mucho tiempo.

—No sabría deciros, aunque si queréis un consejo de viejo, no tengáis prisa en iros. La vida monacal alimenta el alma y, cuando la conozcáis mejor, puede que os plazca y que, a vuestro propio albedrío, decidáis quedaros con nosotros.

—No quisiera defraudaros, pero lo que más deseo en este mundo es encontrar a mi esposa y a mi hija, que me esperan en Sevilla. Decidido tengo ya dejar el mar y pasar lo que me quede de vida al lado dellas. Dedicar mi vida al Altísimo, que como creyente que soy le tengo alta fe, no es vocación que haya de llegarme ahora.

—No cerréis nunca vuestro corazón a la llamada de Cristo —contestó y en verdad que me dejó confundido, pues quiso parecerme, que una vez entrado allí, difícil era salir.

Acabó nuestra conversación en este punto, sin que fray Gracián me alumbrara otra solución, así que, ante la falta de alternativas, acordé quedar por unos días en el monasterio, trabajando la tierra.

El anciano abad, tan resuelto a complacerme, me atribuyó una celda de peregrinos con cama y ventana a un amplio valle y fue tan amable que hasta me acompañó a que la viera.

«*Bernardus valles amabat*», díjome para justificar tan bella vista.

Voto a tal que no me parecía natural tanto agasajo a un desconocido, hasta

el punto de que llegué a dudar si era porque vio en mí, hombre de estudios y letrado en latín, a un buen candidato para engrosar las filas de los religiosos, o porque tenía echado el ojo al cofre de negro cuero que con tanto apego miraba.

—Venid esta tarde a la *Lectio Divina* y escucharéis la palabra de Dios. Tal vez os plazca lo que allí se enseña.

No le hice caso y ese día lo pasé solo, encerrado con el cajón en mi aposento y saliendo tan solo a comer y a contemplar el huerto en el que fray Gracián me propuso trabajar. No quería parecer descortés, pero tampoco dar alas a la idea de que podría quedarme allí y convertirme en religioso.

Vi también unos talleres donde los frailes ocupaban su tiempo con trabajos manuales a los que eran muy aficionados y una gran biblioteca donde copiaban manuscritos a la luz de grandes cirios. Hacían los monjes sus labores en silencio, sin derrochar ni una sola palabra que no les pareciese necesaria, costumbre a la que yo me habitué pronto, para no llamar la atención.

—Paz interior y contemplación—decía fray Gustavo, al ver cuán pasmado estaba yo de tanto silencio—, así es nuestro modo de vida.

Aunque el convenio que me propuso el abad no era para mí plato de buen gusto, salir de Melón sin cuartos ni caballo me condenaba al fracaso, así que el segundo día empecé a cultivar la huerta con la esperanza de recaudar los dineros necesarios para seguir camino.

Era la primera vez que me separaba del arca desde que puse el pie en tierra. La dejé bajo la cama de mi celda junto a mi espada sin que pudiera echar la llave, pues no había, y rogando a Dios que tan presente estaba en aquellos lares, que nadie me la quitase.

Y fue así que me vi labrando la tierra, yo que de cultivos nada sabía, con poca ayuda de los monjes, que por no hablar ni consejos daban.

Grande fue mi sorpresa cuando al volver a mi alcoba, ya caído el sol, encontré sangre en la hoja de mi espada. No era mucha y aún mojaba, pero en no siendo mía, no podía ser más que de otro que anduviera hurgando por debajo de mi camastro, donde también estaba el baúl.

Al día siguiente pregunté a fray Gustavo, que nada me supo decir. Aquella mañana en el refectorio, yo mismo estuve pendiente de las manos de monjes, novicios y familiares para ver si en alguna encontraba herida que me ayudase a comprender quién había estado intentando robarme el recado que con tanto

ahínco estaba yo protegiendo.

Por más manos que miré no hallé en ellas ningún pinchazo, no vi a nadie lastimado, así que empecé a dar por cierto lo que doña Cristina me dijo sobre el cofre y sus protectores poderes que mantenían lejos del peligro a aquel que lo poseyera. Hasta el punto que, atando cabos, llegué a la conclusión de que el zagal que se malhirió tratando de arrebatármela no fue víctima de un resbalón, sino del hechizo del cajón, que parecía cosa de brujas.

Y así pasaron las jornadas, con mis manos cada vez más encallecidas y tanta mi entrega que los monjes se apiadaron de mí y fueron dándome parte de sus cosechas.

Hasta que llegó el día en que vinieron los mercaderes y en vendiendo todo lo que tenía, me dieron quince reales, que poco me parecieron para el mucho esfuerzo con los que lo conseguí.

Con tan escaso dinero no podía llegar a Cádiz, ni tan siquiera a Madrid, en cuya corte acaso estuviese el cardenal Portocarrero o incluso al mismo rey, si bien supe entonces que cada miércoles pasaba por Melón una diligencia que llevaba a Salamanca. Costaba diez reales, fonda, comida y correo y en tan solo tres días llegaba a la docta ciudad.

Acordé pues emprender viaje y tratar de ese modo de poner fin a mis apreturas. No sabía si allí encontraría o no a la traidora de doña Cristina, mas si algo tenía claro es que para llegar a Cádiz, no tenía más remedio que recuperar mi bolsa.

Por lo demás, Salamanca no era ciudad grande, y di por seguro que preguntando aquí y acullá, terminaría encontrándola.

Dispuesto, si fuera preciso, a usar mi espada, para arrebatarse a aquella ladrona lo que era mío, aquella noche me despedí de fray Gracián y de cuantos monjes me acogieron en ese tiempo y, con el negro cofre de cuero y madera a cuestas, una vez más, proseguí la travesía.

Fue como si me cayera un jarro de agua fría, un golpe que me sacudió el alma. Respiré varias veces tratando de calmar mis pulsaciones, tratando de controlar un mundo que parecía derrumbarse ante mí como un gigante con pies de barro.

Leí decenas de veces aquel mensaje de letras ensortijadas. Una parte de mí se resistía a creer lo que en él estaba escrito.

«... ellos lo han secuestrado».

Por más que intentase evitarlo, el papel temblaba entre mis dedos.

«Cúbrase el rostro y procure pasar desapercibida».

El café del Buen Suceso estaba cerca de mi casa, en una calle transitada del barrio de Pozas, aunque yo nunca había entrado en él. Seguramente porque me parecía poco apropiado para una señorita. Por las noches se llenaba de gente para tomar chatos de vino mientras veían a una pareja de baile que actuaba a diario. Alguna vez escuché mucho ruido al pasar por la puerta, lo que me llevaba a pensar que era un local tirando a ramplón.

Aun así tenía que ir, no me quedaba más remedio. Afortunadamente, era muy pronto para el baile, tal vez estuviese todavía tranquilo con apenas gente, salvo el tipo que me escribió aquellos malditos renglones cuyo significado quería a toda costa desvelar, esperándome en un velador.

Sacando fuerzas de flaqueza, me arreglé un poco y tiré de la puerta ahogando los hipidos de un llanto que no estaba dispuesta a que aflorase.

La tarde adormecía entre espesuras y cielos de color ceniza. Algunos adornos callejeros recordaban la llegada de la Navidad, días de amor y buenos deseos que para mí venían teñidos de negro.

Tampoco estaba Madrid para grandes fastos, tras los últimos fracasos políticos y militares, la ciudad se ahogaba en su propia pena, como si estuviese obligada a expiar sus pecados.

Atravesé la calle Solares bajo el eco ronco de una tormenta lejana, la misma que se había empeñado en gobernar mi vida en aquellos días.

Iba tan abstraída que un vehículo a motor estuvo a punto de atropellarme al cruzar la calle.

—Mujer, mire por dónde va —me dijo el conductor, tras hacer sonar la bocina.

Tuve el presentimiento de estar metida en un buen lío, de ir caminando por un precipicio en el que podía caer en cualquier instante. Entonces decidí que tenía que ser fuerte, que debía exigir a quienquiera que hubiese escrito la nota, una explicación de lo que estaba ocurriendo y poco a poco fui armándome de valor. De repente sentí una fuerza interior que me espoleaba y me animaba a comerme el mundo.

Nada más llegar al café del Buen Suceso me detuve frente a su vidriera y divisé su interior. Pronto distinguí el bombín, el de un señor que estaba sentado solo, con una taza de café delante y un periódico doblado sobre la mesa.

No había mucha gente, tampoco los bailarines, que imaginé actuaban más tarde, y ninguna mujer, como en la mayoría de los cafés de Madrid, salvo en algunos de boato y acompañadas de sus maridos.

Me detuve un minuto a mirar a aquel hombre antes de entrar. Era un señor mayor, de unos sesenta años, con un frondoso bigote bajo el que se adivinaban unos labios carnosos y el pelo engominado. Vestía chaqué y pantalones grises de rayas claras y oscuras, un ropaje poco consonante con las vestimentas del resto de los clientes. Bajo la chaqueta asomaba un chaleco negro y una camisa blanca de cuello duro sobre el que se anudaba una corbata de plastrón. Su cara me resultó conocida.

Empleé unos segundos para mentalizarme una vez más, quería estar preparada para soportar cualquier envite, mantenerme firme en mi propósito de esclarecer lo que estaba ocurriendo, harta ya de que unos y otros me toreasen.

—Buenas tardes —me planté frente a él con la actitud más desafiante que

fui capaz de componer.

A mis espaldas escuché unos susurros de algún pasmado que se sorprendió de ver a una mujer entrar sola en el local. A mí poco me importaba. Él me miró detenidamente casi sin pestañear. Tenía los ojos grises y penetrantes y una piel blanquecina, casi de porcelana.

—Buenas tardes. Siéntese, por favor.

Me resistí a seguir sus indicaciones. Quería mostrarle que no iba a dejarme engatusar por sus palabras.

—¿Quién es usted? ¿Cómo se atreve a entrometerse en mi vida? —le imperé.

—Llevo días procurando su ayuda, lo confieso, solo que ahora usted también necesita la mía y el tiempo apremia. Por eso le he pedido venir. ¿Ha podido asegurarse de que no la han seguido?

Obvié la pregunta. Era yo quien debía conducir la conversación y aquella forma misteriosa de justificar nuestro encuentro no me parecía más que una estratagema o una desfachatez.

—Si quiere ayudarme lo que tiene que hacer es denunciar a la policía cualquier delito del que tenga conocimiento y no decírmelo a mí del modo en que lo ha hecho.

—Le sorprendería saber de qué lado está la policía en ciertos asuntos.

—Déjese de monsergas —añadí aún de pie—, ¿qué significa lo que me ha puesto en su escrito?

Al levantar la voz noté que la concurrencia se callaba. Tuve la impresión de que, a falta de bailarines, querían seguir nuestra conversación.

—Sencillamente eso —susurró—, que a su amigo lo han raptado.

—Mi amigo está a salvo, recuperándose fuera —afirmé con toda la contundencia que pude.

—¿Ha podido usted comprobarlo?

—¿Por qué habría de hacerlo?

—Porque se llevaría una desagradable sorpresa. De todas formas, piense un poco, ¿tenía su amigo dinero para marcharse?

Llevaba razón. Yo misma me había dado cuenta de que no cogió nada del cajón donde guardaba mis ahorros ni del joyero de las monedas.

—No es eso lo que ponía en la nota que me dejó.

—No fue él quien la escribió, sino ellos.

—¿Quiénes?

Noté cómo se me quebraba la voz. El señor pidió un vaso de agua y me invitó otra vez a sentarme, aunque yo me negué.

Esperó un tiempo que me pareció eterno antes de responder. Sabía que yo estaba alterada y supongo que prefirió que llegara el agua antes de seguir.

—Ellos. La orden —murmuró, acercando su cabeza a la mía.

Me senté de golpe. Quizás no fue lo que me dijo, sino la forma en que lo hizo. Daba la impresión de que sus palabras escondían un mundo de misterios y peligros que yo no era capaz de calibrar. Y daba también la impresión de que él lo conocía como la palma de su mano.

—¿Qué orden? ¿La Mano Negra?

No respondió, aunque hizo un gesto minúsculo de fastidio que recompuso en tan solo un segundo. Intuí que se había preparado para esa pregunta y también para no contestarla.

—¿Con qué derecho me manda venir aquí para luego no decirme lo que está pasando? —levanté la voz.

Un par de parroquianos torcieron la cabeza otra vez para mirarme. Sabía que tenía que hablar bajo, pero no podía evitarlo.

—No puedo romper mi voto de silencio —musitó sin perder la compostura—. Por favor, tranquilícese, he tomado muchos riesgos viniendo hasta aquí porque quiero ayudarla... y que usted me ayude a mí.

Un destello de tristeza atravesó su rostro, una estela de luz negra que apagó su mirada. En sus ojos vislumbré el lejano brillo de un llanto largamente contenido.

—¿Qué quiere de mí?

Me sorprendí hablando bajo. Tal vez una parte de mí quisiera creerle y estaba empezando a apiadarse de él sin ninguna razón aparente.

—Que me ayude a acabar con esta bestialidad —me dijo—. Solo usted puede hacerlo.

—¿Ah, sí? ¿Y qué se supone que tendría que hacer? —volví a escupir las palabras.

—Poner fin a tantos años de oscuridad.

—Yo ni siquiera sé quiénes son y me da la impresión de que usted

tampoco está dispuesto a decírmelo.

—Puedo ayudarle a seguir la senda correcta.

—¿La senda correcta? ¿Para qué?

—Ya se lo he dicho, para acabar con este sinsentido. Y para salvar a su amigo.

Nos miramos fijamente. Había apretado el mentón y enarcado las cejas. Su ceño encerraba una preocupación indisimulable.

—Ellos se han vuelto locos —añadió.

Una idea desgarradora me martilleó la cabeza.

—¿Van a matar a Enrique?

—En realidad, es a usted a quien quieren, era a usted a quien iban buscando cuando fueron a su casa, pero al encontrar a su amigo se lo llevaron como cebo.

—¿Cómo cebo?

Estaba tan atónita que no paraba de repetir sus palabras.

—Con él en sus manos, buscarán la forma de tenderle una trampa para atraparla a usted.

Sentí una sacudida en el cuerpo.

—Pero, ¿por qué? ¿Por la maldita crónica que escribí en el periódico?

—No se equivoque, a usted la observan desde hace mucho tiempo, y si quiere que le sea franco, también le temen. Lo que escribió sobre Saturnino fue la gota que colmó el vaso.

No daba crédito a lo que estaba oyendo, era como si me hablase de otra persona, de otra vida diferente a la mía. Aquello no podía ser más que un lamentable error.

—¿Quién me observa? ¿Quién me teme? Precisamente a mí, que soy una mosquita muerta.

—La vigilan desde el instante en que usted entró en el periódico, temiendo que algún día se fuese de la lengua. Ahora ya ha traspasado el umbral. Para ellos, ha transgredido la ley suprema.

—Sabe qué le digo, que me importa un rábano la maldita orden y sus leyes de locos. A mí lo único que me importa es Enrique. Espero que no se atrevan a hacerle daño.

—Su amigo está en grave peligro y también usted. Si quiere salvar la vida

de los dos, no le queda más remedio que actuar para que dejen de existir.

Una parte de mí empezó a creerse aquella increíble historia, quizás fuesen sus ojos claros y su forma de mirar o quizás la necesidad de agarrarme a algo que terminase explicando cosas que hasta entonces no tenían explicación.

—Está bien. Dígame qué debo hacer según usted.

Se tomó un segundo. Antes de contestar, apuró el café y se recompuso el lazo de la corbata de plastrón.

—Vaya a ver a don Rafael Gasset y dígame que ellos han raptado a su amigo.

Las ideas empezaron a fluir rápidamente por mi cabeza. Trataba de encontrar alguna conexión entre el secuestro de Enrique y el director de mi periódico, algo que me ayudase a comprender por qué tenía que ir a verle. La reacción de mi director cuando le conté el asesinato del librero y su decisión de apartarme por un tiempo de la redacción me parecieron sin sentido o, en todo caso, desproporcionadas. Quizás fuesen parte de una historia que corría a mis espaldas y de la que tanto Enrique como yo éramos protagonistas sin saberlo. Una fuerza interior me empujaba a saber más de aquel señor y de sus intenciones.

—¿A don Rafael Gasset?

—Dígame también que se ha despertado la bestia y que están decididos a ejecutar el plan que llevan madurando casi dos años.

No podía creerme lo que estaba oyendo.

—Pero, por favor, no le hable de este encuentro a nadie —insistió—. Podría ser mi sentencia de muerte.

Lo dijo con un tono plano, como si estuviera ausente o no fuera él quien hablaba. Recordé que en pocos meses se había producido el envenenamiento de Miguel de Valdivia, el supuesto ataque al corazón de Genaro Alcalá y el ahorcamiento de Saturnino de la Vega, muertes que parecían tener un luctuoso nexo común tras las que bien podía estar la Orden de la Mano Negra.

—¿Qué me tiene que contar mi director?

—La razón por la que está usted metida en esto.

—No tengo por qué creerle. Si Enrique estuviera preso, me lo habrían dicho de algún modo.

—Lo harán antes de la noche del solsticio de invierno, en menos de tres

días.

Recordé que en el manuscrito de Genaro Alcalá se decía que la orden tendría su próxima junta en la noche del equinoccio y me lancé al vacío.

—Porque se ven cada tres meses en una vieja ermita —aseveré.

—Veo que no pierde el tiempo —sonrió por primera vez—. Tenga cuidado, ellos no le pierden ojo. Y procure no caer en sus trampas.

—¿Dónde está esa ermita donde celebran sus cónclaves secretos?

No respondió.

Aquello parecía un maldito juego, un laberinto de adivinanzas hecho para esquizofrénicos. Y, sin embargo, no tenía más remedio que seguirlo.

—Escuche, si en verdad se ha cometido un secuestro, seré yo misma quien lo ponga en manos de la policía.

—Ni se le ocurra. Hable con don Rafael Gasset y, con lo que le diga, vaya a ver a Eduardo Dato.

—¿Al ministro de Gobernación?

—Solamente él puede parar esta barbarie, solo él puede poner fin a esta calamidad.

El hombre se levantó, lo que me permitió ver sus hechuras. Era más bien bajo y rechoncho, aunque el hongo lo hacía un poco más esbelto.

Al ponerse de pie pude ver que portaba en la solapa la misma insignia que llevaba el librero de la glorieta de Quevedo, la del ángel empuñando una espada que, según descubrí en la biblioteca del casino, se asociaba al arcángel San Miguel. Más abajo, el acrónimo «L.E.» que encontré junto a la insignia del arcángel en el misterioso libro de la biblioteca del Casino.

No pude evitar el arrebató.

—Lleva usted el mismo emblema que el difunto Saturnino de la Vega.

—Éramos más que amigos.

—Unidos por San Miguel, el Guardián del Cielo. Me pregunto qué significan las letras «L.E.».

Me miró con severidad. Tuve claro que, para él, aquel era un territorio prohibido, un asunto del que no quería hablar.

—Pronto lo sabrá.

Recogió la capa española que había dejado colgada en la percha y empezó a ponérsela.

—Ahora tengo que irme. Por favor, no cuente a nadie lo que hemos hablado, ni siquiera diga que nos hemos visto. De hecho, salvo que sea estrictamente necesario, no debemos vernos más hasta que todo acabe. Recuerde que nos vigilan.

Cuando se iba me extendió su mano para despedirse, aunque yo seguía abstraída y ni se la estreché.

—Hágame caso y todo saldrá bien. Hágalo por su padre.

Ante mi pasividad se dio media vuelta y comenzó a andar.

—Oiga —acerté a decir antes de que se alejase—, ¿puedo saber su nombre?

Mientras me hacía un tocado de sombrero pensé de nuevo que aquella cara me decía algo.

—Soy José de Baeza, el marqués de Torreblanca.

Salamanca era como la había imaginado, una villa despierta, afanosa y de juventud abundante. De algo debía valer la cantidad de gente ilustrada que pisaba sus calles ya fueran doctos profesores, ya fueran aventajados estudiantes.

La carroza paró en una plaza sobre la que se levantaba la nueva catedral, un edificio majestuoso construido junto a la antigua para mayor gloria de los salmantinos.

Las apreturas monetarias no me permitieron renovar mis ropajes ni las desgastadas botas que calzaban mis pies y, por más que traté de mejorar la catadura afeitándome las barbas y tomando un baño en el monasterio de Melón antes de emprender camino, en muy poco se asemejaba mi figura a la del capitán de galeón español que no tanto tiempo atrás paseaba por los puertos de medio mundo.

Y a fe que eso me inquietaba, pues para encontrar a doña Cristina habría de llamar a puertas y preguntar a gentes que con menesterosos no querrían juntarse. Y menos aún con bandidos.

Anduve al principio aturdido, con el negro cofre bajo el brazo y el traqueteo del carruaje apostado en mis huesos. Me senté en un poyete al endeble sol de invierno a ver pasar a gente con la esperanza de que se me ocurriese alguna forma de hallar a la hija del gobernador de La Habana y, al cabo de un rato, me percaté de que la mayoría de los vecinos iban en una misma dirección, así que fui hacia allí.

El lugar al que acudían resultó uno que llamaban las Escuelas Mayores, un edificio pomposo, con escudos y filigranas en su fachada y tanto trabajo de

cantería, que bien habrían tardado siglos en labrarlo. De allá entraban y salían jóvenes en manadas y es que, por lo que supe entonces, los estudiantes en Salamanca superaban los dos millares, sus cátedras llegaban a sesenta y a cinco sus facultades.

—No encontraré nunca a esa puta —imprequé, mirando al cielo.

Sin nada mejor que hacer, me metí en aquella edificación y andorreé por un claustro de altos arcos donde jóvenes con libros bajo el brazo hablaban en corros y reían con estrépito. Mujeres no había, al menos ese día, lo que me hizo pensar que no encontraría por aquellos lares a doña Cristina y, si por azar estuviese allí su amado, yo no habría de reconocerlo, pues nada de su identidad sabía.

Así que dejé a mis pies que me fueran marcando el camino y me llevaron a una plazuela que llamaban de la Reina, rodeada de casas humildes de planta baja donde a esa hora mercadeaban frutas y chacinas a voz en grito. Estaba mi tripa tan vacía que fue ver aquellas pitanzas y empezó a rugir como un león en la selva. Me aparté a un lado raudo para que no me tomasen por menesteroso cuando me percaté de que unos muchachos cuchicheaban frente a mí.

—¿Qué vendéis? —preguntaron, al ver que llevaba el pequeño arcón de cuero y madera apoyado en la cadera.

—Nada, esto no está en venta —les aclaré.

—Pues a mí me podría interesar —apuntó uno de pelo hirsuto—, parece de buen labrado y seguro para guardar cosas en él, ¿cuánto pediríais por él?

—Ya os digo que no lo vendo.

—¿Es por lo que tiene dentro? —insistió el joven—, a mí eso no me importa. Quedaos con su contenido y vendedme el cajón.

¡Cómo si fuera tan fácil sacar de él lo que dentro había! —pensé para mis adentros.

—No es eso —respondí—, lo cierto es que este cofre no es mío, y tengo el encargo de llevarlo hasta su amo. Y si estoy en Salamanca —aproveché—, es porque una mala pécora, de nombre doña Cristina Lasso de la Vega, robome mi bolsa y cuantos dineros tenía. Vengo en busca della para que me devuelva lo que es mío.

Extrañáronse los muchachos por la facundia con la que les hablé sin ser conocido y debí caerles en gracia, porque, lejos de hacer chanzas de mi mala

fortuna, hicieron por auxiliarme.

—Si queréis encontrar en Salamanca a esa dama forastera id a preguntar al sitio adecuado, que en esta ciudad no faltan alcahuetas y metijonas y lugares de vino donde las gentes pierden la lengua.

—Me sería de gran ayuda si me decís por dónde empezar, porque tiempo no me sobra.

—Venid con nosotros si queréis —se animó el que era pelado—, que os invitamos a un vaso y, de camino, os mostramos el barrio de la ciudad donde todo se sabe.

No era vino lo que me pedía el cuerpo, sino tocino y hogaza, mas no podía despreciar tan amable ofrecimiento, así que con ellos partí, sin sacarme del sobaco el negro cofre que habría de devolver al emisario del rey.

Y atravesando plazuelas donde abundaban los soldados, pues corría el rumor de que Portugal iba a tomar partido por el archiduque Carlos y entrar en armas contra nuestro rey, llegamos a unas calles angostas y malolientes donde, a esa hora de la tarde, el sol ya no llegaba al suelo.

Las gentes que nos cruzamos parecían más pendencieras y amigos de usar el hierro que de dar razones de doña Cristina, así que empuñé mi espada por lo que pudiera pasar y no perdí ojo a esquinas y recovecos.

Y en arribando a una callejuela que apestaba a orines, vimos una tasca de sucias paredes y puerta chica de la que salían risotadas y cantos. Entré allí con los mozos, que eran en ella conocidos, pues no más llegar el cantinero, sacó una jarra de vino y vasos con que tomarlo.

Fue grande el calor que sentí cuando el vinorro atravesó mi gazonete y mucho el aturdimiento que sus efluvios me produjeron, pues hacía días que no caía nada en mi estómago y, desde que perdí mi galeón, mi cuerpo no había dejado de flaquear.

Por si fuera poco, los chavales tenían gana de juerga y pidieron otra jarra de la que bebí más vasos.

—¿Veis al cantinero? —habló el ensortijado de pelo que dijo llamarse Esteban—, ese está al tanto de cuanto pasa en Salamanca. No se mueve un pelo sin que él se entere.

—¿Creéis que pueda saber dónde se esconde doña Cristina?

—Preguntadle y veréis. Seguro que os dice algo.

Y acullá fui sin dudarle, con el espíritu alegrado por el vino y terciada mi voluntad por sus vapores. Y, al preguntarle por la hija del gobernador, el hombre levantó la ceja que le atravesaba la frente de lado a lado y arrimó su cabeza a la mía.

—No sé si será la misma —susurró, escupiéndome su fétido aliento en la oreja—, mas unos días ha, una joven forastera arribó a la ciudad en burro.

—Esa es —afirmé.

Sonrió el cantinero haciendo gala de una sarta de dientes podridos cuando no mellas.

—Pues fue mala su fortuna.

—¿Qué ocurrió?

Que el hombre que andaba buscando ya se había desposado con otra.

Atónito me dejó, que hasta los efectos del vino se marcharon de mi cuerpo como alma que lleva el diablo.

—Y entonces, ¿dónde está ella?

La ceja del cantinero volvió a subir hasta casi tocarle el pelo.

—No ha venido por esta tasca aún nadie contando ese desenlace, aunque siendo cosa de mujeres, preguntadle mejor a la Virtudes que, además de bruja y puta, es la mayor metijona que pisa Salamanca.

Debió advertir el bodeguero que era mucho mi desconcierto, así que sin que yo nada dijera se adelantó a mi pensamiento.

—No es lejos de aquí el sitio donde encontrar a la Virtudes y a fe que no os perderéis en el arrabal de Salamanca, pues, aunque son muchas las mancebías y casas llanas, están todas muy juntas y las cotarreras, entre ellas, bien se conocen.

Comoquiera que no había nada más importante para mí en aquel momento que dar fin a aquel enredo, agradecí a los muchachos su convite y marché con las indicaciones del cantinero en busca de la casa de mancebía donde habitaba la Virtudes. Y no me fue difícil hallarla, pues las sucias calles de aquel barrio estaban plagadas de coimas arrabaleras, que entre soeces ofrecimientos e imprecaciones me fueron indicando el camino.

Y fue así que, en cayendo la tarde, llegué a una casa llana de la que salían varones a medio vestir. Y pregunté a uno dellos que si de la Virtudes podía darme razón y me señaló sin hablar un tabuco que tenía por puerta una cortina

de sucia tela.

No hube de pensarlo mucho, aunque entré con la mano en la empuñadura por si aquello fuera una trampa y hubiese que usar el acero, lo que hallé fue una señorona, entrada ya en años, sentada tras una mesa y con unos escotes que dejaban al aire buena parte de sus tetas.

—Pardiez, ¿quién osa entrar así en mi casa, armado como un corchete? — me gritó con voz rancia.

—No os alarméis, por Dios os lo ruego, que solo vengo en busca de ayuda.

Tenía a sus espaldas un cacharro con muchos botes que imaginé eran pócimas y filtros de los que usaba para sus brujerías.

—Si puedo dárosla y está bien pagada, será toda vuestra.

—Ojalá que sea así. Respecto al pago me temo que nada podré daros, pues fui salteado por una que se llevó toda mi plata.

—Avispones no nos faltan en esta ciudad, pero no pidáis a una puta que trabaje por nada a cambio, si no es para su rufián. Algo podréis darme, aunque sea el cajón que lleváis encima.

Se lo quité de la vista.

—Eso no puedo hacerlo por no ser mía esta mercancía y tener promesa de devolverla. Mas escuchadme antes, es poco lo que pido y tal vez podáis dármelo por caridad cristiana.

—Quizá os sorprenda saber que no estoy muy bien con Cristo y no creo que un favorcillo me vaya a arreglar con él. Pero venga, largad qué os trae hasta mí.

—La persona que me robó, que para más señas es hembra, debe andar por Salamanca y, desairada por su amante, que ya había contraído matrimonio. Supongo que habrá buscado otro acomodo.

—Menuda felona.

—¿Sabéis de ella?

—¿Cuánto os robó?

—Una bolsa llena de monedas.

—¿Me daréis entonces diez reales de plata si os ayudo a recuperarla?

Reflejos no le faltaban a la vieja puta, que olía el dinero desde lejos. Y no se conformaba con unos cuantos maravedíes.

—Hecho. Contad con mi palabra.

Se levantó la Virtudes contenta por el buen trato y yo pude verla de cuerpo entero, sobrada de arrobos y falta de telas.

—La moza que andáis buscando, que al parecer tiene buena figura, se metió en un convento, en el de las Dueñas para más señas, donde pidió cobijo. Dicen las lenguas que a un familiar ha escrito para que la acogiera en su casa y que espera su respuesta. Lo que nadie me había dicho es que debajo de la falda tiene una bolsa llena de monedas, que además son robadas. Como dice el refranero, las apariencias engañan.

Las suyas, desde luego, poco engañaban, pues la pinta de furcia le rebosaba por las orejas.

—¿Dónde está ese convento? Quiero ir a verla sin demora.

—Mucho me temo que a estas horas nadie os abrirá la puerta. Las monjas son de recogerse pronto y, en pasando la hora, no atienden ni al mismísimo papa de Roma.

Maldije mi suerte y maldije mi sino. Pareciera que los cielos se habían puesto en mi contra. Debió la Virtudes percatarse de mi infortunio, ella que se jactaba de ser bruja.

—No desesperéis, por un puñado de maravedíes, aquí tenéis posada.

—Si ya os he dicho que no tengo dineros.

—Pero los tendréis cuando halléis a esa rata de cloaca. Añadidlo a lo ya acordado y buscad un jergón donde reposar los huesos en el piso de arriba.

Y allí fue donde acabé aquella noche, yo que había paseado el nombre de España con altanería, yo que había capitaneado un galeón y estudiado armas en la Universidad de Mareantes de Triana hasta alcanzar el grado de capitán de mar y guerra, me tuve que conformar aquella noche con dormir en un vulgar lupanar.

Cuando llegué a mi buhardilla tuve el presentimiento de que mi vida se dirigía contra un muro o que estaba entrando en un cenagal de arenas movedizas en el que podía quedarse varada. Era como si estuviera viviendo una obra de teatro cuyo final se acercaba inexorablemente y su desenlace tuviese tintes trágicos.

La conversación con el marqués de Torreblanca me había dejado aplanada, aquella extraña historia urdida a mis espaldas, el más que posible rapto de Enrique, el secretismo de su código de silencio, sus oscuros consejos. Tenía sus ojos claros clavados en mi mente y me querían decir algo que no llegaba a entender.

Traté de recomponer la figura del marqués con las piezas que ya conocía. Recordé que Pascual Garrido me había dicho que era un tipo solitario y antimonárquico, que no se prodigaba en actos sociales donde apareciese la regente o la aristocracia. Por los palafreneros del cementerio supe que era viudo y por Pascual que era médico y llevaba a cabo una labor humanitaria atendiendo a enfermos pobres en su casa. También que su hijo mayor desapareció al cumplir los veintiún años.

Con esos mimbres armé sin darme cuenta el retrato de su vida. Lo imaginé un hombre acosado por un mundo hostil al que no le gustaba asomarse y del que se defendía auxiliando a los más necesitados, un hombre a la vez taciturno y altruista que prefería pasar desapercibido por la faz de la tierra.

Y, sin embargo, poseedor de los más intrincados secretos de la orden.

Un regusto amargo me vino a la boca. De repente me vi demasiado pequeña, demasiado imperfecta para resolver el batiburrillo de enigmas que

trepaban por mi mente como enredaderas.

La vida me había enseñado a caminar contra viento y marea, desde el día en que mi padre me soltó la mano y me adiestró a seguir sin su ayuda, pero de una forma o de otra, siempre había tenido a quién recurrir si el firmamento se nublaba o me faltaban las fuerzas. Ahora no tenía a nadie.

Para seguir la senda era imprescindible atar los cabos sueltos, colocar bien las piezas del rompecabezas que fueron apareciendo en los últimos días, en el cementerio de los suicidas, en los papeles que guardó Genaro en su escondrijo secreto, en la biblioteca del Casino, en el despacho de Pascual Garrido...

La Orden de la Mano Negra era una organización milenaria y clandestina, dirigida por un Prior, que mantenía reuniones secretas en un lugar oculto de Madrid. La nota de Genaro hablaba de una vieja ermita donde, al parecer, se encontraban las noches de solsticio y equinoccio.

—El próximo solsticio es la fecha clave.

La busqué en un calendario y vi que se produciría a las doce y cuarenta de la madrugada del 22 de diciembre, la que iba del jueves al viernes.

—Tal como me dijo el marqués, quedan poco más de cuarenta y ocho horas —advertí.

Necesitaba ayuda, ayuda para encontrar a Enrique, si es verdad que lo tenían secuestrado y para salvarme a mí. Porque según el marqués de Torreblanca, el objetivo era yo. Sorprendentemente era yo.

Recordé entonces que don José de Baeza me dijo que me asombraría saber de qué lado está la policía en ciertos asuntos. Seguro que se refería al comisario Cañete, con quien me crucé en la librería de la glorieta de Quevedo y me pidió que me olvidase del caso, el que vi en la lejanía mordiendo su paloduz en el cementerio de los suicidas, el que parecía asomarse entre los renglones del manuscrito de Genaro Alcalá. Me resultaba imposible comprender qué oscuros motivos podía tener un comisario para ayudar a una asociación asesina...

«Con lo que le diga don Rafael Gasset, vaya a ver a Eduardo Dato», me dijo Torreblanca.

¿Por qué a Eduardo Dato?

De Dato sabía muy poco. Hacía unos meses que Silvela le había nombrado

ministro del Gobierno regeneracionista que salió de la ruptura con Cánovas y se decía que apuntaba muy alto dentro del Partido Conservador junto a Antonio Maura.

La única posibilidad que tenía de acceder a él era, desde luego, a través de don Rafael Gasset, compañero de partido del ministro y hombre de confianza de Silvela.

Todos los caminos me llevaban hacia mi director.

Me iba a estallar la cabeza, demasiados sobresaltos, demasiadas emboscadas a la razón en tan pocos días. Tenía la impresión de haberme tragado un elefante de un bocado y debía prepararme para una digestión lenta y dolorosa.

Sin saber por qué mi pensamiento se instaló en Enrique. A fin de cuentas, estaba dispuesta a cualquier cosa para encontrarlo y no saber nada de él me escocía el corazón.

Entonces tuve un presentimiento.

—El marqués es el secuestrador.

Me salió del alma, como el vómito de un cerebro cansado de estar atascado, como el corolario de una fábula que me había contado a mí misma.

—¿Cómo no he podido darme cuenta antes? —me reproché mi falta de reflejos.

Si el hombre que vi en el café del Buen Suceso era realmente el marqués de Torreblanca y me había dicho la verdad, lo poco que había conseguido aprender de la muerte de Saturnino de la Vega perdía todo su sentido, se diluía como el azúcar en el café.

En el entierro del librero de la glorieta de Quevedo, en aquella ceremonia inaudita con cura impostor y latinajos extemporáneos, vi al marqués de lejos y casi siempre de espaldas. Allí supe que su cochero no era otro que el Pájaro, el hombre que me abordó en el tranvía para susurrarme lo de la Mano Negra, el hombre que salía del fumadero de opio La Flor de Loto donde dormitaba Enrique bajo su efecto tóxico.

—El marqués es el secuestrador. Si no, ¿por qué no me dijo nada de su criado? ¿Por qué no me habló del fumadero de opio al que llevó a Enrique?

Si había algún sospechoso de la desaparición de Enrique, ese era don José de Baeza.

—¿Y lo de la nota? ¿Cómo diablos sabía que se había ido sin dinero o que había una nota si no era porque él estaba allí cuando se escribió?

Cada segundo que pasaba, estaba más convencida de que Torreblanca era un falsario, un hombre que trataba de utilizarme.

—Un hipócrita disfrazado de hombre caritativo.

El caso era saber para qué quería hacerlo.

—¿Por qué no me diría la verdad? ¿Qué pretende pidiéndome que vaya a ver a don Rafael Gasset? ¿Cuáles son sus verdaderas intenciones si es él quien tiene raptado a Enrique?

El voto de silencio no era más que una excusa para no darme explicaciones, un modo de ocultarme la oscura verdad.

Un nuevo fogonazo atravesó mi mente.

«Hágalo por su padre».

¿A qué vino ese comentario? ¿Qué sabía él de mi padre? ¿Para qué lo metía en un asunto tan lejano y embrollado?

Tal vez para hundirme aún más en el fango en el que él mismo me metió cuando me pidió mencionar a la Mano Negra en mi crónica del periódico. Porque no podía olvidar que fue él, o más precisamente su cochero, quien me susurró el nombre de la orden en el tranvía.

De repente me sentí atrapada en una red, llevaba una eternidad sin probar bocado y sin dormir y, sin embargo, no era hambre ni sueño lo que sentía, sino vértigo.

No podía dejar pasar tantas preguntas sin respuesta, no podía esperar sentada a que se arreglasen solas las cosas sabiendo que él manejaba los hilos de mi vida. Tenía que ir a verlo a su casa, aunque él me hubiese prohibido que le contactase con el pobre argumento de que podían estar espiándome. ¿Quién iba a hacerlo? ¿Por qué habrían de temerme, tal como él me dijo?

Yo sabía dónde vivía, me lo dijo Pascual Garrido cuando fui a verlo a su despacho y, de ser cierto lo que el marqués me advirtió respecto al riesgo de que nos viesan juntos, no había mejor momento para presentarme en su domicilio que mientras la ciudad durmiese.

Miré el reloj de pared y eran las diez de la noche.

—Cuanto antes mejor —me animé—, ha llegado el momento de exigirle explicaciones de lo que me contó en el café del Buen Suceso y, sobre todo, de

lo que no me contó.

Tardé poco en verme de nuevo en la calle.

La noche estaba envuelta en vapores negros. Fui escurriéndome por travesías empapadas de relente hasta embocar la del Príncipe, donde me topé con un sereno tuerto sin más compañía que una jauría de perros vagabundos.

—¿Quién va? —me alumbró con el farol.

—Voy a casa del marqués, le traigo un correo urgente —respondí mientras me desembozaba.

El sereno me miró con su ojo bueno y, a juzgar por su expresión, sin dar crédito a lo que estaba viendo.

—¿A estas horas?

—Ya le he dicho que es urgente.

—¿Está enferma? —se fijó en mí para evaluar mi grado de indignancia—. No parece usted una de sus pacientes.

—No estoy enferma, es por un asunto personal.

—No, si ya sé yo que ese hombre es un poco raro. No sería la primera cosa excéntrica que le veo hacer.

Tenía ganas de chachara, nada raro a tenor de la soledad que llenaba sus noches en vela, pero yo no estaba para entretenerme.

—Pues de su portal no tengo llave —añadió mientras me cruzaba con él—, y no será porque no se la he pedido pocas veces, por si las moscas.

—No se preocupe, llamaré.

Se quedó plantado en la esquina, con su triste farol temblándole en la mano y los perros a su lado, dudando si era a mí a quien debían seguir.

Al llegar al número dieciséis me enfrenté a un portalón enorme de ingreso de carruajes y una entrada más pequeña por la que imaginé se accedía a la vivienda. Las puertas tenían sendos aldabones de bronce en forma de cabeza de león. No tenía más remedio que llamar y esperar que alguien de la casa me oyese, sin hacer demasiado ruido para no despertar al vecindario.

Tras los primeros toques me pareció oír algo dentro, como si se hubiesen despertado y aún no creyesen que era a ellos a quien llamaba.

Insistí una segunda vez y al poco escuché unos pasos que parecían arrastrarse por la madera.

—¿Quién es? —dijo una voz hueca desde el interior.

—Carmen Sotés —contesté resuelta—, tengo que hablar con don José de Baeza.

Hubo un silencio breve.

—¿Cómo?

—Carmen Sotés, de *El Imparcial*.

La espera se hizo más larga. Daba la impresión de que aquel hombre estaba adormilado o sencillamente paralizado.

—A estas horas no recibimos a nadie. Venga usted mañana.

Tuve la certeza de que si no conseguía asustarle no conseguiría ver al marqués, de modo que me empleé a fondo.

—Imposible. Es de vital importancia que hable inmediatamente con don José. Dígaselo ahora mismo o nos arrepentiremos todos.

Volví a oír sus pasos, esta vez más rápidos y poco después me abrió la puerta un hombre espigado de rostro cadavérico y napia prominente.

Al reconocerlo se me escapó un suspiro. Aquellos ojos hundidos, aquellos enormes pómulos eran inconfundibles. Todo iba tan rápido que no había previsto qué hacer si aquella misma noche me topaba con el Pájaro.

—Creo que ya nos conocemos —le dije, para que supiese que lo había identificado.

—Sígame, por favor —contestó con expresión zorruna.

Hasta su voz era tenebrosa, ronca, hueca, como si estuviese metido dentro de un armario. Cuando arrancó a andar ratifiqué que lo hacía como si fuera un pajarraco, con los hombros levantados y el cuello sumido entre ellos. Cruzamos una estancia que parecía la sala de consultas. Una camilla, frascos de vidrio con etiquetas, unos con polvos, otros con líquidos, algunas jeringuillas...

El Pájaro caminaba delante de mí, avanzando a grandes zancadas como cuando se perdió por el pasillo del tranvía.

Por fin llegamos a una estancia donde me dejó sola, un lugar que parecía un mausoleo, o tal vez una ermita votiva.

—Espere aquí, por favor.

Un óleo del arcángel San Miguel presidía la pared principal, un cuadro de grandes dimensiones que daba la impresión de ser muy antiguo. Los años habían apagado sus colores y ensombrecido sus rincones. En el centro se veía

al arcángel, florete en mano, estoqueando a un demonio que agonizaba a sus pies.

Me vinieron a la memoria las alegorías que vi en la biblioteca del Casino y las palabras del estafalario abate que ofició el entierro de Saturnino de la Vega en el cementerio de los suicidas. San Miguel era sin duda el foco de adoración de la Orden de la Mano Negra, el eje sobre el que giraban sus demenciales prácticas.

«El jefe de los ejércitos de Dios», me había dicho mi viejo profesor de teología cuando fui a verlo.

Después me mandó a la iglesia de San Miguel, pero la encontré cerrada y ya no volví a intentarlo. Tuve la convicción de que conocer mejor los testamentos cristianos me ayudaría a desvelar el misterio que envolvía a la Mano Negra.

El óleo de San Miguel en aquel salón no hacía sino ratificarme que don José de Baeza era uno de ellos. Igual que la insignia que llevaba en su solapa cuando lo vi en el café del Buen Suceso, la misma que portaba el difunto Saturnino de la Vega.

Solo me faltaba saber dónde tenía retenido a Enrique. Puede que fuera en aquella misma casa, tan cerca que, si gritaba, tal vez pudiese oírme.

Me contuve. Lo mejor era esperar al marqués y mostrarme firme ante él, decidida a denunciarlo si no me entregaba a Enrique, impermeable a sus milongas de embustero.

Mientras esperaba seguí inspeccionando el salón. En el resto de las paredes se amontonaban retratos enmarcados y en los aparadores reliquias y ajuares de plata. Solo había un sillón para sentarse y, frente a él, un jaculatorio de madera que daba a la estancia aires de capilla.

Permanecí quieta, de pie, curioseando los marcos que resultaron ser fotografías antiguas, casi todas de una hermosa mujer.

—Buenas noches.

Mi indiscreción me acaloró las mejillas. No en vano, me había pillado husmeando en su vida privada como una cotilla.

—Es mi esposa. Murió hace muchos años.

Don José se presentó con un batín de seda hasta las rodillas y los ojos hinchados en señal de un sueño interrumpido. De repente me vi en una

situación incómoda, con una mezcla de sentimientos de pena y vergüenza que dificultaban mi propósito de ponerme dura para exigir explicaciones.

—Lo siento —abrevié.

Negó con la cabeza dándome a entender que solo él lo sentía. A pesar de su origen aristocrático, don José no aparentaba ser un hombre de protocolos ni formalismos. Aunque todo podía ser una tapadera, una máscara que usaba, como su supuesta munificencia, para ocultar unos intereses espurios.

—¿A qué debo su visita a horas tan intempestivas?

No parecía enfadado por haberme presentado en su casa, ni por haber incumplido su advertencia de no vernos para evitar riesgos, bien al contrario, daba la impresión de que estaba complacido por mi presencia.

—He venido a que me diga la verdad.

—La verdad es pusilánime, a veces se esconde para no ser vista y otras se disfraza de mentira.

—Déjese de monsergas, usted me ha engañado, no se crea que soy idiota —me salió del alma.

Afiló la mirada para esconder unos ojos temblones. Sé que le dolieron mis palabras, pero el marqués parecía bregado en mil batallas.

—Se sorprendería de lo que la aprecio. De hecho, he apostado por usted mucho más de lo que podría llegar a imaginarse. No creo exagerar si le digo que le he confiado mi vida.

No respondí. No era aquella la conversación que quería llevar porque sabía que me arrastraría otra vez al terreno pantanoso de su ley del silencio. Esperé a que se diese cuenta de que por ahí no íbamos a seguir.

—Que no le haya dicho toda la verdad no es mentirle —arguyo.

—Ah, ¿no? ¿Y por qué me dijo que ellos han secuestrado a Enrique cuando en realidad ha sido usted quien lo ha hecho?

—Yo no gano nada con su rapto y, si lo hubiera hecho, no iría a contárselo. No sé por qué piensa eso.

—Porque lo he visto con mis propios ojos, vi a su criado, el que me acaba de abrir la puerta, salir de un fumadero de opio de la Inclusa donde tenían retenido a Enrique.

Tardó poco en responder, lo que me hizo pensar que no le había sorprendido mi descubrimiento.

—Querida Carmen, llevo más tiempo del que usted se imagina protegiéndola. No fui yo, sino ellos quienes llevaron a su amigo a La Flor de Loto y ellos los que pagaron suficiente droga como para dejarlo a las puertas de la muerte. No es que quisieran matarlo, aunque su vida les importa un rábano, lo que pretendían era alejarla a usted del periódico, hacer que se planteara dedicarse un tiempo a él. A ellos lo único que les importa es que usted deje de husmear en sus asuntos.

—Esos que usted llama «ellos» no pueden saber qué estoy husmeando yo.

—No se olvide de que escribí en su crónica «la Mano Negra». Entonces cambiaron de plan. De repente, usted se convirtió en un peligro que había que eliminar. Pensaron que la manera más discreta de hacerlo era raptando a su amigo para que usted acudiese a su rescate y allí matarla, así que fueron a la pensión donde se aloja. El casero les dijo que se había marchado a su casa, de modo que ellos estuvieron acechando hasta que supieron que se había quedado solo. Me consta que no les costó mucho trabajo llevárselo.

Enrique ya no era Enrique. Las drogas habían sepultado su vitalidad, le habían convertido en una piltrafa humana. Su imagen saliendo de mi casa en manos de unos desconocidos se me atragantó en la garganta.

Y, sin embargo, me resistía a creer al doctor Torreblanca. En su relato había piezas que no encajaban y yo no estaba dispuesta a dejarlas pasar.

—¿Y qué hacía su cochero en La Flor de Loto? ¿Va a negarme que estuvo allí?

—Fue a ese fumadero con una buena suma de dinero para requisar el opio que le estaban dando. Por eso usted encontró a Enanque sin ninguna droga en su cuarto.

—No crea que va a engañarme tan fácilmente. Si usted sabía que escribiendo sobre la Mano Negra en el periódico podía desatar la caja de los truenos, ¿por qué mandó a su cochero a que me susurrara eso mismo al oído en un tranvía?

Mi impertinencia hizo que se le tensaran los músculos del rostro.

—Él le pidió que investigase lo que se esconde tras ese nombre —evitó decirlo—, no que lo publicase.

«Busque la Mano Negra», me dijo.

No quise flaquear. Por más espinosa que se volviese la conversación

estaba decidida a llegar hasta el final.

—¿Y por qué no les denuncia usted? Si tanto sabe, ¿por qué no va directamente a quien pueda ayudarle y acaba con esta farsa? No me hable de su estúpido voto de silencio. Si quiere terminar con esto, vaya usted a ver a Eduardo Dato y le cuenta todo.

—Antes de que lo haga me matarían. De hecho, puede que ya tengan decidido hacerlo.

—¿Quién? ¿El Prior?

Acusó el golpe con una ligera contracción del rostro. Por más que intentase disimularlo, yo supe que había dado en el clavo.

—Ha llegado demasiado lejos. Está usted en la boca del lobo. Si no me hace caso, su vida no vale nada.

—Le veo muy seguro.

—Los conozco, sé cómo actúan.

—Como que usted es uno de ellos.

—Quizás el único cuerdo que queda, aunque también la única persona que puede ayudarle a salvar su vida..., y la de su amigo.

Cada vez que lo nombraba me invadía una oleada de recuerdos, días de amor y rosas que vivimos juntos, paseos por la chopera empapándonos del perfume de los atardeceres, noches de versos lacerantes, madrugadas de desenfreno...

Noté cómo mi alma se resquebrajaba.

—Dígame dónde está Enrique.

—En la ermita.

—¿En qué ermita?

Guardó silencio. Yo le clavé la mirada tratando de arañarle la conciencia, aunque pronto comprendí que era una batalla perdida.

—Ya le advertí que no puedo decírselo. Vaya a ver a don Rafael Gasset y él le ayudará a encontrar el camino.

—Me pregunto qué gana usted con todo esto.

—Ya se lo dije, usted es la única persona que puede romper esta cadena, la única que puede acabar con tantos años de locura.

—No me fio de su palabra —añadí con descaro.

—Se arrepentirá si no sigue mi consejo. Y yo perderé la oportunidad de

librarme de este calvario.

—Deme una señal de confianza y quizás cambie de opinión.

—¿Cómo cuál?

Tuve que rebuscar en mi memoria algún asunto que no estuviese sujeto al ridículo código de silencio que le impedía hablarme abiertamente.

—¿Por qué mencionó a mi padre en el café? ¿Es que usted llegó a conocerlo?

Agachó la cabeza. Intuí que había tocado una tecla importante.

—Es mejor que no le hable de eso.

Algo se cocía en su interior, una batalla entre el bien y el mal que podía torcer su voluntad. Tuve la certeza de que necesitaba un empujón para que arrancase a hablar.

—No sé cómo quiere que confíe en usted —levanté la voz—. No le estoy pidiendo que me cuente nada de su maldito secreto, ni que me dé ningún nombre, le pido solamente que me diga por qué nombró a mi padre en el café del Buen Suceso.

Se volvió sin contestarme y se dirigió a una estantería del fondo. Allí estuvo hurgando en unos adornos que no llegué a ver. Le vi como un animal herido, buscando un refugio donde librarse del acoso al que le sometía. Si había un momento en el que era importante insistir, era aquel.

—Si tanto necesita mi ayuda —sentencié—, ayúdeme usted a mí. *Quid pro quo.*

Hubo un silencio áspero. Supongo que estaría meditando hasta dónde podía llegar en su relato.

—Conocí a su padre la noche del 21 de junio de 1873, coincidiendo con el solsticio de verano de aquel año.

Se me hizo un nudo en la garganta. Noté cómo en mi interior se preparaba un terremoto de dimensiones incalculables. Sin darme cuenta me agarré al jaculatorio por si se me doblaban las piernas.

—Hacía pocos meses que se había proclamado la República en España, un momento difícil para la orden y también para nuestro país.

Estaba perpleja, petrificada, no pude evitar empezar a ventear como una locomotora.

—Nunca supimos cómo consiguió dar con nosotros ni cómo supo el lugar

donde nos congregábamos aquella noche, el caso es que apareció por allí sin que nadie le esperase.

En aquellos días yo apenas tendría cuatro meses. La figura etérea de mi padre me explotó en la cara, tenía una juventud inusitada, el pelo moreno peinado hacia atrás, los labios finos y bien definidos, las cejas pobladas, las orejas ligeramente despegadas y esas manos fuertes y cariñosas que tanto adoré en mi infancia.

—Confieso que me sorprendió su arrojo —continuó—, su personalidad y hasta su modo de vestir.

Me encantaba su olor, un olor a hombre grande que llenó mis días de niñez, el de su loción de afeitado, el de su agua de colonia, el de su piel cuando nos acostábamos juntos.

—¿Qué hacía allí mi padre? —pregunté con voz temblorosa.

—Vino a reclamarnos el legado que custodiamos desde hace doscientos años.

—¿A reclamarlo? ¿Mi padre? ¿Qué legado?

—Si quiere que siga no me haga más preguntas. Yo decidiré lo que puedo contarle.

Me costó contenerme, por más que en aquel momento era él el que ponía las reglas y a mí no me quedaba más remedio que aceptarlas.

—Su padre se mostró decidido, vehemente en sus exigencias. Tuvo las agallas de razonar sus argumentos ante nosotros y confieso que nos generó algunas dudas. Hubo un debate interno y se decidió decirle que no, de hecho, también se discutió qué hacer con él. Su padre había traspasado una línea muy peligrosa, la que le convertía en conocedor de la orden y de nuestros lugares de encuentro. Le hicimos prometer que no desvelaría jamás los secretos de nuestra congregación bajo amenaza de muerte. Él no se amedrentó, ni tampoco perdió la esperanza de recuperar el legado para la República. Y entonces guardó silencio, lo que le salvó la vida.

Le hubiese preguntado mil cosas, le hubiese zarandeado de los hombros hasta que soltase todo lo que llevaba dentro, y es que hablaba lentamente, midiendo escrupulosamente las palabras, lo que no hacía más que desatar mi ansiedad.

—La República duró poco —prosiguió.

De sobra conocía yo lo que duró, algo más de un año y medio, el periodo que fue desde mi nacimiento hasta la muerte de mi madre.

«Los mejores días de mi vida», decía el furibundo republicano de mi padre.

—Fue caer la República y su pretensión dejó de tener sentido. Supongo que él mismo perdió la esperanza de conseguirlo, pues ya no lo reclamó nunca más. Y, sin embargo, mantuvo el silencio... durante veintitrés años.

Me iban a estallar las venas. El salto en el tiempo que dio el marqués nos situaba casi en el presente, a poco antes de la muerte de mi padre. Traté de permanecer callada, pero mi maremoto interno ya no estaba bajo control.

—¿Qué pasó entonces?

—Supongo que su padre se hartó de los pantocazos de la vida, puede que hubiese perdido la ilusión de vivir o quizás creyó que había llegado el momento de perder el miedo.

No, no, no, algo me decía que detrás de toda esa amargura podía estar nuestro desencuentro, el imperdonable olvido al que le sometí en sus últimos días, el estigma que llevaba marcándome desde que falleció.

—Y hace dos años, transgredió la ley suprema, la que nos ha permitido mantener la orden casi dos siglos, la que nos ha permitido estar donde estamos.

—¿Transgredió la ley? —grité sin reparos.

—Se fue a ver a la policía.

—¿Quiere decir que...?

Levantó las cejas y arrugó la frente. En su rostro vi la cara de un asesino arrepentido, en sus palabras la confesión de un convicto.

—Solo que antes de ir a la policía consiguió hablar con don Rafael Gasset. Obviamente, no pudimos saber qué fue lo que le dijo, pero unos días más tarde, estaba usted contratada en *El Imparcial*.

Aquella fue una noche toledana, pues el cuarto donde dormí tenía varios camastros y las putas no pararon de traer varones para fornicar con ellos entre gritos e imprecaciones. Y a fe que no fueron pocos. Además, el jergón no era más que una tabla con una vieja tela encima y mi cofre, un apetitoso manjar para los lascivos pecadores que frecuentaron el antro.

—Dadme cien maravedíes y os lo hago aquí mismo —llegó a decirme una furcia en medio de mi desvelo.

Poca gana tenía yo de solazar entonces, a pesar de que no probaba hembra desde que dejé Sevilla.

Así que cuando salió el sol, tenía el cuerpo baldado y me volaban las moscas dentro de la cabeza. Pero no había tiempo que perder, ya sabía dónde encontrar a doña Cristina así que, no más levantarme, y con mi baúl a cuestas, agarré el camino al convento de las Dueñas.

Salamanca parecía más tortuosa a plena luz del día que entre las negruras de la noche. Para salir del callejón donde estaba el prostíbulo de la Virtudes, que llamaban del Pozo Amarillo por un aljibe que daba aguas pajizas y malas de beber, hasta la plaza del Mercado, tuve que preguntar a varias gentes y perderme por calles con sucios recovecos.

De allí a la plazoleta donde se levantaba el convento de Dueñas, la cosa fue más sencilla, pues las calles eran más desahogadas y mejores las vistas.

Tuve empero una grande decepción al llegar porque el beaterío estaba cerrado. A fe que las monjas no eran de mucho madrugar ni tenían rezos nocturnos como los frailes de Melón, y llamar a la puerta no quería porque la Virtudes me tenía dicho que las sores no abrían ni al papa de Roma, así que

me tocó esperar.

Sentado en un poyete tuve tiempo de admirar aquel vetusto edificio de altos muros y escasas ventanas por estar sus moradoras de cotidiano enclaustradas, sin mucho roce con las gentes de la calle.

Fue una monja menuda y flaca como un palo la que abrió entonces la puerta. Por la canasta que llevaba supuse que iría al mercado y, como dejó la cancela abierta, no me fue difícil colarme cuando torció la primera esquina.

Adentro encontré un claustro hermoso con arcos y columnas de mucho fundamento y un jardín de maravilla en el que canturreaban los pájaros.

No era cosa de entrar en las alcobas donde holgaban las monjas, mejor seguir andando hasta que encontrase a alguien que me diera razón de doña Cristina. Más adelante hallé otro pasillo de grandes pilastras desde el que se veía una casucha que resultó ser la despensa. Allí gobernaba otra monja, esta más rolliza, que vigilaba las viandas y a fe que alguna de ellas terminaba en su tripa a la vista de sus hechuras.

—Buenos días os de Dios.

Me miró con extrañeza, cual si fuera un malhechor. Imaginé que por allí era raro ver a un varón.

—No os sorprendáis, madre, vengo en busca de una dama que con vustedes lleva unos días.

—¿Doña Cristina?

—La misma.

—¿Vos sois el pariente que espera?

Afirmé sin mucha fuerza, que la mentira no fue nunca lo mío.

—Pues sí que ha tardado poco vuestra excelencia. Si no hace ni cuatro días que os mandó aviso.

Mejor era no hablar, que estando en la casa de Dios, cualquier cosa que dijese me acercaría al infierno.

—Id a la primera esquina del claustro y fijaos en la alcoba que tiene la puerta más pequeña. Es la cámara de acogida deste convento, el sitio donde alojamos a nuestros huéspedes a cambio de unos cuartos.

Listas sí eran las monjas, que por caridad nada daban.

—No puedo acompañaros, que esta despensa no puede quedar sin centinela. Llamad a la puerta y ella os abrirá.

«Mejor así —pensé—, no sea que cuando me vea empiece a berrear y quieran las monjas echarme a garrotazos».

Fue tocar a la puerta y al instante me abrió doña Cristina y, como era de esperar, no más verme su cara se descompuso. Quiso primero cerrar el portón, mas yo puse el pie en el quicio impidiéndoselo y luego quiso chillar a lo que yo le tapé la boca con tanta fuerza como pude.

—Por vuestro propio bien no gritéis si no queréis que os lleve ante un alguacil por ladrona.

Abría los ojos como lechuza hasta el punto de que dudé si no la estaría ahogando con mis propias manos.

—Si prometéis no aullar os suelto.

Afirmó fuerte con la cabeza, así que la dejé libre.

—¿Qué hacéis aquí? —se atrevió a preguntarme con ojos de loca.

—¿Cómo podéis tener tanto descaro? Vengo a por lo que es mío, lo que me robasteis aprovechándoos de mi clemencia.

—La culpa es vuestra por querer llevarme frente al rey contra mi voluntad. Ya os avisé de que vuestra empresa no es la mía.

—¡Seréis lenguaraz! ¿Qué queríais que hiciese si empecé mi honor en cumplir el encargo de vuestro padre? Si os fugáis contra mi voluntad, allá vos, pero eso no os da derecho a desplumarme. Hace días que paso hambre y duermo en cualquier rincón por vuestra culpa.

—No tenía más remedio, ¿cómo si no podía yo llegar hasta Salamanca? Y total, para nada, porque el sinvergüenza de Gonzalo, que tanto me prometió, ya estaba liado con otra. Mal dolor le dé. Además, no os quejéis, pude llevarme el cofre, del que tanta ventura necesito, y no lo hice. Ahí tenéis una prueba de mi buena fe.

—Dadme al instante mi bolsa, que espero esté entera, y dejaos de palabrerías.

De entre las ruanas de la cama sacó mi talega que estaba, por lo demás, flaca. Se ve que a la hija del gobernador no le faltaba generosidad cuando con dineros de otro trataba.

—¿Solo os interesa la bolsa? ¿Ya no me queréis a mí?

—No puedo vigilaros día y noche. Si os llevo conmigo volveréis a escaparos, y quién sabe si esta vez no os llevaréis el baúl junto a mi plata, así

que prefiero seguir solo y cumplir, al menos, uno de mis encargos.

Lejos de alegrarse, doña Cristina arrugó su rostro.

—Mala suerte he tenido en la vida, a pesar de nacer en cuna alta. Mi padre me larga a España para quedar bien con el rey y conseguir de él un mejor puesto, el aya que me acompañó desde mi infancia y en todos los días de mi reclusa existencia fue muerta por fuego anglicano y el hombre que me prometió que todo daría por estar a mi lado, yace ahora con otra olvidándose de lo que dijo.

—Tenéis a vuestra familia aquí. Si mal no he entendido, esperáis visita de un pariente que os habrá de acoger en su casa.

—Suponiendo que viva. Y quiera ampararme. Eso si no decide llevarme hasta el rey siguiendo el mandato de mi padre o hasta mandarme de vuelta a La Habana para recibir de él un severo castigo.

—Yo no tengo nada que ofreceros —respondí por piedad a doña Cristina.

—Dejadme id con vos.

—¿Ahora queréis venir conmigo? Vive Dios que no os entiendo. De sobra sabéis que si lo hacéis no tendré más remedio que llevaros ante el rey. O acaso hasta el cardenal Portocarrero.

—Olvidaos de vuestra estúpida promesa. ¿No os dais cuenta de que habéis sido engañado? No sé cuántas promesas os hizo el gobernador de La Habana —dijo hablando de su padre—, mas desconfiad de ellas. Él es hombre que solo piensa en su persona.

Maldita la hora en que me compadecí de ella. Maldita la hora en que decidí olvidarme de los días que llevaba condenándola por haberme sisado los dineros y atender a sus reclamos.

—Olvidate de tu conciencia —dije esta mañana a Tomás cuando me trajo el mendrugo de pan —, y haz siempre lo que te diga tu instinto.

Sé que no me entiende, aunque se esfuerza en hacerlo. Quizás ni siquiera tenga conciencia y vive, sin saberlo, siguiendo sus animales instintos.

No pregunta por no ofender, solo me mira esperando que suelte algo que pueda comprender.

Mas, como nada dije, marchose apesadumbrado.

—¿Y dónde pretendéis vivir?

—En Sevilla, la ciudad más poderosa del reino, donde dicen que no faltan oportunidades y coyunturas para vivir holgadamente. Sé escribir y leer, he sido educada en modales y hasta puedo hacer punto y costura si la ocasión lo requiere. Sabré apañarme sola para rehacer mi vida.

Arrestos no le faltaban a la moza, como bien supe desde el día en que cruzamos nuestra primera palabra. Bien sabía yo que, en siendo mujer y sola, por más letras que tuviese, triste destino le esperaría en Sevilla, pero entonces alumbré una idea que no era descabellada. Si quería cumplir mi promesa y, a Cádiz no parecía fácil llevarla, lo haría hasta la corte de Madrid y allí buscaría el modo de dejarla ante el mismísimo rey o ante Portocarrero.

—Estas son mis condiciones —concluí—, a partir de ahora haréis lo que yo os diga, sin rechistar. Hemos de pasar por Madrid, que allí tengo recado que dar. Si volvéis a escaparos, allá vos, nada me importa vuestro destino, pero si por ventura me dejáis sin dineros o sin este preciado cajón, juro por Dios que os buscaré por cielo y tierra y que no cejaré hasta que os mate con mis propias, manos.

A juzgar por su sonrisa, poco le importó la severidad de mis palabras. Vive Dios que hubiera preferido una réplica, algo que me hiciese vislumbrar qué pasaba por su intelecto, empero ella era de natural despierta y sabía que, algunas veces, callarse es mejor que hablar.

Acordamos que saldríamos al día siguiente. Había asuntos apremiantes que yo tenía que atender, como comprar nuevos ropajes, asear un poco el cuerpo y hacerme con dos jamelgos, esta vez en buena forma, que pudieran hacer leguas sin riesgo de caer muertos.

Convine con una monja que dejaría el cofre en la sacristía de la ermita. No tuve más que decirle que era el brazo incorrupto de un santo que de América traía por deseo de su majestad el rey, para que, además de cuidar de él como si fuera suyo, no parara de rezarle el tiempo que allí estuvo. Y sin el baúl entre mis brazos me sentí hombre nuevo, así que aquella mañana fui hasta una plaza que llamaban de San Martín, grande como no vi nunca antes, tal que decían que era la mayor de toda la cristiandad.

En entrando por la puerta del Sol, lo que vieron empero mis ojos fueron personas tullidas, ciegos, tuertos, rencos y hasta algún leproso que pedían cubiertos de harapos e implorando piedad cristiana.

Salí por pies de tan tremebundo lugar con la fortuna de que en una callejuela cercana, encontré un sastre que disponía de casacas, chupas y calzones de distintos tallajes y colores, por lo que no me fue difícil hacerme con nuevas vestiduras que acompañé de flamantes medias y unos zapatos de recio cuero con los que mis pasos estaban más seguros. De allí marché hasta una herrería donde me dieron razón de una cuadra en la que no faltaban caballos jóvenes y fuertes, y allí, tras mucho negociar con su dueño, que bien podía ser judío converso, conseguí que me vendiese dos yeguas con buen porte por seiscientos reales de plata, dejando así mi bolsa con menos chicha que una calavera.

Fue entonces cuando, caminando por la calle Raspagatos, en la que decían que había vivido Cervantes, entré en una taberna donde abundaba el vino y buenas carnes de cerdo. El cantinero era hombre de raras costumbres pues, antes de dejar una mesa, pasaba una cruz de madera por la frente de sus clientes y esperaba para ver si les quemaba la carne.

—No quiero que en estas paredes entre el diablo —decía.

—¿Pensáis acaso que puede andar por aquí rondando? —pregunté.

—Ya veo que sois forastero y no conocéis la historia de la cueva de Salamanca, donde Satanás da clases de tenebrosas artes y retiene a estudiantes a los que enseña con la condición de no dejarles salir. Solo don Enrique de Villena consiguió escapar dejando allí su sombra. El diablo anda entre nosotros y no creáis que es un macho cabrío con pezuñas y cuernos, sino un amable caballero que en nada aparenta su infinita maldad.

Por suerte no ardió mi frente cuando me pasó la cruz, aunque mucho me calentaron aquellas palabras, pues el negro baúl de los tres candados que yo portaba no era otra cosa que el Grial del diablo. Y si tanto poder tenía el malvado demonio, poco le costaría averiguar que yo andaba por aquellos lares con algo que, muchos siglos antes, le fue robado.

—No hagáis caso a Cervantes, que quiso burlarse desta historia en uno de sus entremeses. Yo he visto cosas en Salamanca que solo pueden ser obra del maligno. Mas aquí comed sin temor, que ya me ocupo yo de comprobar que

esta casa no la pisa.

Cuantas más vueltas le daba, más ganas me entraban de acabar de una vez con el encargo del rey que por tantos caminos tortuosos me estaban llevando. Aun así, comí sin comedimiento, que buena falta me hacía después de tantos ayunos.

Después me fui al burdel que regentaba la Virtudes, que a mí no se me ha de acusar de no cumplir mi palabra.

—Veo que disteis con ella y que habéis empleado parte de las monedas recuperadas —díjome la rechoncha saludadora al verme tan acicalado.

—Y vengo a entregar otras pocas para cerrar nuestro trato.

Le solté los diez reales de plata que ella se metió entre las tetas.

—Sois como yo pensaba hombre de bien y para que veáis que la Virtudes tiene un buen corazón, puedo leeros la mano sin que esto os cueste nada o deshaceros un entuerto.

—No gracias —contesté al punto—, no soy de los que les gusta tentar a esa suerte, no vaya a ser que lo que me digáis me disguste. Prefiero arriesgarme a no saber qué será de mis huesos mañana.

—Como queráis, vos os lo perdéis, pues tengo por fama ser de las que ven el futuro y hacen cambiar el sino. Puedo prepararos, si así lo queréis, un bebedizo que os servirá si por ventura necesitáis adueñaros de la voluntad de otra persona.

—No sabéis cuánto os lo agradezco, pero para eso tengo mi espada.

Y de allí volví al convento a recuperar mi cofre que tan bien cuidado tenía la monja, a quien mucho agradecí los cuidados que había tenido.

Esa noche encontré buena fonda con cuadra para los caballos y lumbre en la alcoba y en ella dormí a pierna suelta, como no lo había hecho desde que puse el pie en tierra.

Me he mudado a la casa de mi padre. Coloqué en el salón un retrato suyo junto al de mi madre y no paro de hablarles de mis cosas, de mis alegrías y mis frustraciones, de mis sueños y de lo importante que es tenerlos a mi lado.

Decidí no hablar a nadie de Enrique, ni siquiera a Aniceto. Para protegerlo allá donde esté, llegué al convencimiento de que lo mejor sería mantener esa especie de idilio secreto que tan feliz me hizo. Al poco inventé una carta en la que me decía que se había marchado a América a hacer una nueva vida.

Quizás no fuera mentira.

Lucho por no sentirme sola. Al final aprendí que en la vida nunca lo estás, que siempre hay un sueño que te acompaña y te da fuerza para seguir hasta alcanzarlo y, sin embargo... noto que me falta él.

Porque mi sueño realmente se llama Enrique.

Así van pasando los días. Y yo sigo aquí, viendo amanecer desde mi ventana, escribiendo mis crónicas, paseando por la chopera en atardeceres jaspeados y esperando el día en que regrese.

Tardé un buen rato en ser consciente de lo que acababa de escuchar. Era como si la razón hubiese cerrado la puerta a la evidencia, a la crueldad de aquellas palabras y a sus terribles consecuencias.

«Transgredió la ley suprema», retumbó la frase en mi cabeza. —Hijos de puta.

Don José de Baeza me sostuvo la mirada. En sus ojos percibí un resquicio de arrepentimiento oculto tras una montaña de tibieza.

—Hijos de puta. ¿Mataron a mi padre?

No hubo respuesta. Tampoco hacía falta. No había que ser muy lista para saber qué ocurría cuando alguien transgredía su necia ley suprema y hacer cuentas para saber en qué momento se produjo aquel hecho.

Traté de recomponer los recuerdos de los días previos a su muerte, algún gesto, alguna palabra. Desgraciadamente, en ese tiempo yo no estuve con él; de hecho, hacía meses que me había alejado estúpidamente, que me olvidé de que existía. Enrique ocupaba toda mi vida, me absorbía el seso y no dejaba espacio para nada más.

—¿Quién hay detrás de todo esto? —vocalicé cada sílaba soltando la ira por mi boca. —Calló. Su semblante se volvió gélido—. No son más que una banda de malditos asesinos.

Por más que no lo exteriorizarse yo podía percibir el cataclismo que se producía en sus entrañas.

—¿Fue usted quien lo hizo? —imperé.

—No —negó ligeramente con la cabeza—, aunque lo habría hecho si me hubiese correspondido.

Apreté los dientes. Don José era el resultado de muchos años de adoctrinamiento, de un corazón educado en la obediencia ciega por más que tuviese tics de oveja descarriada.

—Y tiene la desfachatez de pedirme ayuda.

Acusó la sacudida. Él mismo se dio cuenta de que estaba en un callejón sin salida que, así las cosas, no podía contar conmigo y decidió entonces dar un paso adelante.

—Cuando estás dentro no te das cuenta —confesó—. Las cosas suceden porque así lo desea el arcángel. Nosotros somos sus fieles seguidores y debemos cumplir sus designios y los del Prior, que es su representante en la tierra.

Comenzó a andar lentamente con la cabeza gacha y las manos trabadas atrás. Por un instante pensé que se había olvidado de su majadero código de silencio.

—La muerte de su padre me hizo abrir los ojos, fue la gota que colmó el vaso. Desde entonces sé que quiero dejarlo, pero no es fácil. Quienes lo han intentado antes que yo están en el cementerio.

—¿Saturnino de la Vega fue uno de ellos? —pregunté lo evidente.

—¿Usted qué cree?

—¿Y Miguel de Valdivia?

Enarcó las cejas.

La historia de la orden me resultaba tan incomprensible que, por momentos, creí estar soñando. Tuve que anclar mi mirada en las fotografías de la pared, en la bata del marqués, en el óleo de San Miguel para cerciorarme de que todo era real, dramáticamente real.

—Dígame quiénes son y dónde están y yo misma iré a denunciarlo a Eduardo Dato.

Permaneció impasible, como si aquella petición ya no fuera con él. Conocía muy bien los límites de su maldito juramento y no estaba dispuesto a transgredirlos.

—No puedo. Solo don Rafael Gasset puede ayudarla.

Abandoné el palacete del marqués sin despedirme de él y convencida de que el destino me había vuelto la espalda, que se había empeñado en destruir los asideros que me habían mantenido firme hasta aquel día. Aunque yo me

sabía fuerte, la vida me había enseñado a resistir sus reveses y a ser perseverante en mis propósitos.

«No dejes que nada de alrededor te afecte —me decía mi padre—. Recuerda que el barco no se hunde por el agua que le rodea, sino por la que le entra dentro».

Por las calles de Madrid corría un relente escurridizo que calaba hasta los huesos. Las farolas eléctricas arrojaban una luz ocre que se derramaba por aceras y travesías pintando el ambiente de tonos fantasmales. No se veía un alma y, sin embargo, tuve la sensación de que me perseguía un ejército invisible de ánimas heladas.

Sentí frío. Me puse la capucha y encogí los hombros para protegerme. Apuré el paso, mi cabeza no podía dejar de pensar en lo mismo.

—Hijos de puta.

Un dolor punzante se apoderó de mi pecho, un dolor descarnado que me oprimía los pulmones y no me dejaba respirar.

—Hijos de puta —repetí sin consuelo.

No solo la Orden de la Mano Negra era el objeto de mi ira. Una parte de ella me señalaba a mí, tal vez la más importante. Mi padre decidió desvelar el secreto cuando se quedó solo, cuando creyó que su vida no tenía sentido.

Tenía el corazón en carne viva. Me sentía sucia, despreciable, como quien ve a un náufrago ahogarse y mira para otro lado. Solo que el náufrago no era otro que mi padre, el hombre que se entregó a mí en cuerpo y alma, el hombre que me enseñó a ser mujer, a defenderme en la vida, a buscar lo que quería, el hombre que dejé olvidado en un rincón de mi conciencia sin darme cuenta de que se marchitaba como una rosa en el desierto.

Y, aun así, él siguió velando por mí, cuidándome en silencio como el ángel de mi guarda. Por eso fue a hablar con don Rafael Gasset.

Mientras exhalaba bocanadas de aire envenenado de rabia apareció en mi mente la imagen del director. Él era también parte del endiablado laberinto, el hombre que recibió a mi padre pocos días antes de morir y también pocos días antes de que me emplease en su periódico.

¿Qué iría a decirle mi padre? ¿Qué relación podía tener eso con que luego me contratasen como aprendiz? Y, sobre todo, ¿por qué don Rafael nunca me dijo nada de ese asunto?

Sin darme cuenta llegué caminando a mi casa. Cuando miré el reloj de pared eran las tres y media de la madrugada. Me dolían las piernas y la cabeza, aunque lo que más me dolía era el alma.

Al cerrar la puerta tras de mí sentí el vacío de una vida a punto de quebrarse y la soledad de un perro abandonado. Mi piel me pedía una caricia, mis labios soñaban con un beso, extrañé unos brazos fuertes que me estrujasen y una voz recia que me susurrase al oído. Estaba sola.

Huyendo del desaire con que me miraban las paredes me refugié bajo las sábanas de mi cama. Y allí, en la oscuridad silente del dormitorio, hastiada de saltar obstáculos y derrengada de tanto bregar, caí rendida.

No sé cuánto tiempo dormí, la noche fue un duermevela trufado de suspiros y pesadillas, la figura de mi padre y la de Enrique se unían y separaban en un mundo onírico de recuerdos punzantes como cuchillos. Y alrededor de ellos, don Rafael, don José y otros cuerpos sin rostro me susurraban frases sin sentido, arengas para seguir por una senda que se perdía en el infinito.

Cuando me levanté noté la boca seca. Y los ojos. Tenía la sensación de estar envuelta en una sustancia pegajosa que lastraba mi cuerpo y me chupaba la sangre. Pero no había espacio para la congoja. Aquella mañana de miércoles salté de la cama con el único propósito de averiguar dónde estaba Enrique y traerlo conmigo para no separarme de él nunca más. Había decidido coger el toro por los cuernos, enfrentarme al mundo con uñas y dientes, y no parar hasta descorrer los velos que cubrían el turbio asunto de la Mano Negra. Y en aquel instante, solo tenía una pista.

—Tengo que ir a ver a don Rafael Gasset.

Fue con esa idea como activé mi cuerpo, además de una buena dosis de café humeante.

Por más que flaqueasen mis fuerzas, opiné que aquella mañana debía arreglarme, tenía que hacer lo necesario para ponerme guapa.

«Nunca des lástima a nadie, los que te quieren por lástima, dejarán de hacerlo cuando te vaya bien», me decía a menudo mi padre.

Además, nada mejor que acicalarme un poco para restituir mi moral y para sentirme segura. Ante la adversidad, me propuse parecer entera, firme en mis propósitos, dispuesta a hacer lo que fuese necesario para saber qué ocurrió entre mi padre y don Rafael.

Me sorprendí a mí misma eligiendo la ropa, un traje de color ocre que acompañé de una chaqueta ajustada en tonos marrones oscuros y un sombrero capelina de ala ancha.

Cuando me miré al espejo me vi atractiva, elegante, con un toque de distinción a pesar de que por las grietas de mi piel aflorase vagamente un océano de tinieblas.

Y así me lancé una vez más a la calle. Era temprano, aunque Madrid ya estaba en danza. Las travesías habían sido colonizadas por ómnibus chisporroteantes, carros de caballos y algunos vehículos de motor y, en las aceras, una multitud de vendedores ofrecían a voz en grito sus géneros a los viandantes.

A esa hora volvían también los trasnochadores de aliento pestilente, después de haber quemado la noche en tabernas con vahos de aguardiente o clubes de mala muerte. Y los que acababan de cerrar mancebías y casas de tolerancia donde trabajaban las prostitutas.

En el trayecto fui pensando cómo abordar al director. El paso del tiempo fue haciéndome comprender mejor las cosas. Si yo estaba en *El Imparcial* era por mi padre, porque él se lo pidió a don Rafael mientras Enrique y yo nos devorábamos a besos en una pensión de Lisboa. El caso era saber por qué lo hizo. Los de la orden supieron al poco que yo estaba en el periódico y empezaron a vigilarme, tal como me dijo el marqués de Torreblanca, por si publicaba algo que les pudiese desenmascarar.

Hasta que escribí lo de la Mano Negra...

El mundo daba vueltas como una peonza, tan rápidas y tan seguidas que lo que en un momento era blanco al instante siguiente era negro y nada más pasar un segundo volvía a ser blanco.

El caserón del número treinta y uno de la calle Mesonero Romanos se me figuró un viejo barco varado en un arrecife. A esas horas, la sala de redacción ya estaría en ebullición con sus ajados cronistas enfrascados en las noticias, Gaspar haciendo retratos con plumilla y Sandalio corriendo de mesa en mesa como un trashumante. Y Aniceto Villaverde, mi viejo tutor, con su legión de plumas y sus enormes patillas, revisando los cables internacionales para ver cuál tenía la suficiente enjundia como para ser publicado en el próximo número del diario.

Fue abrir la puerta y se hizo el silencio. No sé qué les habría dicho don Rafael, o quizás Aniceto, qué rumor habría corrido por la redacción, el caso es que no me esperaban.

No quise entretenerme, no estaba preparada para responder ninguna pregunta y menos aún la reprimenda de alguno por haberme marchado sin decir nada, así que, di los buenos días en voz alta y tomé las escaleras hacia el Confesionario.

Percibí sin verlo que la parroquia me observaba patidifusa, ya no solo por aparecer de improviso, ya no solo por no dar explicaciones, sino sobre todo por el ímpetu con el que agarré el camino hacia el despacho del director sin encomendarme a nadie.

—Adelante —dijo con su vozarrón de parlamentario cuando toqué con los nudillos su puerta.

Él también se quedó pasmado, con las cejas tan levantadas que su frente se resumía en una gran arruga.

—¿Qué la trae por aquí, señorita Sotés?

Me tomé un segundo para atemperar mis pulsaciones. El traje me aprisionaba el pecho y dificultaba mi respiración.

—Creo que me debe una explicación.

Frunció el ceño. Le sobraba inteligencia como para saber que estaba en un aprieto. Yo me mantuve erguida, con la barbilla alta, tratando de dejarle claro que no me iría de allí sin que respondiese a mis preguntas.

—Pase, pase, y dígame qué necesita.

Cerré la puerta y me planté frente a él. Había dejado la pluma en el tintero y me observaba con una mirada penetrante, tanto que sentí en mis ojos su escozor. Don Rafael era un hombre bregado, por más que nos separasen pocos años. También atractivo, aunque yo desde luego nunca le había visto como el joven apuesto que era, sino como el jefe perteneciente a un mundo distinto al mío. No había más que ver su traje, su leontina de oro y el olor a agua de colonia cara para comprender que estábamos condenados a guardar las distancias.

Y, sin embargo, en aquel momento hubo algo diferente. Quizás fuese el instante de debilidad que creí intuir lo que me hizo verlo vulnerable.

—¿Qué explicación le debo?

Hubiese preferido que saliese de él. De sobra lo sabía, aunque quizás quiso quemar su último cartucho, usar un subterfugio para ver si podía seguir escondiendo su secreto.

—Hábleme de mi padre —respondí con entereza.

Entonces fue él quien alteró su respiración. Me dio la impresión de que en todo el tiempo que llevaba encubriéndome el asunto, no había pensado en cómo responder si un día le preguntaba, algo que le permitiese salir airado de aquel aprieto.

—Siéntese, por favor.

—Prefiero estar de pie.

Estuvo varios segundos con la mirada perdida, buscando quizás un punto que le ayudase a recomponer el relato, el que ocurrió de verdad o el que iba a inventarse. Tuve la sospecha de que si le daba tiempo podría amoldar la historia a sus intereses, así que, reuniendo todas mis fuerzas di dos pasos adelante y, con las manos apoyadas en su escritorio, me recliné hacia él hasta quedarme a tres palmos de sus narices. Era mi manera de apremiarle a hablar.

—Su padre vino a verme hace poco más de dos años —arrancó al fin—. Llevaba días intentándolo, pero yo no suelo recibir a gente que no conozco, y menos aún, cuando tampoco sé para qué asunto quieren despachar conmigo. Aunque su padre insistió con contumacia hasta resultar molesto.

Y yo mientras tanto en Lisboa, ajena a cuanto estaba ocurriendo.

—Una tarde, cuando venía a cerciorarme de que el Páter cerraba la edición sin problemas, me abordó en el portal de esta casa y no quise seguir por más tiempo con aquel suplicio. Al fin y al cabo, llegué al convencimiento de que su padre no cejaría hasta encontrarse conmigo, así que le hice subir a este despacho y le dejé hablar.

—¿Aquí?

—Aquí mismo. A esas horas solo estaban el Páter y los linotipistas en la Caverna. Si es eso lo que le interesa, nadie nos vio.

Reculé un poco. No quería dar la impresión de que no me creía su relato.

—Confieso que la primera impresión que tuve de él no fue muy buena. Tenía un aire desaliñado y el aspecto de llevar varios días sin dormir. Cuando arrancó, además, pensé que estaba loco. Me habló de un secreto que llevaba guardando veintitrés años, algo que ocurrió durante el Gobierno republicano

de Estanislao Figueras y que, desde entonces, no había contado a nadie.

Hacia pocos días que había visto la tumba del que fue el primer presidente de la República en el cementerio de los suicidas con sus flores marchitas y la seguridad de que mi padre, furibundo republicano, la había merodeado en vida para rendirle honores.

—Un extraño tesoro en poder de una orden secreta que no les pertenecía, pues ellos no eran más que sus custodios y que, abdicado el rey Borbón, debían devolverlo a su legítimo propietario. Imaginé que lo que iba a pedirme es que publicase aquella rocambolesca historia, y ya estaba preparado para quitármelo de encima con varios argumentos que me impedían hacerlo, falta de pruebas, falta de credibilidad...

—Pero no se lo pidió.

—No, de hecho, lo que vino a contarme es que acababa de firmar su sentencia de muerte. «Tras veintitrés años —me dijo—, he roto mi silencio y sé lo que esto me va a costar». Aguanté su perorata con resignación. De hecho, se mostraba tan vehemente que resultaba difícil deshacerse de él. Me contó que militaba desde joven en el Partido Republicano Federal, que había luchado por la República toda su vida, que el suyo era el modelo francés, que se sentía moderado y contrario a la violencia, como Emilio Castelar, que de joven había sido seguidor de Pi y Margall y que habría dado su vida por la causa republicana.

—No hay nada nuevo en eso que me cuenta.

—Sin embargo, tras veintitrés años de restauración borbónica, su padre perdió la esperanza de ver una nueva República en España. A pesar de ello, siguió militando, cada vez más desilusionado, hasta que se hartó y decidió romper su silencio.

Me miró con sus ojos cobrizos tratando de escarbar en mis pensamientos, algo que era imposible porque en mi cabeza no quedaba una idea en pie, el vendaval de sus palabras se lo había llevado todo.

—Si le soy franco —continuó—, me pareció que su padre había perdido incluso la ilusión por seguir viviendo.

—La ilusión es el motor de la vida —recordé con voz atiplada lo que él me decía—, la que hace que te levantes cada mañana con ganas de comerte el mundo.

Estaba dolida. Tuve que hacer un esfuerzo para contener las lágrimas.

Don Rafael se dio cuenta de que en mi interior se desataba una tormenta que me impedía hablar.

—Parece ser que en un comité del agonizante Partido Federal que se celebró en Madrid, su padre le dijo a Pi y Margall cuanto sabía.

Durante mi infancia y adolescencia, mi padre me solía contar historias del político catalán, cuentos o quizás hechos reales que él revestía de fantasía y heroicidad. Siempre tuve claro que, en un tiempo, para él fue un ídolo, al que sirvió fielmente mientras fue ministro de Gobernación de aquella efímera República que tanto tiempo había estado esperando y que siguió estimando cuando ya era un anciano diputado por Figueras.

—¿Qué le contó a Pi y Margall? —acerté a preguntar.

—La naturaleza del *Lapis Exilis* y el modo de desvelar su secreto.

Aquellas palabras retumbaron en mi mente como ecos de ultratumba. Tardé un instante en comprender que tras ellas estaban las siglas L y E que vi en el libro de la biblioteca del Casino, las que, según el marqués de Torreblanca, pronto conocería su significado.

—Mi padre nunca me habló de eso.

—Seguramente porque pensó que hacerle partícipe de este gran misterio podía poner en riesgo su vida.

—¿Y qué es el *Lapis Exilis*?

—Según me dijo, la joya de la corona del arcángel Lucifer, algo que me sonó fantasioso. Si le soy franco, yo no tenía ningún interés en escuchar aquella historia, así que agradecí que me dijera que no me contaría nada más para no comprometerme.

Dejó pasar un tiempo para ver mi reacción, aunque yo estaba abrumada, sin sangre en las venas.

Supuse que ese era el tesoro del que oí hablar en el cementerio de los suicidas.

—El arcón milenario —musité con voz plana.

—Exacto, su padre me dijo que era un cofre de valor incalculable cuyo legítimo heredero debía ser el primer jefe de estado español que no fuese Borbón, es decir que, excluidos José de Bonaparte y Amadeo I, que fueron muy breves y además extranjeros, le correspondía a Estanislao Figueras.

Eso explicaba que mi padre estuviese involucrado en aquel asunto, que se hubiese presentado en aquel maldito cónclave secreto un día de equinoccio de hacía veinticinco años y que aquella pandilla de chalados lo hubiese matado.

Don Rafael sacó un habano del cajón de su escritorio y lo encendió con cierto nerviosismo. Sospeché que nunca fumaba a esas horas y que lo hacía porque necesitaba embriagarse de sus humos.

—Pi y Margall no le creyó. Ni yo tampoco, si le digo la verdad. Así que busqué el modo de quitármelo de encima. Como no terminaba de saber su intención, me atreví a decirle que, sintiéndolo mucho, no podía publicar esa historia en mi periódico, que denunciase el caso a la policía, a lo que él me respondió que ellos ya lo sabían, aunque no por él, y que por eso había venido a verme.

«Mi tiempo es muy escaso —sentenció—, por lo que querría saber si usted puede devolverme el favor que le hice hace mucho tiempo».

—¿Mi padre le había hecho un favor a usted?

—No a mí, sino a mi padre. Le salvó la vida.

Una larga calada infló sus mofletes y le estiró el fino bigote engominado. Sabía que lo que acababa de decir me había dejado todavía más atónita y, aun así, no tuvo prisa en continuar.

—Yo viví la historia de niño, y aunque mi padre nunca me la recordó, yo la guardaba en un confuso rincón de la memoria —me dijo.

Se me había quedado la piel petrificada, no podía mover un músculo. El director se levantó y se plantó frente al retrato de su padre que presidía el despacho. Don Eduardo Gasset y Artime aparecía de cuerpo entero, con un aspecto imponente, ojos claros, frente despejada, barba con un frondoso bigote. Mirándolo, se podía colegir que era un hombre de prosapia y talento fuera de lo común.

—Como usted seguramente sabe, mi padre fue ministro de Ultramar en el año setenta y dos —arrancó mientras acariciaba con la mirada el óleo—. Hacía poco tiempo que había fundado este periódico, pero él amaba la política, por eso pasó por ser subsecretario de Estado, después diputado, concejal y finalmente ministro. En este puesto duró poco, apenas seis meses, y es que, por encima de su ambición política, estaban sus principios, a los que no estaba dispuesto a renunciar.

Yo aún no había nacido. Sabía que don Eduardo Gasset había llegado a ministro de Ultramar porque todos en el periódico estábamos enterados y que dejó muy joven la política por razones sobradamente conocidas.

—Defender la esclavitud no me parece un principio muy loable —me atreví a decir—, ni luchar contra su abolición algo de lo que pueda sentirse muy orgulloso —noté cómo el vestido me apretujaba los pulmones.

—Él no se opuso a la ley de abolición de la esclavitud por su propio beneficio, sino porque estaba convencido de que su puesta en marcha terminaría de hundir la economía de ultramar, como así fue. El caso es que lo peleó con tanto brío que se creó enemigos acérrimos.

—¿Hasta el punto de querer matarle?

—Sí, algunos exaltados le odiaban, entre ellos algunos de los republicanos que consiguieron derrocar la monarquía un año más tarde. Por razones que no sabría explicarle, su padre, que al instaurarse la República disfrutaba de un puesto privilegiado en el Partido Republicano Federal, se enteró de que venían a nuestra casa a matarnos y nos refugió en la suya por un tiempo. Cuando apresaron a los malhechores nosotros volvimos a nuestro hogar.

—¿Y cómo puede estar seguro de que aquel era mi padre, si el suyo nunca le habló de ese suceso?

Tras chuparlo con ahínco, el puro inundó de humo su alrededor.

—Porque su padre me lo recordó. Yo tenía seis años y tan solo guardaba algunas imágenes de aquellos días, un hombre valeroso, una hermosa mujer y una niña recién nacida a la que habían puesto por nombre Carmen.

El corazón me iba a estallar. Mi cuerpo no estaba preparado para tantos sobresaltos. Jamás hubiese imaginado aquella conmovedora historia, nunca habría sospechado ninguna relación entre mi trabajo y mi padre y, sin embargo, hasta en eso él me ayudó.

—¿Fue por eso que me contrató?

Sus ojos se enrojecieron ligeramente, si bien lo supo disimular. El oficio de político le había enseñado a ocultar los sentimientos.

—Su padre me dijo que la criatura que yo conocí en aquellos días era ya una periodista, y que esa era la vocación de su vida. «Yo le he enseñado a defenderse sola, he procurado no ayudarle nunca para que se hiciese fuerte y ahora es una mujer preparada y perseverante, capaz de comerse el mundo. Su

mayor ilusión es ser periodista y estoy seguro de que será una extraordinaria profesional. Le estaría muy agradecido si usted la contrata».

Se tomó un segundo para rematar lo que ya era evidente.

—Unos días más tarde, usted estaba empleada como aprendiz en *El Imparcial*.

Aguanté un llanto que empujaba con fuerza desde mi interior. Noté cómo me ardía la piel y los pulmones resoplaban oprimidos por el corsé.

—Supongo que sabe que lo encontraron muerto pocos días después de hablar con usted —aseveré.

—Sí, y aunque dijeron que fue un derrame cerebral, yo no tuve dudas de que no lo fue, pero no tenía ninguna prueba ni ningún sospechoso, y como su padre, me había advertido que ponerlo en conocimiento de la policía no valía para nada, me callé. Lo que sí me llegó a decir es que la banda se hacía llamar los Caballeros de la Orden de la Mano Negra, así que cuando usted me contó lo que le pasó en el tranvía, decidí apartarla del periódico.

Quise reprocharle su laxitud, el desinterés con que se tomó aquel delito aunque, en el fondo, tenía razón, lo único que conocía era el testimonio de mi padre y, al fin y al cabo, él no le pidió que denunciara, sino que se ocupara de mí. En eso, había cumplido.

—Durante meses me sentí vigilado, estaba convencido de que me observaban, que seguían mis pasos. Después desaparecieron.

Un torbellino de preguntas sacudió mi mente, un sinfín de cabos sueltos que no era capaz de atar.

—¿Por qué no me ha hablado nunca de este tema? ¿Por qué me ha ocultado todo este tiempo que conoció a mi padre, que habló con él, que fue por él que me contrató? —las fui escupiendo tal como me venían a la cabeza.

—Porque él me lo pidió. También me prohibió que le hablase de su secreto porque sabía que, si usted estaba al tanto, su vida correría peligro. Quizás ahora ya lo esté. Puede que quien le haya hablado del asunto no fuese consciente de eso.

—Creo que sí.

Hubo un silencio espeso.

—Entenderá que tenga curiosidad por saber quién ha sido.

Tuve que tomarme un momento para saber cómo se lo contaba.

—Han raptado a mi novio y creo que quieren matarle. No puedo desvelar la identidad de quien me lo ha dicho, tan solo puedo decirle que, según él, se ha despertado la bestia y ellos están dispuestos a ejecutar el plan que llevan esperando dos años —repetí las palabras del marqués de Torreblanca.

El humo del puro caracoleó por su rostro difuminándolo. Tras la capa brumosa, su gesto reflejaba una preocupación indisimulable.

—No podemos permitirlo —afirmó con gravedad—. Estoy en deuda con su padre, no dejaré que se salgan otra vez con la suya.

Recibí aquellas palabras como un baño de esperanza, un cabo al que asirme en el desfiladero por el que transitaba mi existencia.

—No sabe cuánto me alegro, porque la persona que, según me han dicho, puede ayudarme, no está a mi alcance.

—¿Quién es?

—Eduardo Dato —le solté de sopetón—. No me pregunte por qué, porque no lo sé.

Se quedó pensando un momento, luego se levantó y empezó a deambular por el despacho con el puro en la boca y las manos trabadas atrás.

—El ministro de Gobernación —anunció lo que era obvio—, ahora lo entiendo.

—Estoy en ascuas.

—Su padre me habló de un paquete que dejó en la caja fuerte del Ministerio de Gobernación cuando era ministro Pi y Margall y él un colaborador de su máxima confianza. No me reveló que contenía el paquete, ni qué debía hacer con él, solo quería que yo lo supiese por si algún día fuese necesario recuperarlo.

—Por eso necesitamos a Eduardo Dato.

—Por eso. Un momento... —No dije nada, únicamente le imprequé con la mirada a que se apresurase—. Mañana por la tarde, el marqués de Linares ha organizado un agasajo en su palacete para celebrar la llegada de la Navidad, aunque bien podía ser para pedir que termine este maldito siglo. El caso es que ha invitado a algunos miembros insignes del Partido Conservador, entre los que está Eduardo Dato. Yo también estoy invitado. Venga conmigo y le hablaremos del asunto.

Tragué saliva.

—Demasiado tarde. Mañana por la noche es el solsticio de invierno, el día que se reúne esa turba de dementes. Si no estoy equivocada, en esas fiestas macabras es donde sacrifican a sus víctimas.

—Antes es imposible —replicó—. Dato está en Bilbao y llegará a Madrid poco antes de la ceremonia.

Respiré hondo.

—El solsticio es por la madrugada, tal vez aún tengamos unas horas para evitar la masacre.

Tres días duró nuestra travesía hasta Madrid, tres días con sus muchas horas pues no hicimos otra cosa que cabalgar sin descanso durmiendo lo justo en casas de postas.

Ni doña Cristina ni yo teníamos las carnes hechas a tantas horas de caballo y a fe que nuestros cuerpos terminaban cada jornada quejumbrosos y flacos de fuerza sin ganas de hacer otra cosa que tumbarse en un buen jergón y descansar.

Fue la primera noche, a los pies de la muralla de Ávila, cuando oímos hablar por primera vez de la batalla de Rande que tanto habíamos sufrido.

Era un viajante rudo, de brazos membrudos que venía de Galicia y que hablaba a voces en la taberna de la hostería mientras nosotros yantábamos.

Supe entonces cuán grande había sido el castigo. Más de dos mil hombres de nuestras tropas murieron y otros tantos fueron heridos por tan solo ochocientos de los anglicanos.

De boca de aquel viajante oí que no quedó un solo barco hispano a flote y que tanto don Manuel de Velasco y Tejada como el vicealmirante François-Louis Rousselet de Châteaurenault consiguieron salvar la vida.

Habló después del tesoro y dijo, a quien quisiera oírle, que algunos de los miles de carros que de la bahía partieron cargados de alhajas para la corte, fueron salteados por los caminos y robadas sus fortunas, si bien la gran mayoría llegaron a Madrid para mayor gloria del rey Phelipe.

Yo no abrí la boca, pues poco interés tenía en ser reconocido, ni en que nadie supiese que, como capitán de mar y guerra, fui derrotado en aquella maldita bahía gallega. Ni tampoco habló doña Cristina, que comía a mi lado,

aunque menos que un pajarillo, que del aire parecía alimentarse y de esas arcillas que llamaban búcaros a las que era tan aficionada.

El segundo día hablamos del cofre, que yo había aprendido a disimular cubriéndolo con una ruana, y de sus muchos poderes.

—De estar yo en vuestra piel no se lo devolvería al rey —volvió con el mismo cuento.

—Seréis descarada. De sobra sabéis que hice promesa.

—Como también sé que sois presa de un engaño. No olvidéis que vuestra vida no vale nada desde que estáis al tanto del secreto del arcón.

—¿Y para qué he de querer yo este baúl?

—Para protegeros. Para eso también lo quiere el rey.

—Yo no creo en brujerías. Y vos deberíais callar, que la Santa Inquisición tiene oídos en todas partes.

No le arredraron mis palabras, bien al contrario, siguió con la misma matraca sin que nada le importara.

—Decidme, ¿no os ha dado el baúl todavía ninguna prueba de sus poderes?

—No, que yo sepa.

—¿Ha intentado alguien robároslo?

Entonces recordé el zagal que quiso sisármelo en Mondariz y que resbaló rompiéndose la cabeza y la sangre que encontré en mi espada cuando la dejé junto al cofre bajo la cama en el monasterio de Melón.

En viendo doña Cristina que yo no le respondía, dio por sentado que mi silencio le daba la razón.

—No os separareis de este poderoso baúl hasta que vos lo decidáis por voluntad propia. Nadie, ni siquiera el rey, podrá quitároslo si vos no queréis. Por eso yo ni lo intenté cuando me fui a Salamanca.

Me dejó pensando un rato. No era yo de creer en esos sortilegios, mas aquella historia no hacía más que agrandar mis ganas de dejar de una vez por todas tan embrujado baúl en manos de su dueño.

Y fue así como cayó la noche y dimos en buscar un lugar para dormir.

Fueron a parar nuestros huesos a una villa que llamaban El Espinar, donde soplaban aires de montaña. Llamó mi atención que en aquel lugar esquilaban ovejas por cientos y por sus caminos angostos rodaban carretas de bueyes

cargadas de lana.

Salió el tercer día un sol *radiante* que iluminaba los campos y secaba el barro de las calzadas que, además, eran más anchas y fáciles de andar.

A medida que nos acercábamos a Madrid, los caminos de carros estaban más transitados y, a los bandidos que los merodeaban, se fueron añadiendo lisiados, que en llegando a la corte eran multitud. Rencos, tontos y ciegos marchaban por su pie en busca de la villa donde esperaban vivir de la misericordia de los demás. Al tiempo, era más cierta la miseria, casuchas de maderas con chiquillos escuálidos y mugrientos jugando, perros famélicos, mujeres demacradas con ojos hundidos buscando entre los despojos de las basuras.

Ese día, doña Cristina no dejó la lengua quieta. En poco me supe su vida de cabo a rabo o, al menos, la que contaba que yo no sabía si dar por cierta. No quería escucharla mucho, no fuese que le tomase cariño y más me doliese dejarla en manos del rey, así que de cuando en cuando, con mi cofre arriostado al caballo, me alejaba con la excusa de otear el camino.

Tuvimos suerte, o quizás fue la fortuna que otorgaba el oscuro cajón, el caso es que atravesamos campos, bosques y montañas sin que ningún bandido nos importunase.

Cambiaron los paisajes cuando llegamos a Aravaca. De los bosques serranos famosos por los corzos y jabalíes que con tanta afición usaban reyes y ricohombres, pasamos a tierra de huertas, campos de labor y caminos de agua.

Cuanto más nos acercábamos, más abundaban los corchetes, pertrechados con armas de fuego y buenos aceros custodiando los caminos que, en siendo tiempos de guerra, era menester asegurarse de que ningún partidario del archiduque Carlos se colaba en la corte con malas intenciones. No había carreta de bueyes que no fuera registrada y hasta un regimiento de fusileros vimos acampado junto al río Manzanares. Bordeando su curso llegamos al puente que llamaban de Segovia y fue que entrando en la villa vimos el hermoso alcázar, cuna de grandes reyes y orgullo de España.

Mi idea era alojarme en una posada cercana y, con la excusa de atender un recado personal, dejar allí a doña Cristina. Pretendía así acercarme al alcázar con el cofre a cuestas, y hacer saber al mismo rey, por el medio que fuere, que

traía conmigo su baúl y a la hija del gobernador para que con ellos hiciera lo que creyere oportuno.

Y así hice. Encontré fonda junto a la Puerta Cerrada y allí dejé a la dama. Antes de partir me acicalé un poco para dar más fuste a mi figura quitándome el barro de las vestiduras y limpiando las botas con brea, no fuera a dar una imagen miserable a algún prohombre de la corte y quién sabe si no al mismísimo monarca.

De camino al real alcázar fui pensando cómo haría para asegurarme de que quienquiera que me recibiera entregaba el tesoro en mano al Borbón o bien a don Luis Portocarrero, pues tratándose de tan poderoso objeto, debía evitar a toda costa ser presa de un engaño y no hallé mejor manera que aguzar mi ingenio para que algún importante cortesano se interesase por mi embajada y me llevase delante del rey o de su poderoso cardenal.

En la plaza que llamaban de Oriente me detuvieron unos soldados armados de floretes y quisieron saber dónde iba.

—Al alcázar —dije presto—, que debo entregar este presente en mano a su católica majestad.

—Más vale que os olvidéis —contestó uno—, el rey está en Nápoles, atendiendo asuntos de Estado.

Quedé aturdido.

—¿En Nápoles? ¿Por mucho tiempo?

—¿Quién sabe? Mientras dure esta puta guerra estará cerca de sus ejércitos o recaudando dineros, que tanta falta hacen para mantener a la soldadesca.

No tenía más remedio que intentarlo de nuevo.

—¿Y no estará por ventura don Luis Portocarrero en el real alcázar?

—¿El cardenal? No es muy amigo de rondar estos lares, dicen que por alguna rencilla que ha tenido con don Phelipe, ¡después de lo que hizo su eminencia para que el Borbón llegara a rey de España! Pero si queréis aseguráros, preguntad a aquellos mosqueteros que hacen guardia en la puerta.

Así hice y hallé parecida respuesta.

—Su eminencia no está y, si estuviere, dad por cierto que no os recibiría, pues tiene fama de no atender visitas, así fuera el papa de Roma.

—¿Y sabéis por dónde anda?

—Puede que en Toledo, que es allí donde tiene el sillón cardenalicio.

Ya puestos, acordé quemar mi última nave.

—¿No estará por acaso la reina en palacio?

—María Luisa de Saboya está con el rey. Y si algún día regresa, perded toda esperanza de que os reciba, ella no es de dar audiencias, que solo tiene trece años.

Turbado por tanta adversidad, abandoné la plaza de Oriente con la idea fija de que tenía que encaminar mis pasos hacia Toledo en busca de don Luis Portocarrero. Por fortuna, la ciudad del Tajo estaba en el camino de Sevilla, por lo que no me resultaría difícil que doña Cristina viniera de buen grado.

Pasé la tarde en Madrid, visitando sus mercados y sus animosas calles y, en estando junto a la plaza Mayor, encontré una iglesia que llamaban de San Miguel. Y eran tantos los misterios que el santísimo arcángel habíame creado con la historia del baúl, que quise entrar en el templo y ver si allí había algo que iluminara mi cabeza haciéndome entender mejor lo que me traía entre manos. Y voto a Cristo que lo que hallé mucho me impresionó, pues nunca hasta entonces habían visto mis ojos la figura de un demonio en territorio tan religioso. Estaba el santo arcángel en ademán victorioso, con un buen acero y vencido el maligno al que pisaba el cuello. La catadura del diablo era detestable, los ojos salidos, la boca estridente y una herida en la frente de la que manaba negra sangre.

Aquella fiera imagen se grabó en mi memoria como un sello indeleble. Poco imaginaba yo entonces, que al poco volvería a estar frente a ella y que allí mismo el destino cavaría mi tumba.

Al salir a la calle me sobrevino una arcada y después otra. Un sudor frío se apoderó de mi persona y poco después vomité en una esquina. Varios viandantes se interesaron por mí. Yo les dije que estaba bien, aunque me sentía muy débil y tenía la sensación de que me caería redonda en cualquier sitio. Era la falta de sueño y el ayuno y los nervios y el remordimiento y la desesperación por no tener a Enrique, un revoltillo de cosas que se habían ido adhiriendo como lapas a mi infortunio en aquellos días de furia.

Entré en el lavabo de un café y me refresqué la cara. El espejo me devolvió una imagen lúgubre, la tez pajiza, los ojos hundidos y circundados por un aro negro y una especie de sonrisa zorruna que no era otra cosa que los trazos de una histeria que me comía por dentro.

Me había manchado la falda de vómito, así que decidí pasar por casa. Tenía que descansar un poco y ordenar mis ideas. La conversación con don Rafael me había dejado tan mal sabor de boca como la vomitona.

Cuatro días fue el tiempo que necesitó para encontrarme en Madrid y ofrecirme trabajo, para gran alegría mía, sin que yo sospechase ni lo más mínimo que lo hacía por encargo de mi padre, cumpliendo una promesa que le hizo pocos días antes de morir. O, mejor dicho, pocos días antes de que lo matasen.

Cuatro días tardó en contratarme como aprendiz para corregir anuncios publicitarios o completar huecos con noticias de los despachos telegráficos internacionales y, después... casi dos años de silencio.

Las piezas del tablero de aquel endiablado rompecabezas empezaban a encajar, una diminuta luz asomaba al final del túnel y, sin embargo, tenía la

sensación de que avanzaba muy lentamente, como en esas pesadillas que te persigue un monstruo y tus pies se vuelven de plomo.

Cuando llegué a casa me tiré en la cama. Sabía que mi tiempo era escaso, pero también que no resistiría a ese ritmo mucho más. Tenía el cuerpo transido, como si un espíritu le hubiese robado la energía dejando mis músculos en un estado vegetativo y, sin embargo, el interior de mi cabeza hervía como una olla.

Pasaron varias horas, no sabría decir cuántas, un tiempo en que deambulé por un lodo espeso, hasta que una voz interior me susurró «tienes que seguir». A duras penas conseguí levantarme y, de pronto, me vi perdida y desorientada.

Mientras me preparaba una tisana, enredada en ideas difusas, llegué a la conclusión de que mi casa era una cárcel, el lugar donde me lo arrebataron, yéndose con él lo que más me importaba en la vida.

Aún quedaba poco más de un día para la ceremonia del Partido Conservador donde, gracias a don Rafael Gasset, podría encontrarme con Eduardo Dato, demasiado tiempo para permanecer parada.

El cuerpo me pedía oxígeno y no hallé mejor plan que seguir el consejo de don Gerardo Vecillas, mi viejo profesor y plantarme otra vez en la iglesia de San Miguel de la calle San Justo, el templo que hallé cerrado y en el que, según mi anciano catedrático de ética, se celebraron años atrás encuentros clandestinos que fueron atajados por las autoridades eclesiásticas. Desde entonces, el santuario era la nunciatura apostólica.

Antes de salir, me cepillé el pelo y me empolvé las mejillas pensando en Enrique. El espejo me devolvió un mohín indolente y la memoria me atracó con una sarta de recuerdos de los días en los que compartimos sueños y amor desmedido.

Poco después me lancé a la calle. No tardé en llegar a la calle San Justo. En el trayecto comprendí que mi cuerpo era un barco a la deriva, sin gobierno ni patrón y que el mundo se reducía a su sola ausencia, que fuera del propósito de recuperarlo no había más que vacío.

El templo estaba cerrado, como la primera vez, pero mi caso no admitía dilación, así que, sin pensarlo dos veces, me puse a aporrear con la palma la ciclópea puerta que cercenaba el paso. Tanto lo hice que, al cabo de unos minutos, oí cómo se movía un oxidado cerrojo interior.

—Necesito hablar con el presbítero.

El tipo que tenía enfrente era un hombre mayor, encorvado por los años y miraba con desconfianza. Tenía la cabeza pelada y unas orejas grandes y lobulosas. Vestía como un seglar.

—¿Quién es usted?

Había abierto la puerta lo justo como para asomar la cara. Me recordó al guardián de un castillo, celoso del tesoro que preservaba.

—Carmen Sotés, vengo de parte de don Gerardo Vetillas.

—¿Don Gerardo?

Se veía a una legua que no se fiaba, que tenía que pasar una prueba de acceso antes de dejarme pasar.

—El catedrático de teología de la Universidad Central, ¿es usted el padre Antonio María?

Relajó el semblante. Pronunciar su nombre fue como un bálsamo que le hizo verme de otra manera.

—Pase —me dijo—, afuera hace frío. —Tras de mí, cerró la puerta y me llevó hasta un claro donde se proyectaba el caño de luz de un ventanal. El resto del templo estaba envuelto en sombras violetas—. ¿Qué quiere de mí?

Movía la cabeza mientras hablaba, acompasando sus propias palabras como si las estuviese acentuando. Necesitaba encontrar el modo de ganarme su simpatía.

—Trabajo en *El Imparcial* y me han pedido redactar una gacetilla sobre San Miguel —improvisé—. Don Gerardo me dijo que no hay nadie como usted para que me hable sobre el arcángel y sobre la historia de este templo.

Se rascó la cabeza pelada. Me dio la impresión de que era la primera vez que le planteaban una situación parecida y no sabía cómo actuar.

—Está bien —abrió los brazos—, ¿ha estado alguna vez aquí?

—No, de hecho, creía que la iglesia estaba siempre cerrada.

—Lo cierto es que, desde que este templo pertenece al obispado, apenas se celebran misas. Además, estoy solo y bastante viejo, así que no puedo atender a los feligreses como yo quisiera.

—No sabe cuánto le agradezco...

Levantó la mano para que no siguiese hablando. Daba la impresión de que no le gustaban los halagos ni las falsas lisonjas.

—La iglesia es muy, muy antigua —carraspeó para aclararse la garganta—. De hecho, es una de las pocas que había en Madrid tras su conquista en el siglo XII, pero entonces no estaba bajo la advocación de San Miguel, sino de los santos mártires Justo y Pastor. Así estuvo durante muchos siglos hasta que en 1738 se derrumbó. No se sabe a ciencia cierta la causa, aunque bien pudo ser por la cantidad de años que tenía. Lo cierto es que entre sus escombros se perdió casi toda su historia, incluidos sus libros parroquiales en los que está constatado que estaban los enterramientos de gente tan notable como el padre de Quevedo o el de Cervantes.

A medida que iba hablando, don Antonio María se fue desprendiendo de la costra de tosquedad que le cubría. Aun así, parecía un hombre taciturno, de los que se pasan el día sin abrir la boca.

—Poco después de aquel desgraciado accidente, Isabel de Farnesio mandó construir este edificio. La esposa de Felipe V quiso hacerlo para su hijo, que por aquel entonces era arzobispo de Toledo.

—¿El hijo del rey era el arzobispo de Toledo?

—Su sexto hijo, llamado Luis Antonio de Borbón y Farnesio. Por si no lo sabe, ese cargo era uno de los más importantes del reino. No hay más que ver que su predecesor fue el cardenal Portocarrero, el hombre que decidió que fuese Felipe V quien tomase el trono tras la muerte de Carlos II.

El nombre de Portocarrero me sonaba vagamente a la guerra de Sucesión y a las intrigas que se sucedieron con la llegada de los Borbones.

—Sin embargo, en 1790 ocurrió algo terrible. La vieja iglesia de San Miguel, que estaba aquí al lado, junto a la calle Mayor, sufrió un espantoso incendio. Según las malas lenguas el fuego fue provocado, el caso es que no se reconstruyó y lo que se decidió, fue traer aquí la advocación del arcángel San Miguel pasando la de los santos Justo y Pastor al convento de las Maravillas.

Se me escapó un suspiro. Tras los humos de aquel incendio quise ver la mano oscura de la orden impregnada de una secular esquizofrenia por más que ninguna prueba lo avalase.

Avanzamos lentamente por un lateral del templo junto a inmensos pilares blancos y paredes de estuco. Nuestros pasos resonaron bajo la cúpula. Me parecía mentira estar en el lugar en el que, durante décadas, la Orden de la Mano Negra había hecho sus encuentros clandestinos. Mientras andábamos,

abrí los ojos para empaparme de lo que había a mi alrededor. Entre las sombras adiviné figuras de ángeles y capiteles dorados, los muros y la bóveda estaban cubiertos de frescos cuyos motivos no fui capaz de distinguir.

—¿Quién pudo cometer tal atrocidad? —traté de indagar.

—Alguien que quería que se dejase de hacer el culto a San Miguel en la vieja iglesia. O que se trajese aquí.

Me quedé pensando mientras el padre Antonio María no dejaba de caminar. Aquel incendio pudo perfectamente ser provocado por los miembros de la orden. O por sus enemigos.

—¿Se sabe quién tomó la decisión de cambiar esta iglesia de patrono?

—No, fue hace ciento nueve años y no quedan registros, aunque es evidente que alguien tenía interés en que fuese precisamente aquí donde se adorase al arcángel.

—Quizás fuese solo un accidente —provoqué.

—Puede, aunque yo no lo creo. A mí por lo menos me resulta extraño que llegaran a rescatar una buena parte de los tesoros que albergaba el templo. Da la impresión de que a alguien no le pilló desprevenido.

—¿Qué tesoros?

—Muchos, aunque los más importantes fueron la estatua del arcángel, unas piedras preciosas que había regalado el cardenal Zapata a la iglesia y un antiquísimo tabernáculo de bronce. Aún conservamos aquí esta reliquia, aunque no la exponemos al público para evitar que a alguna oveja descarriada se le ocurra robárnosla, ¿quiere que se lo enseñe?

No estaba yo para andar curioseando en asuntos que nada tenían que ver con mi propósito. Además, ni sabía qué era un tabernáculo.

—No, gracias —me disculpé—, si acaso otro día.

Llegamos hasta el presbiterio que había frente al altar de la capilla mayor donde el padre Antonio María se paró. Mis ojos buscaron por todos los rincones la estatua de San Miguel, pero allí no había ninguna imagen. El centro del muro estaba presidido por un lienzo del santo, con armadura y victorioso, y tendido a sus pies, se retorció el diablo vencido. San Miguel llevaba un estandarte con letras doradas en latín que rezaba:

QUIS SICUT DEUS?

A su izquierda, un ángel exhibía otro cartel con un texto difuso en el que quise entender.

PRINCEPS MILITARIS COELIS

Un coro de ángeles rodeaba al arcángel con antorchas y luminarias. El diablo se llevaba la mano a la cara y parecía gritar mientras se hundía en una oscuridad que bien podía ser el infierno.

—Hermoso, lleno de simbología —reconocí.

—Es de Alejandro Ferrant. Lo pintó por encargo del papa hace dos años.

—No sabía que León XIII se ocupaba de detalles tan pequeños.

—No suele hacerlo, pero este templo es para la Iglesia algo especial.

Me sonó a lugar protegido, a un sitio que se aparta del resto para evitar una contaminación o simplemente para hacerlo pasar desapercibido.

—No veo aquí la estatua que rescataron de la antigua iglesia —le dije.

—Es usted muy perspicaz.

—¿Dónde está?

—Se la llevaron cuando esta iglesia pasó a pertenecer al arzobispado. Hace siete años.

Fue entonces cuando saltó el escándalo, cuando descubrieron que entre aquellos muros se celebraban reuniones clandestinas y macabras y el papa dio la orden de expulsarlos de allí, según me contó don Gerardo Vecillas. No podía dejar pasar la ocasión.

—¿Por qué se trajo aquí el arzobispado?

—Por decisión del papa.

Tenía que tirarle de la lengua.

—¿Por alguna razón en concreto?

—Supongo que le gustaría el edificio de al lado como nunciatura apostólica —sonrió—, es ahí donde vive el arzobispo de Madrid.

Era su forma de esquivar la respuesta, de quitarle hierro a un suceso que seguramente marcó su vida.

—¿Y qué pasó con los devotos de San Miguel? ¿No había cofradías dedicadas al santo? —insistí.

El padre Antonio María me miró encogiendo los ojos. No tuve dudas de

que había adivinado mi intención.

—¿Qué quiere saber? ¿Va a hacer una gacetilla de San Miguel o lo que realmente quiere es saber qué ocurrió aquí hace siete años cuando se expulsó al padre Florencio?

Tragué saliva, de repente me vi dentro del lodo sin saber cómo salir. Negarlo era absurdo, en el fondo, lo único que me interesaba era saber qué había sucedido en aquel templo durante los años que acogió a la secta de la Mano Negra y el rastro que quedó de ellos para seguir buscando su nuevo escondrijo. Solo necesitaba una buena razón para que el padre Antonio María se apiadase de mí y me ayudase y esa razón no era otra que el secuestro de Enrique.

—No voy a escribir ninguna gacetilla, si he venido a verle es porque estoy en un tremendo aprieto —noté cómo se me barnizaban los ojos de lágrimas—. Sin saber aún por qué, los herederos de los que se juntaban aquí, o quizás ellos mismos, quieren acabar conmigo. Hace años mataron a mi padre y ahora han secuestrado a la persona que más quiero en el mundo. Tengo que hacer algo para encontrarles... antes del solsticio.

El padre Antonio María volvió a rascarse la cabeza mientras me miraba con severidad. No decía nada, solo respiraba como si le faltase el aire. Hubiese dado lo que fuese por saber qué pasaba por su cabeza.

—En este templo éramos dos sacerdotes —arrancó finalmente con la vista clavada en mí—, el padre Florencio y yo. Nos llevábamos bien, aunque fuésemos dos personas de trato frío. Yo estaba por las mañanas y él por las tardes. Dábamos misas, confesábamos, atendíamos a los feligreses, de vez en cuando comíamos juntos.

La tensa rigidez de su rostro se fue bruñendo con el fluir de su discurso.

—Una mañana de junio necesité unas escaleras para adornar con flores el altar y recordé que teníamos unas en la cripta. El padre Florencio me tenía dicho que si tenía que ir allí se lo dijese porque había mucho desorden y solo él sabía dónde estaban las cosas. De hecho, él se quedó con la llave y a mí no me importó. Pero aquel día quería coger la escalera y recordé que yo guardaba una vieja llave en el armario donde tenía las casullas, así que la cogí y, muy temprano, bajé.

Hablaba despacio, soltando las palabras con una mezcla de dolor y

vergüenza, como si él mismo se las estuviese arrancando del fondo del alma.

—Y vive Dios que lo primero que me sorprendió fue el desorden, ramas esparcidas por todas partes, crucifijos apuntocados en las paredes, algunas figuras paganas, restos de papeles quemados... Aun así, lo más asombroso fue encontrar un charco de sangre seca en el suelo.

Entonces, algo pasó en la cabeza del padre Antonio María, fue como si hubiese saltado el tapón que aprisionaba sus recuerdos y no pudiese contener el torrente de sentimientos largamente encarcelados, como si lo que hasta aquel momento era doloroso, se hubiese convertido en el bálsamo que curaba todas sus heridas.

—Lo primero que pensé es que el padre Florencio había tenido un accidente o que lo habían atracado en la cripta, así que fui hasta la casita que compartíamos y lo encontré durmiendo. Era demasiado tarde para que estuviese aún en la cama, lo que me hizo pensar que se habría acostado tarde, que quizás él, quién sabe si con más personas, habían pasado la noche en la cripta y que tal vez aquella sangre no fuese de un accidente.

—Y obviamente, no lo era.

—Hablé con el arzobispo, quien me pidió discreción. Antes de decir nada a la policía debíamos investigar qué había pasado. Su obsesión era evitar el escándalo. Llamamos al padre Florencio a capítulo y, en el despacho del arzobispo, le sometimos a un interrogatorio. No soltó prenda, pero nosotros supimos que nos ocultaba algo, máxime cuando nos enteramos por los periódicos de que ese mismo día apareció un hombre muerto a orillas del Manzanares con signos de violencia.

—¿Signos de violencia?

—Una docena de puñaladas y la frente rota.

El padre Antonio María era un hombre reservado. Si se estaba sincerando conmigo tal vez fuese porque, en su concepción cristiana de la vida, encontró en mí una suerte de confesor para un pecado que, en realidad, él no había cometido.

La marca en la frente no dejaba lugar a dudas. Aquel asesinato era obra de la Orden de la Mano Negra.

—¿Qué sabe del padre Florencio?

Suspiró.

—Hace siete años que no sé nada de él.

—¿No le dieron un escarmiento?

—Como puede imaginarse fue excomulgado. Dicen que el papa se puso furioso y que convirtió a esta iglesia en nunciatura apostólica para limpiar el pecado que aquí se había cometido. La Iglesia quiso evitar el escándalo y no puso ninguna denuncia. Tampoco teníamos pruebas de lo que realmente ocurrió aquí. Aun así, el padre Florencio fue procesado y pasó un tiempo en prisión, aunque, no pudiendo demostrar su culpa, al poco quedó libre.

—O sea, que al final intervino la policía.

—No hubo más remedio. Por alguna extraña razón, relacionaron el crimen del hombre que encontraron en el Manzanares con esta iglesia y aparecieron por aquí. El arzobispo les contó lo que sabíamos y se llevaron al padre Florencio preso.

—¿Sin más pruebas?

—El comisario que vino dijo conocerles bien, sabía qué se escondía tras la maldita orden, aunque no había sido capaz de demostrar nada.

—¿Recuerda cómo se llamaba?

—Claro que sí, era el comisario Edelmiro Cañete.

La sombra del comisario masticando su paloduz bajo un árbol del cementerio de los suicidas se paseó por mi mente como un alma en pena. Y, sin embargo, no me sorprendió. Sin yo saberlo, daba por hecho que Cañete llevaba años ocupándose de la Orden de la Mano Negra, o quizás más que ocupándose, ocultando sus fechorías, dándole inmunidad a sus integrantes.

—Me gustaría visitar la cripta.

El padre vaciló unos segundos. En su mirada furtiva adiviné una hebra de repulsa que era incapaz de disimular.

—Allí no hay nada.

—Por favor.

Tras rascarse otra vez más la calva, anduvo encorvado hasta la sacristía y vino con una llave y un gesto mustio que no se le borró de la cara. Sospeché que en su cabeza se debatían sus ganas de ayudarme con el asco que le producía volver al lugar de los hechos.

A la cripta se accedía por una puerta lateral de la iglesia. Tras bajar algunos escalones llegamos a una estancia que parecía abandonada, objetos

cubiertos de sábanas añejas, que bien podían ser figuras de santos, y un manto de polvo grisáceo tapizaba paredes y suelos.

—Vienen poco por aquí —deduje.

—Desde hace siete años apenas lo pisamos. Lo que ocurrió entre estas cuatro paredes convirtió a este sitio en un territorio maldito.

—¿Qué otras cosas pasaron?

El padre Antonio María no respondió al instante. En sus sienes palpitantes adiviné el pulso acelerado.

—Años y años de crímenes y herejías, al menos eso creemos porque nunca pudo demostrarse nada. Parece ser que aquí se celebraban algunas reuniones clandestinas coincidiendo con los solsticios y equinoccios. En esas asambleas nocturnas se hacían falsas invocaciones al santo arcángel y se llevaban a cabo actos fanáticos. Si tardamos tanto en darnos cuenta fue porque los encuentros eran de madrugada y porque los miembros de la congregación estaban sujetos a un severo código de silencio.

Nada que yo ya no supiese o sospechase y, sin embargo, estar tan cerca del lugar de los hechos me agitó el alma. Recorrí con la mirada cada rincón en busca de señales que me hicieran comprender mejor, imaginar los códigos que regían aquellos macabros concilios.

—¿Qué hacían en esas asambleas?

—No lo sé a ciencia cierta. Nunca supimos quiénes participaban en ellas, salvo el padre Florencio, que guardó un escrupuloso silencio de sus actividades clandestinas. Lo que sospecho es fruto de mi investigación, pues cuando todo ocurrió, me dediqué a estudiar a fondo la teología de San Miguel y sus formas ancestrales de adoración.

—E imagino que pudo sacar sus propias conclusiones.

—Sí, y de ser ciertas, aquí se llevaron a cabo atrocidades. Es posible que, en sus actos proscritos, San Miguel matara al diablo, que era una víctima que elegían de la calle con no sé qué funesto criterio.

Si algo había aprendido en los últimos días es que a la banda de la Mano Negra no le temblaba el pulso cuando tenían que ejecutar a alguien, ahorcándolo, envenenándolo o simulando un infarto al corazón. Eso sí, procuraban no dejar rastro de sus sanguinarias acciones.

—Por supuesto que aquí nunca se encontró un cadáver —continuó el padre

Antonio María—, pero por lo que pude comprobar más tarde, hacía años que por Madrid aparecían muertos por causas diversas y con una herida en la frente, personas anónimas, aparentemente sin relación, con el mismo sello, una incisión por encima de las cejas.

—Me pregunto si en sus estudios sobre San Miguel consiguió averiguar qué significado tenía esa marca.

—*El Lapis Exilis*.

Aquellas palabras se desplazaron por los resquicios de mi entendimiento hasta encajar mágicamente en su lugar. La raja en la frente era el enigma que me comentó don Rafael Gasset y que yo había visto en las iniciales del libro de la biblioteca del Casino, el que no me quiso desvelar el marqués de Torreblanca.

—¿La joya de la corona de Lucifer? —atiné a preguntar.

—Efectivamente. La perla del diablo, la que según la tradición cristiana Satanás tenía en la frente y le arrebató San Miguel. Hay una vieja leyenda que asegura que un cruzado aragonés recibió del mismo arcángel el preciado tesoro, testimonio de la victoria del bien sobre el mal, y lo guardó en un cofre con intrincados cerrojos para que nadie pudiese abrirlo.

Un regusto a bilis me encharcó la garganta. No tuve ninguna duda de que ese cajón era la clave de la inescrutable armazón que rodeaba a la orden.

—¿Y usted cree que ellos poseen ese talismán?

—Me temo que sí. Como le he dicho, el padre Florencio no soltó palabra en sus declaraciones, lo que se tradujo en que no hubo ningún imputado ni nada que requisar. Sin embargo, desde entonces desapareció del mapa, nunca más supimos de él. Imagino que vive escondiéndose de su sombra y fuera de la ley.

La figura difusa de aquel sacerdote irrumpió en mi mente como por ensalmo. Quise imaginármelo urdiendo planes asesinos entre bastidores desde su escondrijo, quizás el mismo en el que tenían retenido a Enrique.

—¿Cómo era el padre Florencio? Quiero decir, ¿qué aspecto tenía?

—Delgado, con poco garbo, bromeábamos a menudo sobre su enorme nariz.

Me mordí el labio inferior con la punta de los dientes. Esa descripción coincidía con la del abate que ofició el entierro en el cementerio de los

suicidas, el de la casulla roja y latinajos desusados.

De ser así, yo sí lo había visto. Y Cañete también. Y no parecía que se fuese ocultando de nadie.

La intuición me decía que tenía que seguir el rastro de San Miguel para encontrar los restos de la orden, allá donde se siguiese adorando al arcángel podían estar ellos, escondidos como ratas.

—¿Adónde se trasladó la advocación a San Miguel cuando salió de aquí? —quise entonces saber.

—A un pequeño templo de la calle Leganitos. Allí fueron a parar los tesoros que guardábamos aquí desde que ardió la vieja iglesia de la calle Mayor en 1790, salvo el tabernáculo que, como le dije antes, se quedó aquí.

—Quizás sigan haciendo sus reuniones clandestinas en esa parroquia —apunté.

—No lo creo.

—¿Por?

—Porque al poco después de trasladar allí los tesoros, robaron la estatua de San Miguel, la misma que había presidido esta iglesia. Según parece, ellos tenían un segundo lugar de encuentro clandestino, una vieja ermita que nunca supimos dónde estaba. Dondequiera que esté esa ermita, estará el padre Florencio.

Salimos de la cripta y, de nuevo en la calle, me sentí perdida, con un baúl de nuevas revelaciones, pero tan desordenadas, que no sabía qué hacer con ellas.

—No sé por dónde seguir —dije ya junto al atrio de entrada del templo.

El padre Antonio María se rascó otra vez la cabeza.

—Vaya a la iglesia de la calle Leganitos y hable con su párroco, seguramente él puso una denuncia cuando le robaron la estatua y tal vez sepa en qué quedaron las investigaciones.

Noventa leguas mediaban entre Madrid y Sevilla, noventa leguas me separaban de Esperanza y Macarena. No había hora del día que no pensara en ellas, no había momento que no soñara con tenerlas entre mis brazos. Mas yo era presa del destino que, como un verdugo cruel, me condenaba a acercarme a ellas lentamente. Y arrastrando además conmigo dos encargos que comprometían mi honor como español y como soldado.

—Maldito honor, así te pudras en el infierno —solté esta mañana mientras Tomás se llevaba los restos de mi mísera cena.

—¿Acaso lo hicisteis por honor? —quiso saber, él que no sabe nada.

—No, lo hice por venganza.

Salimos aquella mañana de la posada de la Puerta Cerrada sabiendo que, hasta Sevilla, se contaban veintisiete postas. Yo guardaba para mí que, cabalgando a buen paso, en dos días llegaríamos a Toledo donde, si me sonreía la fortuna, podría desprenderme de doña Cristina dejándola en manos de Portocarrero.

Antes de despuntar el día, dejamos Madrid por el camino de ruedas que llevaba a Villaverde. Aquella alborada arreciaba un crudo frío al punto que no había manta ni capote que consolase el cuerpo. Fuimos dejando atrás la corte por senderos escarchados a lomos de nuestros caballos, cabalgando todo el día y sin apenas comer.

Al caer la tarde, avistamos Torrejón de la Calzada e hicimos posada en la casa de postas que había frente a su iglesia parroquial.

Yo no dormí. Tal era mi estado de ansiedad que las horas se me figuraban semanas y los días, años, así que antes del alba ya estaba otra vez a lomos del caballo y doña Cristina refunfuñando, pues no estaba acostumbrado su cuerpo cortesano a tanto trote.

El segundo día nos cruzamos con un batallón de lanceros que venían de Jaén. Habían aplacado allí una revuelta de seguidores del archiduque Carlos y contaban que no había pueblo por donde transitaran que no tuvieran que pasar a cuchillo a traidores al legítimo rey.

—Maldito rey —grité también esta mañana desde mi celda sin poder contenerme—, así te pudras en el infierno.

Y Tomás, que vive asustado hasta de su sombra, se me acercó con el índice pegado a los labios.

—Callaos —susurró—, o no tendrán piedad con vucencia.

—Ni falta que hace.

Desde aquel día supe que esta guerra, que yo creía quedaría en mares y tierras lejanas a España, llegaría a nuestros pueblos y entraría como un veneno derramando mucha sangre entre hermanos.

Cuando el sol se agachaba por el horizonte avistamos por fin el Tajo y, a su dulce paso, la ciudad que fue capital de España y de cuyo cabildo era arzobispo Portocarrero.

—Haremos noche aquí —dije a doña Cristina—. Ahora que tan peligrosos se han vuelto los caminos, preciso comprar una nueva espada que espante a salteadores y hombres de mal vivir y esta ciudad es afamada por sus buenos aceros. Esperadme en la fonda mientras la busco y mañana al alba continuaremos.

—Llevadme con vos, que quiero confesar.

—¿Acaso queréis dejaros ver por Toledo, sabiendo que de aquí es cardenal Portocarrero? Dejad vuestros rezos para cuando lleguéis a Sevilla y procurad no juntar más pecados hasta ese momento.

Nada más dejarla en la casa de postas, me adentré con el cofre en la

ciudad. Era Toledo de natural bulliciosa, quizás más que Salamanca e incluso que Madrid, aunque puede que fuesen sus angosturas las que le dieran esa apariencia. También era más desordenada, de callejones emboscados, muladares de malos olores como el de la puerta de Doce Cantos, el arco de Zocodover o el que se apostaba frente a la Estafeta y regatos de aguas sucias corriendo por las calzadas.

Llegar hasta la catedral era tarea sencilla, pues sus torres se veían a lo lejos y muchas de las callejas terminaban en su plaza. En el camino me crucé con el ayuntamiento, un edificio primoroso que lucía en su balcón el dosel de terciopelo carmesí con las armas de Castilla y León además de las propias de la ciudad. Encima de la baranda lucían dos reposteros de raso liso carmesí con franjas y flecos de oro bordado que mostraban a todas luces que no eran dineros públicos lo que faltaba en la villa.

Tal vez fuera porque el rey bien pagaba a quienes vigilaban a Mariana de Neoburgo, la alemana pelirroja y traidora que, tras morir su marido don Carlos II, quiso casarse con el delfín de Francia para mantener su alto rango.

Por eso y porque conocido era que, durante años intrigó en la corte para que quien sucediese a su marido fuese su sobrino el archiduque Carlos, enemigo del Borbón, fue condenada a vivir en el alcázar de Toledo apartada de la vida pública.

Las campanas de la catedral llamaban a misa de siete y a ella acudían damas acompañadas de sus criadas y hombres de postín, con sus buenas vestiduras y relucientes espadas. La puerta principal, empero, estaba plagada de pordioseros y menesterosos, los unos sin piernas, los otros sin ojos, y todos rogando por una limosna.

Maravillado quedé por la grande belleza de aquel pórtico que llamaban del Perdón, inmensas sus puertas de bronce, hermosos sus decorados y estatuas. Y no menos soberbia, la basílica por dentro, con sus retablos, sus capillas, su coro, su sacristía y los sepulcros de tan insignes hombres entre los que no faltaban reyes y reinas.

Busqué acomodo en un banco apartado para no llamar la atención y me senté con mi cofre a esperar con la esperanza de que fuese el mismo Portocarrero quien cantase la misa. Y allí rogué a Dios que protegiese a los míos que a mí falta no me hacía, pues solo sabía defenderme de asesinos y

maleantes.

Por eso reniego de Él, y no me importa gritarlo mirando al techo mohoso de esta sucia celda, y no temo a Su castigo, pues no hay mayor castigo que el que me habéis infligido.

En viendo yo aquella tarde que el capellán de la catedral andorreaba con preparativos bajo los estandartes del altar, me apresuré a preguntarle.

—¿Será el cardenal quien oficie la misa?

—Huy, no, su eminencia no está en Toledo —respondió.

Compuse como pude el gesto.

—¿Y sabéis por dónde anda?

El clérigo se encogió de hombros.

—Allá donde haga más falta a España, que es hombre de mucho peso en esta guerra.

Supe entonces por el capellán, que Portocarrero era, entre otras muchas cosas, el coronel del regimiento de Guardias de la Real Persona.

—Imaginad el trabajo que le ocupa.

—Al menos vendrá por aquí de vez en cuando.

—Sí, sin dar aviso, que los partidarios del villano archiduque Carlos tienen ojos en todas partes y no dudarían un instante en arrancarle la vida si lo encontraren.

—¿Querríais darle un recado de mi parte? Es algo muy importante que él espera y que, por las veleidades del destino, lleva retraso de un mes.

—Soy todo oídos.

—Decidle que estuvo aquí el hombre que trae el cofre y a la dama desde La Habana. Que sigo camino a caballo hasta Cádiz donde espero encontrar a su emisario y cumplir así mi palabra.

—Vive Dios que vuestro mensaje más parece un acertijo, pero no tengáis duda que lo haré llegar a su eminencia tan pronto lo vea. ¿Cuál es vuestra gracia?

—De sobra lo sabe él, mas decidle que soy Íñigo Galarza.

Salí de la catedral con gran pena. Ni a misa quise quedarme de lo triste que estaba. Y no tuve más consuelo que pensar que don Luis Portocarrero

estaría todavía en Cádiz esperando que yo llegase. Hasta allí habría de llevar a doña Cristina. O quizás la dejase en Sevilla y daría razón al emisario del lugar donde se hospedaba para que ellos allí la prendieran.

Antes de regresar, fui a comprar un buen acero que justificase mi ausencia, en uno de los muchos negocios que abundaban junto a la catedral y después enfilé la calle de la Lámpara y la puerta de Carretones hasta llegar a la casa de postas donde esperaba doña Cristina, ajena a mis trapicheos.

Cuando abandoné la que fue iglesia de San Miguel mi cabeza era un laberinto, un bosque intrincado del que no sabía cómo salir.

Una sola cosa había germinado en mi interior, un pensamiento sin fuste ni razón de ser que se apoderó de mi voluntad y me hizo sentir como una marioneta sin alma. Debía ir a la casa de mi padre.

Hacía casi dos años que no la pisaba. Desde pocos días después de su fallecimiento no había vuelto a aquella vivienda de la calle Atocha donde pasé los años de mi infancia y adolescencia. Jamás me planteé vivir en ella, a pesar de que me hubiese evitado el alquiler de mi buhardilla. Una fuerza interior me había apartado incluso del doloroso trance de ver sus enseres más cotidianos huérfanos de dueño, como restos de un barco naufragado. Ni siquiera me acordaba de ella, era como si mi mente la hubiese arrinconado en la esquina de los recuerdos dolorosos y el tiempo la hubiese cubierto de brumas.

Pero algo la hizo salir de ese lugar recóndito de mi memoria y emerger con fuerza. Tal vez fuese la sensación de soledad que me atosigaba desde que desapareció Enrique o tal vez la melancolía que me devoraba cuando pensaba en mi padre y en el modo en que murió. Saber que había sido víctima de la sinrazón de aquellos desalmados y su forma callada de protegerme me hizo sentirlo más cercano, como cuando de niña me llevaba de la mano a descubrir viejas bibliotecas.

Me paré frente al portal de la finca enredada en mis recuerdos, unos lejanos y endulzados por los años y otros más próximos y amargos. No sabría decir cuánto tiempo pasé mirando aquella fachada gris barnizada de desidia, como un enfermo moribundo al que ya daban por desahuciado. Advertí que una

parte de mí seguía sin querer entrar, la misma que sabía que aquel reencuentro sería doloroso. Ganó la sinrazón, la fuerza vigorosa y arrebatadora que me empujaba a actuar sin pararme a pensar.

La puerta protestó cuando la saqué de su largo letargo con un chirrido agudo. Tras ella, un aire denso me recibió con el desprecio de quien se siente desamparado. Abrí las ventanas y la luz se desperezó inundando tímidamente el espacio, una luz blanquecina que daba a los objetos un tenor frío y mortuorio.

Lo primero que vi fue la fotografía de mi madre, la que había presidido la casa durante años hasta el punto de que mi padre la trataba como si fuera su propia persona, hablándole, contándole las cosas que ocurrían en la calle y hasta pidiéndole consejos que nunca llegaban. Aquella imagen había marcado mi infancia, desde su lugar privilegiado gobernaba nuestras vidas. Para mí, aquel retrato era el único lazo que me unía a la madre que nunca conocí, así que yo también lo veneré, también le cuchicheé secretos y le confesé pecados que a nadie más conté. Con el paso del tiempo fue perdiendo el aire mayestático que le envolvió durante mi niñez y, aun así, seguía siendo el mejor recuerdo que tenía de ella y el modo más cotidiano de sentirla cerca.

Rocé su imagen con mimo, con el sentimiento del hijo pródigo que reconoce su falta. En ese momento pensé que quizás debería haber puesto otro de mi padre a su lado para que se hiciesen compañía y que a él le hubiese encantado la idea.

Todo estaba igual que cuando murió mi padre, igual que siempre, pues a él le gustaba poco cambiar de enseres y no reformó un ápice la vivienda desde que faltó mi madre. Tal vez fuese su forma de mantener vivo el recuerdo de la mujer que vertebró su vida, de preservar su memoria. El caso es que las cosas en casa permanecieron invariables durante años, envejeciendo con nosotros como partes insustituibles del paisaje.

El estrecho distribuidor me llevó hasta la zona de habitaciones, primero la mía, ahí estaba mi cama, pequeña, mullida, teatro de mis sueños, cuna de mis noches de infancia. No era ese el lugar que me llamaba como un alma en pena, sino el cuarto de mi padre. Lo conquisté lentamente, como el explorador que se abre paso en un territorio ignoto, la cama, la mesa de noche, el viejo aparador de recuerdos y cachivaches, el armario ropero...

Empecé por el armario, allí estaban sus ropas, intactas, ligeramente apolilladas, tal como él las había dejado. Algunos trajes grises, las camisas casi todas blancas, tirantes, cinturones, unos cuantos pañuelos de cuello. Sumergí la nariz en aquellas prendas, necesitaba inundar mi olfato con su olor, un olor lejano que se escondía aún entre sus costuras y me transportaba al pasado.

Quise imaginar sus últimos minutos, su último pensamiento. Ni siquiera sabía de qué había muerto realmente o, mejor dicho, cómo lo habían matado.

Por un momento creí verlo, sonreía, aunque sus ojos estaban tristes. Tuve la impresión de que quería decirme algo, sus labios se movían en un universo vaporoso en el que solo había silencio. Al volverme, desapareció su imagen espectral, la busqué con un nuevo giro de cabeza, pero allí ya no había nada.

Sentirlo tan cerca me zarandó la conciencia, llenó mi pensamiento de recuerdos que germinaban bruscamente en mi cabeza, noches de pesadillas durmiendo en su cama, una tarde arreglándose frente al espejo...

Me senté en el taburete que había junto al viejo aparador con la intención de hurgar en sus cajones. Aquel mueble había sido siempre un territorio prohibido, el lugar al que no me estaba permitido acceder. Mi padre lo llamaba «el árbol de la ciencia del bien y del mal», algo que, para un ateo como él, solo podría explicarse como la triquiñuela que ideó para mantener alejada de su interior a una niña como yo.

Ni siquiera cuando murió tuve los arrestos de hurgar en aquellos cuatro cajones, un incomprensible código ético me impedía hacerlo o quizás el pánico de descubrir cosas terribles, revelaciones que pudiesen desmoronar el esqueleto de mi infancia, arrasar como un huracán el relato de mi vida que guardaba en la memoria.

Abrí lentamente el primer cajón. En mi imaginario infantil, al hacerlo saldrían hadas y duendes que ayudaban en secreto a mi padre y velaban por sus tesoros, aunque nada de eso ocurrió. Lo que hallé fue un batiburrillo de cosas, algunas joyas como una pulsera, dos collares, parecidos al de perlas que yo conservaba de mi madre, y un anillo que figuré de ella, una vieja fotografía de los dos juntos vestidos de novios y un puñado de cartas. Me entretuve en la foto. El tiempo había apagado sus colores y resquebrajado el papel, con tan mala suerte que el rostro de mi madre estaba atravesado por una

sajadura. Quizás por eso nunca me la enseñó mi padre. Aquella fotografía tendría unos años más que la que presidía nuestro salón. Entre las hendiduras que cortaban su semblante quise adivinar a una mujer joven llena de vitalidad.

«Eres igual que ella», me decía a menudo mi padre, aunque nunca supe si para consolarse o porque era verdad.

Me guardé el retrato en el bolso, convencida de que había llegado el momento de llevarlo siempre conmigo y después ojeé el paquete de cartas. Estaban atadas con un nudo desde hacía tanto tiempo que la cuerda había dejado una marca indeleble sobre el papel. Lo deshice y fui pasándolas como cartas de una baraja. Eran todas de cuando fueron novios, de los años que mi padre pasó en Cuba haciendo el servicio militar por no poder pagar la redención que los adinerados solían sufragar. Decidí no leerlas, como si el secreto que encerraban aquellas letras no me perteneciese, como si aquel territorio fuese demasiado íntimo para que yo lo explorase. Aun así, no pude evitar imaginarme su contenido, cartas incendiadas de pasión de unos novios enamorados alejados por el destino, letras escritas con el corazón a flor de piel.

No podía llevármelas, las cartas debían permanecer allí, en el lugar donde fueron celosamente depositadas guardando sus entresijos o sus vergüenzas de ojos indiscretos. De forma inconsciente rebusqué en los rincones del cajón y lo que encontré me dejó atónita. Una especie de libro de pasta dura que parecía tremendamente antiguo. Lo cogí entre los dedos y lo abrí. Sus hojas amarillentas estaban cosidas con hilo a una telilla que las mantenía unidas. Parecía un trabajo de artesano hecho con paciencia y buena mano. El texto estaba escrito a mano, con tinta descolorida por los años y una letra endiablada.

—¿Qué es esto? —me pregunté.

Recordé que mi padre visitaba asiduamente bibliotecas y viejas librerías en busca de ejemplares extraños. Yo misma le acompañé en multitud de ocasiones siendo niña y me quedaba leyendo cuentos al principio y novelas más tarde mientras él husmeaba como un sabueso en las estanterías.

Quizás aquel ejemplar fuese algún hallazgo de esos años que, por razones insospechadas, tenía un valor especial. Al cerrarlo, me percaté de que tenía un título, también escrito a mano, como si se hubiese editado antes incluso de que

se inventase la imprenta:

*Memorias de don Íñigo Galarza.
Capitán de mar y guerra.*

Algo me decía que aquel libro no era simplemente una antigualla, que su importancia no estaba en su vejez, sino en las cosas que tenía escritas.

Y, sin embargo, me veía incapaz de leerlo con lucidez. A duras penas, descifré las primeras palabras.

Con la tarea que hoy emprendo, apurada mi existencia, aunque pleno de cordura, no tengo más deseo que uno, que se haga justicia sobre cuando aconteció en mi vida...

Era difícil continuar leyendo aquellas letras espinosas, hacerlo me llevaría un tiempo del que no disponía. Lo mejor era devolverlo a su guarida, al refugio en el que mi padre quiso apartarlo de ojos extraños. Ya volvería a por él cuando todo acabase, y quizás lo leyese después de recuperar a Enrique de las manos de sus raptos.

En el segundo cajón del mueble encontré algo que volvió a dejarme

helada. Envuelta en un pañuelo había una pistola negra, pequeña, con una empuñadura de madera y el resto metálico. Cuando agarré su frío acero noté que me temblaba la mano. En el tambor tenía cuatro balas. Mi padre jamás me habló de aquella arma, nunca la mencionó, ni siquiera para que supiese dónde estaba por si algún día necesitaba utilizarla. Me pregunté que para qué la querría, qué extraña circunstancia le haría comprarla y, lo que era aún peor, si realmente llegó a usarla en algún momento.

Sin saber por qué, también decidí llevármela. Me veía incapaz de usarla, me aterraba tan solo blandirla y, sin embargo, cuando la metí en el bolso sentí una extraña tranquilidad, como si su sola presencia pudiese espantar a cuantos malhechores se acercaran a mí.

Además del revólver, el cajón estaba lleno de insignias y documentos, algunos manuscritos, otros con letra de imprenta como carteles o diplomas. Los curioseé sin mucho interés, todos tenían que ver con la República, con su proclamación o con alguna de sus leyes. Entre los papeles distinguí una carta que Estanislao Figueras escribió a mi padre. El presidente de la República le agradecía su lealtad y le instaba a seguir por la misma senda. Al final había una frase subrayada con tinta de otro color, que habría marcado mi padre: «Espero que puedas conseguir lo que, por historia, nos corresponde».

De ser ciertas mis sospechas, Estanislao Figueras conocía la existencia de la Orden de la Mano Negra y de su valioso fetiche. Quizás fuese él quien le encargó a mi padre recuperarlo.

Me sentí un poco mareada, con una especie de vértigo a saber más de lo necesario. Pensé que tal vez no estaba preparada para enfrentarme a una realidad esquiva y aterradora.

No quise seguir rebuscando, tenía la impresión de que me adentraba en una intimidad celosamente guardada, que perseverar en aquella excursión, por momentos impúdica, era una suerte de traición póstuma.

Lo que sí hice fue apropiarme de algunos pequeños recuerdos y los guardé, junto a la fotografía rasgada de mis padres, en mi bolso. También cogí algo de ropa de él. Estaba decidida a acercarlos a mi vida, a tenerlos más a mano para recurrir a ellos cada vez que me sintiese sola.

Cuando cerré la puerta de la casa prometí volver más a menudo. Por razones que no sabría explicar, me sentí reconfortada, congraciada conmigo

misma, como si aquellas cuatro paredes fuesen el templo donde se amansaba mi espíritu, el paraíso donde se dulcificaban mis recuerdos.

Fue alcanzar la calle y henchí los pulmones. Quería colmatarlos de oxígeno, necesitaba el aire, como el molino al viento, para sentirme viva.

En la plaza de Santa Cruz me paré en una confitería con un escaparate lleno de pasteles y me pedí un bollo suizo con una taza de leche. Estaba delicioso. Quizás también influyese que llevaba varios días sin comer apenas.

Pero aún tenía una tarea pendiente ese día, acercarme a la iglesia de la calle Leganitos donde se traspasó la advocación de San Miguel cuando se desató el escándalo.

Dudé si pasar antes por casa para dejar lo que llevaba encima, la escasa ropa de mi padre, la foto de mi madre y, sobre todo, la pistola que tenía en el bolso, pero eso me haría perder la tarde. Al fin y al cabo, la calle Leganitos me pillaba de paso y a poco más de quince minutos callejeando por Madrid, así que no me lo pensé.

Nunca había estado allí, ni tampoco me había fijado en que en aquella calle había una iglesia, algo que comprendí nada más verla. Se trataba de una ermita pequeña, de piedra roída y camuflada entre dos viviendas a las que ni siquiera llegaba en altura. Una hornacina sin santo y una crucecilla insignificante en su portada le delataban. Tan humilde parecía que en su entrada no había ni indigentes, como en el resto de las iglesias de Madrid.

La puerta era menuda y comida de carcoma. Estaba abierta, quizás porque estaba tan desencajada que no se podía cerrar.

Atravesé el umbral y me enfrenté a sus bancos de sombra hendidos por los caños de luz que proyectaban sus minúsculas cristaleras. Se oía ruido, como un martilleo monótono y constante proveniente del sagrario. Al llegar me percaté de que era un cura con sotana que estaba reparando una avería.

—¿Qué desea? —me preguntó extrañado al notar mi presencia.

—Vengo a ver la iglesia.

Aún se sorprendió más. Dejó el martillo y, cepillándose el polvo de la sotana, vino hacia mí.

—Si quiere rezar dejo un rato esto. La iglesia está tan vieja que tengo que andar reparando cosas todos los días.

Adiviné en sus ojos la alegría de quien recibe una visita largamente

esperada y una cierta vergüenza por no tener la casa arreglada.

—No, en realidad venía a echar un vistazo y, de paso, a hablar con usted.

—¿Conmigo?

—Querría conocer la historia de esta iglesia.

Se desempolvó las manos aún más y apartó con el pie el martillo en un intento vano de adecentar el escenario.

—Aquí hay poco que contar y, si el arzobispado no lo remedia, en breve tampoco habrá nada que ver.

—Pero, ¿por qué no la arreglan?

—Habrá mayores necesidades. A fin de cuentas, los feligreses del barrio pueden ir a la parroquia de San Marcos, que es más grande y más moderna. Y tiene tres curas.

Los muros del templo, torpemente encalados, estaban llenos de desconchones y humedades. En el suelo, algunas losillas habían desaparecido y, en su lugar, había otras de diferente color. El edificio entero parecía un enfermo con síntomas de abandono.

—¿Por qué decidieron entonces traer aquí la advocación de San Miguel?

—fui directa al grano.

—Quizás porque este era el templo más desgraciado de Madrid y en el que menos querrían instalarse los herejes que ultrajaron la iglesia de la calle San Justo.

Me sorprendió la respuesta por sincera y por dejar a las claras que estaba al tanto de los tejemanejes de la Mano Negra. Era evidente que el cura se había dado cuenta de mi intención del mismo modo que daba la impresión de que no le importaba hablar. No quise perder la oportunidad.

—Traerían objetos valiosos de su antigua sede.

—Una estatua de San Miguel y unas piedras preciosas, regalo del cardenal Zapata, pero la primera duró poco.

—¿Volvieron a trasladar la estatua? —me hice de nuevas.

—La robaron.

—¿La robaron? ¿Quiénes?

—Pues quienes van a ser, ellos, los de los cultos diabólicos. Se ve que les resultaba importante para sus herejías. Lo raro es que pudiesen llevársela. La escultura es de tamaño natural y se necesitan medios para transportarla.

Aunque aquí sea fácil entrar, como ha podido ver, porque la puerta siempre está abierta, es menos normal que nadie les viese ni les oyese, incluido yo, que duermo en una gatera que hay ahí arriba.

Anduvo unos pasos hasta llegar al altar y señaló un pedestal vacío.

—Aquí estaba, y desde que se lo llevaron hace siete años, la hornacina está huérfana.

Quise imaginarme cómo sería la efigie, qué extraño motivo hacía que para la orden fuese necesario poseerla.

—¿Cómo era? —pregunté—, ¿qué tenía de especial?

—¿Quién?

—La estatua del arcángel, ¿cómo era?

—Grandiosa. Aunque la tuve aquí solo unos días la recuerdo perfectamente. San Miguel venciendo al mal, con ropajes militares similares a los de un centurión romano y sus pies desnudos, pisando con uno de ellos al maligno mientras le acechaba con una lanza. No sé quién fue su autor, lo que es seguro es que la obra era muy antigua porque venía de la vieja iglesia que ardió hace más de cien años en la calle Mayor.

—¿Y el demonio tenía forma humana?

—Sí, un rostro de hombre, pero muy repelente, con rasgos horribles y una gran herida en la frente.

—El *Lapis Exilis* —suspiré.

Vi que algo se le revolvía en el rostro. Quizás el deseo de contarme un secreto por siempre guardado y decidí tomar la iniciativa. Fue una explosión de sinceridad, un manantial de sentimientos irrefrenables. Le conté todo lo que había pasado en los últimos días, la muerte del librero, su entierro, las cartas de Genaro, el asesinato de mi padre, el rapto de Enrique...

—Tengo que encontrarles —rematé extenuada.

Respiró profundamente mientras pensaba y yo le suplicaba ayuda con los ojos.

—Cada año por estas fechas vienen a rezar a esta parroquia unos hombres muy siniestros —comenzó—. Son como media docena. Se pasan un buen rato orando en silencio, sin cruzar una palabra. Es difícil verles el rostro, pues se lo tapan con grandes sombreros o bufandas y, alguna vez, he visto una pistola asomando bajo sus capas.

Me toqué instintivamente el bolso. En su interior yo también llevaba un revólver, cosa que podía convertirme a ojos del cura en alguien de su misma calaña.

—Son ellos —aseveré.

—Cuando terminan, siempre me piden que haga una obra por misericordia, entregar un paquete a un anciano a cambio de una succulenta propina que me viene muy bien para mantener esta parroquia en pie.

Se me dispararon las pulsaciones.

—¿Quién es el anciano?

—Uno que reside en la calle del Rosal, en el edificio de la Santa y Real Hermandad de María Santísima de la Esperanza y Santo Celo de la Salvación de las Almas.

—No sé qué es eso.

—La Casa del Pecado Mortal, ¿le suena ahora?

Aluciné. Claro que me sonaba, todo Madrid sabía lo que era la Casa del Pecado Mortal, aunque nadie la conociese por su verdadero nombre.

—Pero ese lugar es de furcias que se quieren rehabilitar y jóvenes embarazadas en pecado —le dije.

—Eso es lo que todo el mundo cree. También hay algún que otro cobijado, gente que paga mucho dinero para que lo acojan las monjas.

—¿Pagan mucho? ¿Por qué?

—Porque es un lugar seguro, un sitio donde nadie puede entrar salvo las «personas reales», es decir, miembros de la familia real, y los sacerdotes.

—Por eso le mandan a usted.

—Por eso.

—Un territorio fuera de la ley —deduje.

El padre asintió en silencio.

—¿Y quién es el viejo?

—Debe ser el jefe.

—¿El Prior?

—No sabría decirle. Es un hombre muy, muy mayor que no me dirige la palabra cuando le entrego el paquete, aunque a mí no me hace falta hablar con la gente para saber cómo es. Ese tipo debió ser un demonio.

Me planté frente a él y entrelacé mis dedos a modo de ruego.

—Quiero ir con usted la próxima vez, tengo que hablar con ese hombre.
Su frente se ensombreció.

—No le dejarían entrar en la casa y además llega tarde.

—¿Qué?

—Esos tipos vinieron el pasado lunes y me pidieron que llevara el paquete como cada año.

—¿Y ya lo ha hecho?

—No, esta vez no he sido yo. Por raro que le parezca, hace un par de días tuve esta misma conversación con otra persona, alguien que estaba también sufriendo por esta panda de chalados, así que le prometí que, si me volvían a encargar el recado, le dejaría ir a él, suplantándome.

No podía creer lo que estaba oyendo, por instantes creí estar soñando.

—¿Quién es esa persona?

Dudó un instante. Puede que fuese su piedad cristiana o tal vez el derroche de franqueza con el que le hablé, el caso es que no se calló.

—Don José Manuel de la Vega y Álvarez de Sotomayor.

El hermano del librero, el tipo de acento francés que sorprendí en la librería la víspera del entierro, el que apareció con su hija por el cementerio de los suicidas. Por increíble que resultase había estado en esa misma iglesia siguiendo la misma pista que yo. Y ya había ido a ver al Prior.

—¿Qué le pidió exactamente este señor?

—Que le avisase cuando vinieran esos desalmados a darme el paquete y le dejase suplantarme en la entrega con la condición de que no cometería ningún delito. Sus razones eran también poderosas porque acaban de asesinar a su hermano y hay algo suyo que necesitaba recuperar.

—Su hermano era el librero del que le acabo de hablar.

Una luz se me encendió en la cabeza.

—¿Y cómo le avisó?

—Me dio su dirección.

—Dígamela por favor, yo también necesito hablar con él.

Calló.

—Lo que me dijo puede considerarse, en cierto modo, secreto de confesión.

—Don José Manuel y yo estamos en el mismo barco, solo que a su

hermano ya lo han matado y a mi amigo aún no.

Dejé que mis palabras fuesen arañando su conciencia. En su rostro se atisbaba una lucha interna que yo no estaba dispuesta a perder. Finalmente, con pasos lentos se fue hasta un armario de cajones que había junto a la sacristía y sacó de uno de ellos un papel.

—Aquí está.

Don José Manuel de la Vega
Paraje de los Cuatro Caminos, 6
Paseo de Ronda

Poco podría contar de los días que siguieron. Carretera, fríos secos y más posadas nos llevaron primero a Ciudad Real y después a Córdoba donde el tiempo mudó de pronto y, a pesar de acercarse el invierno, pudimos solazarnos de sol.

Córdoba era para mí ciudad de grandes recuerdos, pues siendo más joven la recorrí junto a mi amada Esperanza. Estaba además tan cerca de Sevilla, que en arribando a sus calles, levantose mi espíritu como el de un pájaro alegre.

Eran tantas mis ansias por entrar en Sevilla que acordamos quedarnos una sola noche en la primera fonda que encontrásemos, cambiar ropas y caballos, y seguir camino cuanto antes.

Pero quiso el destino que ese día ocurriera una desgracia. Habíamos pedido albergue en una posada que se alzaba en la plaza que llamaban del Potro, lugar de grande bullicio y mucho comercio. Era aquella posada, por lo demás, limpia y luminosa y estaba llena de mercaderes de Sevilla que vendían ricos bordados y telas o ajuares traídos de las Américas.

La posadera tenía por nombre Rafaela, y era mujer muy dispuesta, así que cuando le pedimos unas palanganas para asearnos y aliviar las fatigas de tan largo camino, nos mandó a un pozo que había al lado de la posada donde el agua era clara y buena de beber.

—Tened estas jofainas y estos paños y pronto veréis que hasta el cansancio de riñones por tantos días cabalgando desaparece tras haberos aseado con tan milagrosa agua.

Fue así que dejé el cofre en la alcoba arrendada atrancando con buen

cerrojo la puerta. Mas cuando regresé, al cabo del rato, estaba la puerta abierta y el negro baúl había desaparecido.

Armé un gran revuelo exigiendo a Rafaela que me dejase rastrear en armarios, alacenas y despensas dando por cierto que el ladrón estaba entre los dueños, que nadie más habría de tener llave de mi alcoba. Doña Cristina no podía ser, que no se separó de mí mientras nos aseamos en el pozo, y de los otros huéspedes raro me parecía que fuesen forzando puertas.

En no hallando nada, pregunté al cocinero y a las mozas que ayudaban a la dueña y nadie supo darme razón, así que me puse furioso y, con mi acero toledano, amenacé a la Rafaela de atravesarla al instante si no me decía dónde había escondido mi negro arcón.

Mucho lloró la mujer, y mucho me prometió que no lo sabía, que la ciudad estaba llena de picaros y maleantes y que alguno podía haber entrado en mi alcoba sin que nadie lo advirtiese.

En esto apareció un mercader sevillano y dijo haber visto a un mozo que entraba en la fonda con una ganzúa.

—Vive Dios que fue él quien me robó.

—No tengáis duda, pues se le veía al zagal con malas artes.

—¿Y cómo era?

El sevillano describió el aspecto del intruso y Rafaela saltó al momento.

—Si es quien yo me pienso, menudo sinvergüenza.

—¿Acaso lo sabéis?

—Hay un pillo que ronda las posadas y cantinas de Córdoba en busca de arcas o maletas de viajeros de buen ver para después saquearlas. Su señor es el mayor birlador que haya parido madre, un artesano con mano de cirujano que tiene a este bozal de aprendiz.

—¿Y dónde vive ese maldito avispon?

—En una oscura casucha de la judería.

—Llevadme al punto, por Dios os lo pido, y yo mismo daré muerte a esos villanos.

Rafaela se tiró de la falda para componer la figura.

—Llevaros no, que Córdoba es ciudad pequeña y aquí todo se sabe. No quiero que me acusen de chivata o que venga algún pariente facineroso y me atraviese con una daga, pero os diré dónde es.

Hizo Rafaela un plano, con más torpeza que arte, aunque ya me había advertido lo emboscadas que eran las calles cordobesas en llegando a la judería y lo difícil que era orientarse con tan grande laberinto.

Y allí fui con mi flamante toledana. Doña Cristina quedó en la posada, que la junta que yo tenía no era propia de damiselas.

—¿Y qué me decís ahora de los poderes que tiene el baúl por los que nadie me lo arrebataría? —imprequé cuando ya me estaba yendo—. ¿Dónde está su sortilegio?

—Algo siniestro ha ocurrido. En verdad que no lo entiendo. O habéis perdido su favor o quien os lo ha arrebatado es su legítimo amo.

—Su legítimo amo es el rey.

Calló la buena dama porque nada tenía que decir.

Al poco llegué a una plaza que llamaban de la Corredera donde hallé artesanos de cueros, plata y sedas, que en esos oficios Córdoba tenía gran fama. Algunosorros de niños jugaban al bilboquete y en viéndolos mi pensamiento marchó otra vez a Sevilla y a los huesos de mi Macarena que andaría por las calles de Santa Cruz brincando con sus amigas. Tan cerca la tenía que ya casi creía verla.

En entrando en el barrio antiguo, do habitaban los judíos, las calles se estrecharon y se hicieron más entuertas. Ayudado del garabato que dibujó la Rafaela, fui ganando callejuelas donde alternaban los gremios y las mancebías hasta llegar a la que llamaban del Horno, donde se apostaba una casucha oscura de puerta estrecha que bien podía ser la que buscaba.

Desenvainé la espada y, empujando la puerta, entré sin mayor problema.

«Vaya maestro cerrajero —pensé—, que ni su propia puerta cierra».

Aunque estaba oscuro me guiaron unos ruidos que, al poco, reconocí como llantos. Venían de una voz quejumbrosa que a la vez renegaba.

Al final de un pasillo, tras una mugrienta cortina, encontré un aposento ancho y lleno de cachivaches de hierro. En el centro, de rodillas y de espaldas, lloraba un hombre.

—Levantaos —apremié con mi espada, mas no hizo caso.

Al acercarme vi que tenía entre sus brazos a un chaval que parecía muerto y que aquella era la causa de sus lloros. Pensé que igual no era el mejor momento para averiguar si había sido aquel hombre quien me había robado el

cofre cuando, al mirar a un lado, lo vi. Allí estaba, con su cuero negro y sus tres cerrojos, junto al muchacho yacente.

—Por los cuernos de Satanás, sois vos el ruin ladrón —estallé—. Este baúl es mío y habréis de pagar si no me lo devolvéis al punto.

El hombre giró la cabeza y pude verle la cara. No le faltaban cicatrices, sospeché que de sablazos, y en sus ojos hundidos, encerraba una rabia que ni a una mala bestia había visto antes.

—Ya podéis llevároslo, y con él a toda su maldición —berreó.

A punto estuve de atravesarle por su insolencia mas pronto comprendí que había sido el baúl la causa de su desdicha.

—Maldito seréis vos por faltar al séptimo mandamiento —proclamé—, si alguna desgracia ha ocurrido, tenedla como castigo de Dios.

—No es Dios quien gobierna esa caja —despotricó señalándola—, sino el embrujo de un ser maligno, ¿de qué si no iba a haber dado muerte a este pobre zagal?

Al coger el baúl del suelo vi que en uno de sus cerrojos había un fierro a modo de ganzúa y que un poco más abajo el cuero estaba rajado.

—¿Habéis intentado violar el cofre? —apunté con mi espada en su pecho.

Levantose el cortabolsas dejando al muchacho muerto en el suelo y se encaró conmigo.

—Y en mala hora lo hice, pues esos cerrojos no hay hombre que los abra y, por si fuera poco, bajo el negro cuero había polvos venenosos que matan a quien los respire.

—¿Son esos polvos los que se han llevado por delante al muchacho?

—Cayó como una mosca. Yo quise abrir los cerrojos, que hasta hoy ninguno se me había resistido, pero esos no parecen de este mundo y en mi desesperación Marquitos intentó rajar el cajón con un estilete y no duró ni un suspiro. ¿Qué voy a hacer yo ahora, si él era mis manos y mis pies?

—Suerte tenéis de que no os lleve al otro mundo con él. A ver si esta lección os enseña dónde no tenéis que meter las narices.

Allí lo dejé llorando y yo volví por mis pasos con el baúl auestas. En el camino, no paré de darle vueltas a lo que había ocurrido y a si algo tenía que ver con los poderes que, según doña Cristina, tenía el negro cajón. Aunque si de una ponzoña se trataba, eso no era cosa de brujas, sino de un dueño

preocupado de mantener su tesoro lejos de manos intrusas. Poco se había rajado el cofre, pues la daga no llegó a atravesarlo y no hallé restos de polvos junto a la hendidura, así que no supe qué creer.

Cuando conté lo ocurrido a doña Cristina, no tuvo dudas de que la muerte de aquel muchacho había sido cosa del cielo o quién sabe si del infierno, pero nada que ver con unos polvos que, por lo demás, no habían dejado ni rastro. Aunque yo preferí no pensar, pues mi solo deseo era que acabase pronto aquella larga travesía y pudiese yo emprender nueva vida en Sevilla.

Y fue así como aquel día vi esconderse el sol por el flaco Guadalquivir que bañaba Córdoba y, mirando el horizonte, quedé un buen rato pensando en mi tierra hispalense, donde podría abrazar a mi Esperanza y a mi Macarena antes de partir a Cádiz para entregar, a quien me estuviese esperando, el negro baúl de los tres cerrojos y quién sabe si a doña Cristina.

Tenía que ir a casa de don José Manuel de la Vega cuanto antes, tenía que verlo para pedirle ayuda. Él se había visto con el Prior en la Casa del Pecado Mortal, un territorio prohibido al que yo no podría acceder. No era capaz de imaginar qué oscuro motivo le había llevado a provocar aquel encuentro, convenciendo al cura de la iglesia de Leganitos para suplantar su personalidad. El caso es que se habían visto y, seguramente, él conocería más detalles de la junta clandestina que celebrarían los caballeros de la Orden de la Mano Negra a la llegada del solsticio de invierno, en poco más de un día.

La tarde se desgranaba lentamente sobre el barrio de Pozas, un sol vencido no alcanzaba a alumbrar más que a los tejados al tiempo que una bandada de tinieblas se iba apoderando de la ciudad.

Necesitaba pasar por mi casa para asearme un poco. Tantos sobresaltos habían cubierto mi cuerpo de un sudor pegajoso y mi rostro de una palidez mortuoria. No podía presentarme así en casa del hermano del librero asesinado. También quería dejar allí los enseres de mi padre, su ropa, la foto de mi madre y la pistola.

A esas alturas ya daba por sentado que la travesía que me llevaría hasta Enrique habría de recorrerla sola y estaba decidida a hacerlo. Ya me había acostumbrado a la soledad. Primero me quedé sin padre y más tarde sin Enrique. A uno lo perdí antes de tiempo, quizás por entregarme en brazos del otro. Enrique se perdió solo, por el empeño casi enfermizo de destruir su vida con drogas. El caso es que estaba sola.

Mientras subía las escaleras hacia mi buhardilla me pareció percibir un olor extraño, como si los acontecimientos de los últimos días hubiesen

desarrollado en mí un instinto felino.

Tras abrir la puerta descubrí que el destino me tenía preparada una nueva sorpresa. Al verlo, un escalofrío me recorrió la espalda. Apostado junto a la rendija de la puerta había un sobre marfil con unas letras azules que no dejaban lugar a dudas.

A la atención de Carmen Sotés.

Volví la cabeza para ver si encontraba el rastro del intruso. Sospeché que hacía poco que había dejado la nota, que quizás me habría cruzado con él en la calle.

«La vigilan desde el instante que usted entró en el periódico», me había dicho don José de Baeza en el café.

Me quedé paralizada. Una parte de mí quería avanzar y cogerlo, pero otra se negaba, la misma que pensaba estúpidamente que ignorar que estuviese allí hacía desaparecer el problema. Así estuve un buen rato, hasta que comprendí la ridiculez del razonamiento y, armándome de valor, tomé el sobre y me fui con él hasta el salón.

Cuando lo mecí por el aire creí oler de nuevo ese perfume entrometido que me abofeteó en la escalera.

Si quiere recuperar a su amigo, vaya esta noche al paseo de las Acacias. Tras pasar las vías del ferrocarril y antes de llegar al paseo de Yeserías, encontrará una nave abandonada. La distinguirá por un farol apoyado junto a la puerta. Solo esperaré hasta medianoche. No hable con la policía, no escriba nada en el periódico. Si no llega a tiempo, delo por perdido. No intente jugármela o lo pagará MUY caro.

Se me nubló la vista. Mis ojos se quedaron varados en algún lugar de aquel manuscrito, anclados por un lastre invisible que no me dejaba moverlos.

En esos malditos renglones no había nada que no me hubiese anticipado el marqués de Torreblanca y, sin embargo, palparlos me hizo sentir vértigo, como

si mi cuerpo empezase a caer sin control por un agujero infinito, un tobogán que me llevaba inexorablemente a un lugar al que no quería ir.

Me imaginé a Enrique y se me estremeció el alma, supuse que estaría sufriendo, en un paraje lúgubre e inhóspito, privado quizás de la luz del día, sin estupefacientes que calmaran su espíritu. No podía dejar de pensar que yo había sido el detonante de lo que ocurría, mi crónica fue la espita que desencadenó todo. Él no era más que una víctima inocente, un muñeco de trapo en manos de unos desalmados. Y frágil, capaz de quebrarse como una hoja seca al más mínimo contratiempo, sobreviviendo bajo un mar de escombros que podía finalmente asfixiarle.

No pedían rescate, ni siquiera se habían preocupado de disfrazar el rapto de una motivación económica.

«En realidad, es a usted a quien quieren», me advirtió el marqués.

Un extraño temor me atravesó el cuerpo. No por mí. En ese momento no me hubiera importado dar mi vida para salvar la suya. La cuestión era si nuestras vidas tendrían ya valor, si no seríamos los dos ya rehenes de un plan destinado a matarnos.

«Solo quiero que sepas que no me sorprenderé cuando vea tu esquila dentro de unos días en el periódico», aseveró la sobrina de Saturnino de la Vega en el cementerio.

Aquel mensaje volvía a cambiar las prioridades de mi vida. De repente nada era más importante que acudir a aquella maldita cita. Y sola. No había nadie que pudiese ayudarme. Ni tiempo para hacerlo. Era yo y solo yo quien debía coger el toro por los cuernos, yo y solo yo quien tenía que plantarse frente a quien tuviera secuestrado a Enrique y hacer lo que fuese para liberarlo.

Sin darme cuenta, mi mirada se fue hasta la pistola de mi padre. No me veía capaz de usarla, tan solo esgrimirla me erizaba el vello, pero quizás me hiciese falta para amedrentar al secuestrador. Acaricié con dulzura la superficie metálica del cañón. Estaba fría, como su alma insensible. Sin pensarlo la metí en el bolso.

No quise darle más vueltas. Sabía que era una locura, tan bien como que si me quedaba allí terminaría volviéndome loca, así que me compuse un poco sin tino y, pegando un portazo en casa, me tiré de nuevo a la calle.

Jamás había estado en el paraje que citaban en la nota, aunque sabía por dónde era, en las afueras de Madrid, al sur de la Inclusa, una zona seguramente plagada de huertos y deshabitada.

A esas horas salían los últimos tranvías hacia el humilde barrio de Santa María de la Cabeza. Casi todos paraban al principio del paseo de las Acacias, con lo que no me sería difícil llegar a pie hasta el lugar indicado.

Era una noche sin luna, de cielos tan negros que la luz pálida de las farolas se desinflaba nada más salir. En el camino fui repasando una retahíla de frases que usaría llegado el caso, frases convincentes o atrevidas que me permitiesen recuperar al hombre que más quería en el mundo. Les diría que estaba dispuesta a guardar silencio con tal de que me dejaran vivir en paz, que me olvidaría de todo y les daría lo que me pidiesen. Aunque fuese mentira. Después huiría, me iría con Enrique a un lugar lejano donde restañar las heridas hasta que todo pasase y pudiésemos reemprender nuestras vidas. Solo entonces buscaría el modo de llevar a prisión aquella banda de locos. Los asesinos de mi padre no iban a quedar impunes de ese crimen tan villano.

El tranvía me dejó entre la ronda de Atocha y el paseo de las Acacias, en un lugar donde las casas empezaban a diseminarse y a reinar las tinieblas. Algunas lucecillas alumbraban a lo lejos la glorieta de Toledo, allí pasaban la noche las carretas que llegaban a Madrid a la espera de que amaneciese para llevar su género a los mercados.

Antes de la glorieta, en algún impreciso lugar de las sombras, debía estar el andurrial identificado con un farol donde me esperaban con Enrique.

Anduve a ciegas temiendo que me saltara alguna alimaña o me atacase un perro, si no un borracho o un bruto con la mente sucia, hasta que vi una luz titilante junto a la puerta de un galpón abandonado.

Oí pasos a mi alrededor, en algún lugar incierto que la oscuridad me impedía ver, seguramente de una persona que estaba vigilando mi llegada.

«Ya no hay marcha atrás», pensé.

Mientras me acercaba, palpé la pistola en el bolso. Tenerla me daba una suerte de confianza inexplicable porque de sobra sabía yo que no sería capaz de usarla.

La puerta del galpón era un trozo de madera carcomida, con sus goznes oxidados y una argolla grande de la que colgaba una cadena suelta. Estaba

abierta, así que entré y vi que, para mi bien, había algunos farolillos que daban una luz tímida y pajiza, pero suficiente como para ver a quienes fueran a recibirme.

El suelo estaba sucio, con una capa de briznas de paja que parecían indicar que aquello había sido un almacén de cereales o algo así. De las paredes, también de madera, colgaban garfios, algunos con aperos de labor abandonados a tenor de las telarañas que los atravesaban.

—¿Quién hay? —grité al ver que nadie había salido a mi encuentro.

Unos nuevos pasos me indicaron que no estaba sola.

—¿Quién hay? —repetí.

Avancé lentamente, mirando a un lado y a otro sin ver a nadie hasta que un ruido a mis espaldas me hizo girar.

—Buenas noches.

Una silueta difusa se dibujó al fondo, un hombre con abrigo largo y sombrero al que no podía verle el rostro. No dije nada, esperé a que fuese él quien hablase. Lo que di por seguro es que Enrique no estaba a su lado.

Cuando avanzó, una luz vaporosa llegó a iluminarle la cara bajo el ala de su sombrero. Era cuarentón y desgarrado. Entre brumas creí ver unos rasgos que me resultaban familiares.

—Veo que se ha animado a venir.

Su voz era melosa, de predicador de barrio. Al levantar la cabeza dejó ver una prominente nariz proyectando sombras sobre su carrillo.

«El abate», suspiré.

No había duda, aquel hombre era el padre Florencio, el cura que ejerció en la iglesia de San Miguel junto al padre Antonio María hasta que fueron descubiertos los sucios asesinatos que cometían en su cripta, el mismo que ofició el entierro del librero en el cementerio de los suicidas pregonando latinajos estafalarios en aquella ceremonia hecha a medida de la Orden de la Mano Negra.

—No podía faltar —traté de contener el temblor—. Quiero que suelten a la persona que tienen retenida.

Quise usar un lenguaje diplomático. El objetivo de sacar de allí a Enrique estaba por encima de cualquier cosa.

—¿Ha dicho a alguien que teníamos este encuentro?

—Quiero verlo.

—Querida Carmen, aquí soy yo quien pone las condiciones, ¿ha hablado con alguien de esta cita?

Se fue acercando lentamente. Me fijé en sus manos por si llevaba algún arma, pero estaban vacías. Yo abrí el bolso para tenerla pistola más a mano. Ya había decidido que la empuñaría si seguía avanzando, cuando se detuvo.

—No —respondí—, aunque en estos días he aprendido de usted mucho más de lo que se imagina. Si me devuelve a Enrique, me olvidaré de todo, se lo juro padre Florencio.

Encajó la mandíbula. Sospeché que no le gustó que supiese su nombre o que no se había preparado para ello.

—Veo que ya ha hablado con el padre Antonio María —dijo—, algún día tendré que ocuparme de su charlatanería.

Esbozó una sonrisa zorruna que encerraba amenazas pavorosas.

—Solo hay una condición para que su amigo vuelva a su lado —continuó—, una condición fácil que hará que desaparezcan todos sus problemas. Y yo le prometo que la dejaremos en paz para siempre.

—¿Qué condición?

Carraspeó un poco. Un nuevo paso me permitió apreciar mejor sus rasgos, pómulos pronunciados, nariz prominente, boca sumida y unas bolsas bajo los ojos que denotaban un cierto abatimiento.

—Entrégume las tres llaves.

—¿Qué?

—Vamos, no se haga la advenediza.

—No sé de qué me habla.

—No consigo entender la terquedad del ser humano. Sobre todo, cuando esa obstinación puede costarle la vida... como a su padre.

Mi corazón empezó a latir como un tambor de guerra. Aquel tipo me veía tan inofensiva que no tuvo ningún reparo en hablarme sin tapujos del asesinato de mi padre.

—¿Para qué me ha hecho venir? —acerté a preguntar, reuniendo todas mis fuerzas.

—Para convencerle de que solo existe un camino —sonrió otra vez mientras me enseñaba un colmillo.

Sin pensarlo saqué la pistola del bolso y le apunté conteniendo el temblor de manos. Lo tenía a unos metros, suficiente como para que no leyese el miedo en mis ojos.

—Si se mueve le disparo. Le advierto que voy en serio —tuve que aclarar. Sonrió de nuevo. No había que ser muy suspicaz para darse cuenta de que mi amenaza no le preocupaba lo más mínimo, al contrario, parecía divertirse—. ¿Dónde está Enrique? —grité.

Oí un ruido a mi espalda, un crujido de pasos que provenía de un rincón oscuro de la nave. Di por hecho que no estaba solo, que otros malhechores me acechaban desde la oscuridad y que me dispararían a la más mínima señal de que yo fuese a usar mi arma.

—Enrique es ahora un drogadicto, una piltrafa humana. Y lo es por su culpa. Si sigue así, lo mejor para él es dejar este mundo. Puede que el arcángel San Miguel, en su infinita bondad, le acoja en el cielo y allí pueda disfrutar de lo que aquí es para él un martirio.

Noté cómo se me secaba la boca. Al levantar la cabeza pude ver sus ojos y en ellos adiviné un latigazo de locura.

—Deje que sea yo quien me ocupe de Enrique y que su arcángel se ocupe de otras cosas —reproché, agarrando la pistola con las dos manos para que no se me cayese.

De pronto cambió el rictus, como si un espíritu iracundo hubiese poseído su cuerpo.

—Eres una engreída como tu padre —gritó mientras avanzaba hacia mí.

Tenía que hacer algo, necesitaba detenerlo antes de que me estrangulase con sus manos. Sacó algo blanco del bolsillo de su abrigo. Estaba tan nerviosa que no acerté a ver qué era. Con una mano me agarró el cuello y con la otra me acercó aquello a la boca. Era un pañuelo, húmedo, de olor penetrante y dulzón.

En ese momento alguien se movió a mis espaldas.

—Apártese —aulló.

Volví la cabeza venciendo la resistencia de aquellas manos membrudas y lo vi. Era el comisario Cañete, con la capa abierta sobre los hombros y un trozo de paloduz en la boca. Esgrimía una pistola y estaba apuntando al abate.

Entonces todo se desvaneció.

Nos bastaron tres jornadas para avistar Sevilla. Eran tantas nuestras ganas de hacerlo que apenas tuvimos descanso, de manera que atravesamos Écija y después Carmona sin bajar del caballo. Y fue así como la tarde del 6 de diciembre, cuarenta y cinco días después de la dolorosa derrota que sufrimos en la bahía de Rande, divisamos mi añorada ciudad.

Detuvimos el paso en una colina donde se alzaba la Cruz del Campo. Desde allí se avistaba la muralla y más allá la Casa de Contratación y la catedral con sus tapias imponentes entre una multitud de casas, algunas en piedra de grandes señores, otras modestas de adobe.

Muy cerca de la Casa de Contratación, en la calle de San Gregorio estaba la mía. Casi podía verla, en apenas unas horas podría por fin abrazar a Esperanza y estrujar entre mis brazos a Macarena.

Asomaban al fondo las arboladuras del puerto que parecía lleno de barcos de las Indias. Y quizás de otras partes del mundo, que Sevilla era en eso, capital de la tierra entera.

Mi pecho latía con fuerza. Tampoco doña Cristina podía esconder su alegría, pues era su intención vivir en aquella urbe, demostrando con ello, vive Dios, no poca osadía.

Yo había deseado llevarla por la fuerza a Cádiz. Estaba seguro de que no podría hacerlo so pena de tenerla atada y bastante esfuerzo era ya dejar en manos de quien me esperase el negro arcón de los tres cerrojos como para encima cargar con ella.

«Que la busquen ellos en Sevilla si tanto interés tienen».

—Aquí acaba nuestra travesía —le hablé junto a la muralla—, tal como

hemos acordado, os dejaré en el convento de las Agustinas, en el que soy conocido, donde seguro que os darán hospedaje hasta que podáis desenvolveros sola. Yo seguiré para Cádiz después de abrazar a los míos.

—Porque así lo queréis. Harta estoy de deciros que sois víctima de un engaño y que os daréis cuenta cuando lleguéis a Cádiz y caigáis preso en manos de los hombres de Portocarrero.

Preferí no hacer caso.

El Guadalquivir estaba rebosante de barcos, unos navegando y otros atracados junto a sus dársenas. También en los astilleros se trabajaba con denuedo, pues eran muchos los navíos que allí se reparaban.

Aquella vista vino a traerme recuerdos del pasado. Por más que quisiera dejarlo, navegar había sido mi vida, la pasión de mis primeros años de juventud y lo que mejor sabía hacer.

Triste fin habían tenido mis días de mar viendo hundirse a mi galeón con todos mis hombres muertos. Vive Dios que esa herida no está aún cerrada, y que todavía me sangra hoy en esta sucia celda donde apuro mi existencia.

Entramos por la puerta de Carmona sorteando a los menesterosos que limosneaban con porfía junto a la muralla y pronto advertí que Sevilla ya no era la misma que cuando era niño.

Veintidós años habían pasado desde que permitieron que en Cádiz también se despachasen barcos venidos de las Indias. Sevilla empezó entonces a perder su viejo poderío. Y es que, aunque lo bueno se fue yendo, quedó con lo malo, que ladrones y rufianes no dejaron la ciudad y de casas llanas con coimas, cotarreras y mujeres de mal vivir, estaban las calles llenas. Por algo diría Mateo Alemán, en su *Guzmán de Alfarache*, que Sevilla era madre de huérfanos y capa de pecadores.

A mí poco me importaba, aquella era mi tierra y hasta escuchar la jerigonza propia de truhanes y gitanos sevillanos, esa lengua de la germanía que conocí en la infancia, alegraba mi corazón.

Apurando nuestra marcha atravesamos el barrio de San Bartolomé por la calle de San Esteban. A esas horas había un buen montón de carretas cargadas de hortalizas, trigo o vinos que iban a la Alhóndiga o al mercado del Salvador.

No faltaban los mesones ni las barberías y la mucha gente cerrando tratos en las calles. Agarramos la calle del Vidrio hasta llegar a la plaza de los

Venerables donde pululaban los banqueros genoveses y mercaderes de todas las partes del mundo ofreciendo sus géneros a caballeros de a pie y a hombres de dineros que venían en sus carruajes.

No paramos ni un santiamén. Tan grande era mi prisa por dejar a doña Cristina en su convento y encontrarme con mis dos luceros, aunque ella bien hubiera querido detenerse un rato ante tantas maravillas que veían nuestros ojos.

Sorteando putas, señores y gente del hampa llegaron nuestros caballos hasta el convento de las Agustinas, donde nadie nos esperaba, mas siendo como yo era hombre de buenas limosnas para que las hermanas rezaran por nuestras almas, no tardó en salir sor Teresa, que era la madre superiora y bien me recordaba.

Tenía empero un semblante que me hizo pensar que estaba enferma.

—Capitán Íñigo Galarza —habló con voz sombría—, tiempo ha que no le veíamos por aquí.

—El que ha durado mi última travesía, que esta vez ha sido más dura que de costumbre.

—No sabéis cómo lo siento.

—La vida de mar es brava, mas no os preocupéis, que ya estoy aquí y esta vez es para siempre.

—No me refería a eso.

Pensé que estaba errada, que algún padecimiento hacía que se confundiese.

—¿Qué es pues lo que sentís?

—¿Cuánto tiempo lleváis en Sevilla?

—Acabo de llegar, con esta dama para más señas, de quien quería hablaros.

—O sea, que no habéis pasado aún por la calle de San Gregorio.

—Muero de ganas por ir allí para ver a los míos, pero antes querría comentaros este asunto.

—Sentaos, por favor.

A sor Teresa se le colorearon los ojos y se le descompuso el ceño.

—No esperéis verlos.

—¿Qué?

Tragó saliva.

—Ha ocurrido una desgracia.

—¿Qué desgracia?

—Las dos han muerto.

¿Hubo acaso en mi vida un momento de más dolor? Por los clavos de Cristo, fue como si me hincaran una daga en el corazón, como si el mundo entero me cayese encima. Noté que me faltaba el aire, que se escapaba de mi cuerpo el ánima de la existencia.

—¿Qué? —clamé incrédulo.

—Hace dos semanas unos soldados se las llevaron. Dicen los vecinos que dieron pocas explicaciones, que lo hicieron por la fuerza, pues Esperanza se resistió cuanto pudo y que lloraba mucho Macarena agarrada a su madre. —La monja se mordía el labio a cada palabra que decía—. En el barrio se armó gran revuelo y, sabiendo que en este convento vuestra familia era conocida, unos vecinos vinieron aquí a pedir auxilio.

Como yo no hablaba, pues se me había ido el aliento, sor Teresa continuó su relato:

—Quise ver al asistente del cabildo, pero no me recibió. Solo supe que estaban en la cárcel real, en la zona de mujeres, compartiendo calabozo con otras reclusas.

—Maldita sea —aullé cuando me vino la voz al cuerpo—, pero ¿de qué delito se las acusaba?

—Nada me dijeron de eso cuando fui a verlas. Acudí entonces al arzobispo que bien conoce al asistente del cabildo para que él intercediera. Le dije que sois familia de buenas limosnas y caridad cristiana y que era nuestro deber protegeros, pero frey Manuel Arias y Porres me cortó diciendo que me quedase quieta, que nada se podía hacer por las dos infelices porque la orden de detención venía de muy arriba.

—¿De muy arriba?

—No quiso decirme más.

—Quizás aún estén allí.

—Siento decirlos que no. Pasados unos días, llegó a nuestros oídos que había muerto Esperanza de los muchos malos tratos recibidos. Sin piedad, los carceleros quitaron la vida también a la pequeña Macarena para no dejar testigos de tan grande crimen. Sé de buena tinta que están enterradas en una

fosa junto a la cárcel real, donde entierran a los delincuentes sin cristiana sepultura.

No hay palabras que expliquen lo que sentí en aquel momento. Mi cuerpo entero fue presa de una cólera asesina, de un odio capaz de pasar a cuchillo a quien tuviera delante. La rabia me comía por dentro, un río de ira corría por mis venas.

Yo, que tantas veces puse mi vida en peligro por servir al rey, que tanto me batí el cobre por defender a mi patria, no atinaba a comprender los motivos por los que tamaña atrocidad pudo suceder.

Aquello no podía ser cierto, no tenía sentido ni razón.

Y si así era como actuaba la justicia, no sería yo menos en aplicarla.

—Vive Dios que iré ahora mismo al cabildo y atravesaré con la espada a todo aquel que haya participado en tan grande despropósito. Así se frían en el infierno.

—Tranquilizaos —dijo sor Teresa—, que la venganza es pecado cristiano. Además, vuestro enemigo no es pequeño. Si es como yo pienso, lo mejor es no hacerle frente.

—¿Me estáis pidiendo que deje sin castigo esta afrenta?

—Os estoy pidiendo que no actuéis en caliente. Id mejor a ver a vuestra vecina Remedios, es ella quien me dio aviso del arresto y quien vio con sus propios ojos cuanto ha ocurrido. Pero tened cuidado y no os dejéis ver más de la cuenta. Puede que los que fueron a por Esperanza, a quien realmente buscasen, fuese a vos.

Cuando abrí los ojos creí estar soñando. O quizás borracha. Estaba tumbada en mi cama, descalza, con la boca seca y unos párpados que parecían de plomo de tanto que me pesaban.

Quise recomponer mis últimos recuerdos. El almacén de las afueras de Madrid, más allá de las últimas casuchas de la Inclusa, el abate con su abrigo largo... y el comisario Cañete saliendo de la oscuridad. Algo no encajaba, una pieza deformada del puzle que no sabía dónde poner.

De pronto escuché un ruido en el comedor. Cuando quise levantarme comprobé que no podía mover las piernas. Llegué a pensar que estaba atada, aunque no era así, lo único que ocurría es que no tenía fuerzas, que mis músculos habían perdido su vigor y flaqueaban como los de un perro hambriento.

Mi empeño fue entonces aguzar el oído para tratar de averiguar qué estaba ocurriendo en mi propia casa, quién andaba trajinando en la habitación de al lado mientras yo yacía en la cama atrapada en un cuerpo paralizado.

Al verlo entrar se me heló la sangre.

—Buenos días.

Mascaba el paloduz con obsesión asesina, tanta que di por seguro que lo trituraría entre sus dientes.

—¿Qué hace usted en mi casa?

Se le escapó un sonido gutural, una mueca de enorme fastidio.

—Dé gracias a Dios de que la seguí. Si no, estaría en el otro mundo.

Un grupo de imágenes se apelonaron en mi cerebro, la oscuridad del camino y el ruido de unos pasos en la lejanía, la sensación de que alguien

venía tras de mí.

—No recuerdo lo que ha ocurrido.

—Quisieron matarla. —Se quitó el paloduz de la boca y se lo metió en el bolsillo—. No sé cómo se le ocurre acudir sola a una cita con asesinos.

Eso y mucho más habría hecho por recuperar a Enrique. A veces el corazón te lleva a hacer cosas que la razón no comprende. Aunque todo fue un engaño, la nota, el rescate, su propia presencia. Quizás fuese verdad lo que me dijo el marqués de Torreblanca sobre que lo único que le interesaba a la orden era yo.

—¿Por qué no puedo moverme? —quise saber, al ver que estaba paralítica, inmóvil como un vegetal.

—Es el efecto del cloroformo. Aunque quise evitar que le agrediesen, llegó a inhalarlo y cayó desmayada.

Era Edelmiro Cañete quien me hablaba, el mismo que husmeaba en el cementerio de los suicidas, el que hizo torcer el morro a don Rafael Gasset cuando le hablé de que estaba a cargo de la investigación, el que seguramente se escondía entre las líneas de la carta de Genaro Alcalá, el policía al que con toda probabilidad se refería don José de Baeza cuando hablamos en el café del Buen Suceso, quién sabe si la persona con la que habló mi padre cuando, cansado de guardar el secreto durante años, denunció la existencia de la Orden de la Mano Negra. Cañete no era de fiar, dijese lo que dijese, sería un engaño, una patraña con fines fraudulentos.

—No me gusta que nadie fisgonee en mi casa.

—No se equivoque, yo solo estaba esperando a que usted abriese los ojos para explicarle qué ha pasado y cómo ha llegado hasta aquí.

—Ahora ya lo sé —apunté con un deje de impertinencia y haciéndole ver que quería que se fuese.

—Por si no lo sabe, usted está en peligro. Si me hubiese hecho caso, no se vería donde está.

Recordé entonces la conversación que tuvimos en la librería de la glorieta de Quevedo la noche del deceso, aquella en la que el comisario me conminó tuteándome a que me olvidase de publicar nada sobre lo ocurrido.

—Si le hubiera hecho caso, no habría hecho mi trabajo.

—Déjeme que le diga una cosa. A esos malnacidos su vida y la de su

amigo les importan un bledo.

No fui yo quien le habló del rapto de Enrique. Una prueba más de que Cañete estaba metido en el ajo.

—¿Qué sabe de mi amigo?

—Lo que le oí decir momentos antes de que la sedasen. Ya podía habernos avisado de que lo han secuestrado.

—¿Y de qué habría valido? ¿Acaso ustedes saben dónde está?

—No, y dudo mucho que el que hemos pillado suelte prenda, pero nosotros tenemos más medios que usted. ¿Dónde se cree que va sola?

Eso mismo me preguntaba yo desde hacía días. Y sin embargo, una fuerza arrebatadora me impedía parar, incluso en aquella situación de incómodo letargo.

—¿Tienen al abate?

—Malherido. Tuve que dispararle, pero sobrevivirá. Otra cosa es que confiese algo. Hace años ya estuvo entre rejas y, al final, tuvimos que soltarlo por falta de pruebas.

No podía creerle, no debía creerle, todo era una engañifa con oscuras intenciones, un plan urdido para que yo cayese en su tela de araña.

Con no poco esfuerzo conseguí mover los brazos. Mi cuerpo era una máquina vieja falta de energía, un juguete con la cuerda rota.

—Tardará un rato en recuperarse y eso que esta noche ha dormido como un lirón.

—Estoy bien. Puedo valerme por mí misma.

—¿No quiere contarme nada antes de que me marche?

—¿Algo como qué?

—¿Para qué quería verle el cura demente?

Tuve que escarbar en mis recuerdos para recuperar la escena del galpón. El abate me habló de unas llaves, de tres llaves que yo debía entregarle y de la terquedad que había heredado de mi padre. Un revoltijo de ideas se apelotonaba en mi cabeza, un sinsentido que era mejor no decir a nadie. Y menos a Edelmiro Cañete.

—No lo recuerdo. Creo que solo quería secuestrarme también a mí.

—Dígame qué sabe de ellos, qué contactos ha tenido, qué andan tramando ahora. Cualquier información puede ayudarnos a encontrarlos.

Esas eran sus intenciones, descubrir qué sabía yo de la Orden de la Mano Negra, hasta dónde había llegado en mis investigaciones y, probablemente, a quién se lo había contado. Así conocerían el riesgo que corrían, la dimensión de la nueva infección para luego amputarla con precisión cirujana.

No estaba dispuesta a seguirle el juego, tenía que ganar tiempo, tenía que quitarme de encima al comisario cuanto antes.

—Ahora no es el mejor momento —me excusé—, estoy cansada y confundida. Dígame un lugar al que ir y dentro de unos días charlaremos tranquilamente de todo.

Encajó la mandíbula. Había tratado de ser amable guardándose los modales toscos en el bolsillo, como los que esgrimió el día que nos vimos en la librería. Lo había intentado, me habló de usted para parecer más respetuoso y, sin embargo, no había conseguido su propósito. No parecía Edelmiro Cañete un hombre acostumbrado a perder, sus hechuras de hombre zafio afloraron de nuevo, su semblante hosco, la frente atravesada de arrugas, el paloduz acribillado entre sus dientes. A pesar de ser un tipo bragado en mil batallas, el comisario era de gestos palmarios, de reacciones demasiado varoniles como para que yo no las detectase.

—Está bien, aquí le dejo escrita mi dirección —anotó resignado en un papel—, no dude en venir a verme tan pronto como pueda y, entretanto, evite meterse en más líos.

Fue marcharse y recuperé la calma. A duras penas había conseguido sentarme en el borde de la cama, aunque estaba mareada y con náuseas. Un rosario de pensamientos pasó lentamente por mi cabeza, peregrinando como una Santa Compañía.

El abate quiso raptarme, de qué si no hubiese usado cloroformo y no directamente un par de balas de plomo. Puede que lo hubiesen hecho igual con Enrique. Después me llevarían a algún lugar secreto, quizás con él, tal vez a esa vieja ermita que aparecía en los papeles de Genaro y que también mencionó el marqués de Torreblanca.

Reparé entonces en que había llegado el jueves, el último día del otoño. En poco más de doce horas ocurriría el solsticio de invierno. Antes, aquella misma tarde, se celebraría la fiesta de llegada de la Navidad en el palacio del marqués de Linares, agasajo al que acudiría don Eduardo Dato y también yo

acompañada por don Rafael Gasset.

De repente me vi como una mota de polvo en el universo, un ser insignificante y vulnerable frente a las fuerzas de la naturaleza. El tiempo seguía marcando mi destino, como un juez implacable que se sabía mi dueño y me empujaba hacia un precipicio. Me levanté torpemente y oteé a mi alrededor. El brillo plateado del espejo proyectó sobre mi rostro una imagen funesta. Mis ojos languidecían bajo la luz eléctrica como una vela entumecida y mi cutis, aceitunado por el somnífero, parecía el de un maniquí.

Habían pasado solo seis días desde que presencié el cadáver de don Saturnino de la Vega en su librería, cinco desde que publiqué mi primera crónica, y parecía que había transcurrido media vida. Sentí como si mi cuerpo hubiese sido inoculado por una vejez fulminante.

Y lo peor es que no me quedaba tiempo para descansar, para sumergirme en el sueño que lastraba mis párpados y disipaba mis pensamientos. Tenía que seguir.

A duras penas llegué hasta mi bolso. El comisario Cañete lo había dejado en el comedor después de haberlo, sin duda, registrado. La pistola ya no estaba, puede que nunca llegase a entrar en él desde que encañoné al padre Florencio. No lo recordaba.

El bolso me hizo pensar que, a buen seguro, Edelmiro Cañete batió mi apartamento de cabo a rabo. Menudo era el comisario, un sabueso acostumbrado a saltarse la ley hasta el punto de proteger a una banda de criminales.

De pronto me sentí insegura, una especie de pudicia que llegó a sonrojarme. Di por seguro que los ojos del comisario habían estado escarbando en mis intimidades, en la carpa de mis pequeñas manías, en el nido donde solo yo revoloteaba.

Sondeando en las profundidades de mi memoria recordé entonces la dirección de don José Manuel de la Vega, la que me dio el cura de la parroquia de Leganitos.

Paraje de los Cuatro Caminos, 6
Paseo de Ronda

Ese era mi próximo destino, quizás mi última chance de encontrar a Enrique antes de la macabra ceremonia que celebraría la Orden de la Mano Negra aquella misma noche en una recóndita ermita.

Tenía que ir, tenía que sacar fuerzas de flaqueza y ponerme de nuevo en marcha. No sabía qué le diría al hermano del librero asesinado ni cómo convencerlo para que me ayudase, pero aquel hombre de acento francés también perseguía algo de la orden e iba unos pasos por delante de mí. Por eso visitó al Prior en la Casa del Pecado Mortal haciéndose pasar por el párroco, tomando un riesgo que podía costarle caro.

Ir a Cuatro Caminos no era fácil. Aquel paraje estaba fuera de Madrid, por el camino que llevaba a Colmenar Viejo y a la sierra de Guadarrama, un lugar al que no llegaban los ómnibus ni los tranvías. Además, estaba muy floja para caminar, así que no tenía más remedio que tomar un simón o una berlina.

No lo pensé dos veces, cerca de mi casa había una herrería donde alquilaban simones con cochero por una peseta al día, de modo que, me refresqué la nuca con agua fría, elegí un vestido cómodo y zapatos sin tacón y me empolvé de arroz las mejillas antes de tirarme de nuevo a la calle.

Hice cuanto pude para que no me siguiesen. No me cabía duda de que Edelmiro Cañete habría apostado a uno de los suyos frente a mi portal y, de ser cierto lo que me dijo el marqués de Torreblanca, también los de la orden estarían vigilándome, de modo que entré en la vieja mercería del barrio cuya entrada principal era por la calle Princesa, pero disponía de otra portezuela que daba al callejón de los Mártires por la que se podía salir.

Así les di esquinazo.

En la herrería del paseo de Areneros no tardé en contratar un coche. El herrero quiso convencerme de alquilar un modelo de simón más elegante, cuando a mí lo único que me importaba era llegar a Cuatro Caminos y hacerlo pronto.

Llegar en berlina hasta las desperdigadas casas de Cuatro Caminos era fácil. Más difícil me resultaría encontrar la de don José Manuel porque en aquella barriada, de casas de verano y muchas huertas, no había carteles de calles ni gente a quien preguntar.

—Usted quédese aquí —le dije al cochero cuando entramos en el barrio —, puede que tarde un buen rato.

Con la sensación de mareo instalada en mi cabeza y un regusto amargo inundándome la boca, agarré una vereda estrecha alfombrada de hojarasca de aquel otoño moribundo hasta llegar a una huertecilla de tallos secos y árboles pelados. Los efectos del cloroformo seguían lastrando mis movimientos y mantenían mi mente adormilada. Por un momento pensé que la idea de ir a aquel lugar no había sido suficientemente meditada. Para colmo, unos ladridos broncos me recordaron que los intrusos no éramos allí bienvenidos. Aquellos perros guardianes no parecían tener remilgos con los desconocidos, así que apreté cuanto pude el paso para alejarme de sus gruñidos hasta que, por suerte, oí unos pasos a lo lejos.

Era un muchacho larguirucho que caminaba cabizbajo pateando las hojas.

—Buenos días —dijo un respingo al verme—, ¿sabrías decirme dónde vive don José Manuel de la Vega?

Me recorrió con la mirada de arriba abajo varias veces. Pensé que el susto le había soliviantado el pensamiento.

—Ni idea —respondió todavía ojiplático.

—Un señor con acento francés.

—Desde hace unos días hay luces en una casa que lleva toda la vida abandonada. Quizás sea ese.

—Seguro, ¿dónde es?

—Allí, detrás de aquellos avellanos.

Tras los árboles se levantaba un caserón de contornos difusos. A pesar de ser de día tenía un farol encendido en su entrada y alguna estancia de la primera planta también estaba iluminada.

Al acercarme comprobé que era una vieja mansión, de jardines descuidados e infectada de desamparo, aunque sus muros imponentes evocaban un pasado glorioso. La forja de los balcones supuraba herrumbre como las pústulas de un apestado y, sin embargo, daba la impresión de que allí moraron, años atrás, gentes de dinero y alcurnia.

Los marqueses De la Vega, me dije.

No sabía cómo abordar a don José Manuel, cómo conseguir que me escuchase y me contase lo que supiera sin pegarme un portazo a las primeras de cambio. Después de darle vueltas concluí que lo mejor era ir de cara, sin subterfugios, buscando en él a un aliado que me ayudase a encontrar a Enrique.

Tal vez él también necesitase ayuda, tal vez necesitase aclarar las razones por las que murió su hermano o incluso quién lo había matado.

Dominada por ese impulso, llamé al aldabón oxidado de la puerta y esperé a que me abriesen. Tuve que hacerlo una segunda vez y aguardar un rato. Imaginé que en aquella casa no estaban acostumbrados a tener visitas.

Al fin apareció él.

—¿Usted? —preguntó al abrir.

A pesar de que nuestro encuentro en las tinieblas de la librería fue fugaz, me reconoció al instante. En su gesto hosco aprecié una montaña de violencia a punto de estallar. Escondía tras el cuerpo algo en la mano derecha. Su sombra en el suelo me hizo ver que era una pistola.

—Creo que tenemos que hablar —le dije.

—¿Cómo se atreve...?

En ese momento pensé que me encañonaría, incluso que estaba dispuesto a dispararme. Lo mejor era desvelarle mis intenciones cuanto antes.

—Los de la Orden de la Mano Negra tienen secuestrada a la persona que más quiero en el mundo —afirmé desesperada—. Si no consigo evitarlo, le matarán como hicieron con su hermano.

Entonces advertí en sus ojos un brillo evanescente, una suerte de llanto contenido que se resistía a asomar. Me miraba fijamente, clavando sus pupilas cerúleas en mí como si rebuscase algo en mis entrañas. No había que ser muy suspicaz para encontrarlo. Mi corazón pedía a gritos su ayuda.

Don José Manuel era mayor, probablemente septuagenario y, sin embargo, parecía conservar unas motas de juventud. Alto, de manos grandes y huesudas y pelo blanco, las arrugas de su frente eran tan solo trazos de marcas incipientes, como si no se hubiesen atrevido a manifestarse. Vestía una levita anticuada, aunque impecablemente planchada, algo poco común para estar plácidamente en casa y cubría el cuello con un pañuelo.

—Pase.

Entramos en un vestíbulo de luces tenues. Olía a polvo viejo, una buena parte de los muebles estaban cubiertos por sábanas grisáceas momificadas por el tiempo y, en los ángulos oscuros, abundaban las telas de araña.

—No hemos tenido tiempo de arreglar la casa —se excusó con su acento francés mientras me iba mostrando el camino—. Llevaba muchos años

cerrada.

Cuando habló en plural recordé que don José Manuel había venido a Madrid con su hija, la que estaba en el cementerio de los suicidas ahogada por un lloro desconsolado, la mujer con la que hablé y me dijo que mi nombre aparecería pronto en una esquila.

Subimos unas escaleras y llegamos a una gran galería con las ventanas cerradas e iluminada con candelabros. Don José Manuel soltó la pistola encima de la mesa.

—Entenderá que tome mis precauciones —me dijo sin ningún pudor—. Siéntese, por favor.

Era de buenos modales, hasta sus órdenes parecían amables invitaciones. Le hice caso a pesar de que me sentía insegura e incapaz de disimular el temblor de piernas que se había apoderado de mí.

—¿Cómo ha sabido mi dirección?

—Me la ha dado el sacerdote de la iglesia de Leganitos. Me dijo que usted se enfadaría, pero conseguí convencerle. Hace días que actúo como una loca.

Vislumbré una sonrisa minúscula tras su antifaz. Tenía la impresión de que su armadura se estaba reblandeciendo.

—Es usted una mujer perseverante —soltó, y me recordó al abate—. ¿Qué más sabe de mí? —continuó.

Quería que le hablase, era evidente, deseaba que le convenciese de que yo estaba de su lado y que podía confiar en mí.

—Que es el hermano de Saturnino de la Vega y que fue a su entierro con su hija. También sé que busca algo, por eso fue a la librería el día siguiente del suceso y se ha hecho pasar por un cura en la Casa del Pecado Mortal, aunque no sé muy bien por qué. Desconozco lo que persigue. Tal vez lo mismo que yo.

—Dígame qué le ha pasado a esa persona que usted tanto quiere.

Se me hizo un nudo en la garganta.

—Lo han raptado. Entraron en mi casa y se lo llevaron.

Puede que viese en mí a otra persona, quizás a su propia hija, el caso es que su gesto me pareció cercano, casi cariñoso.

—Se han vuelto locos —soltó en voz baja.

—Necesito que me ayude, necesito que me diga por qué se lo han llevado y qué pretenden hacer con él.

Respiró agitadamente. Sabía que estaba a punto de adentrarse en el pasado cavernoso de siglos de silencio.

—Me temo que ofrecer su sacrificio al arcángel. Glorificar al *Lapis Exilis* con sangre de un pecador.

—La dichosa piedra del diablo —escupí.

—La veo muy informada.

—Últimamente no paro de oír hablar de ella, aunque, francamente, no atino a comprender qué esconde esa piedra para que unos locos estén dispuestos a matar por ella.

—El *Lapis Exilis* es la perla de Satanás la que, según la leyenda, el arcángel San Miguel le arrancó de la frente cuando lo expulsó del cielo. Está guardada en un cofre desde que el cruzado Arnaldo Mirón la trajo a España allá por el siglo XII. Ese cofre perteneció a la Corona de Aragón desde el reinado de Alfonso I hasta los Reyes Católicos, adquiriendo en aquellos tiempos la fama de ser un extraordinario talismán con el que se ganaban batallas y protector de sus custodios. Más tarde pasó a los Trastámara y luego a los Austrias hasta que Felipe II, obsesionado con la religión y temeroso de los poderes del diablo, decidió enviarlo a las Indias en 1590. Allí estuvo dando suerte a los ejércitos del imperio hasta que en 1702 la reclamó Felipe V para que le ayudase en la recién iniciada guerra de Sucesión. Pero una disputa entonces hizo que un grupo de hombres rompieran su obediencia al rey Borbón y se apropiaran de ella. Así se fundó la Orden de la Piedra Negra.

—¿De la Piedra Negra?

—Fue su nombre original. Con el paso de los años cambió a la Orden de la Mano Negra, para preservar aún más en secreto el contenido de su cofre. Desde entonces custodian el maldito baúl con la promesa de devolverlo a la Corona cuando los Borbones dejen el trono.

—Pero eso ya ha ocurrido varias veces en los últimos doscientos años.

—Cierto, desde la llegada de Felipe V en el año 1700, los Borbones han sido destronados en tres ocasiones, con Napoleón, con Amadeo de Saboya y con la República, pero la orden encontró estupendas excusas para no devolver el cofre, al primero porque era francés, al segundo por ser masón además de italiano y al tercero por no ser rey.

Fue entonces cuando comprendí por qué mi padre reclamaba el arca para

Estanislao Figueras. Él fue el primer no Borbón español que gobernó España desde Felipe V, hecho que le convertía en heredero del misterioso arcón. Lo que no llegaba a entender era cómo supo él de la existencia de la orden y de su valioso amuleto. Quizás por estar uno y otros en contra de los borbones.

—Sigo sin entender por qué querrían matar por esa piedra.

—Desde hace doscientos años, los miembros de la orden creen que ese talismán les protege y que guardar su secreto les abre las puertas del cielo. Durante mucho tiempo no hicieron ningún ruido. Hacían sus cónclaves secretos para adorar a San Miguel y maldecir al diablo manteniendo firme el juramento de custodia y silencio, vivían apartados del mundo, fieles a su tradición centenaria... hasta que llegó el penúltimo Prior, un demonio de hombre que les inculcó un sectarismo recalcitrante. La ley de obediencia de la orden asegura que las consignas del Prior vienen del mismísimo arcángel, de modo que no pueden refutarse. Poco a poco los caballeros fueron adoptando prácticas más esquizofrénicas y métodos más sanguinarios. El Prior les convenció de que necesitaban mártires para satisfacer a San Miguel y para limpiar sus almas. Y empezaron a asesinar a inocentes y a manchar sus manos de sangre.

—Basta, papá.

La hija de don José Manuel apareció por mi espalda. Me sorprendí al verla. Sospeché que nos escuchaba detrás de las cortinas de aquella estancia y que salió cuando vio que su padre se derrumbaba.

Conservaba el gesto compungido que le vi unos días antes en el entierro, los pómulos marcados, las mejillas sumidas y los ojos entristecidos por un llanto desatinado. Sin embargo, me sorprendió verla tan arreglada, como su padre. Llevaba un vestido de raso negro ajustado a la cintura con encajes en el cuello y las mangas y unos tacones que le hacían más alta de lo que en realidad era.

Se acercó a su padre y le acarició el pelo.

—No sufras, para nosotros ya todo acabó. Ya tenemos el blasón.

Don José Manuel se secó las lágrimas con un pañuelo.

—Lo siento —me excusé ante ella—, yo solo quiero... recuperar a mi amigo.

—Lo entiendo y nosotros, si está en nuestras manos, le ayudaremos. Ya

estamos hartos de tanta barbarie. La muerte de mi tío ha sido la gota que ha colmado el vaso.

—Además ya somos libres —remató el viejo con la mirada perdida—. Ya nunca más formará parte de la maldita orden ningún De la Vega. Con mi hermano, terminó este calvario.

Daba la impresión de que hablaba solo, que haciéndolo pretendía desprenderse del fuego que azogaba su cuerpo. Me quedé contemplando a la hija para ver si me aclaraba lo que acababa de decir.

—Mi padre recuperó ayer el blasón de la familia. Desde hace doscientos años, cada caballero de la orden tiene un blasón que es la seña de su estirpe y el vestigio que a la vez le obliga y le da derecho a pertenecer a ella. Cuando un miembro fallece de forma natural o se quita la vida, su puesto es ocupado por alguien designado por sus parientes, pero cuando es la Mano Negra quien lo mata por violar la ley suprema, es el Prior quien decide su sustituto.

—Y ese fue el caso de su tío.

—Desgraciadamente sí. Mi padre buscó nuestro blasón en su casa y más tarde en la librería por si la orden hubiese decidido tratar su muerte como un suicidio. Pero no lo halló.

—Así que era eso lo que buscaba en la librería al día siguiente del asesinato —aseveré.

Don José Manuel afirmó sin decir palabra.

—Para nosotros el blasón tiene mucho valor, representa el legado de nuestros ancestros, lo que somos y lo que fuimos. Y recuperarlo es el único modo de asegurar que nadie ingresará en su nombre en la orden.

—Por eso no he payado hasta encontrar el paradero del individuo más despreciable que pisa la faz de la tierra —continuó el padre—, el decrépito Prior emérito, ya retirado porque se muere de viejo, pero tan maligno como cuando llevaba en primera persona las riendas de la orden.

—El hombre que fue a ver en la Casa del Pecado Mortal.

—El mismo, un nonagenario hijo de puta que está allí recluido, en un lugar al que nadie puede entrar, salvo los miembros de la casa real y los curas. Cuando lo tuve delante lo hubiera estrangulado con mis propias manos, pero juré al sacerdote de San Miguel que no lo haría. Ya no ejerce de Prior porque renunció hace poco, aunque según parece, le ha sustituido un joven que ha

bebido de sus pechos y ha desarrollado un espíritu genocida aún mayor. Yo odio a ese viejo cabrón con todas mis fuerzas, por su culpa, mi padre tuvo que enviarme a París siendo niño. Llevo toda la vida preguntándome por qué lo hizo y por qué dejó que mi plaza fuese ocupada por mi hermano menor.

—Lo sabes de sobra papá —añadió ella—, porque de haber sido tú, te habría correspondido ser el Prior, cosa que el abuelo quiso evitar a toda costa. El tío Saturnino era mucho menor y para cuando ingresó en la orden ya se había producido el relevo.

—Y fue a caer en el ser más monstruoso que ha parido madre.

La hija se acercó a él y le besó la mejilla.

—Ya está, papá. Nosotros ya estamos fuera. Los herederos de doña Cristina Lasso de la Vega hemos dejado la silla que ocupamos desde hace doscientos años.

Don José Manuel asintió aturdido por la pena.

—Ningún De la Vega volverá a esa institución tan infame —el corazón le palpitaba con fuerza por debajo de la levita—. Y nosotros regresaremos por fin a Madrid, el lugar del que nunca debimos salir. Venderemos nuestra casa de París y nos instalaremos aquí. Sin miedo. María regentará la librería de mi hermano.

Una quietud silente gobernó la estancia. Los De la Vega parecían haberse desprendido del lastre que soportaban desde hacía años. A mí, sin embargo, aún me sangraba una herida y no encontré mejor momento para desahogarme.

—Yo también tengo razones para odiarles —les confesé—. Ellos asesinaron a mi padre.

Abrieron los ojos como platos.

—¿Por qué lo hicieron? —preguntó María.

—Porque se cansó de guardar silencio y transgredió lo que ellos llamaban estúpidamente la ley suprema.

—Luego entonces, él conocía el secreto de la orden.

—Sí, no consigo explicarme cómo y tampoco tengo mucho tiempo para averiguarlo. Todo esto lo he sabido hace un par de días.

—Un momento —insistió la hija—, ¿cómo se llamaba su padre?

—Eduardo Sotés, era republicano hasta la médula y testarudo como él solo. Al parecer, les plantó cara.

Noté cómo le cambiaba el rictus. Sus músculos se tensaron como una cuerda y una sombra oscura se apoderó de su frente.

—Ya sé por qué la buscan a usted.

—Porque tienen miedo de que publique algo sobre ellos —respondí—. Trabajo en *El Imparcial*, y escribí una crónica sobre la muerte de su tío donde mencioné a la Mano Negra.

—Nada de eso. O, mejor dicho, quizás esa sea una consecuencia de la verdadera causa. A usted la buscan porque creen que posee la clave que les permite conseguir lo que llevan persiguiendo doscientos años.

—¿Yo?

Don José Manuel parecía igualmente asombrado. María, por el contrario, actuaba como un autómatas. Su tono de voz plano me hizo pensar que las palabras le salían del fondo del alma.

—Mi tío me escribía cartas muy a menudo. En ellas apenas hablaba de la orden, lógico, estaban regidos por su código de silencio. Sin embargo, en una ocasión me contó la historia de su padre.

Contuve la respiración.

—Por medios que mi tío no llegó a saber, su padre descubrió el lugar secreto donde se reunía la Orden de la Mano Negra.

—¿La iglesia de San Miguel?

—No, en la iglesia de San Miguel solo se reunían algunas veces, pero desde hace muchos años también lo hacen en una vieja ermita de Madrid.

—Es ahí donde creo que tienen a Enrique.

—Sin duda. La cosa es que, para que se supiese dónde estaba ese santuario en caso de que lo matasen, según me dijo mi tío, su padre escribió el nombre en un sobre lacrado y lo guardó en una caja fuerte del Ministerio de Gobernación.

Eureka. Ese era el sobre del que me habló don Rafael Gasset, el que informaba «del modo de desvelar el secreto del *Lapis Exilis*».

Es decir, que lo que contenía era la localización de la vieja ermita. Por eso era importante ver a Eduardo Dato, para saber dónde se celebraría en pocas horas el encuentro clandestino del solsticio de invierno.

—Entonces, fue por eso por lo que lo mataron.

—Todo lo contrario. En realidad, eso fue por lo que siguió vivo muchos

años. La orden creyó a su padre cuando les dijo que no hablaría con nadie del lugar de sus juntas secretas, solo que aquel no fue, ni mucho menos, su único descubrimiento.

—No sé a dónde quiere llegar.

María se levantó para cogerle la mano a su padre. Sospeché que lo que iba a decir podía alterar su pulso y que prefirió estar a su lado para reconfortarle.

—De un modo obtuso y parabólico, como él estaba obligado a escribir, mi tío me confesó que su padre llegó a decirles que tenía la clave para abrir el cofre, cosa que llevaba intentando la orden desde que se apoderó de él hace doscientos años, poder ver por fin con sus propios ojos el *Lapis Exilis*.

—¿Abrir el cofre?

—Ese arcón está cerrado por tres cerrojos. Tres cerrojos que solo pueden abrirse con las tres llaves que Arnaldo Mirón repartió entre tres poderosos hombres de la tierra para que, solo cuando ellos se juntasen, fuese posible descubrir su interior.

Buceando en las tinieblas de mi memoria, recordé que eso fue lo que me pidió el abate en el galpón de la Inclusa, justo antes de sedarme con cloroformo, la condición que me puso para devolverme a Enrique.

«Entrégueme las tres llaves», me dijo.

Noté cómo se me erizaba el vello. Mi pensamiento viajó al pasado como un relámpago en busca de señales que pudiesen explicarme el hatajo de preguntas sin respuesta que me atosigaban. Por mucho que me pesase, la historia de mi familia estaba íntimamente ligada a la de la funesta orden, desde hacía años, sin yo saberlo, nuestros destinos iban de la mano.

—Esa revelación convirtió a su padre en la persona más codiciada y temida de la congregación. El Prior debió tratar por todos los medios que le desvelase el secreto y, conociendo la personalidad de este viejo sanguinario, no tengo dudas de que, al no conseguirlo, ordenara matarle.

—¿Cómo pudieron creerle? —protesté—. Quizás fuese una estratagema que inventase mi padre para conseguir el cofre. No creo que él solo pudiera descubrir el paradero de esas tres llaves.

—Solo hay un medio de saber dónde reposan las tres valiosas llaves que abren el arcón milenario —apuntó el hermano del librero, que había permanecido atónito hasta ese momento—, consiguiendo el libro más anhelado

por la Orden de la Mano Negra, un relato que cuenta el lugar donde las guardó su autor antes de morir.

—¿Un libro? ¿Qué libro?

—Las memorias de don Íñigo Galarza, un capitán de galeón tras cuya muerte, a principios del siglo XVIII, nacieron los caballeros de la Orden de la Piedra Negra.

No había dolor más grande que el que se agolpaba en mi pecho. Ni mayor rabia. El mundo se llenó de tinieblas, mis oídos no oían, se nubló mi vista. Todo por lo que había luchado desde que tuve uso de razón se cayó de golpe. Sentí el alma partida. Sentí la vida arruinada.

No recuerdo cuánto tiempo pasé en aquella habitación del convento, ni qué hicieron entretanto doña Cristina y sor Teresa. No recuerdo qué hice con el dichoso cofre de los tres cerrojos, tan solo recuerdo que mi cabeza navegó sin rumbo hasta encallar, que mi espíritu naufragó igual que mi galeón hundiéndose en un profundo océano.

Cuando por fin salí del letargo, mi única obsesión era saber qué había acontecido, ver con mis propios ojos lo que oí por boca de sor Teresa y no parar hasta saber quién había podido cometer tamaña barbarie para vengarla sin piedad.

Con la mente mareada y turbio el entendimiento marché a pie a la calle de San Gregorio donde estaba mi casa. Allí esperaba ver a la Remedios, vecina que bien conocía a mi Esperanza, de buenas amigas que eran.

Voto a Cristo que ese día habría ensartado a cuantos soldados, corchetes y alguaciles cruzaren mi camino. Tal era el hambre de revancha que ardía en mis tripas, como el rugido de una fiera salvaje que bramaba en mi interior.

Mi casa tenía la puerta cerrada, una soga apresaba la argolla en señal de clausura. La de Remedios empero estaba abierta, por lo que imaginé que ella andaría dentro, trajinando con algo para mantener a sus dos hijos, como hacía siempre desde que perdió a su marido.

Y así fue, andaba sola, junto a una vasija grande de aceitunas que

machacaba con un mazo antes de aliñarlas. Al verme quedó muda, con la boca tan abierta que podía entrarle un puño.

—Hola, Remedios.

No hablaba y me miraba como si viera a un fantasma.

—¿Es que acaso no me reconoces? —añadí.

De pronto, los ojos se le llenaron de lágrimas. Vino hacia mí y me abrazó con fuerza.

—Íñigo —habló al fin con voz quebrada—, Dios mío, ha ocurrido algo horrible.

—Ya sé, me lo ha dicho sor Teresa.

Me soltó y agarrándome las manos siguió gimiendo. Era tanto su llanto que apenas podía hablar.

—¿Has hablado con ella? ¿Te lo ha contado? Ha sido terrible, horroroso.

Tuve que contenerme, la pena me estaba ahogando.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Cómo ha podido pasar? —requerí.

—¿Dónde estabas tú? ¿Por qué has tardado tanto en llegar?

—Nuestra flota se refugió en Vigo y allí nos atacaron los anglicanos. Perdimos todos los barcos y a casi todos los hombres.

—Pero eso fue hace más de un mes, toda España lo sabe, ¿qué has hecho desde entonces?

—Hacer el camino, a ratos a pie y a ratos a caballo. Pasé algunas calamidades que me complicaron la vida, tuve incluso que trabajar para obtener dinero, pues el mío me lo robaron.

—Mas ¿por qué no pediste ayuda? ¿Por qué no dijiste a nadie que estabas en camino?

—Porque nadie podía saber que portaba un valioso objeto del rey y también a una damisela. Debía entregarlos en Cádiz y juré por mi honor que guardaría el secreto como así hice. Pero ¿qué importa eso ahora?

—Pues mucho, porque a tu mujer la acusaron de no querer decir dónde estabas.

—¿Yo?

—Sí, tú. Era a ti a quien buscaban esos matarifes.

—¿A mí?

—Sí, a ti.

—¿Los soldados del cabildo?

—Los soldados de Portocarrero. Él mismo vino en persona y dijo actuar en nombre del rey.

Fue oír el nombre del cardenal y el mundo se cayó sobre mi cabeza.

Comprendí entonces lo que había pasado. Era tal la necesidad del Borbón de recuperar el arcón de los tres cerrojos que, al no dar yo señales de vida, el cardenal dio por cierto que había decidido quedármelo. Imaginó el puto Portocarrero que Esperanza sabía mi paradero y acordó valerse de ella para hacerle hablar, aunque fuese con tortura.

La ira calentó mis venas, un fuego que me ardía por dentro a punto de estallar.

—¿Qué le hicieron? —quise saber conteniendo la furia.

—Aquí delante poco, gritos y zarandeos, pero en viendo que no hablaba, Portocarrero dijo de llevársela a la cárcel del cabildo junto a la pequeña Macarena.

—¿Por qué a la niña? ¿Es que creían esos cerdos que también ella ocultaba algo?

—Yo quise retener conmigo a la chiquilla, pero el cruel cardenal dijo que tu mujer aguantaría peor el dolor de su hija que el suyo propio.

—Hijo de la gran puta. ¿Qué hicieron con ellas?

—Mucho me temo que someterlas a un martirio inhumano. Un guardián de la cárcel me dijo que dolía oír los gritos de Esperanza. Yo hice cuanto pude —lloró la Remedios—, y sor Teresa llegó a hablar hasta con el arzobispo, mas no hubo caso. Por Sevilla corre el rumor de que, cuando estuvieron seguros de que por su boca no saldría lo que andaban buscando, las pasaron por garrote.

No pude contenerme más. Mi cuerpo me pedía venganza, una venganza descomunal y sangrienta, una venganza cruel como lo fue el castigo.

Yo, que siempre había sido un hombre de honor, un hombre del rey y de España, yo que dediqué mi vida a servirles, había sido traicionado por ellos, por los que llevaba luchando desde que tuve uso de razón.

—No pararé hasta que empale a los hideputas que han cometido esta masacre —escupí—, les arrancaré los ojos y se los echaré a los cuervos, primero al cabrón del cardenal y más tarde al bastardo rey francés. Solo espero ver cómo los gusanos se comen sus cuerpos.

La Remedios agarrome las manos para detener mis ímpetus.

—No lo hagas, huye y salva al menos tu vida. Es a ti a quien quieren. Lo de Esperanza y Macarena ya no tiene remedio. Vete de Sevilla, piérdete en un lugar donde no puedan encontrarte. No entres en una batalla de la que solo puedes salir muerto.

—¿Y qué me importa mi vida si quienes le daban sentido están criando malvas? Si no castigo esta ofensa será mi conciencia la que no me deje vivir. La memoria de los míos está por encima de mi propia existencia.

—Hazlo entonces con cabeza. De nada te vale salir ahora a plena luz del día en busca de tus víctimas. Entérate bien, averigua quiénes fueron sus verdugos y embóscalos por la noche sin que nadie te vea.

Soplé varias veces. Repicaban tan fuerte mis sienes que se me figuró que iban a estallar. La Remedios no me había soltado las manos y miraba hacia mí tratando de hacerme entrar en razón.

—Dame agua.

La quemazón del cuerpo hizo que me desabotonara el jubón, pero al cabo, pensé que quizás ella estuviese en lo cierto, por más que mis tripas reclamasen venganza.

—¿Sabes si Portocarrero está en Sevilla?

—Ahora no lo sé. Estaba hace una semana, pues él mismo vino aquí. Hay quien dice que alguien gordo anda por Sevilla porque las calles están llenas de corchetes y hay muchos soldados junto a los alcázares. Aunque tal vez sea esa guerra que cuentan que hay, ya que, en esta ciudad, desde que se declaró a favor del rey Borbón, no se ha oído un disparo ni habido reyerta.

—Tengo que saber si aún sigue por aquí —insistí.

—Ve a la taberna del Cojo. No hay nada que ocurra en los mentideros de Sevilla que no se sepa allí.

Llevaba razón. La taberna del Cojo era una mala tasca del Arenal conocida en toda Sevilla, aunque no eran tantos los que se atreviesen a entrar en ella, pues tenía fama de estar llena de rufianes, coimas y matarifes a sueldo. Poco me importaba a mí lo que encontrase allí si me daban las informaciones que pretendía.

Me despedí de la Remedios con la sangre caliente y el pulso alterado. Tuve que prometerle que no desenvainaría el acero ante el primer corchete que

se cruzara conmigo y que tendría cabeza para tomarme la justicia por mi mano.

Las callejuelas de mi barrio ya no tenían su embrujo. Ni la cal de sus paredes ni el almagre de sus puertas y ventanas brillaban como antaño. O quizá fuera mi pesadumbre. Saber que nunca más las pisarían Esperanza y Macarena me apretaba el pecho. Cada esquina guardaba un recuerdo, cada plaza una huella de mi pasado, sitios con los que había soñado mil veces en mis largas travesías y a los que deseé volver para pasar junto a ellas el resto de nuestras vidas.

De camino al Arenal, pasé junto a los alcázares y bajo su muralla detuve un momento mi andadura. Había tantos soldados en la puerta que llegué a pensar que era el mismísimo rey quien allí estaba. Entonces recordé que en Madrid me dijeron que el Borbón, que ni nombrar su nombre quería de tanto odio como le había cogido, andaba por Nápoles arreglando asuntos de Estado. Luego si no era él, por ventura podría ser Portocarrero quien se hospedaba.

En llegando al Arenal vi mucha gurullada. Debía estar arribando algún cargamento de Indias, pues abundaban los genoveses, franceses y alemanes, los unos haciendo de banqueros, los otros cerrando tratos. No estaba mi ánimo para entretenerme, así que seguí mis pasos sin escuchar a mercaderes y farsantes, ni al capuchino que, a lomos de una mula pregonaba a los cuatro vientos los males de caer en el pecado.

La taberna del Cojo estaba llena de gentes. Por sus mesas corrían los vinos de Cazalla y Alanís con alegría y eran muchas las voces y más las risas. Me arrimé a la mesa donde servía el tabernero y pedí una vasija. Con ella me fui a la única tabla que quedaba vacía y empecé a escanciarla con tanto brío que temí perder la conciencia. No era yo, sino mi angustia quien bebía, mis ganas de abrirle las entrañas al firmamento para que cayesen fuegos y rayos sobre los villanos que con los míos habían acabado.

Me contuve porque aquel día yo tenía otro propósito que no era otro que encontrar entre el personal quien pudiera darme razón del paradero del mezquino cardenal con quien tenía que ajustar cuentas.

En la mesa de un rincón había un tipo que parecía alcahuete de profesión, barbilampiño, jubón limpio con una cruz bordada que no era la de Santiago ni ninguna que yo conociese y un sombrero que cubría su cabeza. Me acerqué a él y le invité a una taza de vino que aceptó sin reparos. Hablamos de las Carreras

de Indias que estaban por llegar en los días venideros y de las muchas riquezas que eso dejaba en Sevilla, aunque ya menos que antes desde que Cádiz fuera autorizada por la Corona como puerto de Indias. Hablaba poco el hombre al principio, aunque yo insistí, convencido de que por su boca podría salir sabrosa revelación. Como así fue, pues fue tomarse tres tazas y se le soltó la lengua.

Resultó ser bachiller, de profesión seguidor, que en Sevilla no faltaban los buscavidas que por un ducado de oro lo mismo embarcaban a un delincuente en un galeón que contrataban a un matarife a sueldo. Como buen conocedor de su oficio, cerró el trato conmigo antes de perder la conciencia sacándome veinte maravedíes por darme razón del cardenal.

—No está en Sevilla, sino en Cádiz, restaurando la sarracina que este verano hicieron por allí los anglicanos y rearmando las defensas, que es mucho el oro que tiene que seguir llegando.

Contorne entonces que, corriendo el mes de agosto, una enorme flota inglesa al mando del almirante George Rooke atacó las costas de Cádiz, que fue brava la defensa que de la ciudad hicieron las tropas de don Francisco del Castillo y que no pudiendo entrar en ella, se dedicaron los anglicanos a saquear El Puerto de Santa María y Rota haciendo grandes destrozos.

—Agraviado el almirante inglés —continuó mi confidente—, encontró otro enemigo mientras volvía a su tierra en las costas de Vigo y atácalo sin piedad hundiendo todos sus barcos.

¡Qué iba a contarme a mí!

Yo a él nada le dije, que en siendo alcahuete podía fácilmente dar razón de mí a los soldados de Portocarrero que andaban buscándome.

Fue así como supe el nombre del maldito protestante que acabó con mi tripulación y con el *Nuestra Señora de las Mercedes*, el galeón que tantos años capitaneé por mares de la tierra entera.

Recordando las vidas que allí quedaron casi se me atraganta el vino. Antón Ribeiro, Rodrigo Bocanegra, Francesc Montoliú y tantos otros buenos soldados y mejores hombres que fenecieron bajo el fuego enemigo defendiendo el honor de España. La misma España que ahora me abofeteaba la cara.

—Os doblo la recompensa si me decís cómo hacer para ver al cardenal en

persona —aposté, cambiando de tercio.

El bachiller, que no era tonto, la cazó al vuelo.

—Es una pieza de caza mayor su excelencia. Si queréis un buen consejo, no vayáis solo a esa cacería, que mucho tenéis que perder y poco que ganar. Si de verdad queréis acabar con él, puedo deciros dónde encontrar a quienes tienen vuestra misma intención. No son muchos en Sevilla, pero cada vez más en España y, si mis noticias no son malas, se preparan para acabar con el cardenal y con el mismísimo Borbón.

—¿De quién me habláis?

—De los austracistas, los que darían su vida por dar muerte a don Luis Portocarrero.

— **Y** tanto que ha tardado —me reprochó el cochero cuando aparecí por el lugar donde se quedó esperándome.

No tenía derecho a quejarse porque yo le había pagado un día completo, como era la costumbre en los coches diligentes, aunque los caseríos de Cuatro Caminos no parecían un lugar seguro ni de día y un simón reluciente era sin duda un bocado apetitoso para rufianes y maleantes.

—Ya podemos irnos —abrevié, todavía impactada por todo lo que acababa de aprender—. Lléveme a la calle de Atocha. Después podrá marcharse.

Tenía el estómago revuelto y unas náuseas rondándome las tripas que podían aflorar en cualquier momento. Pensé que serían los restos del cloroformo que aún corrían por mis venas y que quizás fuese el narcótico lo que hizo que el corazón no me explotase.

El libro que mi padre guardaba en el cajón del «árbol de la ciencia del bien y del mal» no era otro que las memorias del capitán de galeón que dio origen a la Orden de la Mano Negra. Lo había tenido entre mis manos, era un viejo ejemplar escrito a mano con tinta de pluma y letra espinosa que decidí dejar allí porque me pareció enrevesado de leer. Ahí estaba la clave, entre aquellas líneas se hallaba la respuesta a la incógnita que tantos años llevaba persiguiendo la orden, el sitio donde se guardaban las tres llaves que abrían el cofre de la piedra del diablo.

Imaginé a mi padre buscándolo, tal vez en alguna vieja biblioteca de Madrid, en una de las tantas que visité con él cuando era niña. Recordé que él solía rebuscar entre las estanterías libros raros mientras yo me quedaba

leyendo. Sin duda, ese era el ejemplar que perseguía con tanto ahínco, él conocía la existencia del cofre y de su tesoro, él sabía su historia hasta el punto de que creyó que, llegada la República, el talismán milenario debía pasar a manos de su presidente.

Estaba nerviosa. Saber que aquellas tres llaves podían ser el salvoconducto para liberar a Enrique disparó mi ansiedad, por primera vez en los últimos días, los astros parecían conjurarse en mi ayuda.

Cruzamos a toda prisa el barrio de Tetuán de las Victorias, sus calles desordenadas e inseguras estaban casi desiertas. Unos peones reparaban una vieja plaza de toros que había junto al montón de casuchas de obreros llegados por oleadas desde que, cuarenta años atrás, empezó a forjarse el arrabal en torno al campamento de los ejércitos vencedores de la guerra de África, instalados allí provisionalmente.

El cochero agitó el látigo para que fuesen más rápidos los caballos. Aquel era un suburbio con fama de peligroso por sus reyertas y navajeros y convenía cruzarlo sin demora. Al poco atisbamos Madrid con sus calles bulliciosas y llenas de tenderetes.

Mi cabeza no paraba de darle vueltas a todo lo que aprendí en casa de don José Manuel de la Vega, la historia del *Lapis Exilis*, el baúl que lo protegía con sus tres cerrojos, el hecho de que mi padre llegó a descubrir su paradero gracias al libro antiguo de memorias que, sabe Dios cómo consiguió...

Don José Manuel también me habló del Prior de la orden, del viejo decrepito que vivía encerrado en la Casa del Pecado Mortal para que nadie pudiese tocarlo, y de quien le había sustituido del que únicamente supe que era joven e igual de sanguinario.

Durante todo el camino no dejé de comprobar si nos perseguía alguien. Mi obsesión había llegado hasta el borde de la locura. Nada me hizo sospechar que estaba siendo vigilada, ni en el trayecto ni en la puerta de la antigua vivienda de mi padre en la calle Atocha.

Cuando el simón me dejó allí eran las doce de la mañana, quedaban poco más de siete horas para el agasajo de los marqueses de Linares y poco más de diez para el solsticio, preludio de un invierno inquietante que se abría ante mí como un enorme agujero negro.

«Aún hay tiempo», pensé.

Volver a la casa de mi padre me agitó una vez más el alma. En el fondo de mi ser había una herida sin cerrar que sangraba cada vez que él aparecía en mi vida. Anduve de puntillas por las sombras del corredor como si así no despertase a los espíritus que dormitaban entre aquellas cuatro paredes y cuando llegué al aparador que representó durante toda mi infancia el territorio prohibido, respiré profundamente.

Allí estaba, acurrucado en un rincón de la cajonera, como adormecido por el tiempo, el viejo libro de memorias de casi doscientos años.

—Íñigo Galarza —susurré con él entre las manos.

Mi imaginación voló hasta los días en que recorriamos las viejas bibliotecas de Madrid mi padre y yo, tardes de invierno envueltos en gruesos abrigos en las que yo devoraba capítulos de libros de aventuras sumergida en sus historias, *Tom Sawyer, Robinson Crusoe, Moby Dick...*

En un derroche de fantasía, hasta creí ver el momento en que encontró ese manuscrito misterioso, un raro ejemplar escrito por un marino español, un libro de pastas amarillentas y letras en tinta negra que extrajo de un anaquel lleno de telarañas. En mi entelequia no llegaba a comprender cómo pudo llevárselo.

Abrí el libro por su primera página y volví a leer su principio.

Con la tarea que hoy emprendo, apurada mi existencia, aunque pleno de cordura, no tengo más deseo que uno, que, se haga justicia sobre cuando aconteció en mi vida, para que ningún malnacido pueda ensuciar inventando cosas que no sucedieron o sacando erradas conclusiones...

El honor, aquella rancia palabra me trasladó de nuevo a mis lecturas juveniles, *Los tres mosqueteros*, *El conde de Montecristo*, *Don Quijote de la Mancha*...

Imaginé a don Íñigo Galarza batiéndose en duelo, quizás por una mujer.

«¿Quieres dejar de imaginar?», me reproché.

Ensortijado entre los renglones atiné a leer la fecha y el lugar donde comenzaba aquel relato, julio de 1702 en el puerto de La Habana.

—Me lo llevo.

Tuve tiempo para regalarle un guiño al retrato de mi madre y hasta para contarle alguna cosa de las que me estaban pasando, como cuando era niña. Igual que entonces sentí que eso me reconfortaba, como si aquella figura mayestática que había presidido el salón de mi infancia cobrase vida cada vez que yo lo necesitaba.

Al salir de mi antiguo hogar me prometí regresar más a menudo, quizás cada semana, como si fuese una especie de oficio religioso para ayudarme a encontrar la paz de espíritu.

No habían dado las dos de la tarde cuando aparecí de nuevo por mi casa. Una extraña sensación me recordó que por allí había campado Edelmiro Cañete mientras yo padecía el efecto narcótico del cloroformo, a sus anchas, sin nadie que vigilase sus movimientos. Noté cómo aquella intrusión hacía que me sintiese vulnerable, insegura en mi propia casa.

Aún quedaban más de seis horas para que pasara a recogerme don Rafael Gasset con su flamante automóvil de motor, un prodigio de la ingeniería que podía desplazarse sin tiro animal al alcance de muy poca gente.

En ese tiempo no tenía nada mejor que hacer que sumergirme en aquellas letras retorcidas, en aquel lenguaje anquilosado con siglos de polvo entre sus trazos. Al principio fue duro, mis ojos no se habían adaptado a esa endiablada morfología y a su semántica obsoleta, pero, poco a poco, la lectura fue más fluida, como si un viejo espíritu fuese engrasando mi mente.

Supe así que don Íñigo Galarza fue portador de aquel misterioso cofre y de la hija de quien se lo encomendó, el gobernador de La Habana don Diego Córdoba Lasso de la Vega. No había que ser muy perspicaz para colegir que aquel gobernante era ancestro del librero asesinado, el hilo que me conducía hasta el origen mismo de la siniestra historia ocurrida en 1702.

Viendo que pasaban las horas y que no me daba tiempo a terminar el relato, estuve tentada de irme hasta el final y ver cómo acababa, pero una voz interna me decía que no debía hacerlo, que si el capitán Galarza decidió escribir unas memorias en vez de una simple nota fue porque quiso esconder entre sus renglones las marcas que permitiesen llegar hasta el paradero de las tres llaves.

Tenía que arreglarme. En menos de treinta minutos sonaría el claxon de don Rafael anunciándome su llegada y ver a don Eduardo Dato era crucial para acceder a la caja fuerte donde mi padre había escondido el sobre con la ubicación en la que cada solsticio y equinoccio se reunían los caballeros de la Orden de la Mano Negra.

Estaba a punto de dejar la lectura cuando una frase enigmática al final de un capítulo, llamó mi atención:

Aquella fiera imagen se grabó en mi memoria como un selló indeleble. Poco imaginaba yo entonces, que al poco volvería a estar frente a ella y que allí mismo, el destino cavaría mi tumba.

Buceando entre las líneas supe que don Íñigo Galarza se refería a una antigua iglesia bajo la advocación de San Miguel ubicada en la calle Mayor, seguramente la misma que me dijo el padre Antonio María que ardió de un modo misterioso en 1790, quedando reducida a cenizas.

El cuerpo me pedía un baño de agua caliente, sumergirme en sus vapores reconfortantes y relajarme de tanta tensión acumulada, pero no había tiempo.

Rebusqué en el armario algo que ponerme. Por más que mi cabeza estaba en otro lado, no podía fallar. La recepción del marqués de Linares se me

figuraba un acto de campanillas, repleto de personalidades que solo había visto en las gacetillas del duque de Nicanor o en alguna de las tantas revistas de alta sociedad que se publicaban en Madrid, así que fui a tiro seguro.

Lo más elegante que tenía era mi traje rosa pálido de *chiffon*. Además, tenía muy pocos usos, porque me lo hicieron para mi modesta fiesta de graduación y, desde entonces, solo me lo había puesto un par de veces. Por suerte, podía acompañarlo del abrigo de terciopelo rojo y cuello vuelto que me regaló Enrique cuando aún era Enrique. Una combinación perfecta.

No pude evitar el corsé con su siniestra dictadura aprisionándome el pecho. Descuidar la silueta en una ceremonia de aquel nivel me parecía un despropósito.

—Un día es un día —me dije a modo de arenga.

Cuando me puse el traje, coqueteé un poco ante el espejo plateado de mi dormitorio y, sin quererlo, mi mente viajó hasta el día en que lo estrené en mi graduación, la única vez que coincidieron mi padre y Enrique bajo el mismo techo. Aunque no llegaron a conocerse porque la magia de nuestro idilio se basaba en su carácter secreto, en la transgresión de las normas. Así era Enrique.

Mientras me rociaba las mejillas con polvos de arroz no pude evitar recordar otra tarde que fuimos a la ópera. Era cuando nos comíamos el mundo a dentelladas. Nosotros éramos de zarzuela, de entremeses cortos y populares, pero en aquella ocasión me propuso ir a la ópera. Con él cada día escondía una sorpresa. Nos pusimos nuestras mejores galas y allí que nos fuimos alegres y emperifollados. Aquella imagen jovial se me atragantó en la garganta.

Fue el claxon del vehículo de don Rafael el que me advirtió que se habían acabado los lamentos, que necesitaba todas mis fuerzas para vencer los obstáculos aún por superar en las siguientes horas porque, si no lo lograba, perdería a la única persona que realmente me importaba en el mundo, el hombre por el que bebía los vientos.

El bazar de alfombras que había en el callejón del Moro no era en realidad un bazar de alfombras, sino un oscuro escondrijo donde se reunían, a la luz de las velas, los hombres de Sevilla que más odiaban al rey, y de paso, al cardenal Portocarrero.

Supe de aquel sitio gracias a los maravedíes que solté al bachiller de la taberna del Cojo, quien también me dijo la seña que necesitaba para que el gordinflón que regentaba el bazar me dejase pasar a la trastienda.

Lo que en verdad había era una covacha horadada en la piedra. De sus paredes colgaban antorchas y, en el centro, media docena de hombres discutían alrededor de una tabla.

—Muerte a los butifleros —gritó uno calvo que parecía el jefe.

Los demás golpearon la madera con fuerza.

Fue verme y callaron. Uno de ellos se levantó con un pistolón en la mano parándose frente a mí.

—¿Quién sois? Identificaos.

—Íñigo Galarza, capitán de mar y guerra de un galeón español. Todos se levantaron y alguno sacó su acero.

—¿Cómo os atrevéis?

No di ni un paso atrás. Pocas cosas podían arredrarme y menos en aquellos días de ira y rabia.

—Estoy con voacé. No hay nadie en el mundo que desee con más fuerza que yo dar muerte al infame rey francés y a su lugarteniente, el mezquino cardenal Portocarrero.

—Explicaos presto, si no queréis probar nuestra vizcaína.

Conté mi historia sin muchos detalles, los justos como para que me creyesen sin dobleces. Oír que era capitán les plugo, pues entre sus filas había más voluntad que oficio en el arte de la guerra. Al poco envainaron sus espadas y dejaron que me sentara alrededor de la tabla.

—En Sevilla somos pocos los que seguimos al archiduque Carlos —dijo el calvo—, por lo que levantarnos en armas solo nos llevaría al garrote. Por eso únicamente hacemos de correo de catalanes, castellanos y aragoneses, que en esas tierras los nuestros se cuentan por miles, para que sepan lo que aquí se cuece y preparen así el ataque al cabildo y al arzobispado. Hace unos días llegué yo precisamente de Barcelona, donde hay muchos que odian a los borbónicos a los que llaman butifleros.

—Yo soy hombre de batallas y no de astucias, es con ellos con quien debo estar. Además, no me interesa matar soldados sin ton ni son, sino a quienes dieron órdenes para cometer la fechoría de asesinar a los míos. Decidme quién hay en la villa y corte que apoye vuestra causa y al paso me uniré a ellos.

Quedaron aquellos hombres desconcertados por mi osadía y, quizás, algo defraudados por no poder contar conmigo para su causa en Sevilla, mas no tuvieron reparos en darme las señas de don Pedro de Valdivia que, aun siendo natural de Madrid, apodaban el Austríaco, y era un declarado enemigo de los Borbones hasta el punto de que el cardenal Portocarrero había puesto precio a su cabeza, por lo que andaba escondido en los arrabales de la villa.

—Decidle que os manda Bernardo de Triana —soltó el calvo que era, de todos, el más despabilado—, y cuando os pregunten la seña, pregonad «muerte a la Flor de Lis».

Nada más salir del engañoso bazar, crucé en barca hasta Triana con la sola intención de comprar un pistolón en alguno de los muchos negocios que menudeaban junto a sus famosas fábricas de pólvora. Pocas dudas yo tenía de que habría de usar arma de fuego en aquellos días. Y también muchas ganas.

El barquero me puso al día de los rumores que corrían por las calles de Triana, de los tantos forasteros que habían venido al olor del oro de las Américas, de las reyertas que bañaban de sangre sus plazas, de la ley de sus rufianes y de la abundancia de traineles.

Compré una pistola de llave de chispa con la que el tendero me aseguró

que podría abatir a un caballo y tres sacos de pólvora que no era poca mi hambre de venganza y en caso de necesidad no habría de faltarme munición.

Pocas dudas tenía yo a esas alturas de que no devolvería el cofre del rey, que aquel negro cajón, por el que tanto pasaron mis huesos y razón de mis desgracias, ya me pertenecía y que, si de él podía sacar algún provecho para hacer daño a Portocarrero, sin duda lo haría.

Llevaba razón doña Cristina cuando tantas veces me dijo que yo había sido presa de un engaño, que poco le importaba al malvado cardenal y menos aún al rey, la promesa que me hizo el gobernador Lasso de la Vega por la que iba a arreglar mi vida una vez llegase a Cádiz. Más bien pensaba yo al contrario, que incluso habían planeado quitármela cuando arribase, como lo habían hecho sin piedad con mi familia, para que no desvelase a nadie el secreto que encerraba el negro arcón.

Cuando de vuelta llegué al convento de las Agustinas encontré a doña Cristina junto a sor Teresa en el refectorio. Hablaban a media voz y al verme llegar las dos vinieron a consolarme.

Los ojos de doña Cristina lo decían todo.

—Os lo dije mas no quisisteis creerme. No hay escoria más grande que Portocarrero. No tengáis duda que, tras dar muerte a vuestra familia, ahora os busca a vos para hacer lo mismo.

—Ganas tengo de cruzármelo en mi camino. Será ahí cuando se vea quién guarda más deseos de venganza.

—No seáis ingenuo. No será él quien cruce el acero con vos, sino sus soldados. Mucho me temo que no lleguéis a encontraros nunca con él.

—Salvo que quiera recuperar su cofre.

Las mujeres permanecieron quedas al ver mi arrojito.

—¿Qué pensáis hacer? —inquirió al final doña Cristina.

—Ir a Madrid. Allí me uniré a la causa del archiduque Carlos con la sola intención de acabar con el Borbón y su asesino valido. A la primera ocasión, haré saber al cardenal que soy poseedor del negro arcón y que para rescatarlo ha de verse en persona conmigo.

—Dad por seguro que don Luis Portocarrero hará lo que sea necesario para recuperar el preciado talismán, mas, si lo que de verdad buscáis es derrocar al nuevo rey, ¿por qué no le dais el arcón al archiduque y con él todo

el poder que encierra para que gane la guerra?

—Porque el baúl ha de estar conmigo para que el cardenal quiera verme. Solo así tendré la ocasión de cruzar mi espada con él y acabar con el ultraje que ha cometido.

—Está bien —añadió doña Cristina—, en ese caso dejadme ir con vos. En odio al rey francés no hay quien me gane, que él quiso tener conmigo derecho de pernada, igual que detesto a su malvado cardenal, por ser él quien hizo el arreglo con mi padre. Confío en vuestro juicio y sé que en esta causa estaré mejor que en Sevilla. —Cuando iba a decir que no, ella tomó de nuevo la palabra—: Conozco mejor que vos los entresijos de la villa y corte y mi apellido os ha de abrir puertas que si estáis solo permanecerán cerradas.

La doncella había sido para mí hasta entonces un pesado lastre, una de las razones por las que tanto tardé en llegar a Sevilla con sus funestas consecuencias, mas, a fuer de decir la verdad, ella fue desde el primer instante mujer sincera e incluso fiel a su manera, pues, pudiéndome robar el cajón, nunca lo hizo. Además, demostró en más de una ocasión que sus consejos eran acertados y sus juicios correctos, por lo que tenerla a mi lado quizá pudiera ayudarme en mi propósito.

—¿Y vuestro deseo de empezar una nueva vida en Sevilla?

—Vivir aquí no me resultará fácil siendo mujer y sin padrinos. Además, mi sino estará en manos de que sea encontrada por los hombres de Portocarrero para llevarme contra mi voluntad a los reales alcázares, si no al garrote. Más valiosa seré al lado de quienes quieren acabar con esta sucia monarquía y más libre si lo conseguimos.

A bravura pocas mujeres le ganaban y, al cabo, los dos pretendíamos lo mismo. Mejor no emprender solo tamaña diligencia.

—Hágase pues. Mañana mismo salimos para Madrid.

El camino de vuelta a la villa y corte fue terrible. Eran tantas las prisas que teníamos por emprender venganza contra quienes nos traicionaron que cabalgamos día y noche, sin apenas dormir. En las largas jornadas de andadura, descubrí a una doña Cristina que no había conocido hasta entonces. Fue quizás su empeño por liberarme del dolor que sentía al haber perdido a los míos o tal vez el hacerla merecedora de mi confianza, el caso es que no paró su lengua en el paladar en todo el camino.

Y lo hizo, según mi entender, abriéndome el corazón como nunca antes.

—Si de veras queréis derrotar a Portocarrero, buscad el modo de abrir los cerrojos deste baúl y, con la perla del diablo entre las manos, pedid al arcángel que os conceda la gracia de que acabe con la vida del cardenal.

—Como si eso fuese tan fácil. Fuisteis vos quien me dijisteis que mucho cuidado tuvo el cruzado por mantener las tres llaves separadas en manos de poderosos hombres y que una dellas la tiene el rey, otra el papa y de la tercera nada se sabe desde que la recogió el cardenal Cisneros de manos del último gran maestro de la Orden de Calatrava.

—No os deis por vencido. Oí decir en La Habana que el papa Clemente XI es partidario del archiduque Carlos y que su relación con Francia es muy mala. Quizás con la idea de ayudar a su causa, acceda a prestaros su llave.

Necia no era doña Cristina, ni ignorante de lo que acontecía en el mundo, que fuese cosa sencilla lo que decía, eso era otro cantar.

—¿Y para qué me valdría tener una llave si no tengo las otras dos? ¿Creéis acaso que será fácil arrebatarle al Borbón la suya?

—Apoyaos en los austracistas. Algunos son gente de alcurnia que, a buen seguro, conocen los entresijos para acceder al real alcázar. Puede que también sepan la historia de la tercera llave y que os ayuden si, a cambio, les dejáis que se aprovechen de los poderes del Grial de Satanás.

—Poco me importa que usen los influjos desta piedra quienes quieran derrocar al rey si ello me permite ejecutar el castigo a los que cometieron contra mí tan grande desafuero.

Entramos en Madrid pocos días antes de la Natividad del Señor y fuimos a parar de nuevo a la fonda que se levantaba junto a la Puerta Cerrada, a pocos pasos del alcázar en el que, no hacía ni dos semanas, había preguntado por el Borbón y me dijeron que andaba por Nápoles.

Aguardamos en la posada a que cayese la noche y cuando las tinieblas llenaron el firmamento, doña Cristina y yo salimos embozados en nuestros caballos, a las señas que me dieron los rebeldes sevillanos. Era una vieja casona a las afueras de Madrid donde encontraríamos al tal don Pedro de Valdivia, que en el hampa matritense conocían como el Austríaco.

—Id cuando el sol haya caído, que no tiene por costumbre abrir a nadie si no es en plena oscuridad —me habían advertido los sevillanos—, y decid a

quien os abra que vais de nuestra parte.

Dejamos el arcón en la hostería, qué no era cosa de andar paseándolo por Madrid, pero no mi pistolón y mi toledana, por si las cosas se ponían feas y había que cruzar armas con alguien, y fuimos hasta donde se escondía el Austríaco. Resultó ser una aldea de pocas casas y, en cayendo la noche, perdía la vida, al punto que ni ruidos ni siquiera ladridos se oyeron a nuestra llegada.

Entre una espesa arboleda, encontramos una casa con varios faroles que dimos por cierto que era la que buscábamos. Tal como nos habían indicado, golpeamos la puerta chica y, en viendo que nadie acudía a abrirnos, volvimos a llamar, esta vez con la empuñadura de mi espada, que hacía un ruido mayor. Hartos de esperar recorrimos el contorno del edificio en busca de otras entradas o señales que nos indicasen el camino, hasta que oímos a nuestras espaldas el crujir de unas ramas.

—¿Quién va?

De entre los arbustos salieron cuatro hombres ataviados al modo militar, casacas oscuras, medias claras, sombreros de tres picos y espadas al cinto.

—Venimos de parte de Bernardo de Triana, deseamos unirnos a vuestra causa.

—¿De qué causa nos habláis?

—De la que mantiene en guerra a España. Queremos unirnos al bando del archiduque. Muerte a la Flor de Lis —repetí el santo que me enseñó el calvo sevillano.

Eran aquellos hombres de natural desconfiados y prestos a dar muerte a quienes pusiesen en riesgo su secreto.

—¿Y qué os hace pensar que nosotros somos de esos?

—Venimos solos, en noche oscura, me acompaña una mujer desarmada, ¿acaso pensáis que habríamos llegado hasta aquí si no fuera porque sabemos qué hacemos?

—¿Cuál es vuestra gracia?

—Yo soy Íñigo Galarza, capitán de mar y guerra, y ella es doña Cristina Lasso de la Vega, hija del gobernador de La Habana.

Tras un corto debate acordaron dejarnos entrar y resultó ser que dentro celebraban un cónclave una decena de hombres a la luz de unos candelabros que callaron al momento de vernos aparecer.

—Vienen de parte del sevillano, conocen las señas y dicen ser de los nuestros.

Por lo que supe más tarde, el que se levantó primero fue el Austriaco. A fe que no era como me lo había imaginado, usaba peluca rizada, casaca con bocamangas y corbata de encaje.

—¿Quiénes sois y qué os hace luchar por el archiduque Carlos?

Volví a contar mi historia, desde que embarqué en La Habana, sin ocultar que era poseedor del baúl de negros cueros que de allí había traído para entregar al cardenal.

—¿El cofre de los tres cerrojos? —preguntó uno que dijo ser Gonzalo Mestre, hombre de rancio abolengo que ostentaba el título de marqués de Torreblanca.

—El mismo, ¿lo conocéis?

Afirmaron todos al unísono y encontraron en mis palabras un grande regocijo.

—¿Cómo no voy a conocerlo y los que estamos aquí también, que es historia que tengo contada ya muchas veces? Conozco ese talismán tanto como al cardenal y asimismo sé las sucias intenciones que le mueven para poseerlo.

Aprendí entonces que don Gonzalo era natural de Toledo donde poseía fincas y casa señorial y que, hasta que decidió unirse a los austracistas, trataba a menudo con don Luis Portocarrero al punto de ser conocedor de sus pensamientos e incluso de sus pretensiones.

—El muy cerdo ambiciona hacerse con el tanpreciado cofre, no para entregárselo al rey, sino para ser poseedor de sus poderes.

—¿El cardenal? —inquirí indignado—, ¿no era para el Borbón?

—De eso no sabe nada el francés que al cardenal le sobran todos los reyes y, en su ambición desmedida, pretende reinar él.

—Maldito sea por todos los siglos.

Los demás escuchaban quedos un relato que ya en parte conocían.

—Y no solo eso —abundó Gonzalo Mestre—, sino que, en su codicia, Portocarrero ya se había hecho, cuando yo abandoné Toledo, con dos de las tres llaves que pueden abrir el cajón.

—¿Cómo? —saltó doña Cristina, que hasta entonces no había abierto la boca—. ¿Es posible que haya conseguido tan difícil tarea?

—No es tan complicado. Como seguramente sabréis, una de las tres llaves pertenecía al rey Carlos II y nadie mejor que él conocía sus secretos. No olvidéis que el cardenal fue valido del Hechizado al final de sus días y que hizo las veces del rey hasta que llegó el sucio Borbón que él mismo puso en el trono.

—Traidor sinvergüenza, y ¿de dónde sacó la otra?

—De don Francisco Casimiro Pimentel de Quiñones y Benavides.

—¿Quién es ese?

—El heredero legítimo del cardenal Mendoza, a quien Fernando el Católico entregó en 1487 la llave que poseía el gran maestre de Calatrava cuando él mismo pasó a ocupar ese puesto. Parece ser que el Rey Católico, con buen criterio, prefirió seguir deste modo el mandato que el cruzado Arnaldo Mirón hizo al rey Alfonso, de mantener separadas las tres llaves.

—Así que el cardenal consiguió dar con el heredero de la llave de Calatrava y arrebatársela —deduje.

—Así es, Portocarrero en su infinita codicia, canjeó a Pimentel la llave por un título que dijo dar en nombre del rey, cuando el Hechizado ya no hacía ni deshacía nada en palacio.

—Muerte al bribón —gritó don Pedro de Valdivia, y los demás levantaron los puños indignados.

—Por suerte, aún le falta la tercera llave y, vive Dios, que esa no la logrará —continuó el marqués de Torreblanca.

—La del papa —afirmó doña Cristina que, de sobra, conocía la historia.

—La del papa —confirmó don Gonzalo Mestre—. Por fortuna, Clemente XI es seguidor del archiduque Carlos de Austria, así que, aunque me consta que Portocarrero se la ha reclamado ya varias veces, el Santo Padre ha guardado silencio.

El toledano alzó la vista mientras lucía una amplia sonrisa. Pocas dudas me cupieron de que lo que iba a decir mucho nos gustaría a todos.

—Algo que no ocurriría si se la pedimos nosotros —remató.

—¿Y para qué habríamos de querer la llave del papa si nos faltan las otras dos? —quiso saber el austríaco.

Le duró la sonrisa un rato al marqués de Torreblanca. Se veía que, por dentro, era todo regocijo.

—Porque yo sé cómo conseguir las dos que Portocarrero tiene guardadas en la catedral de Toledo.

Jamás había subido a un automóvil de motor. Los pocos que rodaban por Madrid pertenecían a gentes de señorío o a fanáticos que creían que un trasto tan ruidoso y peligroso se impondría a los tranquilos coches de caballos que llenaban las calles de la ciudad.

Cuando me abrió la portezuela el cochero de don Rafael, lo encontré allí sentado con pajarita, abrigo y gorro de copa. En sus ojos adiviné unas ganas indisimulables de ayudarme, quizás para restañar la vieja deuda que adquirió con mi padre siendo niño, cuando él le salvó la vida.

—Buenas noches, ¿está lista para convencer al ministro de Gobernación?

—No me queda más remedio. Su apoyo será crucial.

—Cuenta con él.

Algo debió de ver en mi rostro nada más arrancar aquel artefacto infernal cuando se apresuró a tranquilizarme.

—No se apure. Este ingenio es muy seguro, modelo President —recalcó dándole unas palmadas al chasis—, fabricado en Alemania.

A los pocos minutos llegamos a la plaza de Madrid, que meses más tarde cambiaría su nombre por el de Castelar, y nos bajamos frente al flamante palacete que el marqués de Linares se estaba construyendo junto a la fuente de la diosa Cibeles.

En la puerta había dos mayordomos con chistera y librea que pedían los abrigos y los sombreros a los invitados. De pronto me vi envuelta en un boato que, unido a las estrecheces de mis vestiduras, me hicieron sentir incómoda. No era yo aficionada a ese tipo de ceremonias, lo mío eran más las verbenas de barrio con limonadas, chotis y mazurcas, y menos aún en aquellas

circunstancias donde lo que menos me pedía el cuerpo era estar de fiesta.

Don Rafael me ofreció su brazo y cogida a él atravesamos un portal de piedra blanca entrando así en una estancia de paredes veteadas de las que colgaban magníficos tapices y obras de arte. Acerté a distinguir cuadros de Pradilla, de Ferrant y de Amérigo, entre otros que me resultaron desconocidos. Del centro de la sala arrancaba una escalera de mármol níveo, encerrada entre dos cancelas de caoba y cristales. En las hornacinas apostadas a ambos lados, había jardineras y candelabros de jaspe y bronce.

El salón de baile donde se celebraba el agasajo estaba a un costado de la escalera. Nada más pasar el pórtico de herrajes labrados con primor, nos vimos dentro de aquella suntuosa estancia que, según decían, los marqueses aún no habían terminado.

Aunque traté de disimularlo, estaba embelesada ante tanta magnificencia. Del techo pendían majestuosas lámparas de araña con modernas bombillas eléctricas que daban una luz dorada y cálida y sobre el suelo, de mármol habían dispuesto mesas redondas con manteles de un blanco impoluto y cubiertos de plata. Al fondo, una pequeña orquesta amenizaba la velada desde un estrado.

Don Rafael, conmigo del brazo, iba saludando a unos y otros. Reparé entonces en que algunos invitados me miraban con curiosidad al darse cuenta, quizás, de que yo no era doña Rita Diez de Ulzurrun, esposa de mi director. Algunas damas charlaban en corro, con vestidos elegantes y hermosos tocados. Daba la impresión de que se conocían bien de ese tipo de eventos. A mi paso, pesqué a alguna lanzándome una mirada furibunda.

Aún no había llegado don Eduardo Dato, al menos no fui capaz de verlo entre los escasos corros que se habían formado a la espera de la entrada en el salón de don José de Murga y Reolid, marqués de Linares y afamado anfitrión. A quien sí vimos fue a Emilia Pardo Bazán que conversaba a solas con Benito Pérez Galdós, su amante secreto según las malas lenguas.

Para mi sorpresa, don Rafael se dirigió a ellos tirando de mí.

—Buenas tardes.

Hacía mucho tiempo que yo quería conocer en persona a la escritora gallega, aunque no en aquellas circunstancias. Yo le profesaba gran admiración por su lucha a favor de los derechos de las mujeres y por ser

pionera en reclamar la profesión de periodista para ellas.

Todo un referente al que yo ni soñaba llegar.

Quien la conocía bien era don Rafael, pues ella colaboraba asiduamente con el periódico e incluso hizo por un tiempo de corresponsal en París.

—Rafael, cuánto gusto verle —le habló, para mi sorpresa, de usted.

Sonrió mi director mostrando una dentadura inmaculada.

—Quiero presentarles a la joven promesa de *El Imparcial*, Carmen Sotés.

Noté cómo se me acaloraban las mejillas.

—Eso está muy bien, una mujer abriéndose paso en el proceloso mundo de los hombres —opinó la Pardo Bazán—. Ánimo, muchacha, no sucumba al desaliento.

Traté de sonreír, quizás en otro momento me habría lanzado a hablar, a confesarle mi fervor, a decirle que, en algunas cosas, ella era el espejo en el que añoraba mirarme, la senda que ansiaba recorrer, pero la pesada losa que llevaba soportando aquellos días me taponó la boca.

—Mucho gusto —me ofreció la mano Galdós ante mi pasividad.

Era la primera vez que lo veía de cerca, algo que en cualquier otro momento habría anhelado, pues le profesaba una gran admiración. Periodista y escritor, no había libro suyo que no hubiese leído saboreando su narrativa y el Madrid que con tanta maestría describía.

—Encantada —acerté a decir.

—He pedido a Carmen que venga conmigo para que conozca este ambiente —mintió mi director—. Aunque ella no será la encargada de la gacetilla, sino de la crónica de Madrid, algunos de cuyos representantes políticos están hoy aquí presentes.

—Craso error, mi querido Rafael —rectificó ella—. Estos actos son de lo más aburrido, más ahora que en política se ha perdido la alegría y la gente solo rumia pena y frustración. Llévela a un baile de barrio o a la zarzuela, que impregne algo de optimismo a sus letras y, de paso, se divierta un poco, que falta nos hace.

Por la puerta del salón apareció entonces don José de Murga con sus enormes bigotes, camisa almidonada, pajarita blanca y chaqué gris. Calzaba zapatos de glasé y charol y una sonrisa que podía eclipsar el pesimismo reinante. Doña Raimunda iba de su brazo repartiendo sonrisas y con un

precioso traje.

—Buenas tardes, señores y señoras —dijo él con voz melosa al tiempo que la orquesta interrumpía la pieza que estaba interpretando—, me anuncian que don Eduardo Dato llegará con un poco de retraso. Como seguramente saben, está viniendo de Bilbao, así que, empezaremos nosotros sin él y luego haremos los discursos. Disfruten de este sencillo agasajo, el último que celebraremos en este siglo. —Sonrió y los bigotes casi le taparon los ojos.

—Pesado siglo —se oyó de entre los corros.

Los marqueses de Linares fueron saludando uno a uno a los invitados. Con su cuerpo de bonachón y esa sonrisa contagiosa e indiferente a los tiempos que corrían, don José, se había convertido en uno de los personajes más queridos de Madrid. Además, tenía fama de ser un benefactor impenitente.

Cuando llegó a nuestro corrillo, don Rafael volvió a presentarme y después estuvieron charlando un rato sobre literatura y periodismo. Yo no dije nada. En realidad, no conseguía concentrarme en ninguna conversación, pues mi cabeza no podía despegarse de la marcha inexorable de las agujas del reloj.

No habían dado las nueve y media cuando hubo un revuelo entre los invitados. En ese momento entró don Eduardo Dato rodeado de varios acompañantes que supuse guardaespaldas o colaboradores cercanos. No en vano, en aquellos días, Dato era uno de los personajes más importantes de la política española junto con la reina regente y el jefe del Gobierno Francisco Silvela. Y uno de los más protegidos tras el asesinato de Cánovas.

A su paso por nuestro lado pensé que me estallaría el corazón de lo fuertes que eran mis latidos. Era tal mi estado de ansiedad que estuve a punto de abordarle sin más preámbulos. Por suerte, don Rafael se percató y me hizo una señal para que no hablara.

—Hombre, Rafael, qué gusto verte por aquí —soltó el ministro.

A pesar de no tener más de cuarenta años, Dato padecía una acusada calvicie. Sin embargo, no aparentaba más edad de la que tenía, al contrario, su rostro estaba dotado de una extraña juventud. Tenía un vestir elegante y unas maneras de hombre de Estado.

—Eduardo, tenemos que hablar. Cuando tengas un momento, me gustaría tratar un asunto contigo en privado.

El ministro arrugó la frente.

—¿No puede esperar a mañana?

—No, es de extrema urgencia.

Empleó unos minutos en saludar a todos los invitados, incluidos los marqueses de Linares y cuando acabó hizo un gesto a don Rafael para que se apartara a un salón contiguo. Mi director tiró una vez más de mi brazo y me llevó con él.

—Está a punto de producirse un grave asesinato en Madrid —soltó de sopetón mi director—, quizás una masacre. Debemos poner los medios para evitarlo.

Dato me miró y más tarde miró a don Rafael. Parecía evidente que necesitaba saber quién era yo antes de seguir.

—Es Carmen Sotés, trabaja conmigo en el periódico y es ella la que ha descubierto la trama.

—¿Qué trama?

—¿Te dice algo la Mano Negra?

—¿No son esos los fanáticos de San Miguel?

—Exacto —dije yo con cierto alivio—. Esta noche celebran su macabra junta y pretenden cometer, al menos, un crimen.

—Pongámoslo en manos de la policía —sugirió—, tengo un comisario que se encarga de casos como este. Si sabemos dónde será el cónclave, podemos ir con un buen puñado de hombres a remediarlo.

Saber que Cañete podía meter sus sucias narices en el asunto me secó la boca. Fuera a donde fuera siempre me encontraba al comisario, como si sus tentáculos abarcasen la tierra entera y nada escapase a su control.

Lo malo es que no tenía tiempo, no podía rechazar la solución que ofrecía el ministro, al menos no todavía. Lo importante era conocer, cuanto antes, dónde se haría la congregación.

—Ese es el problema —aclaré—, que no sabemos el lugar del encuentro.

—¿Entonces?

—La información está en un sobre lacrado guardado en una caja fuerte del Ministerio de Gobernación —informó don Rafael.

Dato se quedó pensando.

—Insisto, hay que dejar el asunto en manos de la policía. Ahora mismo

mando a Joaquín Benavides a la comisaría de la Puerta del Sol para que se ponga en contacto con Edelmiro Cañete. Mi ayudante conoce las contraseñas de la caja fuerte que hay en el ministerio. Sea donde sea el lugar de la reunión, en pocas horas, les atraparán.

El nombre de Cañete retumbó en mi cabeza como un bombo. No podía acusarle sin pruebas, pero tampoco podía dejar el caso en sus manos. Tenía que inventar algo para hacerme imprescindible.

—Yo debo ir con ellos —añadí.

—¿Por?

—El sobre fue escrito por mi padre y, si tanto quería guardar el secreto, puede que su texto contenga claves encriptadas que solo él y yo conocíamos.

Mis acompañantes se miraron con un punto de desconcierto. Por inverosímil que fuese mi teoría, la posibilidad de que yo pudiese ser necesaria sembró la duda entre ellos.

—De acuerdo —aceptó Dato.

Quise ver una sonrisa bajo los bigotes de don Rafael. De sobra sabía él que yo no me perdería aquello por nada del mundo.

Dicho y hecho.

El tal Joaquín Benavides era un joven bastante apuesto que, a tenor de sus maneras, apuntaba alto. Daba gusto estar a su lado, organizando nuestra salida, dando órdenes a diestro y siniestro con exquisita educación y con un perfume a agua de colonia que entraban ganas de achucharle.

Tomamos otro automóvil que había aparcado en la puerta del palacete y nos dirigimos a la Puerta del Sol sin apenas cruzar palabra. En el trayecto no dejé de devanarme los sesos intentando inventar una estratagema que me permitiese quitarme de en medio a Cañete, de quien no me fiaba un pelo.

Ni él de mí.

Fue verme en su despacho de la comisaría de la Puerta del Sol y dio un respingo. Cuando Benavides trató de presentarnos, él le cortó.

—Ya tengo el gusto de conocerla —masculló sin retirarme la mirada—. De hecho, esta misma mañana la he dejado en su casa medio aturdida por el efecto del cloroformo.

Benavides articuló un gesto de extrañeza. Pensé que su juventud no le había permitido aprender aún las artimañas propias de los políticos.

—¿A qué debo el gusto de la visita? —inquirió, sacando del cajón un paloduz que se llevó a la boca.

Benavides le explicó la situación con una precisión y rapidez encomiables. Por el trato que le dispensaba Cañete, supuse que ya lo conocía y que sabía que aquel joven era un peso pesado del ministerio.

—¿Podría preguntar qué interés hay en que venga ella con nosotros? —demandó Cañete con educación impostada.

—Órdenes del jefe —atajó Benavides—. Puede sernos útil.

Desde el despacho del comisario escuché cómo el reloj que se alzaba en el minarete del Ministerio de Gobernación daba las diez.

Salimos de nuevo a la plaza para ingresar en el ministerio. Sobre el empedrado caía una ligera niebla que barnizaba el espacio de una pátina gris. Una hilera de farolas eléctricas derramaba una luz apocada sobre la fuente que presidía el centro de la glorieta.

Bastaron unos segundos para que nos permitieran entrar en aquel edificio hercúleo de pilastras blancas y ladrillos rojos. Mis acompañantes eran lo suficientemente conocidos como para que el oficial de guardia se pusiera a su disposición nada más enterarse de la visita.

—Abajo, la caja fuerte está en el sótano —informó Benavides, que parecía conocerse cada rincón del ministerio.

Camino del sótano noté la presencia incómoda de Cañete a mi lado. Hubiera dado lo que fuese por desprenderme de él, por encontrar el modo de impedir que viese lo que mi padre había escrito en el sobre guardado, algo que se me figuró complicado a la luz de su interés y su tenacidad.

Recé entonces para que lo que hallásemos en el manuscrito reservado me permitiese seguir sola el camino, sin la molesta vigilancia del comisario que, de sobra sabía yo, actuaba como encubridor de la esquizofrénica Orden de la Mano Negra.

En el sótano no había energía eléctrica, por lo que tuvimos que armarnos de candelabros para acceder a él. Benavides iba el primero, abriendo una senda que se conocía como la palma de la mano y nosotros le seguíamos caminando casi a tientas. A medida que fuimos bajando, la humedad se fue haciendo más palpable, una atmósfera viscosa que calaba hasta los huesos dominaba el espacio.

—Es aquí.

El joven político señaló un inmenso cofre de acero en cuya pared frontal tenía varias coronas dentadas con letras y números haciendo un círculo a su alrededor.

Sin importarle nuestra presencia, Benavides empezó a manipular aquellas ruedas en busca de la contraseña que abriese la caja fuerte. El vaivén de las llamas no me permitía ver con nitidez, aunque calculé que, al menos, introdujo cinco claves.

—Ya está, por favor, apártense.

La pesada puerta comenzó a girar, un mazacote de acero que imaginé infranqueable. Tras ella se hundía un agujero oscuro. Benavides acercó una vela y pude ver puñados de legajos bailoteando al son de sus resplandores.

Contuve la respiración. Algo me decía que todo aquello no me llevaría a nada si no tenía un golpe de suerte.

No fue fácil dar con el sobre. Mi padre debió meterlo allí sin que nadie lo supiese y lo hizo en un recóndito escondrijo de la caja. No se le ocurrió otro reclamo que un texto que decía: «Testamento en vida de E.S.».

—Es ese —deduje—, E.S. quiere decir Eduardo Sotés.

Benavides se lo puso en la palma y lo sopesó, como si la importancia de su contenido dependiese de su peso. Frente a mí tenía al comisario Cañete que mordía el paloduz con un brío inusitado mientras se comía con los ojos el sobre lacrado.

—Vayamos arriba, aquí no se ve nada —sugirió Benavides. Tras cerrar de nuevo el cofre, subimos las escaleras hasta una estancia de paredes empapeladas iluminada por bombillas eléctricas.

Edelmiro Cañete no podía esconder su ansiedad. Puede que yo tampoco. Benavides nos miró a los dos antes de romper el lacre que clausuraba el envoltorio. También lo hizo antes de extraer de él el manuscrito de mi padre.

Acto seguido lo leyó en voz alta.

Buscad el viejo cofre de cueros negros en el pueblo maldito. Es en su ermita abandonada donde se juntan los depravados miembros de la Orden de la Mano Negra, nido de ladrones y asesinos.

Se lo noté nada más entrar esta mañana en mi mazmorra. Un necio lo habría advertido de igual modo porque Tomás es hombre de instintos básicos, sin doblez ni maldad, quizás por eso siga sirviendo miserables comidas en la cárcel de la villa.

—¿Ya se sabe la fecha? —dije.

Agachó la cabeza y una larga sombra recorrió su faz.

—Sí.

—¿Cuándo?

—En cuatro días.

—Me sobran tres.

—¿Cómo podéis decir eso?

—Porque sí. Todo lo que tenía que hacer en esta vida ya lo hice, salvo acabar este escrito, que está casi listo. Solo necesito un favor, algo por lo que te daría todo lo que tengo, aunque en realidad no tengo nada y no más puedo ofrecerte un poco de amistad y buenos consejos.

—Pedidme lo que queráis, lo haré sin nada a cambio.

—Cuando haya acabado estas fojas, habrás de llevarlas a la iglesia de San Miguel, la que está aquí al lado en la calle Mayor, y decirle al padre Alberto que las guarde como una reliquia.

Recuérdale que está bajo secreto de confesión y que, si no lo cumple, vendrá mi alma desde el infierno a tirarle de la sotana.

El pobre de Tomás se ha ido llorando.

Me convencieron de que aquella era la mejor manera para acabar con Portocarrero, de hecho, que era la mejor manera de ganar la guerra y expulsar así al rey francés de nuestra patria.

—Aquel que abriere el cofre será dueño y señor del destino —aseguró Gonzalo Mestre repitiendo las palabras que pudo oír tiempo atrás de boca del cardenal—. No habrá quien se nos resista.

Y yo, que no creía en sortilegios, les creí. Pensé que, al fin y al cabo, nada tenía que perder y que más valía saldar mi desagravio acompañado que hacerlo solo ante enemigo tan grande.

El caso es que me uní a aquellos hombres iracundos que ocupaban las noches conspirando contra los gallos, en las tinieblas de una vieja casa y suspirando porque el austríaco archiduque don Carlos entrara en Madrid. Había entre ellos notables de casas castellanas, bachilleres, ricos hombres y hasta clérigos, entre los que quiso el azar que conociese al párroco de la iglesia de San Miguel, esa que visité cuando paré en Madrid camino de Sevilla y tenía una estatua del arcángel dando muerte al diablo que tanto me impresionó.

El cura se hacía llamar padre Alberto y era un tipo de pocas palabras y mirada huidiza. Conocedor como era el presbítero de la historia del cofre de los tres candados no tardó en pedirme que lo dejase escondido en su templo, cerca del santo que consiguió arrancar el *Lapis Exilis* de la frente de Belcebú.

—Está más seguro donde está —atajé—, que no hay nadie más que yo que sepa dónde es.

Y bien cerca, pues sin que nadie lo supiera, lo escondí en un hospicio de caridad que había en la misma calle Mayor donde las religiosas, por un puñado de monedas, lo custodiaron sin hacer preguntas.

Fue Gonzalo Mestre quien persuadió al Austríaco para que le autorizara a llevarse media docena de hombres a Toledo en busca de las llaves que ocultaba el cardenal Portocarrero en su catedral y también quien escribió con su puño y letra la carta que habría de firmar don Pedro de Valdivia para el papa de Roma.

—En un mes, estarán aquí las tres llaves —aseguró.

A mí, entretanto, no se me enfriaba la sangre. El recuerdo de los míos me carcomía las tripas y no había minuto del día que no quisiera saetear al cerdo

de Portocarrero y al ruin rey que lo sostenía.

Distinto talante tenía doña Cristina. Entre aquella caterva de hombres ilustrados pareció encontrar acomodo. Siendo como era la única mujer y con ese arrojo que Dios le dio, ganose la simpatía de todos y, al poco, hasta la vi galantear con más de uno.

Y así fueron pasando los días. En las juntas nocturnas no se hablaba de otra cosa que del día que dispusiésemos de las tres llaves y de lo fuertes que seríamos entonces para derrocar al Borbón.

—Seréis vos quien las custodie —dijo una noche el Austríaco al padre Alberto—, en lugar seguro de vuestra iglesia sin que nadie más lo sepa. Es allí donde ha de llegar la que posee Clemente XI, si finalmente la manda, que, siendo como es el papa, pusimos la casa de Dios como dirección de envío.

De vez en cuando venían emisarios de otras partes a contarnos qué se cocía en los mentideros de sus ciudades. Por ellos supimos que, en Caspe, en Vic, en Denia y en Gandía, grupos cada vez más numerosos conspiraban contra el rey. A todos les unía el amor a España y un odio cerval a lo francés, a sus reyes y cortesanos, a sus ministros, a sus maneras y al modo en que habían engañado a don Carlos II para testamentar en su favor.

Vinieron jornadas de nieves antes de acabar el año. Entre rezos y tañer de campanas, las iglesias de la villa y corte organizaron misas del gallo para dar por consumadas las fiestas de la Natividad.

En los primeros días de enero, Gonzalo Mestre regresó a Madrid con las dos llaves que con tanto celo guardaba la catedral de Toledo y con la noticia de que el cardenal Portocarrero en persona llegaría a la corte, reclamado por Phelipe V, quien también retornaba de Nápoles.

Hubo alboroto en nuestras filas y disparidad de opiniones. Los unos pedían combate, los otros, recogimiento, dejando para mejores tiempos nuestros encuentros nocturnos.

Así llegó el 16 de enero y Madrid se llenó de corchetes. Arribaron también ejércitos, tantos que calles y plazas estaban a reventar de soldadesca. Confieso que yo mismo estuve tentado de ir con mi pistolón a la puerta del alcázar real y esperar, día y noche, la llegada del cabrón de Portocarrero para llenarle el cuerpo de plomos. Vano hubiera sido mi intento de cruzarme con el cardenal que llegaba del sur en una carroza negra tirada por seis corceles y

rodeado de tantos arcabuces que, sin duda, me habrían dado muerte con tan solo acercarme.

De Valencia venía el Borbón, que en escolta superaba con creces al cardenal, también en lujosa carroza. Y las gentes le jaleaban por las calles al tiempo que él enseñaba su blanca mano con un pañuelo de encaje por la ventana del carruaje.

El encuentro de entrambos fue al día siguiente y lo que allí se habló fue noticia que recorrió Madrid como un reguero de pólvora.

Después de tanto socorro, después de tanta apuesta por Phelipe V, el monarca desposeyó a Portocarrero del título de gobernador general del reino relegándolo a Toledo, donde mantendría el arzobispado. Acordó también el Borbón hacer agregado de la corte al franchute Jean Orry, financiero que fue de Luis XIV, dando así por sentado que quería imponer el modelo de administración francés en las cuentas españolas.

El júbilo entre los austracistas fue grande. Seguros de que el patrón venido de Versalles, contrario a fueros y privilegios de los territorios de España, atraería a valencianos, mallorquines, catalanes, vascos y navarros a la causa del archiduque. Y encima, sin el demonio de Portocarrero en la corte.

Así que lo que fue una buena noticia para los hombres que querían derrocar al Borbón, para mí fue nefanda, pues pronto perdieron el interés de acabar con el cardenal. Por si fuera poco, el cardenal Portocarrero no tardó en mostrar sus simpatías por el archiduque. Maldito esquirol, él que tanto había defendido al francés, demostraba así que lo único que le importaba era su culo y que era tal su bajeza moral, que vendería a su padre si fuera necesario por conseguir algo a cambio.

—Bastante tenemos con el Borbón, como para ocuparnos también del cardenal —llegó a decir el Austríaco, que ya había pedido verse con él—, mientras esté de nuestro lado, dejémosle estar.

Desde entonces supe que aquella ya no era mi causa. Tres rábanos me importaban a mí lo que ocurriera con el rey, el que había matado a las mías había sido el cardenal y era él quien iba a pagarlo.

Vano fue mi intento de mantener la inquina contra el asesino de los míos en el grupo de rebeldes. No más me acompañó el padre Alberto, que, como yo, tenía por enemigo al cardenal por haber actuado con crueldad contra

religiosos que no eran de su cuerda, entre los que se contaban personas muy allegadas a él. Hasta el punto de que llegamos a trabar amistad.

Muchas tardes pasamos conspirando a los pies de aquella estatua de San Miguel que tanto pavor me produjo la primera vez que la vi. Allí confeccionamos nuestro plan para matar a Portocarrero, sería yo quien lo hiciera, que poco me asustaba el fuego del infierno, si es que acribillar a un malnacido era pecado. Decidimos esperar unos días a que llegase la llave del papa y tener así en nuestras manos la joya que tanto valor tenía. El padre Alberto pondría las tres llaves, yo el arcón de negros cueros.

La noticia de que había logrado abrir el cajón del *Lapis Exilis* sería el cebo para hacer acudir al prelado a una cita, además de mi nombre, que de sobra conocía, anunciándole que quería proponerle un trato.

—Seremos los primeros en verla. Si la leyenda es vera, los últimos ojos que lo hicieron fueron los del cruzado Arnaldo Mirón, hace casi seiscientos años.

—Confío en que Dios no nos castigue por ello —llegó a decirme el cura.

—¿Por qué habría de hacerlo? Él, que todo lo puede, ha querido que sea ahora cuando se junten las tres llaves y que seamos nosotros quienes podamos abrirlo.

Desde entonces dejé de acudir a las juntas nocturnas de los austracistas matritenses. Nada tenía contra ellos, pero poco me interesaban sus discusiones y sus propósitos, cegados como estaban, en derrocar al rey francés.

Doña Cristina me mandó varios avisos para que volviera, a los que yo hice caso omiso. Ella ya no estaba en la posada de la Puerta Cerrada, pues el Austríaco le encontró acomodo en la casa que ocupaba a las afueras de Madrid y allí marchó con más alegría que pena.

Corría todavía enero cuando el padre Alberto me dio aviso de que había arribado a Madrid la tan ansiada llave en correo personal desde Roma.

Aquella misma noche, con el templo ya cerrado, me presenté allí con el cofre que custodiaban, sin saber qué contenía, las monjas del hospicio cercano y lo puse bajo la aterradora imagen del arcángel derrotando al diablo.

—Este es nuestro día —le dije al padre Alberto que tenía pintado en el rostro el miedo de un condenado—, traed las llaves y abrámoslo ahora.

No había visto hasta entonces las intrincadas llaves y a fe que eran raras y

complejas en sus formas, con palancas y resortes que debían cobrar vida cuando entrasen en sus ranuras.

A la luz de unas antorchas, metí los hierros en sus hendiduras. Hacía falta la precisión de un relojero para encajarlos bien. Quienquiera que fuese el constructor de aquel prodigio bien se había esmerado en hacerlo infranqueable.

Tampoco fue fácil hacer girar sus cerrojos. Vive Dios que llevaban siglos atrancados, tantos como muerto el cruzado que trajo el cajón de Jerusalén. Cuando al fin llegué a menearlos, sonaron los tres pasadores como rugidos del infierno, igual que si estuviese despertándose el mismísimo Belcebú.

La faz del padre Alberto era tan blanca que pensé que se le estaba yendo la vida.

—¿Estaremos obrando bien? —preguntó, preso del remordimiento.

—Claro que sí.

Corrí las presillas una vez liberados los tres trinquetes. El cofre estaba abierto a falta de doblegar sus bisagras, tarea que no resultó sencilla. Los fierros enmohecidos de gruesos tamaños llevaban centenares de años sin moverse. Hizo falta una cizalla y nuestras cuatro manos para vencerlos. Fue tal el ruido que hizo que hasta a mí me dio espanto.

—Ya está —suspiré.

Con la cobertera abierta quedó a la vista el interior. El cajón despidió un tufo pestilente, de aire aprisionado centenares de años, de aire de Tierra Santa, si la leyenda del cajón fuese cierta.

Un calor pegajoso se apoderó de nuestros cuerpos. Era como si estuviésemos entrando en el infierno.

—Santo Cielo.

Envuelto en negros algodones, había una fina jaula de oro con delgados barrotes. Sobre su base de marfil, engarzada por unos hilos, también del noble metal, había agarrada una hermosísima piedra negra.

La miramos fascinados, era de caras tan pulidas y brillantes, que parecía un grandioso diamante, una joya digna de un dios... o del demonio.

—¡El *Lapis Exilis*! —exclamé.

Dudé un poco. No me atrevía a tocarla y menos aún el padre Alberto, que retrocedió dos pasos en un intento de alejarse de su mágico embrujo.

Imaginé aquel prodigio en la frente del diablo, señoreando el cielo entre una legión de ángeles rebeldes, plantando cara a su legítimo guardián el arcángel San Miguel. Imaginé la batalla, una sañuda lucha por gobernar la morada de Dios y la punzada precisa del arcángel arrancándole la piedra negra de la frente al maligno, la victoria del bien sobre el mal.

Tardé un buen rato en despertar. Allí seguía la perla. La tomé entre mis manos sacándola con cuidado de su lecho. El padre Alberto, despavorido, ya se había retirado hasta un rincón de la iglesia.

Era pesada y majestuosa, de porte regio y estaba caliente. Sus caras cristalinas brillaban a la luz de las llamas, y el corazón, de un negro refulgente, parecía esconder un secreto en el fondo de su alma.

Confieso que me conmovió.

—Tocadla.

El padre Alberto negó. Tal era el desasosiego que sentía.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó en la lejanía.

No respondí. Me entretuve en mirar aquel negro cristal. Comprobé que, si se acercaba el ojo, llegaba a verse a su través, algo que me resultó mágico.

—¿Y si hemos cometido herejía? —insistió el padre.

—¿Dónde está escrito que no puede abrirse el cofre?

—Por algo será, si tanto lo protegieron.

—Sandeces. Ahora sabemos lo que hay, y tal vez poseamos sus poderes. Es hora de atraer al cardenal a nuestro reclamo. Y ahí darle su merecido.

Corrí por los pasillos del ministerio con todas mis fuerzas y no paré hasta que encontré la puerta de salida. A lo lejos oí que me pedían detenerme e incluso creí escuchar que me dispararían si no lo hacía, pero ya nada me importaba.

Tuve suerte, pues nada más alcanzar la plaza de la Puerta del Sol encontré un coche de caballos libre y lo tomé con la respiración agitada y el cuerpo bañado en sudor.

—A la calle Hermosa del barrio de Pozas, rápido, por favor. El palafrenero se percató de la urgencia de mi reclamo y azotó a los caballos con la fusta. Los jamelgos se pusieron al trote, adelantando a cuanto había por el camino y con riesgo de atropellar a alguien.

Por fin sabía dónde estaba la guarida de la Mano Negra, por fin sabía dónde buscarles aquella misma noche, en el pueblo maldito.

—Valiente bribón —mascullé.

Mi padre lo llamaba así. No era el único, porque yo lo había leído en algún sitio, aunque él quiso asegurarse de que para mí no habría dudas de dónde era. Por eso utilizaba a menudo ese lugar en los cuentos que me contaba en mi infancia, por eso me narró varias veces su historia durante mi adolescencia.

Polvoranca era un pueblo abandonado cerca de Leganés sobre el que recaía una maldición, una leyenda basada en calamidades y epidemias del pasado, que hizo que todos sus habitantes huyeran de allí.

Yo nunca había estado. Mejor dicho, solo había estado en sueños, en montones de viajes imaginarios de mi niñez, a lomos de caballos fabulosos o

dragones benévolos.

Cada poco tiempo miraba para atrás para asegurarme de que no nos seguían. No quería ni pensar qué estarían haciendo en aquel instante el comisario y Benavides, qué estarían tramando para encontrarme y arrestarme por desacato a la autoridad.

Mi plan era simple. Tenía que coger el viejo libro escrito por el capitán Galarza de mi casa y presentarme con él en la ermita abandonada de Polvoranca, donde seguro que ya estaban congregados los dementes de la orden. Lo haría sola, como lo hizo mi padre años atrás, y con el único propósito de canjear el manuscrito que tanto ansiaban por Enrique.

Les prometería silencio eterno. Por mí no habría más crónicas, no habría denuncias, no habría más notas guardadas en cajas fuertes, ni chivatazos a nadie. Ahí se acababa todo. Ellos me entregaban a Enrique y yo les daría la clave que buscaban y callaría por los siglos de los siglos.

No me gustó la cara de un tipo que estaba parado frente a mi casa. Pensé que tal vez fuese obsesión, que la zozobra que gobernaba mi vida me hacía ver fantasmas donde no los había.

—Espéreme aquí, será un minuto. Necesito que me lleve a otro lugar. No se preocupe, le pagaré bien.

Fue más de un minuto, tenía que coger mi capa larga y quitarme el corsé para respirar un poco y tenía que buscar la pistola que saqué de casa de mi padre. No la encontré, así que decidí que como única arma llevaría el libro de doscientos años que tanto ansiaba la orden. Y mi palabra de mantener silencio. Por si acaso cogí el montón de dinero del cajón de mis ahorros.

De vuelta al coche me encontré al palafrenero secando el sudor de los caballos por la larga carrera.

—¿Sabe dónde está Polvoranca? —susurré para que nadie me oyera. El hombre cerró un ojo tratando de pensar. A tenor de su expresión, deduje que no sabía de lo que le estaba hablando—. Junto a Leganés. Es un pueblo abandonado.

—De eso nada, señorita —saltó—, a ese lugar no voy ni con escolta. Además, está a una hora de aquí.

Sacando lo que tenía en el bolso, le llené las manos de dinero.

—Por favor... Usted podrá marcharse nada más dejarme allí.

Abandonamos Madrid por la carretera de Carabanchel. A esas horas las calles de los barrios del sur se vaciaban mágicamente, como si sus habitantes se resguardasen de terribles monstruos escondidos en sus penumbras. Ni en las c6rralas, lugar de tertulias de vecinos, se oía un ruido.

Mientras me dirigía trotando en la carroza miré con desdén el manuscrito del capitán Galarza. Aquel viejo ejemplar era la causa de todas mis desgracias, de la muerte de mi padre, del rapto de Enrique, de las amenazas y sinsabores de los últimos días... No había tenido tiempo de leerlo. Tampoco me importaba, en ese momento lo único importante era Enrique, que se encontrase bien y que pudiese recuperarlo, arrancándolo de las garras de aquellos desalmados.

Hacía cinco días que lo habían secuestrado, tan solo cinco días, aunque a mí se me habían hecho una eternidad. Puede que a él también. Su calamitosa vida podía estar pasándole factura. Apartado bruscamente de las drogas estaría deshecho, ansioso o convertido en un vegetal. Me lo imaginé hundido, encerrado en su mundo de silencio y soledad.

—Más rápido, por favor.

A la salida de Leganés, camino de Fuenlabrada, avistamos unas ruinas surcadas por dos arroyos. Entre los contornos oscuros creí adivinar una ermita e incluso me pareció oír el relincho de un caballo.

—Hasta aquí hemos llegado —dijo el cochero con gesto duro—. Yo me doy la vuelta.

No fui capaz de convencerle para que avanzara un poco más y menos aún para que me esperara.

Cuando se marchó me quedé sola en medio de una espantosa negrura. Recordé entonces que en los cuentos de mi padre aquella aldea había tenido un pasado señorial y que una epidemia de peste obligó a incendiarla casi entera, lo que no acabó con sus desdichas, pues la gente seguía muriendo sin causa aparente. Hasta que fue completamente abandonada.

«El último habitante del pueblo fue un monje de la ermita de San Pedro, que encontraron muerto junto a la pila bautismal», me contaba mi padre.

Comencé a caminar tratando de no hacer ruido por una especie de sendero que llevaba hasta los lindes de aquella aldea. Era una noche sin luna, de cielos negros como el carbón, solo una minúscula luz parpadeando en el horizonte me

servía de guía.

A medida que me iba acercando se hacía más evidente que no estaba sola, que bajo los contornos de aquella pequeña ermita se cocía algo. No había carruajes en la puerta, puede que estuviesen en los aledaños porque, una vez más, me pareció oír unos relinchos de caballo.

Alguien cantaba en el interior, un coro de voces masculinas entonaba una especie de canto monacal.

A cada paso que daba, mi corazón latía más fuerte. Me detuve ante la puerta carcomida de la ermita que tantas veces había imaginado. Por la rendija salía un resplandor acuoso con vaivenes que evocaban las olas de un mar en calma. Imaginé que eran antorchas alumbrando la planta de la vieja iglesia.

Agucé la vista para otear a mi alrededor y encontré, en uno de los muros pétreos, una portezuela camuflada que parecía abierta.

Respiré hondo. Estaba tan cerca. Me embocé el rostro y empujé la puerta lentamente. Los cantos se hicieron más nítidos, las luces más claras.

Una fila de pilastras me separaba de la nave principal del templo, en ella vislumbré un corro de hombres con túnicas negras y unas caperuzas que solo les dejaba al descubierto los ojos tras unos agujeros. Un cordón blanquecino les recorría la cintura y de él, pendía una figura que no llegué a distinguir. Cosido al pecho llevaban el escudo de San Miguel con la espada en lo alto de una montaña, el mismo que vi prendido a la solapa del marqués de Torreblanca. Parecían monjes, o quizás frailes, todos con el mismo uniforme, todos ejecutando los mismos movimientos como en un rito orquestado.

Uno de ellos, apostado en el altar, oficiaba de maestro de ceremonias.

—El Prior —me dije.

Detrás de él se alzaba una imponente estatua de San Miguel derrotando al diablo, seguramente la que llevaban adorando doscientos años, la que robaron en la iglesia de Leganitos cuando fueron expulsados de la basílica de San Miguel.

Recordé entonces que allí no estaría el padre Florencio, el abate decrepito que utilizó la cripta de San Miguel para sus actos perversos, el que me pidió ir al galpón del paseo de las Acacias y me sedó con cloroformo poco antes de que terminase herido por Cañete.

Avancé unos pasos protegiéndome por la fila de columnas. Las caperuzas

solo me dejaban ver los ojos de los congregados tras los minúsculos agujeros. Hasta sus manos estaban cubiertas con guantes blancos.

—Arcángel santísimo, tú que expulsaste a Satanás de los cielos.

Pensé que quizás no se conociesen entre ellos, al menos no todos, que el anonimato fuese otro obstáculo a superar en su complicado universo de secretos y ocultismo.

—Tú que convertiste al diablo en el ángel caído.

De repente me percaté de que en el centro del círculo había un hombre. Estaba sentado en una silla con las manos atadas atrás y una capucha en la cabeza. El cántico del corro iba dirigido a él.

—Acepta nuestra humilde ofrenda para seguir siendo dignos de tu inmensa benevolencia.

Se me disparó el pulso. Habían cubierto a Enrique con una túnica roja de pies a cabeza, un manto color sangre que le tapaba todo el cuerpo. Su actitud sumisa me hizo pensar que estaba drogado, quizá adormilado con algún tranquilizante.

Las ideas se amontonaron en mi cabeza. Me sentía incapaz de pensar. De pronto descubrí que el oficiante llevaba al cinto una daga de filo plateado que brillaba a la luz de las antorchas, el arma con la que, seguramente, querrían perpetrar el asesinato.

—El *Lapis Exilis*, la joya de la corona del arcángel Lucifer —siguió el Prior con su perorata—. Miguel, arcángel del sol y dios oculto de Israel, encabezando las huestes angelicales, luchó contra Lucifer y su legión de espíritus rebeldes. Durante el conflicto, Miguel con su espada flamante golpeó el refulgente *Lapis Exilis* en la corona de su adversario y la piedra cayó de los anillos celestiales hacia el oscuro abismo inconmensurable. De la gema radiante se fraguó el Sangreal, o Santo Grial, del cual Cristo bebió en la última cena.

El coro de enlutados respondió de un modo vehemente con un latinajo que no llegué a comprender.

—Hazos merecedores de la custodia de la Piedra Luminosa, el Grial Luciferino que cantó el poeta Wolfram von Eschenbach hace siete siglos.

No podía permitirlo. Si no actuaba rápidamente acabarían con él, lo degollarían delante de mis narices, así que salí de mi escondrijo y, sin

pensarlo dos veces, me planté frente a ellos.

—Alto —grité, alzando el manuscrito del capitán Galarza. Se interrumpió el canto y los enlutados giraron la cabeza hacia mí—. Les traigo el tesoro que más anhelan. Les ofrezco esto a cambio del prisionero.

Hubo un murmullo entre los congregados. Lo que menos esperaban era la presencia de una intrusa, de alguien que hubiese desentrañado el secreto que con tanto celo guardaban sobre el lugar donde se reunían. Nadie tomó la palabra.

—Llevan doscientos años esperando este escrito —les dije, mostrándolo a los cuatro vientos—. Ahora pueden tenerlo con tan solo dejarme ir con él. — Me introduje en el círculo y puse la mano en el hombro de Enrique. La túnica roja estaba húmeda de sudor frío. Nadie hablaba, debían estar estupefactos—. Acabemos de una vez, déjenme salir con él y yo les dejaré aquí el manuscrito del capitán Galarza. *Quid pro quo*. No se preocupen por mi silencio, en eso seré uno más de ustedes. Ya he aprendido lo que ocurre cuando alguien viola la ley suprema y yo quiero vivir muchos años al lado de esta persona —señalé a Enrique.

Al oír cómo venteaba bajo la capucha, decidí quitársela. Estaba ansiosa por ver su aspecto tras cinco días de cautiverio.

Entonces se me heló la sangre. Aquel hombre no era Enrique. Su gesto de pánico me impidió identificarlo al instante.

—Padre Antonio María.

El hombre atado era el cura de la iglesia de San Miguel, el sacerdote de cabeza rapada que fue compañero del padre Florencio y me enseñó la cripta. Tenía las mejillas surcadas de regueros de lágrimas secas. Sus labios temblorosos me pedían a gritos ayuda.

Me quedé bloqueada, incapaz de enlazar un solo pensamiento.

—¿Qué diablos es esto? —grité.

—Una intrusión inaceptable —habló por fin el Prior.

Tras los agujeros de la caperuza adiviné unos ojos azules. Quizás los mismos que el tipo que compró el estramonio para envenenar a Miguel de Valdivia.

Tenía una voz armoniosa y joven, aunque también plagada de ira.

—Veo que mantiene las malas costumbres de su padre —me dijo—. Le

recuerdo que a él le costaron la vida.

—¿Dónde está Enrique? —chillé aún más fuerte, al tiempo que me acercaba a una antorcha—. Si no me lo dicen ahora, prendo fuego a este libro.

—La libertad no es mayor cuando uno puede hacer lo que le da la gana, sino cuando elige lo mejor, aun cuando esto comporte un sacrificio. La obediencia es libre cuando sabes que el fin vale más que la vida. Y eso nos permite vivir con plenitud.

—Déjese de palabrerías, o me dice dónde le tienen o perderán para siempre este manuscrito —lo arrimé aún más a la llama.

Los enlutados avanzaron hacia mí. Recorrí con la mirada uno a uno en busca de los ojos del marqués de Torreblanca. Al fin y al cabo, él había sido el que me llevó hasta allí, tal vez el único que estaba dispuesto a ayudarme.

Entonces ocurrió. Nunca podré olvidarlo por más años que viva, nunca se irá de mi cabeza esa imagen, jamás se me borrará. Mis ojos lo estaban viendo, pero mi mente no podía creérselo.

—¡Enrique! —aullé.

Los agujeros redondos de una caperuza escondían sus ojos, aquellos que me enamoraron perdidamente, aquellos con los que tantas veces había soñado. Perdí el aliento, noté cómo se me paraba el pulso, el mundo se derrumbó a mis pies, la vida perdió su esencia.

—Enrique —volví a clamar—, ¿cómo tú...?

Se me quebró la voz. No sabía ni siquiera qué preguntarle.

—Perdóname —me susurró—, perdóname, por favor.

Un fuerte ruido sonó junto a la puerta de entrada.

—Alto, policía.

El comisario Cañete asomó, pistola en mano, acompañado de otros agentes uniformados. En pocos segundos, se armó un gran revuelo, rugido de voces, gritos, imprecaciones, amenazas, enlutados corriendo...

—No se muevan o disparamos —alertó Cañete.

Nadie hizo caso. Tras el altar había una cancela por la que se podía salir. A ella acudieron algunos encapuchados, escapando así por la parte de atrás de la ermita. Yo estaba quieta en el centro de la nave, agarrada al manuscrito antiguo, con los músculos bloqueados por ataduras invisibles y el alma rota.

El Prior, sin embargo, se fue hacia la policía con la daga en la mano y la

intención de atacarles. A grandes pasos, avanzó levantando el brazo mientras mascullaba latinajos incomprensibles. Cañete no lo dudó, cuando vio que venía a por él le disparó varias veces y el hombre cayó fulminado al suelo. En un instante, apareció bajo su pecho un charco de sangre.

—Nooo —gritó otro encapuchado.

En el barullo vi cómo Enrique alcanzaba la cancela y huía a través de ella. Los policías continuaron disparando y en la refriega abatieron a algunos penitentes. De repente el que acababa de gritar se quitó la capucha y se fue hacia el Prior.

Era el marqués de Torreblanca.

—No, no, no —lloraba mientras acariciaba el cuerpo sin vida del abatido.

Algunos enlutados levantaron los brazos. Otros cayeron mientras trataban de huir. Yo, simplemente, observaba atónita la escena sin una gota de sangre en las venas.

—Hijo mío —el marqués de Torreblanca destapó el rostro del fallecido—, no te mueras, hijo mío —gimoteó.

Era un hombre joven, de cuello robusto y complexión fuerte. De su boca rígida salía un hilo de sangre. En ese momento descubrí que el primogénito de don José de Baeza, el que había desaparecido hacía tiempo, era el nuevo Prior. Por la extraña regla dinástica que regía a la Orden de la Mano Negra, le había tocado ser el sustituto del andano sanguinario que se refugiaba en la Casa del Pecado Mortal.

Entonces comprendí el empeño del marqués de Torreblanca en que yo desmantelase la orden. Pretendía, ante todo, que la cofradía pusiese fin a su existencia antes de que su hijo se iniciase en la senda del crimen.

El padre Antonio María, atado en el centro de la nave, parecía aturdido, no menos que yo, que no tuve fuerzas ni para levantar los brazos.

—Vayan por detrás —ordenó Cañete a un par de sus hombres—, y traten de detener a todos los que han huido. Si hace falta, dispárenles.

Así acabó aquella noche sangrienta. Muertos, heridos, llantos y quejidos se fundieron con horror ante mis ojos.

Fue la última vez que vi a Enrique, enfundado en una sotana, como un ser lejano e irreconocible que me había llevado hasta la locura ocultándome una cruda realidad.

Y Cañete mordiendo con fuerza el paloduz.

Haré corta esta historia, que mañana es el día de autos, y de nada habrá servido mi empeño si no llego hasta el final.

No me pidáis que esté de buen talante, y no por miedo a perder la vida, sino por rabia de estirar la pata sin haber cumplido mi deseo de llevarme conmigo hasta el infierno a los que tanto daño me hicieron.

Ya se lo dije al cura que vino a verme esta mañana queriéndome confesar antes de que el garrote me mande al otro mundo.

—Idos al diablo —le dije, y él contestó que era yo quien iba a estar pronto en sus brasas.

No necesito privanzas, ni el mísero privilegio de cenar carne de pollo que me ofrecen esta noche. Dios no me dejó hacer justicia y me condenó a la muerte. Ya solo creo en el honor. Y a preservar el mío voy a dedicar mis últimos suspiros.

Sabed pues que, tras todos mis esfuerzos, llegué a ver a Portocarrero. Fue, cómo no, en Toledo y, en concreto, en su catedral. El cabrón no dudó en atender a la misiva que le envié desde la fonda en la que me hospedaba junto al arco de Zocodover y allí que me presenté con mi acero y el pistolón al cinto.

—Así que sois don Íñigo Galarza —preguntó al verme con los ojos más abiertos que un río frente al mar.

Vestía sotana escarlata y capelo rojo. Su mirada desprendía maldad y su

boca, rodeada de finos bigotes, una especie de saña contenida.

El cerdo había ordenado a media docena de lanceros que estuvieran junto a él, por si me daba una mala idea.

—El mismo.

En mi escrito le había informado de que era poseedor del cofre, cosa que bien sabía él, y de sus tres llaves, para mayor sorpresa suya, pues dos de ellas se las había hurtado Gonzalo Mestre, como bien habría comprobado.

—¿Qué os trae por aquí?

—Vengo a proponeros un trato.

—Soy todo oídos.

—Devolvedme los cuerpos de los míos y yo os entregaré el cofre con sus tres llaves.

Ese fue el modo que hallé de llevarlo a mi terreno, encontrarnos en Sevilla, lejos de tanto lancero para consumir mi venganza, además de recuperar los restos de Esperanza y Macarena.

No movió una ceja. Que yo supiese que era un asesino y que mató vilmente a mi esposa y a mi hija no le hizo mudar el gesto.

—No sé de qué me habláis.

—Pasé por Sevilla y me contaron lo que hicisteis.

—Pues os lo contaron mal. Quise yo saber dónde andabais con el encargo que os habíamos hecho, pero en viendo que vuestra esposa nada sabía, la dejé marchar por donde vino.

—Mentira.

—Verdad.

—¿Y por qué no volvió a su casa?

—Eso preguntádselo a ella cuando la veáis.

—Maldito cínico.

Saqué mi pistolón del cinto y disparé contra él. Para mi desgracia un lancero cruzose en el camino y fue a él a quien atravesé el pecho.

—Apartaos u os daré muerte a todos —grité.

Los soldados no hicieron caso y, lejos de retirarse, vinieron hacia mí empuñando sus espadas. Hice otro disparo acertando a un segundo lancero que cayó fulminado. No pude cargar de nuevo, así que saqué mi toledana con intención de acabar con los cuatro que quedaban vivos.

—Dejadme llegar a él y os daré lo que pidáis. Nada tengo contra vosotros, sino contra ese asesino con sotana.

Poco valieron mis palabras. Al contrario de lo que les dije, buscaron con sus aceros mi cuerpo. Y a fe que eran buenos espadachines. El cardenal los tenía bien adiestrados.

—Apresadlo, no lo matéis, que lo necesito vivo —gritó el muy infame.

Mas yo no había perdido facultades. Y además me podía la rabia, así que abaté a dos más con certeros rejonazos.

Para entonces, el pérfido Portocarrero ya no estaba en el aposento y sus gritos pidiendo refuerzos retumbaban bajo los techos de la catedral.

Tanto era el brío de mi acero que hizo falta otra docena de corchetes y a alguno más mandé a la parca. Mas no era mi fuerza infinita y a cada momento que pasaba, tenía al cardenal más lejos.

Fue así cómo me arrestaron, bajo el techo de la catedral fue acabaron mis días de libertad.

Herido y magullado me llevaron a la cárcel de Toledo. Y Portocarrero sin un rasguño, para mi desdicha. Vinieron días difíciles. Pronto descubrí que a cruel y carnicero pocos aventajaban al cardenal. Nunca había imaginado las torturas que él conocía, jamás habría sospechado los martirios que practicaba.

Me quemaron el pecho, me rompieron huesos, me clavaron pinchos, estiraron mi cuerpo en monstruosos potros diabólicos.

Todo para que hablase, para que dijese dónde estaba el cofre de los tres candados y las tres llaves que lo abrían.

Y por raro que parezca, en aquel terrible calvario, hallé algo de placer, el placer de saber que estaba siguiendo los pasos de las mías, que andaba el mismo camino para encontrarme con ellas, que cada nuevo dolor era uno que Esperanza ya había pasado en el cabildo de Sevilla.

Y eso consolaba mi espíritu.

Por supuesto, nada dije a los verdugos que me martirizaban. Y era yo solo quien sabía dónde estaban los dos preciados tesoros, pues oculté al padre Alberto que el uno lo custodiaban las monjas en el hospicio y las otras las escondí en lugar bien seguro de la iglesia de San Miguel.

Cuando mi cuerpo ya parecía una piltrafa, vino orden de trasladarme a Madrid. Nunca supe por qué. Quizá porque llegó a oídos de alguien de la

corte, que el cardenal me estaba matando lentamente y, puestos a hacerle la puñeta, me sacaron de sus garras. Aunque puede que también fuera por intervención de los austracistas, tal vez de don Pedro de Valdivia o quién sabe si de doña Cristina, que tenían mucho arte en moverse entre bambalinas para lograr sus propósitos.

El caso es que mediado marzo, tiraron mi cuerpo exhausto en esta sucia celda de la cárcel de la villa.

Al poco celebrese el juicio. Me acusaron de seis muertes, además en suelo santo, por lo que, sin ser yo docto en derecho, ya sabía qué me esperaba.

—Pena de garrote —dictaminó el tribunal.

Algo quisieron ayudar los hombres del archiduque intercediendo por mí y hasta creo que doña Cristina habló con un prócer para intentar que el tribunal retirara los cargos. Tiempo perdido. Sabía de sobra Portocarrero que si algún día salía de esta mazmorra sería para darle muerte por su malicia y cinismo, luego ya movería él los hilos con tal de que nada cambiase.

Pero si os soy franco, a mí poco me importaba. Debo estar loco, pues ya decía Sancho Panza que la mayor locura que puede hacer un hombre en vida es dejarse morir.

Y así han pasado veinte meses.

En todo este tiempo solo he recibido dos visitas. La primera fue de doña Cristina, al poco de llegar aquí. Quizás fuera por los tormentos que había recibido en Toledo mas, como ocurrió en alta mar, en su rostro quise ver el de Esperanza. Su hermosura removió mis entrañas.

Me trajo palabras de aliento, de voluntades que estaban tocando para torcer la decisión de mi jurado. Agradecí su esfuerzo aunque, al fin y al cabo, igual me daba.

Lo que sí hice fue darle el paradero del negro cofre. Si en verdad era amuleto, que les diese suerte a ellos, la misma que a mí me dio hasta el día que lo abrí.

—Y las llaves, ¿dónde las guardáis? —preguntó—. El padre Alberto anda diciendo que os las quedasteis vos sin que nadie más sepa su escondrijo.

—Así es, y serán vuestras solo con una condición.

—¿Cuál?

—Que matéis al cardenal Portocarrero.

Debió marcharse desolada. De sobra sabía ella que yo era hombre de palabra y terco como una mula. No he vuelto a saber más de su persona, que es tanto como decir que han dado por imposible acabar con el cardenal.

El otro que vino a verme fue el padre Alberto. El hombre estaba convencido de que, en abriendo el negro cofre, había caído sobre mí una grande maldición.

—La misma que recaerá sobre vos si reveláis mi secreto de confesión.

Se persignó cuatro veces y besó su escapulario con labios prietos.

—Recibiréis, antes de que yo muera, un manuscrito con mis memorias —le dije—. Son para salvar mi honor, y para ayudar a quienes vengan después a hacer deste mundo un sitio mejor. Juradme por Dios, que lo guardaréis con cerrojo y que no lo mostraréis a nadie hasta que sea muerto el ruin de Portocarrero.

Llevo más de un año sin recibir visita, sin ver a persona alguna más que al bueno de Tomás, al que ya confundo con las paredes, sin saber qué pasa en el mundo. En esta sucia cárcel de la villa, tan cerca de la iglesia de San Miguel que casi puedo olerías. Porque esa fue mi voluntad, guardar allí las tres prodigiosas llaves de ojos indiscretos. Y lo hice en lugar tan seguro que nadie podrá encontrarlas si no es leyendo estas líneas, pues entre los tesoros de esa iglesia, hay un viejo tabernáculo de bronce que un día me mostró el padre Alberto. Es un hermoso altar, cuyo origen se pierde en los albores de los tiempos. Y es tal el temor que tiene el cura de que alguien se lo robe, que lo guarda con celo. Probablemente ni él sabe que tiene un falso suelo, bajo el cual cualquier cosa podría permanecer oculta por los siglos de los siglos. Es precisamente allí, donde dejé las tres intrincadas llaves. Y allí donde habrá de encontrarlas quien lea estas memorias.

Cumplo así los propósitos que me movieron a escribir estas letras. El uno, salvar mi honor contando lo que realmente aconteció y, el otro, dejar en herencia los secretos del negro arcón.

Hoy mismo daré a Tomás este fajo de papeles, escritos bajo la luz de las velas, para que se lo entregue al padre Alberto con la esperanza de que cumpla su palabra.

No puedo esperar más desta sucia vida, que vendrá a quitarme en un rato, el verdugo de una patria que ya nunca será la mía.

Que se pudran en el infierno los que a mí me traicionaron.

Íñigo Galarza, capitán de mar y guerra

¿Quién podría traicionar a sus propios sentimientos? ¿Qué ser sería tan miserable como para hacer el mal a quien más ama?

El destino de cada uno está escrito desde que nacemos. Algunos lo perciben desde el principio y, simplemente, se dejan llevar por los acontecimientos, otros nos damos cuenta tarde.

He vivido en una constante tempestad, dejándome arrastrar por el caudal de emociones que brotan de mi corazón, como una náufraga agarrada a un trozo de madera. Quizás por eso no me di cuenta.

Pensando ahora con calma, todo tiene sentido.

Enrique apareció en mi vida de repente. Un día del primer curso en la Facultad de Filosofía y Letras se sentó a mi lado y me sonrió. Hablamos. Esa misma tarde fuimos juntos a un café. Fue un flechazo.

—No se te ocurra enamorarte de mí —me dijo poco después, cuando ya había caído en su red.

Luego quiso apartarse. Cualquier excusa era buena para no vernos y cuando lo hacíamos, mezclaba ramalazos de cariño con una frialdad pétrea. Yo sabía que me quería, una mujer siempre sabe cuando un hombre la ama. Además, había aprendido a ser perseverante, me lo enseñó mi padre, y no estaba dispuesta a dejarlo escapar. La vida me había enseñado que ninguna cosa fácil es verdaderamente gratificante y que el placer de conseguir algo es proporcional al esfuerzo realizado hasta obtenerlo.

Y yo lo obtuve.

Una vez, solo una vez, me habló de su padre. Fue mucho después de conocerlo, cuando empezó a coquetear con las drogas. Hasta entonces, solo

me había dicho que llevaba años sin verlo, sin más explicaciones. Ese día, sin embargo, fue más explícito, quizás la morfina le aflojó la lengua. Me dijo que su padre estaba enfermo y que moriría pronto. Supe que vivía en Madrid y le pedí que fuera a verlo. Me contestó que no, que lo odiaba porque su existencia había condicionado su vida y que, si estudiaba en aquella universidad, era porque él le había obligado.

—Tanto mejor, gracias a eso nos hemos conocido —le dije, tonta de mí.

¡Cómo no me he dado cuenta hasta ahora!

El padre era uno de ellos. Un hombre estricto y falto de sentimientos, según se desprendía de las palabras de Enrique.

Ellos nos han vigilado desde siempre, les parecíamos un peligro y decidieron controlar nuestras vidas. Quiero creer que Enrique no estaba al tanto de los detalles, que tan solo le habían dicho que yo era alguien que les podía hacer daño y que me observase sin perderme de vista.

—Cuéntenos todo lo que hace —debieron decirle.

Para eso y solo para eso lo matricularon en la Facultad de Filosofía y letras. Lo que no pudieron prever es que el amor no entiende de razones. Y él se enamoró de mí.

Durante un tiempo fue un alma indómita, un verso suelto que llegaría a saltarse todas las reglas de la estúpida orden. Empezó a ser él mismo, el que no le habían dejado ser durante su infancia. Y así nació el poeta, el cazador de sueños, el torrente de pasiones largamente reprimidas, el caballo desbocado de sentimientos...

Aunque algo se rumiaba en su interior.

—Lo nuestro debe ser un amor secreto —me soltó un día en la cama—, una pasión clandestina oculta al resto del mundo. Eso hará más grande el deseo y disparará la fantasía.

Confieso que entonces me pareció un juego, un modo de vivir nuevas emociones. Y funcionó.

Durante meses nos buscamos como perros en celo y nos veíamos en lugares recónditos, a veces a horas intempestivas. Durante meses nos amamos en secreto. Cuando estábamos juntos dibujábamos el futuro con pinceladas mágicas, nos bebíamos la vida a grandes tragos.

Y poco a poco fui abandonando a mi padre. No tuve valor de hablarle de

él, quizás por no despertar sus celos o quizás para no romper la promesa de ese amor clandestino que le había prometido a mi amado.

La única vez que estuvieron juntos, el día de mi graduación, no llegaron a conocerse por expreso deseo de Enrique. De haber sabido mi padre de quién era él hijo, me habría abierto los ojos o tal vez, simplemente, me habría apartado de su lado.

El caso es que se fue al otro mundo sin saber que yo estaba loca por otro hombre, uno que terminaría cayendo en la misma banda que a él le quitó la vida, quién sabe si no fue su propio padre quien lo hizo.

Un día, Enrique cambió. No lo noté al principio. Probar drogas parecía un juego más, una aventura por territorios inhóspitos en busca de nuevas experiencias. Pero no era así. En realidad, era una huida, un intento de evasión del desfiladero en el que le había situado la existencia.

No he comprendido hasta ahora que su coqueteo con las drogas coincidió con la grave enfermedad de su padre. Tampoco le di importancia; al fin y al cabo, él lo odiaba. Lo que no podía imaginar era que aquella defunción le convertiría de manera inexorable en caballero de la Orden de la Mano Negra.

Por eso se sumergió en las drogas, por eso renegaba de la vida, aunque no hasta el punto de dejarse asesinar por desobediencia.

Enrique Pérez-Ayala. Su padre se llamaba igual que él. Lo he descubierto ahora, rebuscando en los archivos del periódico. Era un hombre de rancio abolengo, introvertido y desafecto a la monarquía, uno más de los locos caballeros de la orden.

Ahora imagino a Enrique acudiendo cada tres meses a la vieja ermita de Polvoranca. Estando conmigo no era raro que pasase noches enteras recorriendo la ciudad. Después lo eché de casa, Dios mío cómo pude hacer eso y, viviendo en la pensión de la calle de la Ruda, perdí el control de sus movimientos.

Me pregunto qué estará haciendo en este instante, por dónde andarán sus huesos. Quizás el miedo a que le haya denunciado, le haya hecho huir lejos. Ojalá llegue a la conclusión de que yo nunca haría tal cosa. ¿Qué ganaría haciéndolo? Perderlo para siempre. A fin de cuentas, él es preso de su destino, una mota de polvo en manos de una turba asesina que lleva cientos de años subyugando a sus miembros con crueldad.

No me fue fácil quitarme a Cañete de encima. Reconozco que me equivoqué con él. Fueron muchas las señales que recibí sobre su implicación en el asunto, pero todas falsas. La Mano Negra le odiaba y le temía a partes iguales, por eso sembraron la sospecha.

Con su rudeza natural, quiso que le contase cuanto supiera de la orden, aunque de mi boca no salió una palabra, no fuera que en sus pesquisas consiguiera dar con Enrique.

El libro de memorias de Íñigo Galarza me lo quedé yo. Ajeno a su importancia, el comisario ni se dio cuenta. Bastante tenía él con la sarta de cadáveres de aquella noche aciaga y con el baúl negro que cayó en sus manos tras la redada.

Pocos días después, ya había leído aquel viejo ejemplar de letra puntiaguda y palabras oxidadas que mi padre guardó durante años en su cajonera. Y así aprendí que las tres llaves del maldito arcón que tanto dolor ha causado están escondidas en el tabernáculo de bronce que reposa en la basílica de la calle San Justo desde que en 1790 un feroz incendio quemó la iglesia de San Miguel. No había llegado a ver aquella joya que el padre Antonio María guardaba con celo y en mi visita a la iglesia quiso enseñarme. Pobre Antonio María, qué cerca vio la muerte y qué cerca tenía el tesoro que tanto ansiaban sus verdugos.

Ahí quedarán para siempre. No seré yo quien despierte una vez más a esa bestia devoradora de vidas inocentes.

No creo que la Orden de la Mano Negra vuelva a juntarse nunca más. Muchos de ellos fueron muertos en la refriega de aquella noche, otros salieron despavoridos, algunos cayeron presos.

Torreblanca perdió a su hijo, el nuevo Prior de la vieja orden. A pesar de sus esfuerzos, no fue capaz de parar la barbarie que le convertiría en un asesino. Aunque quiso engañarme, no le guardo rencor. Lo hizo para salvar a su primogénito, como tal vez yo también habría hecho, sin importarle mentir. He oído que anda por ahí como un alma en pena y que no ha dejado su labor filantrópica de curar a los pobres.

El abate sigue en la cárcel. Fue precisamente él quien se enteró de que don José de Baeza andaba ayudándome para desarticular a la Mano Negra y por eso decidió secuestrarme. Quizás para después matarme...

Y yo, mientras tanto, he intentado rehacer mi vida.

Volví al periódico hace meses, a la misma sección que don Rafael me obligó a abandonar y confieso que me recibió con los brazos abiertos.

—Quiero que salgan de su mano las mejores crónicas del siglo XX —me dijo en tono florido nada más llegar.

No puedo quejarme, estoy en el oficio que siempre soñé tener, por el que luché desde que tuve uso de razón y desde ese refugio trato de encontrar cada día razones para seguir adelante.

A la mañana siguiente agarré los jamelgos y fui al convento de las Dueñas donde me esperaba doña Cristina toda compuesta y sonriente. Les dijimos a las sores que era yo el familiar que esperaba, continuando así la farsa que inventé el día antes para poder verla.

Y así fue como aquel día, entrado ya el mes de noviembre, dejamos la docta ciudad de Salamanca camino de la villa y corte donde confiaba poner fin a mis dos encargos.

Agradecimientos

Escribir una novela es un acto íntimo, un viaje solitario al interior del alma. Y, sin embargo, siempre hay faros que alumbran el camino.

Una vez más, ahí estuvo Carmen, mi primera lectora y consejera. Gracias a ella comprendí mejor a la protagonista de este relato.

Conté con la ayuda de Armando García Viejo. Acudo a él por ser amigo de sabios consejos y acertados juicios. Y a fe que me valieron algunas de sus sugerencias.

Mi hijo Alberto se empeñó en robarle tiempo al tiempo para leerse el manuscrito. Para mí es un orgullo tenerlo entre mis primeros lectores y también él me aportó alguna propuesta que incorporé al texto.

Y así llegó Carmen Fernández de Blas, mi editora. En ella volví a encontrar esa mezcla de confianza y buen oficio que todo escritor anhela.

A José Antonio Piqueras agradezco sus acertadas reflexiones y atinado criterio en la lectura de este manuscrito.

Y no puedo terminar sin nombrar a Juan Tapia. Fue él quien me ayudó a editar mi primera novela sin lo cual, seguramente, hoy no estaría escribiendo estas líneas.



MANUEL HURTADO MARJALIZO (Écija, 1962) es ingeniero de minas por la Universidad Politécnica de Madrid y trabaja desde hace veintiocho años en la multinacional francesa Saint-Gobain, donde ha ejercido puestos directivos en Segovia, Mendoza (Argentina), Barcelona, París, Milán y Madrid.

Vuelve a la escena literaria con *El cementerio de los suicidas*, su tercera novela.

Se estrenó en la ficción en 2010 con *La hora del Lobo Gris*, novela que fue finalista en el XIV Premio Fernando Lara.

En 2016 publicó en La Esfera de los Libros *La librería del callejón*, con la que ha cosechado un gran éxito y que ha alcanzado las cinco ediciones.